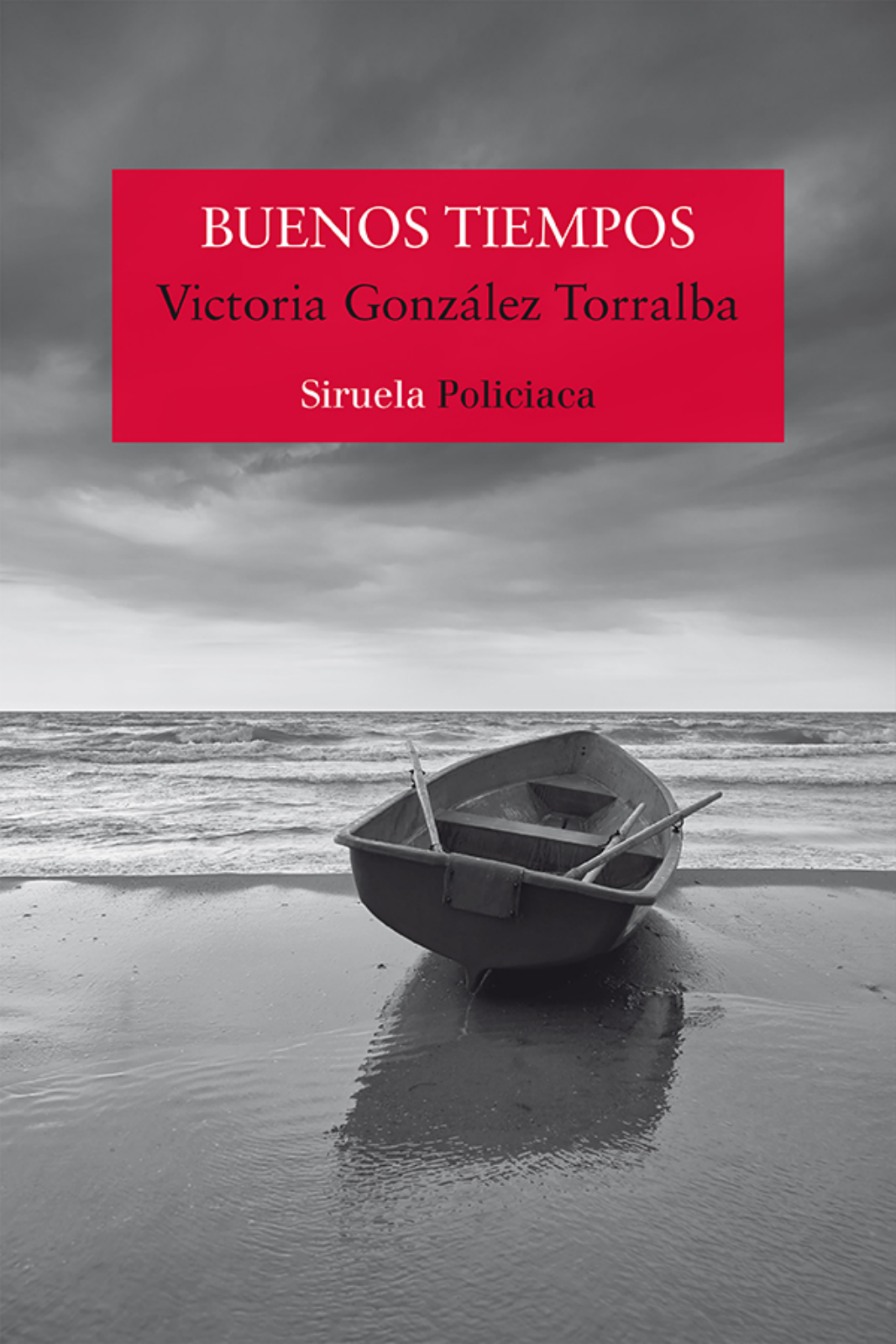
BUENOS TIEMPOS

Victoria González Torralba

Siruela Policiaca



Victoria González Torralba

BUENOS TIEMPOS

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Índice

Cubierta
Portadilla
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Capítulo 38
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

A Diego, por creer que sí

Nota de la autora

El escenario recreado en esta novela no es real. Aunque he tomado como inspiración un paisaje concreto, en ningún caso ha sido mi intención retratarlo. Mi propósito ha sido reflejar la atmósfera de una localidad de la costa mediterránea en la década de los setenta del siglo pasado.

Los personajes que aparecen en la novela son fruto de mi imaginación y no tienen correspondencia con ninguno de carne y hueso. Todos, menos uno.

Aquellos fueron buenos tiempos, aunque entonces
no lo sabía.
Reconocemos la unidad de medida cuando
ya es demasiado tarde.
Nada es mejor que lo irrecuperable, nada más genuino
que lo que fuimos. Sí, aquellos fueron buenos tiempos,
aunque me ocurrieran las peores cosas.

Capítulo 1

Vivimos dormidos hasta que algo nos arranca del sueño.

La arena húmeda desprendía un tenue aroma a algas. Con el cuerpo entumecido, avancé por la playa como una sonámbula. El sol aún no asomaba por la línea del horizonte. Juan Sil, algo más adelantado, caminaba con decisión. Llevaba a cuestas los aparejos de pesca, la nevera con los cebos y un mal humor endémico. Era un hombre enérgico, incluso a aquellas horas intempestivas.

Lo contemplé con ojos adormilados y pensé que, aunque coincidiéramos en un mismo espacio, habitábamos dimensiones diferentes.

—Espabila, que al final saldremos los últimos.

Su voz sonó grave, rasposa.

Miré alrededor. No vi a nadie, ni en la playa ni adentrándose en el mar. Estábamos solos. Seríamos los primeros en salir, como siempre.

Nos detuvimos junto a la barca, que descansaba boca abajo junto a otras de tamaño similar.

Confundirse de embarcación resultaba imposible. La de Sil era roja, de un rojo chillón que te estallaba en la retina. Las sillas de su cantina también eran de ese color, así como la puerta que daba al almacén y la verja del jardín.

La explicación a tanta exaltación cromática no respondía a una sensibilidad especial, sino a una prosaica realidad. En el pasado alguien le había saldado una deuda pagándole con botes de pintura roja. En la vida de Sil las cosas funcionaban así. La relación causa-efecto era una línea recta de trazo firme.

Con más habilidad que fuerza, dimos la vuelta a la embarcación y depositamos en su interior los utensilios de pesca y el calzado del que nos acabábamos de desprender.

Los zuecos de Sil resonaron al golpear contra las tablas. Constituían en él un signo distintivo. Le encantaba arrastrar los talones al caminar, dejando que la suela de madera raspara el suelo, igual que un fantasma tirando de sus cadenas.

Algunas personas se parapetan detrás de gestos innecesarios. Se frotan las manos para aliviar un frío que no sienten, se rascan la cabeza fingiendo un picor que no padecen o miran con empeño el reloj sin importarles qué

hora es. Simulan una necesidad que no existe. Sil campaneaba levemente las caderas al andar. Ninguna tara física justificaba ese movimiento. En su juventud se había enrolado en un barco mercante y él atribuía a aquella época el origen de su peculiaridad.

—El mar te recuerda constantemente que no es fácil mantenerse en pie. En la tierra es bueno seguir recordándolo —afirmaba socarrón cuando le afeaban los andares.

Yo tenía el convencimiento de que renqueaba por dejadez, como si con esa laxitud quisiera manifestarle al mundo su descreimiento. En todo caso, aceptaba aquella y sus muchas otras rarezas con naturalidad, del mismo modo que asumía sin inmutarme su mala reputación.

Sobre él se rumoreaba que en el pasado había ejercido toda suerte de oscuros oficios y que como prestamista, actividad que desempeñaba con esmero y codicia, imponía severas condiciones. Sabía todo eso, como también sabía que conmigo siempre se había portado bien.

Arrastramos la barca hasta la orilla valiéndonos de unos rodillos.

Me quité la camiseta y los pantalones recortados. La humedad del amanecer se me adhirió a la piel.

Agradecí la penumbra. Mi cuerpo me parecía un catálogo de defectos, sobre todo si lo comparaba con el de las turistas extranjeras que, con la llegada del buen tiempo, invadían la costa. Esas jóvenes voluptuosas, de pelo rubio y ojos descaradamente azules me hacían sentir culpable, como si mi presencia deslustrara el paisaje. Una emoción similar me embargaba cuando, a finales de junio, las veraneantes procedentes de Barcelona se instalaban en los flamantes chalés. Las muchachas de esas familias poseían un aura especial. Caminaban con aire despreocupado, dejando a su paso un aroma a colonia y la estela colorista de sus prendas, muy alejadas de las que yo debía resignarme a vestir.

Al coincidir en la playa, el paseo o en los apartamentos que ellas disfrutaban y yo limpiaba, me sentía pequeña e insegura, aplastada por el peso del aplomo que da el dinero.

Observé con disgusto mis caderas y mis piernas, demasiado rotundas. Intenté consolarme recordando la finura de mi talle, mis ojos almendrados y el gracioso hoyuelo que partía en dos mi barbilla. Ese era el escueto inventario de rasgos de los que me sentía orgullosa.

El resto lo consideraba vulgar.

De niña nadie había señalado mi belleza, ni siquiera como muestra de afecto. Llegada la edad de considerar la apariencia, no era capaz de esgrimir argumentos para rebatir esa ausencia de elogios.

Me sujeté el pelo con una goma para evitar que la brisa lo arremolinara. La coleta no me favorecía, pero me daba igual. Sil era el único testigo y él tenía peor pinta que yo.

Exhibía sin pudor un bañador de tiempos remotos.

Contemplé sus piernas robustas, excesivamente cortas y algo

arqueadas, la curvatura de su abdomen, los hombros cubiertos de un vello oscuro, sus bíceps poderosos, pero deslucidos por la flaccidez de la piel que los envolvía, y me pregunté cómo podía aquel hombre, de cuyas capacidades donjuanescas se contaban historias al filo de la leyenda, tener tanto éxito con las mujeres.

La respuesta estaba en la fuerza de su fisonomía. Las cejas pobladas y la cuadratura de la mandíbula le conferían un aire agreste, no carente de atractivo. Sobre todo, si te detenías en sus ojos. Eran negros, como su mirada.

Ignoraba su edad, pero sumaba años suficientes como para prestarle más atención a los recuerdos que a los sueños; a pesar de ello, sospechaba que por mucho que viviera nunca le parecería bastante. Algo en su interior se agitaba inquieto, como una fiera enjaulada.

Las normas más elementales de la prudencia aconsejaban no enojarle o contrariarle. Sus brotes de mal humor no resultaban agradables. No vociferaba ni daba puñetazos en la mesa. Ese no era su estilo. Él adoptaba actitudes de apariencia más inofensiva, aunque más letales. Le bastaba clavar sus pupilas en las tuyas para dejarte paralizado, causándote el mismo efecto que un veneno inyectado en la yugular.

No consideraba esta particularidad un defecto, más bien una muestra de autenticidad, incómoda pero genuina. Me resultaba más inquietante la oscuridad que en ocasiones brotaba de sus silencios. En ese aspecto, Sil era como el mar, de naturaleza cambiante y profundidades insondables.

Metimos el bote en el agua y saltamos dentro.

Nuestras siluetas aún peleaban con las últimas sombras.

Una vez sentados en la bancada, colocamos los remos en las chumaceras y nos pusimos en marcha, Sil bogando y yo sujetando el timón.

El suave tableteo de las olas acariciando la proa tenía un efecto sedante.

Permanecimos en silencio.

Poco a poco, las construcciones que bordeaban la playa se fueron achicando.

Los primeros rayos de sol, que ya se desperezaban, chocaban contra las fachadas encaladas, proyectando una luz blanca y limpia.

A lo lejos, asomaban viñedos y olivares que, bajo el tímido manto de la mañana, adquirían la consistencia de una pintura al óleo. Dispersas en el lienzo, como brochazos caprichosos, se distinguían masías y florecientes chalés. Las primeras, elegantes testigos de un mundo condenado a desaparecer, y los segundos, sello distintivo de un progreso devorador.

La gente prosperaba, se atrevía a tener sueños, a pagarlos letra a letra y, sin darse cuenta, convertían sus deseos en realidades mediocres.

Más allá, las vías del tren subrayaban el paisaje.

Aspiré el aire marino y la sensación de letargo que hinchaba mis párpados empezó a desvanecerse.

El día que despuntaba tal vez valiera la pena.

Fijé mi atención en el campanario de la ermita, una iglesia del siglo XI, y en las tejas anaranjadas de la Torre del Arzobispo, una construcción defensiva alzada en el siglo XVII para proteger a la población de los ataques piratas. Cuando ambas se juntaban en nuestra perspectiva, nos deteníamos. Era la referencia que fijaba el fin de trayecto.

Sil echó el ancla y empezamos a cebar los anzuelos.

Le gustaba emplear varios tipos de gusanos. Las titas eran las mejores para pescar doradas, abundantes en esas aguas, aunque también capturábamos lubinas, sargos, raspallones, doncellas y serranos.

Yo me limitaba a pasarle los tarros intentando no prestar atención a su interior. Sentía compasión por aquellos animales cuyo destino los condenaba a ser atravesados por un anzuelo. Los amparaba el desconocimiento, no saber qué les esperaba. No eran tan distintos a nosotros.

Sil no podía considerarse un profesional, aunque tenía destreza. Llevaba muchos años saliendo al mar.

Solía usar caña corta, pero lo que más le gustaba era pescar con volantín. El método más auténtico, afirmaba con determinación cuando me instruía.

La técnica consistía en un sedal con un plomo en su extremo y diversos anzuelos cebados dispuestos por encima de él. En apariencia resultaba sencillo, pero para que el hilo no se te acabara enredando se requería práctica.

La primera vez que mi mano se agitó impulsada por la agonía de la presa descubrí en mí una excitación inesperada. Fue una sensación inquietante, un gozo bruto y primitivo del que no quise sentirme responsable. Aquel día Sil me miró y sonrió, como si fuéramos cómplices en una aventura secreta.

Con las piezas capturadas preparábamos platos que servíamos a los clientes de la cantina. En nuestro repertorio, las recetas más habituales eran el pulpo con sofrito marinero, el arroz caldoso con sepia, las patatas con *suquet*, frituras diversas y algún que otro buñuelo de aprovechamiento con los restos que habían quedado por despachar.

A mí no me entusiasmaba pescar, me parecía un juego en el que el tramposo gana y el inocente pierde. Como concepto, me resultaba muy poco edificante. Lo que me gustaba era ir en barca, mecerme con el balanceo de las olas y aspirar el aliento que estas rescataban de remotas profundidades.

A esas horas el mar todavía se mostraba como una masa opaca, ignota e inquietante. Hasta que la luz no incidía sobre él con mayor verticalidad, no revelaba su fondo de arena ondulada. El efecto en mí era más o menos el mismo. Necesitaba que el sol calentara mi piel para desprenderme de las últimas brumas del sueño.

La belleza de la playa, observada desde aquella distancia, me proporcionaba una sensación de alivio, aligeró el peso de mi realidad.

Mi vida no había sido fácil. Estaba llena de descosidos que se habían solapado con desafortunados remiendos.

Perdí a mis padres siendo pequeña. Primero a él, luego a ella. De él no guardaba ningún recuerdo. No podía ser de otra manera. Se evaporó al poco de nacer yo. Mi madre, una mujer de belleza discreta, pero de dulzura embriagadora, había tenido la desgracia de enamorarse del señorito para el que trabajaba.

Al aparecer en escena, me había convertido en una carga que no estaba dispuesto a asumir, así que nos quedamos la una con la otra, sumando nuestras soledades.

Mi madre nunca me habló de él. No tuvo muchas oportunidades de hacerlo. Murió pocos años después, cuando yo apenas contaba cinco años.

El recuerdo de mi padre era solo una ausencia, neutra y plana. El de mi madre, en cambio, me provocaba un doloroso hormigueo que yo comparaba con el que dicen sentir los que han perdido una extremidad.

Cuando ella desapareció, todo a mi alrededor se hundió. Me quedé atrapada en una isla rodeada de acantilados. Y en cierta manera, allí continuaba.

Mis tíos se hicieron cargo de mí. La hermana de mi madre no tenía nada que ver con la mujer risueña e imaginativa que me había traído al mundo. Tenía un carácter seco, un desapego natural hacia lo que la rodeaba y un fondo de amargura que se manifestaba en la línea descendente de sus labios. Se había casado con un hombre adusto que cubría sus inseguridades con un deje autoritario.

No habían tenido hijos. Pese a eso, mi incorporación al núcleo familiar no provocó en ellos ni un ápice de entusiasmo.

Mi tío cultivaba con desinterés un pedazo de tierra que era la base de nuestro sustento. Desde hacía algunos años, completaba el jornal empleándose por horas como albañil. Mi tía se encargaba de las tareas del hogar, carga que yo le aliviaba, ayudaba en el campo y vendía en el mercado parte de la cosecha.

Ambos desconocían no ya el ímpetu de la pasión, sino el sosiego que proporciona el cariño. Entre ellos nunca hubo amor, tan solo el común propósito de acatar con mansedumbre las reglas del juego. Eran de esa clase de individuos para los que la realidad no es un punto de partida, sino el escenario de una rendición, una jaula cuyos límites verificar a diario.

En el día a día, procurábamos mantenernos alejados los unos de los otros, sin aflojar ni tensar demasiado el hilo de desafección que nos mantenía atados. Intuíamos que esa era la mejor forma de conjugar nuestras vidas sin entorpecernos.

A la escuela había ido lo imprescindible. No se me daba mal, pero convenía colaborar en la economía familiar. Una mujer no necesita estudios para encontrar marido, dijo mi tía cuando mostré mi interés por compaginar el trabajo con la academia. Los libros siempre acaban siendo un estorbo, corroboró mi tío.

Estaba todo dicho.

Al concluir el último curso, dieron voces aquí y allá para colocarme. No tardaron en salirme casas donde ir a limpiar. La portera de un edificio de apartamentos se convirtió en mi agencia laboral. En la mía y en la de tantas otras. Cualquiera que necesitara la ayuda de un par de manos acudía a Encarna y ella, con gran diligencia, destinaba a cada demandante la candidata más adecuada.

Así era como había empezado a trabajar para Sil.

Cuando le comuniqué a mi tío esa posibilidad no le hizo ninguna gracia.

—¿Y no hay mujeres más experimentadas que tú para trabajar en la cantina?

—Cobrando lo que yo cobro, no.

Me escrutó con detenimiento, buscando en mí un asomo de rebeldía que no encontró.

Mi respuesta no había sido mordaz, solo sincera.

Apuró el vaso del que estaba bebiendo y lo depositó en la mesa con un golpe seco. Fue toda su respuesta.

Al día siguiente él mismo me acompañó al que iba a ser mi nuevo lugar de trabajo.

—Aquí tienes a Laura —le espetó a Sil mientras yo estudiaba el espacio.

Era un establecimiento deslucido, con aire marinero, punto de encuentro de parroquianos que se reunían para beber, charlar y observarse.

Sil emitió un ronquido a modo de saludo y me inspeccionó de arriba abajo. Yo era una mercancía que debía valorar.

—¿Eres trabajadora?

—No le queda otra, de qué va a vivir si no —aclaró mi tío como si yo no estuviera allí.

Sil achicó los ojos y lo escudriñó en silencio.

Algo pasó por su cabeza, porque su mirada se enturbió.

Fue la primera vez que me fijé en la energía que bullía detrás de sus pupilas.

Volvió a centrarse en mí y me tendió la mano.

Yo le ofrecí la mía como quien presta algo que no es suyo.

No dije nada. Tenía dieciséis años y pocas ganas de hablar.

—¿Te apañas en la cocina?

—Por supuesto.

Otra vez mi tío habló por mí.

Sil continuó ignorándolo.

—Aquí se viene a beber más que a comer, pero la clientela es exigente cuando se trata de llenar el buche.

Observé a los tres o cuatro pescadores que había a esa hora. Aposté a que engullirían con fruición cualquier engrudo que les echaran sin levantar la cabeza del plato.

—De acuerdo —contesté guardando para mí mis reflexiones.

—Te quiero aquí por la mañana temprano. Atenderás la cocina, la barra y las mesas si es preciso. Luego puedes irte. Al atardecer te necesitaré de nuevo hasta la hora de cerrar, que no siempre es la misma. El horario lo marca la clientela. ¿Te parece bien?

—Le parece bien —volvió a certificar mi tutor.

Esta vez Sil sí se dirigió a él:

—¿Por lo acordado?

—Por lo acordado.

Transcurrido un tiempo de aquella conversación, descubrí que Sil no era un mal jefe.

—Puedes quedarte con las propinas —me dijo al acabar mi primera jornada—. Tu tío no tiene por qué enterarse —añadió.

Los clientes no eran muy generosos, pero a mí aquellas monedas me sabían a gloria. Era el único dinero del que podía disponer sin rendir cuentas a nadie.

La pesca se nos estaba dando bien. Nos habíamos hecho ya con varias piezas.

Sil decidió que nos acercáramos al espigón para intentar apresar un pulpo.

Cuando llegamos al lugar que consideró propicio, tomó uno de los peces que habíamos capturado, lo destripó y lo adhirió a una pequeña tabla sujeta a una cuerda por un extremo y con cuatro ganchos en el otro. Luego la lanzó al agua.

Durante un rato, nos movimos con pereza.

El mar, acariciado por caprichosos soplos de aire, ondulaba nuestro avance.

A lo lejos divisé una barca faenando. Ya no estábamos solos. El día empezaba a ser patrimonio compartido.

De pronto la cuerda se agitó. Sil tiró de ella y emitió un grito de satisfacción.

Un pulpo enorme emergió ante nosotros para, al instante, volver a desaparecer.

El animal se resistía con ahínco. Había caído en la trampa, pero no estaba dispuesto a darse por vencido.

Sil parecía disfrutar de ese combate desigual.

—Sujeta aquí —me ordenó al tiempo que iba en busca del salabre.

Mientras batallaba para tener a la presa bajo control, él intentó cercarla con la red. Forcejeé esperanzada. Me había dado la impresión de que su ímpetu empezaba a flaquear.

Di un fuerte tirón.

El pulpo, que de pronto se había convertido en un peso muerto, aterrizó dentro de la embarcación mientras que yo, desestabilizada por el impulso, caí al suelo.

La violencia de la maniobra le había permitido desasirse del anzuelo. Liberado, agitó sus tentáculos buscando una vía de escape.

Mi pierna le pareció la salida más indicada.

El tacto viscoso de sus ventosas me horripiló.

Sil, que se había sentado en una de las bancadas, observaba el espectáculo divertido. Cuanto más se aferraban las ventosas a mi piel, más se reía él.

Yo no le veía la gracia. Había oído decir que los pulpos muerden, que con sus bocas son capaces de triturar conchas y cangrejos. También que son muy inteligentes. Esos dos conceptos, unidos entre sí, no contribuían a tranquilizarme.

Sil fue mitigando poco a poco sus carcajadas hasta que estas quedaron reducidas a un hipo acompasado. Solo entonces se dispuso a sacarme el animal de encima.

Lo agarró con destreza. Bajo su yugo, el pulpo se estremeció. Sin miramientos le embutió la cabeza hacia dentro, como si se tratara de un calcetín, acercó con cautela la barca a una roca saliente y alargando el brazo, empezó a sacudirlo contra ella.

Desvié la mirada y la clavé en el rostro de Sil. Su expresión era cercana al entusiasmo, ajena al padecimiento de la criatura que agonizaba en sus manos.

Cuando los golpes se detuvieron, el silencio se hizo más grande.

El pulpo había cambiado de color. Aún se movía, pero yo sabía que estaba muerto. Sil lo lanzó contra el suelo y enderezó la espalda.

—Que un pulpo se cuele en la barca de un pescador es augurio de buena suerte.

Avalé sus palabras. Después de que una criatura de aspecto tan inquietante se arrastre ante ti, cualquier cosa que te ocurra a continuación debe parecerte fruto de la fortuna.

—Siendo así, lo suyo es seguir pescando —concluyó a la vez que volvía a sumergir el salabre.

Me revolví incómoda. Estar allí había dejado de resultarme agradable. Además, empezaba a hacerse tarde y me esperaba una larga jornada de trabajo. A mi tarea en el bar, debía sumarle la limpieza de varios apartamentos con los que me había comprometido.

Mi impaciencia se atemperó cuando nos alejamos de las rocas.

Una corriente subterránea que se empeñaba en desviarnos me obligó a sujetar el timón con fuerza. A escasa distancia, atisbé un remolino. No era inusual en aquella zona.

Sil profirió una maldición.

Lo miré con ojos interrogantes.

—Creo que se ha enganchado —dijo señalando con la barbilla el salabre.

Algo ejercía presión sobre la red.

Entendí la contrariedad de mi jefe. El mango podía quebrarse. Recé por que no fuera otro pulpo. Ojalá los dioses no hubieran atendido mis plegarias.

Sil extrajo aquello del agua. Un bulto extraño rebasaba del aro. Lo acercó y lo depositó con cuidado sobre el suelo de la barca.

Al principio no supimos identificarlo. Luego, consternados, nos miramos el uno al otro. Sabíamos de qué se trataba, pero no podíamos creerlo.

Una gaviota graznó por encima de nuestras cabezas. Tal vez fuera una advertencia. O una maldición.

—¿Qué es eso? —atiné a preguntar con la esperanza de que mis sentidos me estuvieran confundiendo.

Sil tardó varios compases en responder. Cuando lo hizo, habló con una autoridad impostada, como si intentara convencerse de lo que estaba diciendo.

—Está claro que es una pierna.

El chapoteo del agua contra el casco de la embarcación reinó sobre un prolongado silencio.

Yo mantenía la vista clavada en Sil, como si continuara esperando de él alguna explicación. Él contemplaba absorto la macabra pesca, con el mango del salabre aún entre las manos.

Transcurridos unos interminables segundos, no me quedó más remedio que mirar hacia donde apuntaban sus ojos.

Lo que vi me erizó la piel. Sin duda se trataba de una tibia descarnada que, en su extremo, sustentaba la osamenta de un pie perfectamente calzado. El zapato, de cuero, conservaba intacta la suela, una plataforma de goma excesivamente gruesa para la finura del modelo. Tal vez su finalidad había sido corregir un desequilibrio o realzar la estatura. El conjunto resultaba grotesco.

Balbuceé alguna cosa, incapaz de contener la laxitud de mi mandíbula.

Aquellos restos ejercían sobre mí un poder hipnótico. Aunque me repugnaban, no podía apartar los ojos de ellos. Hasta que sentí la punzada de dos aguijones.

Eran las pupilas de Sil.

Me escrutaban como se mira a un animal herido.

En su expresión capté el destello fugaz de algo que no supe identificar.

Presa de una repentina urgencia, abrazó con la red el conjunto de huesos y los devolvió al mar.

Ahogué un grito mientras, atónita, lo observaba sujetar los remos con decisión.

—Nos vamos —ordenó.

No me moví hasta que el batir de las palas me obligó a buscar un punto de apoyo en la bancada.

Cuando me tuvo frente a él, interrumpió el movimiento y con tono amenazante bramó:

—De esto ni una palabra a nadie.

Asentí sumisa, sin sospechar que lo que acababa de ocurrir iba a virar el trazado de mi destino.

Capítulo 2

La vida es una historia contra todo pronóstico.

Bastó poner el pie en tierra para que Sil volviera a ser el de antes. Al llegar a la cantina adoptó una postura de indiferencia y acometió sus rutinas diarias con total normalidad. Yo tampoco me mostraba muy proclive a mencionar el asunto. Ni con él ni con nadie. Después de su enérgica advertencia no me habían quedado ganas. Además, ¿con quién podía compartirlo?, ¿con las excompañeras de escuela a las que apenas veía?, ¿con mis tíos, con quienes cruzaba las palabras imprescindibles?

Lo mejor era olvidar. Estaba convencida de que con el paso de las semanas ese episodio perdería consistencia en mi memoria y acabaría por desaparecer.

Al finalizar la jornada, cuando el local se quedó vacío, la cocina limpia, la sala recogida y el suelo barrido, Sil me propuso que nos sentáramos a charlar un rato.

Su invitación me sorprendió.

—¿Qué quieres tomar?

Estaba acostumbrada a servir, no a que me sirvieran.

—Una Coca-Cola.

Sil era poco inclinado al derroche, entendiendo por derroche cualquier gesto que no fuera a aportarle un beneficio a corto plazo. Debí interpretar esa alteración del orden natural del cosmos como una advertencia.

Sacó del refrigerador el botellín que le había pedido y se sirvió un vaso de aguardiente. Una vez sentado a la mesa, me tendió el licor.

Lo olisqueé con reticencia. Era una de las consumiciones que más servía, pero jamás la había probado. El aroma resultaba agradable, una mezcla de anís, canela y hierbas.

—Es una receta tradicional —me animó.

Di un sorbo y el líquido me abrasó por dentro.

Se rio con ganas. No sabía hacerlo de otra manera. Esa facilidad suya para la carcajada me cautivaba, la entendía como un don sobrenatural, más fascinante que el poder de volar o ser inmune al dolor. A diferencia de lo que había observado en otras personas, la suya no era una risa nerviosa o defensiva, para esquivar respuestas o silencios, sino un torrente burbujeante y arrollador.

—Hay que tomar unos cuantos de estos hasta que te acostumbras,

pero una vez le coges el gusto no encuentras nada mejor. Este licor lo han bebido generaciones enteras de pescadores para hacer frente al frío y al calor, para sosegar el ánimo los días de mala suerte y para celebrar los de mayor fortuna.

Sil era un buen narrador, pero no estaba contándome nada que desconociera. También sabía que aquel aguardiente había sido fiel compañero de los carabineros que, en el pasado, vivaquearon en la playa para mantener alejados a los contrabandistas que, como fantasmas surgidos de la arena, cargaban y descargaban mercancías en botes que se materializaban en la orilla sin que nadie los hubiera visto llegar.

La cantina dormitaba bajo la luz crepuscular. El local se reducía a un rectángulo de paredes encaladas, al que se le sumaban una cocina y un almacén. En la parte trasera, la opuesta a la playa, había un jardín y, en la planta superior, la vivienda que ocupaba Sil.

La austeridad era el sello del negocio, exceptuando el color de las sillas, unas boyas antiguas expuestas en la pared y un barquito de madera colocado en un estante superior, junto a la línea de botellas. Este último presentaba una notable capa de polvo, aun así podía distinguirse su variedad cromática. El casco estaba pintado de verde, el timón de amarillo y de rojo una estrella de mar que lucía grabada en el costado.

Acerqué la botella de Coca-Cola a mis labios. Me gustó su tacto frío y el cosquilleo que me provocó en la nariz.

—Puede que lo ocurrido esta mañana te haya alarmado un poco, pero no debería. No es tan extraño. Quiero decir que no es la primera vez que ocurre.

—Vaya. ¿Has pescado piernas otras veces?

—No, yo no, pero hace años se encontraron en este punto de la costa restos similares. —Se esforzaba por imprimir a la charla un tono despreocupado, como si tratara un asunto trivial.

—No recuerdo haber oído nada sobre ello.

—Serías una cría. La primera pierna apareció hará cosa de diez años. Se topó con ella un hombre que paseaba por la playa. Llevaba un rato caminando cuando distinguió una suela de caucho medio enterrada y oculta por las algas. Pensó que podría sacarle provecho, así que se agachó y tiró de ella. La sorpresa se la llevó cuando quedaron al descubierto los huesos de una pierna humana. Imagínate el revuelo que causó aquello.

—Puedo hacerme una idea.

—En un abrir y cerrar de ojos el pueblo se llenó de policía. Empezaron a barajar diferentes hipótesis, a cuál más macabra. No era para menos, claro. —Apuró de un solo trago el contenido de su vaso—. Y aquello fue solo el principio.

—¿Qué quieres decir?

—Que al cabo de un tiempo se halló otra pierna en circunstancias similares.

—Supongo que sería la otra extremidad del mismo cadáver.

—Eso es lo que en un principio se pensó, pero el segundo despojo no pertenecía a la misma persona.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque ambos pies eran el derecho.

—¿Qué dijo la policía?

—Lo que ya sabíamos, que las extremidades pertenecían a sujetos diferentes. A falta de datos más concretos, la imaginación de la gente empezó a dispararse. Enseguida tomó cuerpo una historia fantasiosa. Corría el rumor de que por la zona merodeaba un asesino que descuartizaba a sus víctimas y luego arrojaba al mar sus pedazos. Los propios investigadores acabaron acomodándose a esa explicación. Sobre todo cuando, tiempo después, aparecieron más piernas en condiciones similares. En todas las ocasiones buena parte del calzado y de los huesos se conservaban bien. Incluso la articulación del tobillo mantenía cierta movilidad.

Sentí que me envolvía un manto de aire frío.

—Pero ¿solo se encontraron piernas?, ¿nunca aparecieron brazos u otro tipo de restos?

—No, nunca.

—¿Ni se descubrió al culpable?

Se recostó en la silla satisfecho. Había conducido la conversación hasta el punto exacto donde quería llevarla.

—No, no se descubrió porque dicho asesino nunca existió.

—Entonces, ¿cómo se explicó lo ocurrido?

—Trajeron a un forense de Tarragona, quien determinó que los miembros no habían sido arrancados de forma violenta. Cuando un cuerpo pasa mucho tiempo sumergido en el agua es un proceso natural que brazos y piernas acaben separándose del tronco. Se concluyó que los cadáveres pertenecían a personas que habían fallecido en el mar, seguramente ahogadas de forma accidental. Por otro lado, el caucho explicaba que las piernas fueran las únicas extremidades que habían acabado emergiendo. La goma había favorecido que salieran a flote mientras el resto se perdía en las entrañas del mar.

Imaginé un fondo marino macabro, poblado de cadáveres desmembrados.

—¿Tanta gente ha muerto ahogada en esta playa?

—Más de la que imaginas. El Mediterráneo no es tan dócil como quiere aparentar. Su falsa placidez atrae a muchos incautos que apenas saben nadar o que sobrestiman su capacidad para mantenerse a flote en una embarcación. Cuando este mar se agita, no es fácil lidiar con él.

El eco del vaivén de las olas se me antojó el solapado rugido de una bestia aletargada.

Con las manos en los bolsillos y la espalda recostada en la silla, Sil

mostraba una actitud relajada. Su voz, sin embargo, se tornó ronca.

—Hace muchos años se desató una gran tormenta, la más violenta que recuerdo. En un instante la atmósfera se cargó de electricidad. Aún era de día, pero la luz fue barrida por un brochazo opaco. Los rayos se sucedían, resquebrajando el horizonte en temblorosos fragmentos. Empezó a llover. Las gotas, furiosas, perforaban el mar. La naturaleza había enloquecido. Las olas se batían unas contra las otras, obedeciendo a dioses diferentes. Fue una jornada fatídica para los barcos que faenaban. Uno de ellos se perdió. No se supo más de él ni de su tripulación.

—¿Los conocías?

—No, a ninguno de ellos. No eran del pueblo. El naufragio tuvo lugar a muchas millas de distancia. Ese fue el motivo por el que costó relacionar el funesto episodio con los despojos aparecidos aquí años después.

Seguía dando sorbos a mi Coca-Cola, pero había dejado de percibir el cosquilleo de sus burbujas. Otro tipo de inquietud acaparaba mi atención.

—Pero ¿por qué recalaron los restos en esta playa?

—Por la configuración de las corrientes. Todo lo que el mar engulle y arrastra tiende a emerger en esta zona. Antiguamente no era infrecuente que los barriles de vino que viajaban a ultramar aparecieran aquí cuando la nave sufría algún percance en algún punto no muy lejano. Se cuenta que, en más de una ocasión, mercancía salida de nuestros almacenes regresó al punto de partida tras una tormenta.

Sonrió satisfecho, seguramente fabulando con la ilusión de vender dos veces el mismo vino.

El mar, al otro lado del ventanal, se había convertido en una mancha oscura.

—La carne humana se descompone antes que el caucho, un material habitual en el calzado de los pescadores. Como ya te he dicho, su flotabilidad explica que las piernas regresaran.

Abrió los brazos, mostrándome las palmas de las manos, igual que un mago declarando su inocencia.

—¿Calman estas explicaciones tu inquietud? Como puedes comprobar se trata de una historia sin misterio. Los hechos más extraordinarios a menudo tienen explicaciones muy sencillas. La vida es más aburrida de lo que nos gustaría.

No respondí.

Intentaba disolver el enigma como un azucarillo en el café, pero a mí me había quedado un poso amargo. Me observaba con ojos risueños, avivados por el alcohol. Su actitud era muy diferente a la que había manifestado en la barca.

—¿Si se trata de una historia sin secretos, por qué devolviste la pierna al mar?, ¿por qué me ordenaste que no contara nada de lo ocurrido?

Bajé la voz al hablar, imprimiendo a cada palabra un barniz de prudencia. Temía que mi pregunta lo importunara, que pudiera

interpretarla como una afrenta. No convenía despertar su mal carácter.

—Porque solo serviría para buscarnos complicaciones. Nada podemos hacer por el muerto y yo ya tengo demasiados asuntos de los que ocuparme como para que venga la policía a tocarme las narices. Cuando el mar se lleva a sus víctimas, poco se puede hacer desde tierra firme.

—Pero alguien podría haber identificado el cadáver y encontrar consuelo en el hallazgo.

Acogió mi comentario con un muro de inexpresividad. Sus ojos secuestraron un instante mi mirada y no la soltaron hasta que me atreví a esbozar una tímida sonrisa conciliadora.

Él también forzó una expresión amigable antes de responder:

—Sí, y también podría remover un dolor, agitar una vida que a bien seguro ya habrá seguido su camino. Eres demasiado joven para entenderlo, pero los recuerdos son más fáciles de digerir que los restos de un cadáver.

Dio una palmada en la mesa y se levantó con gesto avinagrado.

La charla había concluido.

Guardé silencio dando los últimos tragos a mi refresco.

Apenas había dado un par de sorbos cuando una sombra se extendió sobre nosotros, como si la noche que se afianzaba en el exterior hubiera entrado sin pedir permiso.

Había un hombre parado en el umbral. A pesar de la penumbra que lo envolvía, se adivinaba su silueta. Era un tipo alto y desgarbado. Vestía una camiseta sin mangas que dejaba al descubierto unos brazos huesudos. Llevaba el pelo alborotado. Daba la impresión de que para llegar hasta allí había tenido que enfrentarse a un temporal. Le acompañaban tres perros que revoloteaban ansiosos a su alrededor sin necesidad de que una correa los sujetara.

El desconocido dio un paso al frente y la luz de la bombilla que pendía del techo se derramó sobre él.

Sus ojos chocaron con los míos. Me impresionó el color de sus pupilas, de un azul gélido, irreal. La intensidad de la mirada contrastaba con su expresión neutra. Esta disonancia me sobresaltó del mismo modo que inquieta la visión de una casa en la que, en plena noche, se ilumina una ventana.

Los zuecos de Sil raspando el suelo me devolvieron a la realidad.

Avanzó hasta situarse muy cerca del recién llegado, tanto, que me dio la impresión de que iba a susurrarle algo al oído. Después, se inclinó y repartió unas caricias entre los chuchos.

—Están sedientos —dijo el visitante con una voz aguda que, como por arte de magia, transformó su aspecto agreste en el de un niño desorientado.

Sil se alejó y, al poco, regresó con un cuenco lleno de agua.

Los animales bebieron con fruición. Calmada la necesidad, volvieron a

revolotear.

Su dueño se dispuso a salir, pero antes hizo algo que me desconcertó. Se llevó la mano a la frente con aire marcial y me saludó como si yo fuera un mando a quien debiera guardar respeto.

Le devolví el gesto.

Sus labios se estiraron, acentuando los surcos de su piel quemada por el sol.

—Gracias y hasta otro día —dijo antes de fundirse en la oscuridad.

—¿Quién es? —pregunté.

Sil se apoyó en la jamba, la atención concentrada en el exterior. No se molestó en volver la cabeza cuando contestó:

—Nadie.

No consideré oportuno insistir.

Capítulo 3

Cuando el mar embiste, no basta con mantener el rumbo, hay que seguir a flote.

Cada día atendíamos a más gente. A los clientes habituales se les sumaban los veraneantes, que aumentaban los fines de semana.

A Sil se le ensanchaba la sonrisa cuando los veía acercarse caminando de puntillas por la arena caliente. A escasos metros del bar, la ardiente temperatura los obligaba a finalizar el recorrido dando saltitos apresurados que elevaban varios grados su sádica satisfacción.

Cuando llegaban a su destino, les clavaba la estacada final vendiéndoles refrescos y cervezas a un precio indecente.

Con las mujeres era más benévolo, sobre todo con las extranjeras de piel achicharrada y biquini prieto. No las consideraba más bellas que las vecinas con las que solía relacionarse, pero sus ademanes desinhibidos y voluptuosos le resultaban irresistibles.

En verano, la playa dejaba de ser un espacio desangelado para convertirse en el telón de fondo de un batiburrillo de colores. Bañadores, cometas, balones inflables, flotadores, tumbonas y sombrillas componían un espectáculo irisado que me gustaba contemplar desde el entarimado que, durante los meses estivales, colocábamos en la arena. Desde esa perspectiva, la vida resultaba un lugar menos árido, más frívolo y alegre.

El toldo no lograba neutralizar el sol abrasador; a pesar de ello, a los clientes les encantaba sentarse en sillas tambaleantes y pegajosas. Les fascinaba la sensación de precariedad. No la entendían como una incomodidad, sino como una evidencia de su osado espíritu aventurero.

Aquella mañana había trabajado sin parar hasta concluir el turno de comidas. Solo me quedaba desprenderme de algunos rezagados que, con el estómago lleno, remoloneaban delante de un café.

Entretenía mi espera observando a los bañistas.

—¿Vas a quedarte ahí atontada mucho rato? —La inconfundible cordialidad de Sil me sacó de mi ensimismamiento.

—Los clientes están atendidos. Estoy pendiente de que pidan la cuenta —alegué a modo de defensa.

Barrió con la mirada las mesas ocupadas y rugió:

—Anda, lárgate. Me encargo yo.

Obedecí su orden sin demora.

Me dirigí a la cocina, me liberé del delantal y abrí la puerta que daba al

jardín. Atrás quedó la música que brotaba de la radio. Durante la temporada alta, a Sil le gustaba tenerla encendida mientras trabajábamos. Decía que eso era bueno para el negocio, que el eco que llegaba al exterior animaba el espíritu de los clientes. Un cliente contento, añadía, aligera con mayor facilidad el peso de sus bolsillos. A mí también me solazaban los ritmos pegadizos del verano.

Mi intención era salir al paseo que corría paralelo a la playa. Al acabar el turno de noche, prefería caminar por la orilla, dejando que el rumor del mar apaciguara la agitación de la jornada, pero bajo el sol abrasador del mediodía, resultaban más reconfortantes los oasis de sombra que proporcionaban los pinos.

Entonces recordé algo que me obligó a volver sobre mis pasos. Con el trajín, había olvidado rescatar del almacén el cartel de los helados. Sil me lo había reclamado varias veces y yo lo había postergado otras tantas. Un descuido incomprensible, teniendo en cuenta la fascinación infantil que sentía por aquel imaginativo catálogo de pequeños placeres. A primera hora habíamos llenado el congelador de polos, almendrados, vasitos y barras para corte. Si queríamos venderlos había que tentar a los bañistas colocando el reclamo a la vista.

Entré en esa suerte de trastero donde Sil hacinaba enseres inservibles en espera de su muerte definitiva, así como cachivaches de utilidad incierta. Neveras sin puerta, barricas descoyuntadas y neumáticos rajados convivían con herramientas oxidadas, lonas viejas o muebles desvencijados.

Paseé por el espacio en penumbras. Sil no era un tipo ordenado, lo que me obligaba a avanzar con precaución. Olía a humedad vieja. La temperatura era agradable, reconfortante comparada con la de la cocina o el entarimado.

Tuve que esperar a que mis ojos se habituaran a la falta de luz para distinguir la lámina de cartón. Estaba metida entre los estantes inferiores de un aparador. Me agaché para sacarla. El espacio era tan estrecho que debía ser cuidadosa si quería evitar un desparrame de objetos.

Cuando tuve el cartel en mis manos observé sus colores amortecidos por el sol. El deterioro era evidente, pero serviría. Iba a incorporarme cuando la rotundidad de una orden detuvo el impulso de mis piernas.

—Ni se te ocurra. Quédate donde estás.

No pasaba de ser un susurro, pero el mandato había sonado enérgico.

—No hace falta que aparezcas por aquí. Empeorarías las cosas.

Tardé unos segundos en comprender. Era la voz de Sil, pero no se dirigía a mí. Hablaba por teléfono.

El suyo era, a excepción de una cabina pública, el único aparato con que contaba el pueblo, circunstancia que le venía muy bien a la hora de usurpar un dinero extra.

Me quedé agachada en un rincón, parapetada tras el cuerpo de una

nevera Westinghouse. Ignoro por qué no me levanté, qué remoto instinto me aconsejó permanecer oculta. Lo natural hubiera sido mostrar mi presencia. No existía una razón concreta para actuar de otro modo. No obstante, me agazapé como un topillo asustado. Me sentía una intrusa a la que han pillado en falta, como si el motivo de mi presencia en aquel lugar no hubiera sido otro que espiar una conversación confidencial.

Desde la cocina llegó la voz amortiguada del locutor. La música había estado sonando hasta entonces. Por eso no me había percatado antes de la presencia de Sil.

—Ya te lo dije, estoy seguro, era él.

Hubo un largo silencio. Después una exclamación.

—Coño, porque distinguiría ese zapato entre un millón. Se los hacía a medida, para disimular la cojera.

La sola mención de un zapato trajo a mi mente el macabro episodio de la barca.

Me estremecí.

De nuevo una pausa y una respuesta tajante.

—La tiré al mar.

Sin apenas dejar intervenir a su interlocutor, replicó airado:

—Porque me salió de los cojones. ¿Qué querías que hiciera, que me llevara la pierna a casa?

La boca se me secó de golpe. Dentro, la lengua se convirtió en una masa estropajosa.

—No te preocupes por eso. No volverá a aparecer y si lo hace nadie logrará relacionarla con su propietario. Pocos sabían que llevaba alzas.

Retuve el aire en los pulmones.

Con una entonación cargada de sombras, añadió:

—Y los que lo sabían ya están muertos.

Un prolongado silencio flotó en el aire.

—Esto lo cambia todo.

El corazón me golpeaba el pecho. Retumbaba en mis oídos de tal manera que temí que pudiera percibir su palpitar.

Sil masticó las palabras cuando dijo:

—Estaré alerta.

Pensé en la historia que me había contado. Recordé sus explicaciones sobre corrientes y naufragios remotos. Si en algún momento su relato me había apaciguado, ahora adquiría una perspectiva inquietante y aterradora.

¿De quién era la pierna que habíamos sacado del mar?, ¿por qué me había mentido?, ¿qué ocultaba?, ¿a qué se refería cuando decía que todo había cambiado?

Maldije haber salido a pescar, maldije haber recordado el cartel de los helados y maldije verme agazapada detrás de una nevera.

—Sí, estaba conmigo.

Di un respingo.

Otra pausa, dilatada y tensa.

—Tranquilo, ella no sabe nada.

Aunque estaba en cuclillas, tuve que llevar una mano al suelo para no caerme. Los objetos que se encontraban a mi alrededor perdieron consistencia, transformándose en manchas escurridizas, cada vez más lejanas. El sonido del auricular aterrizando en la horquilla avivó de nuevo mis sentidos.

Vigilante, esperé a que Sil abandonara el almacén.

No lo hizo.

Escuché el disco del teléfono desplazarse sobre el dial.

Estaba haciendo otra llamada.

No era mi día de suerte.

Deseaba salir de allí, no saber nada más, mantenerme al margen.

La única posibilidad de escabullirme sin pasar cerca de Sil era acceder a la puerta que daba al jardín.

Deseché la idea. Era impensable abrirla sin que el chorro de luz procedente del exterior me descubriera.

Me resigné a seguir en mi escondite. No podía rehuir la situación. Me gustara o no, formaba parte de aquel cuento misterioso que se había adherido a mí como una telaraña pegajosa.

La música volvió a sonar, llena de ritmo y color.

Sil tuvo que alzar la voz para oírse a sí mismo.

—Manolo, soy yo. Mañana pásate por aquí con la mercancía. Sin demora.

Contuve el aliento.

—Me estoy quedando sin cervezas.

Me sentí ridícula y aliviada al mismo tiempo.

Cuando me atreví a asomar la cabeza, Sil ya había desaparecido.

Capítulo 4

Algunas personas creen en el destino, en una suerte de sendero ya trazado que recorremos con obediencia. Desconozco si lo que nos va aconteciendo está dictado de antemano. De lo que sí estoy segura es de que aquello que nos ocurre tiene más sentido que lo que nunca sucede.

De los días sucesivos recuerdo una nube de tristeza.

Me sentía decepcionada, asustada, sola en un entorno hostil.

Sil no pertenecía a la clase de personas habituadas a desplegar afecto, pero me había habituado a la compañía de aquel tipo malcarado, embaucador y de carcajada arrolladora. Además, me tenía en cuenta y eso para mí ya era mucho.

Desde que lo había descubierto en el almacén, su presencia se había convertido en una sombra de contornos imprecisos. Más de una vez me sorprendí espiándolo por el rabillo del ojo. Me preguntaba qué sabía de él. En realidad, nada, exceptuando las historias que corrían de boca en boca sobre su avaricia y sus conquistas.

Trabajar junto a él me había proporcionado una percepción cotidiana, de trazos precisos, pero plana. Carecía de la distancia y la perspectiva necesarias para una verdadera comprensión de su naturaleza.

Hasta ese momento, la figura de Sil se me había presentado como la de un hombre corriente, con sus peculiaridades, pero, al fin y al cabo, uno como tantos otros. Ahora que lo vislumbraba desde la atalaya de la desconfianza, cualquier referencia me resultaba escasa.

Sabía ganarse a la gente. Llevaba años trabajando cara al público y tenía oficio. Cuando se lo proponía, resultaba imposible no dejarse arrastrar por el torrente de palabras bien hilvanadas que brotaban de su boca. Era un experto en relatar anécdotas ajenas, en desarmarlas y volverlas a narrar de forma diferente tantas veces como lo requiriera su clientela.

Esa fue una de las cosas que advertí aquellos días, que raramente hablaba de él.

Mantenerme ocupada me ayudaba a disipar los nubarrones, a no darle vueltas a una incógnita que no sabía descifrar. Recibía con agrado las tareas que me encomendaban, tanto en el bar como en los chalés donde me reclamaban. Evitaba estar en casa. Allí me encontraba fuera de lugar.

Prefería pasear por la playa, sentarme frente al mar y dejar que las olas lamieran mis heridas. Este sencillo ritual transformaba mi desconsuelo en desapego, más indoloro.

Lo peor llegaba por las noches, cuando la soledad que llevaba adherida a la piel se filtraba en mis entrañas. Me angustiaba pensar en mi vida, un fardo cargado de trabajo y desamparo que, con el paso de los años, solo lograría cubrir con un manto de resignación. Percibía la falta de confianza en el futuro como un caramelo envenenado deshaciéndose en mi boca.

No había vuelto a pescar con Sil. Ni yo se lo había pedido ni él me lo había propuesto. Esta circunstancia despertaba en mí sentimientos encontrados. Por un lado, el alivio de no tener que vérmelas con él a solas, acotados por el espacio que marcaban la barca y el recelo. Por otro, la decepción de ser tan prescindible, de que mi ausencia y mi presencia tuvieran el mismo peso específico.

Llegó el mes de agosto, y con él el volumen de gente deseosa de pasarlo bien. Cada noche cerrábamos más tarde. A última hora el bar se llenaba de jóvenes veraneantes, niños pijos que, hastiados de los nuevos locales, ideados para ellos, con vasos de tubo, sillas de plástico y una vasta oferta en ginebras y vodkas, preferían sumergirse en el tipismo que se respiraba en nuestra cantina, un escenario que, por otro lado, reforzaba su sentimiento de superioridad y les permitía, pese al indudable abuso de Sil, emborracharse gastando menos.

Él los observaba desde la barra y arrugaba la nariz. Se trataba de un gesto impostado, pues toleraba sin esfuerzos cualquier situación que le reportara un beneficio económico.

El aumento de clientes me obligaba a alargar la jornada, sin que eso se tradujera en un incremento de las propinas. Aquellos mentecatos pretenciosos alardeaban del flamante estatus económico de sus padres, con chalé en la playa y Seat 132 aparcado ante la puerta, pero eran más agarrados que los viejos pescadores.

Aunque se esforzaban por aparentarlo, no eran ricos. El dinero apenas les llegaba para el envoltorio, para vestir vaqueros de importación, deportivas de marca y niquis con un logo bordado en el pecho.

Una noche, mientras atendía a uno de esos grupos, el más fanfarrón de la pandilla me tocó el culo. No fue un gesto distraído. Tampoco pretendía serlo.

El valentón mantuvo su mano en mi nalga durante unos segundos, inerte como un animal en letargo, para que a nadie le quedara duda de que se trataba de una acción consciente e intencionada.

Azorada, me liberé como pude de su zarpa y continué sirviendo las cervezas que portaba en la bandeja.

Busqué a Sil con la mirada, pero se dirigía al almacén acompañado de un parroquiano. Solía retirarse allí cuando se disponía a tratar un asunto económico. Los interesados en sus servicios entraban con expresión

esperanzada y salían con paso inseguro. Sil sabía hasta dónde apretar las tuercas, guardar el equilibrio entre la cordialidad, para que acudieran a él, y el temor, para que no se atrevieran a dejar descubierta la deuda.

Algunos de aquellos hombres, cancelada la cuenta, evitaban volver a poner los pies en el establecimiento. Otros continuaban haciéndolo, pero en sus ojos había cautela, tal vez respeto, pero un respeto que nacía del miedo, no de la consideración.

Me escabullí sin decir nada. Si existían palabras adecuadas para aquel tipo de situaciones, las desconocía. Tampoco tenía claras mis emociones. Me sorprendió no sentir asco. Este me invadió abruptamente después, cuando se evaporó la vergüenza.

Aún no había logrado olvidar aquel desagradable episodio cuando otro similar volvió a producirse días después. Faltaba poco para la hora de cerrar. La cuadrilla habitual había acaparado varias mesas, ocupando buena parte del local. El bravucón de manos largas hizo una señal para que me acercara. Sus ojos vidriosos me recorrieron de arriba abajo.

Sil jugaba al dominó junto a tres compañeros. Cada viernes por la noche, como si así lo indicaran las sagradas escrituras, se dedicaba con recogimiento espiritual a esta actividad.

Pensé en pedirle que sirviera él la comanda, pero deseché la idea. Aparte de lo mal que podía tomarse la interrupción, no estaba segura de cuál iba a ser su interpretación de los hechos. A lo peor, consideraría ese tipo de episodios parte del trabajo. Una parte desagradable, como lo era limpiar el retrete o desembarazarse de los borrachos, pero trabajo al fin y al cabo. Y quizá tuviera razón. Yo no era más que la camarera; aquel tipejo, el cliente que pagaba, y el magreo ocasional una fechoría que debía asumir con resignación.

Me aproximé precavida por el lado opuesto, atendí el encargo e inicié la retirada. Antes de que pudiera darme cuenta, el *manoslargas* se irguió, me agarró por la cintura y me obligó a sentarme sobre sus rodillas.

Estaba bebido. Seguramente el estado que más lo aproximaba a la esencia de su ser.

En un respingo me escabullí como pude mientras las carcajadas de sus compinches taladraban mis oídos.

Cuando Sil echó un vistazo hacia la mesa que alborotaba, ya había logrado desasirme del abrazo invasivo. Con ademán cansino volvió a concentrarse en la partida.

Me alejé sintiéndome pequeña e indefensa. Ese brote de vulnerabilidad fue barrido por una ola de ira antes de llegar a la barra. Saqué los botellines de cerveza del frigorífico y las jarras que descansaban alineadas bajo el mostrador. Para alcanzar las más alejadas tuve que agacharme unos segundos, momento que no desaproveché. Escancié la bebida, fresca y espumosa. Me dirigí a la mesa y con gesto enérgico deposité las consumiciones. La última, al cretino que tan bien se lo pasaba a mi costa.

El rubor me quemaba la cara. Por fortuna, mi evidente incomodidad le satisfizo lo suficiente como para no intentar nada más. Volví a mi refugio y me dediqué a secar los vasos que se escurrían sobre un paño de algodón.

El chulo continuaba mirándome con ojos acuosos. Una sonrisa afloró en sus labios antes de sumergirlos en la jarra de cerveza. La espuma le pintó un bigote blanco que eliminó deslizando su lengua en un gesto pretendidamente obsceno.

Sonreí. Él agrandó los ojos, satisfecho de mi rendición. Al fin y al cabo, esa era la única reacción que concebía como natural.

Fruncí los labios, como si me dispusiera a lanzar un beso al aire, pero en el último momento rectifiqué el gesto, expulsando a través de mis labios un enorme y denso escupitajo que cayó como una piedra en el fondo del vaso que tenía entre las manos. No había logrado un ejemplar igual desde que, siendo niña, competía por conseguir el mejor gargajo a propulsión.

Hube de esperar unos segundos.

Era de prever, el chulo no poseía una mente rápida. Más tarde que pronto, su precario engranaje cerebral acabó por llevarle a donde debía. Al fin había comprendido. Lo que acababa de sorber era una deliciosa cerveza aliñada con un buen lapo. La rabia enrojeció su rostro, pero, al igual que yo había hecho minutos antes, no dijo nada. Los gallos no se muestran débiles en su corral. Aquel día el grupo se recogió más temprano, eximiéndome de su incómoda presencia.

Liberada y satisfecha, me apresuré a recoger las mesas. Cuando todo estuvo limpio y en su sitio le pregunté a Sil si podía irme ya. Asintió sin prestarme mucha atención. Seguía enfrascado en la partida. No debía irle muy bien, porque estaba regalándole a su pareja de juego una retahíla de reproches. Me sabía de memoria sus amonestaciones. Las disputas eran siempre las mismas, los camaradas también.

Salvador era el compañero de juego de Sil. Un individuo de espaldas cargadas, pelo engominado y ojos diminutos que se achicaban hasta desaparecer cuando sonreía. Había desempeñado numerosos oficios a lo largo de su vida, entre ellos el de ebanista. Le faltaban dos falanges del dedo índice, tara que, suponía, le habían dejado en herencia los años de trabajo con la madera.

Vivía de un pequeño colmado que había instalado en los bajos de su casa. Consideraba que, con la creciente llegada de veraneantes, ahí estaba el futuro. A su olfato le sumaba las teorías económicas de Sil, es decir, regular los precios en función de la época y el cliente. Su apariencia era corriente, pero no sus conocimientos. En una misma conversación podía hablarte de la inteligencia de los monos capuchinos, de las playas vírgenes de Oaxaca o de los garífunas, una etnia descendiente de esclavos africanos y caribeños. A menudo me preguntaba de qué le servía tanta erudición en el anodino entorno donde desarrollaba su vida.

Vicente y Miguel componían la pareja rival.

El primero poseía una regia corpulencia y una abundante barba, ambas en decadencia desde que había enviudado. Mientras su esposa estuvo viva, jamás le prestó la más mínima atención, pero desde que se había quedado solo, lamentaba continuamente su ausencia. Durante años la consideró un bien inherente a su persona. Se había habituado a su compañía como nos habituamos a la buena salud. Para adormecer su viudez, pasaba la mayor parte de su tiempo en el taller mecánico, caótico y sucio, del que era propietario. En invierno, cuando la afluencia de clientes se encogía, se sentaba en una banqueta junto a la puerta para ver a los vecinos pasar. Esperaba de las vidas ajenas un entretenimiento que la suya no le proporcionaba.

Miguel era rechoncho, de carrillos carnosos y párpados adormilados. Su físico anunciaba un carácter tranquilo; sin embargo, sus movimientos llevaban impreso el sello de la urgencia. Se decía que su padre había sido sorprendido por su madre, en aquel momento embarazada de él, con los pantalones bajados y el deseo encendido, junto a un vecino con el que tenía una relación más allá de la amistad. Ante la mirada atónita de su esposa, el pillado cayó al suelo víctima de un síncope mortal. Cada vez que veía a Miguel menear inquieto el culo en la silla, yo imaginaba que la agitación experimentada por su padre en los últimos instantes se había encarnado en él, como un póstumo legado paternal.

Salí a la playa y aspiré el aire de la noche, impregnado de esencias marinas. Sonreí. La jornada había sido dura, pero mi pequeña victoria ante aquel sinvergüenza me había reconfortado. Me liberé de las zapatillas y me acerqué a la orilla. Caminé dejando que las olas juguetearan con mis pies. El contacto con el agua me produjo una agradable sensación de alivio.

La luna, casi llena, cubría con un halo misterioso los antiguos almacenes de grano y vino asomados a la playa.

Repasé con satisfacción las edificaciones que habían sobrevivido al auge turístico. Los bloques de ladrillo rojizo e impúdica altura realzaban la simplicidad de su belleza. Me detuve ante una gran casa de formas sobrias pero majestuosas.

Siempre me ocurría lo mismo. No podía pasar por delante sin caer en un estado de embobamiento, como si despertara en mí los acordes de una plácida melodía.

Llevaba años deshabitada, pero a pesar de la decadencia a la que la habían arrastrado los años, la humedad y la falta de cuidados, conservaba intacta su distinción.

La puerta principal se encontraba en el lado opuesto, el que daba al paseo, pero también podía accederse a la vivienda desde la playa, atravesando un porche resguardado por un muro de celosías. A mí me parecía que esta entrada tenía mayor autenticidad y concordancia con la

atmósfera romántica que se desprendía de la construcción.

Dos columnas clásicas sostenían una enorme terraza que, desde la planta superior, se estiraba deseosa de adentrarse en el mar.

Los ventanales que se abrían en la fachada eran amplios, de medio arco, y estaban protegidos por persianas de un desgastado color verde. Todos menos uno. En el extremo izquierdo de la segunda planta una ventana exhibía sus vidrieras desnudas, una desnudez que a mí me resultaba misteriosa, como si un fantasma, atrapado en su última morada, buscara consuelo contemplando la playa a través de aquel resquicio de libertad.

No imaginaba mejor descanso para un alma en pena.

La mansión había sido construida a principios del siglo veinte por Marieta, una mujer cuya historia había adquirido, al pasar de boca en boca, una dimensión fantástica que a mí me subyugaba.

Marieta había pertenecido a una acaudalada familia de la comarca. Al morir sus padres, heredó las tierras menos productivas, es decir, las más cercanas a la playa, mientras que a sus hermanos se les legaron los cultivos más rentables. Se esperaba que ella, en su condición de mujer, consolidara su posición a través de un buen matrimonio.

Aunque su destino estaba ya trazado, Marieta no quiso resignarse. Tomó el dinero y los objetos de valor que le habían correspondido y se marchó a Barcelona. Al poco tiempo encontró trabajo como modista. Carecía de mundo y se podían contar con los dedos de la mano los vestidos elegantes que había visto a lo largo de su vida; sin embargo, era virtuosa con la aguja, poseía un don innato para cribar en un parpadeo lo bello de lo mediocre y, enraizado en las entrañas, el firme empeño de labrarse un futuro libre de ataduras. Así fue como se convirtió en Marie.

Las cupletistas del Paralelo, deseosas de deslumbrar a su público, fueron sus primeras clientas. A estas las siguieron las burguesas que frecuentaban los ambientes bohemios, a las que tuvo el olfato de ofrecerles diseños de corte distinguido, pero con rectificaciones frescas y atrevidas que daban a su indumentaria un aire más acorde con el espíritu alegre y distendido que empezaba a respirarse en los círculos liberales de la ciudad.

No tardó en reunir el dinero suficiente para abrir su propia tienda, en cuyo taller cosía ignorando el cansancio, alentada por la convicción de que cada puntada daba consistencia a su sueño.

En su nueva aventura le resultó muy útil, además de su talento, su facilidad para ganarse la confianza de las mujeres de la alta sociedad. Se esforzó por conocer el círculo de amistades de cada una de ellas y así prever los eventos en los que podían coincidir. De este modo evitaba que se encontraran en la misma fiesta luciendo un modelo similar, del mismo color o, peor aún, de calidad inferior.

Esa devoción por el trabajo bien hecho no pasó desapercibida entre las mujeres de posición acomodada, que acabaron por considerarla

imprescindible para su exhibición social. Tal fue su rendición que llegó un punto en que solo se sentían bien vestidas si era ella quien las aconsejaba.

En un tiempo récord adquirió prestigio, dinero y la satisfacción de sentirse dueña de sus decisiones. Una de ellas fue la de levantar una espléndida casa en una de las tierras recibidas en herencia.

Anhelaba un lugar donde pasar sus periodos de descanso y ninguno le pareció más apropiado que una casa junto a la playa.

Diseñó la casa a su antojo, con amplios ventanales desde los que contemplar el mar y un jardín para hundir las manos en la tierra. En él plantó una buganvilla que, con el tiempo, había invadido por completo la tapia. Desde entonces, todo el mundo se refería a aquel lugar como la Casa de las Buganvillas.

Nunca había visto un colorido como aquel. Sus hojas eran azulinas, con intensas motas anaranjadas. Al llegar el frío, cuando el viento las arremolinaba en la base del muro, se me antojaban pedazos del atardecer caídos del cielo.

La mansión se convirtió en escenario de fiestas y punto de encuentro de intelectuales y artistas. El papel secundario al que se relegaba a la mujer en sociedad no tenía cabida entre aquellas paredes. Escritoras, pintoras o actrices participaban de forma destacada en las encendidas tertulias que surgían de manera espontánea en las palpitantes reuniones.

En esas ocasiones, los invitados se comportaban libremente, sin la coacción de anquilosadas normas sociales. Vestían de forma estrafalaria, se bañaban en la playa impúdicamente y resquebrajaban con sus carcajadas el árido silencio del lugar.

Cuanto más se divertían los invitados, peor era el concepto que los vecinos tenían de aquella mujer que no solo había desobedecido a su destino, sino que, además, había tenido la osadía de regresar para restregarles su felicidad por las narices. La alegría resulta ofensiva para el que es incapaz de compartirla.

El fluir de ideas y ese entender la vida como una mezcla de conocimiento y gozo se esfumó en el 36, con el estallido de la guerra. Llegaron días de incertidumbre, el pasto ideal para los que deseaban expiar rencores y miserias. Una noche, un grupo de hombres armados con escopetas y herramientas de labranza reventaron la puerta de la Casa de las Buganvillas. La irrupción pilló desprevenida a su dueña, quien, a pesar de las advertencias de algunos de sus amigos, nunca creyó hallarse en peligro. La sacaron a rastras y le dieron el paseo. Me preguntaba qué clase de persona podía hacer algo así.

Nadie supo dónde fue abandonado su cuerpo. La mansión fue expropiada y, acabada la contienda, pasó por varias manos hasta que, finalmente, quedó deshabitada. Con los años había quedado reducida al cascarón de una bella historia.

Continué mi camino. Avanzar es la única forma de combatir la

nostalgia. La valentía, el talento y el pequeño cosmos que Marieta había sido capaz de crear se habían perdido definitivamente, igual que las huellas de mis pies desaparecían barridas por las olas.

Una nube ocultó la luna y durante unos segundos atravesé a tientas la densidad de las sombras. A pesar de la oscuridad, distinguí el conjunto de barcas del que Sil y yo solíamos partir al amanecer. El mal sabor de los sucesos de los últimos días me pellizcó el estómago. Pero dejé mis emociones en suspenso. Me había parecido ver una silueta entre las barcas. Escruté con inquietud la negrura. La luna, liberada del velo pasajero, volvió a iluminar la playa. Respiré aliviada, todo estaba en orden. Aun así, apresuré el paso.

No había dado ni dos zancadas cuando una zarpa me agarró de la camiseta tirándome hacia atrás. Sin ocasión de sobreponerme, la extraña presencia me pasó un brazo por encima de los hombros, sujetándolos con firmeza. Cualquiera que nos hubiera observado desde la distancia habría interpretado ese ademán como una muestra de confianza o protección. De cerca, las cosas eran muy diferentes.

Intenté desasirme, pero no pude. Lo único que conseguí fue ver el rostro de mi agresor. Era el bravucón que me había estado acosando en el bar.

El aire se me trabó en la garganta.

Aproximó su rostro al mío y me susurró al oído una cadena de palabras que fui incapaz descifrar. Estaba tan asustada que lo único que pude percibir fue el olor pastoso y caliente de su aliento.

El asco que me provocaba el roce de su cuerpo contra el mío me heló la sangre.

A partir de ahí todo se precipitó.

Me atrajo hacia él sin que apenas pudiera oponer resistencia. Me magreó los pechos mientras emitía una risita aguda. Yo me quedé inerte, como una muñeca de trapo a la que tuviera derecho a zarandear. En el fondo tal vez fuera así. Tal vez esa situación fuera culpa mía, por andar sola de noche, por no haber previsto las consecuencias, por no haber aceptado su juego, por no ser nadie. El estupor me había convertido en una víctima mansa. Él, en cambio, se mostraba cada vez más envalentonado.

Pasó su lengua por mi cuello muy despacio, recreándose en la repulsión que me provocaba. Luego me empujó hacia delante, como quien tira un trasto viejo.

Caí al suelo y él se abalanzó sobre mí. Grité, pero mi voz se ahogó en la conciencia de que nadie acudiría a ayudarme.

Sus manos hurgaron en su bragueta para después buscar el botón de mi pantalón. Cuando comprendí lo que iba a ocurrir, pataleé y supliqué. Él me arremangó la camiseta y el sujetador. Una de mis piernas quedó libre y conseguí darle una patada. Nada más. Él recuperó el control,

recolocó su cuerpo sobre el mío y castigó mi intento propinándome una sonora bofetada.

Me convertí en un trozo de carne muerta. La desesperación había cortado los hilos que me mantenían unida a la vida.

Cerré los ojos, huérfanos de lágrimas, y pensé que no era posible, que aquello no estaba ocurriendo. Pensé en lo que me dirían mis tíos si no lo ocultaba, pensé en Sil, en los clientes del bar, en la gente del pueblo, en cómo me mirarían si llegaban a enterarse. Y solo al final pensé en mí, en mi dolor, en mi rabia, en mi humillación.

Estallé en un sollozo que agitó todo mi cuerpo.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

La realidad se transformó, como si un vendaval la hubiera sacudido.

Una fuerza misteriosa me liberó del peso que me aprisionaba.

El cuerpo de mi atacante se elevó casi un metro por encima de mí. En su rostro convivían la excitación y el desconcierto.

La visión duró solo un instante porque, a continuación, lo vi estrellarse contra las barcas, impulsado por unos brazos poderosos.

Me incorporé recomponiéndome la ropa como pude, dispuesta a salir corriendo de allí.

Mientras lo hacía, entreví a un hombre alto, moreno, de espaldas anchas, que zarandeaba a aquel animal.

El que hacía unos segundos susurraba obscenidades a mi oído ahora tenía la nariz ensangrentada y el rostro abotargado.

Mi salvador parecía capaz de tumbarlo con la fuerza de un solo brazo.

No fue eso lo que hizo.

Lo agarró por los testículos.

La presa se encogió en un gesto de profundo dolor.

—Te lo voy a decir solo una vez, así que presta atención. Vuelve a hacer algo así en tu vida y ten por seguro que estés donde estés, me enteraré, iré a por ti, te ataré una roca a los huevos y te tiraré al mar.

La furia soterrada de su voz intimidaba tanto como el contenido de sus palabras. No cabía duda de que aquel tipo era capaz de cumplir punto por punto su amenaza.

Lo que ocurrió a continuación corroboró esa impresión.

Le aprisionó la mano y, tomando uno de sus dedos, tiró de él hasta que se quebró como una rama seca. El alarido de dolor de aquel miserable se hubiera extendido por toda la playa si el miedo a soliviantar la ira de su agresor no le hubiera obligado a contenerse.

—Esto te va a atormentar un tiempo. En eso está la gracia. Quiero que cada vez que una punzada de dolor te recorra el cuerpo digas en voz alta: «Soy una mierda».

Hizo una pausa esperando una respuesta.

—¿Lo has entendido?

—Sí —respondió el otro sollozando.

—Quiero estar seguro de que lo has aprendido bien. A ver, repíteme qué dirás cada vez que te duela el dedo.

—Soy una mierda.

La escena se había desarrollado con rapidez. Tanta, que yo aún seguía allí, cuando lo único que deseaba era huir, dejar atrás la vergüenza, el asco, la ira, la impotencia que me atenazaban. Todas aquellas emociones me pesaban como una culpa.

—¿Estás bien?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que se dirigía a mí.

Asentí sin haber mudado el espanto del rostro.

El prisionero aprovechó la ocasión para escabullirse y huir convertido en una rata asustada.

—¿Quieres que te acompañe a algún sitio?

Negué presurosa con la cabeza.

Una nube deshilachada tamizó la luz de la luna, que llegó hasta nosotros convertida en un débil resplandor. El suficiente como para vislumbrar a aquel individuo.

No era tan alto como me había parecido cuando me hallaba en el suelo, pero podía presumir de una constitución proporcionada y atlética. Lucía una melena abundante, poco apropiada para su edad, pues ya debía andar por la treintena. La nariz, huesuda y prominente, acaparaba el protagonismo de su rostro.

Dio un paso hacia mí.

Fue todo lo que necesité para reaccionar.

Empecé a correr.

Antes de hacerlo me dio tiempo a distinguir el verde de sus pupilas y la cicatriz que, como una firma del destino, subrayaba su ojo izquierdo.

Capítulo 5

La ignorancia no es desconocimiento, es impermeabilidad. Es creer que lo que no sabes no existe.

Los días retomaron el sendero de la normalidad y mis emociones encontraron en la rutina un cauce en el que recolocarse. Me había hecho el firme propósito de enterrar los malos recuerdos. La dolorosa experiencia de la playa aporreaba con insistencia la puerta de mi memoria, pero yo me esforzaba por darle el valor de una pesadilla, convencida de que acabaría por desvanecerse. La vida resulta más sencilla si se suelta lastre.

Me había ganado una buena reputación como empleada. No tenía problema para encontrar casas que me requirieran para limpiar, planchar o arreglar el jardín. En todas esas actividades me desenvolvía con soltura. No disponía de mucho tiempo libre; aun así, me apresuraba a comprometerlo. El trabajo se había convertido en una terapia aliviadora.

Lamentaba no tener amigos. De niña, mis tíos habían coartado cualquier posibilidad de que compartiera ratos de juego con vecinas o compañeras de escuela. Más tarde, descubrí que no me sentía cercana a los de mi edad. Mi vida estaba demasiado llena de ausencias y silencios.

Al ordenar mis recuerdos, me doy cuenta de que si no me hubiera sentido tan sola y desorientada no hubiera buscado con tanto ahínco otras formas de evasión, como la que acabó virando el rumbo de mi vida.

Cualquier cambio se inicia con una pequeña vibración, el amago de una mudanza. En mi caso, ese impulso fue encontrar, abandonadas en la playa, unas gafas de bucear.

Tenían la correa gastada, pero la corté y reajusté en las hebillas. Me apretaban un poco, pero podían seguir usándose. Este sencillo gesto trazó una nueva línea en mi destino.

Una vez servidos los almuerzos y antes de que empezaran mis obligaciones vespertinas, me acercaba a la Casa de las Buganvillas, abandonaba en la arena mis cosas y me zambullía en el mar.

Para la mayoría de los mortales era el momento de solazarse en sobremesas perezosas, de entrecerrar los ojos y aligerar la mente. Sil llamaba a ese intervalo la hora muerta, porque nadie entraba en la cantina y la playa se quedaba vacía. La gente buscaba una madriguera en la que aletargarse. Yo hubiera hecho lo mismo en caso de disponer de un refugio. La alternativa no era mala. Podía sumergirme en el agua y rastrear tellinas,

como quien va al encuentro de una nueva oportunidad.

Me zambullía una y otra vez. Cuando me cansaba de contener la respiración, salía y buscaba cangrejos escarbando en la orilla. Las minúsculas partículas de nácar se clavaban en mis rodillas y, al remover la arena, mi nariz se llenaba de efluvios que me evocaban un universo escondido custodiado por crustáceos.

Guardaba mis capturas en un cubo que, luego, ofrecía a Sil. A cambio me daba una pequeña propina. Sin propina, habría actuado de la misma manera. Prefería que él sacara provecho de los cangrejos ofreciéndolos como aperitivo o enriqueciendo un arroz que entregárselos a mis tíos, quienes, estaba segura, encontrarían un inconveniente donde en realidad había un beneficio. Ya no tienes edad para perder el tiempo con esas tonterías. Este y otros comentarios de naturaleza similar serían todo el aplauso que recibiría.

En una de esas ocasiones en que rastreaba la arena húmeda, me percaté de la presencia de un hombre absorto en la lectura de un libro. Él también estaba solo e, igual que yo, no se le ocurría mejor lugar que la playa para abandonarse en esa hora aciaga. De tanto en tanto, alzaba la mirada y deslizaba sus pensamientos por los tornasolados reflejos que jugueteaban en la superficie del mar.

La camisa, colgada en el respaldo de la silla, ondeaba animada por la brisa, como si se tratara de una bandera de rendición. Excepto por ese movimiento, todo en él era quietud, la estampa de una estatua serena.

Me fijé en él con más atención. Tenía la piel bronceada, de un uniforme tono cobrizo, el pelo blanco y las mejillas laceradas por antiguas cicatrices consecuencia del acné. No recordaba haberlo atendido en la cantina, aunque era probable que así fuera, casi todo el mundo se dejaba caer por ahí antes o después.

Al sentirse observado, alzó la vista.

Le saludé cautelosa con un gesto de la mano que él correspondió.

—Deben gustarte mucho los cangrejos —exclamó.

—Tanto como a usted los libros. Si le apetecen —añadí señalando el cubo—puedo regalarle unos cuantos.

Sonrió mostrando unos dientes demasiado separados entre sí.

—En otra ocasión, no creo que supiera sacarles provecho.

Volvió a fijar su atención en el libro. Yo me ajusté las gafas de bucear y regresé el agua. El universo recuperó su anterior apariencia, pero la realidad había cambiado por completo.

A partir de aquel breve intercambio, empezamos a saludarnos con naturalidad y a charlar un rato en cada uno de nuestros encuentros.

Supe que se llamaba Antonio, que estaba casado, que tenía hijos mayores que ya hacían su vida y que llevaba años alquilando un apartamento en la playa. Su esposa bajaba por la mañana a atiborrarse de sol. A él le seducían más la luz y la soledad de la tarde, más afines a su

afición lectora.

Era contable. Trabajaba para una importante firma, aunque le faltaba poco para jubilarse. Desde hacía algunos años afrontaba las vacaciones como un ensayo general de lo que sería su vida cuando se retirara definitivamente.

—Y a ti, ¿te gusta leer? —me espetó un día.

—No.

—Pero habrás leído algún libro.

—Los que me ordenaban en el colegio. A trozos —confesé.

—Entiendo —susurró mirándome con conmiseración—. ¿Y no has vuelto a leer nada más desde entonces?, ¿algo que tú hayas elegido?

—En mi casa no hay donde escoger.

Me observó esperando a que añadiera algo más, como si mi respuesta no fuera explicación suficiente.

Incómoda por esa pausa incriminatoria, decidí tomar la iniciativa.

—¿Qué está leyendo?

Me mostró la cubierta de su libro, me contó a grandes trazos su argumento y me habló del autor, un hombre que había muerto siglos atrás. En posteriores encuentros reiterábamos ese patrón de conversación. Cada vez que estrenaba lectura, circunstancia que se producía con inusitada frecuencia, me mostraba el volumen y me describía el contenido de sus páginas. Sin darme cuenta, fui perdiendo interés por las tellinas y ganándolo por los libros. Al verlo tan concentrado, no podía resistir la tentación de preguntarle sobre las vicisitudes de los personajes. No le gustaba que interrumpieran su lectura, pero conmigo hacía gala de una encomiable paciencia.

Un día, antes de plegar la silla y despedirse, me dijo:

—Toma, esto es para ti.

Me tendió un pequeño volumen de tapas verdosas.

—*La isla del tesoro*, de Stevenson. Te gustará.

Lo cogí con respeto, como si ello implicara una responsabilidad que no estaba convencida de poder asumir.

Esa noche, ya acostada, lo abrí con delicadeza y olfateé sus páginas. Olían a humedad. Desde entonces ese ha sido para mí el olor del descubrimiento. Empecé la lectura y, para mi sorpresa, me absorbió. Por fortuna, cuando le devolví el libro, Antonio ya me tenía otro preparado.

Dejé de llevar el cubo y las gafas a la playa. Prefería extender una toalla junto a su silla, sentarme su lado y leer en silencio. Así pasamos muchos ratos aquel verano. Hasta que llegaron las tormentas, las tardes se acortaron y las persianas empezaron a cerrarse.

La última tarde nos despedimos de la forma habitual, como si nos fuéramos a reencontrar al día siguiente. Salvo por una pequeña diferencia. Antes de echarse a andar, con la silla plegada bajo el brazo, Antonio me entregó una pesada bolsa. Al mirar en su interior descubrí que estaba llena

de libros de desigual tamaño y grosor.

—Con esto tendrás suficiente para pasar el invierno. Ya me los devolverás cuando regrese —me aclaró.

—Gracias —susurré dejando que el aroma a papel y palabras secretas me llenara la nariz.

Levanté la vista para contemplar a mi amigo marchar. Pero vi algo más que eso.

Algo que no podía ser: una sombra se había movido en la ventana desnuda de la Casa de las Buganvillas, una sombra que me observaba y que se desvaneció como un fantasma.

Capítulo 6

No hay aventura más genuina que la infancia. Bastan cien metros para adentrarse en un paisaje indómito, apagar la luz para conocer el miedo, y perder el contacto de una mano para saber que estás solo.

Antes de que llegara la primavera había terminado los títulos que Antonio me había prestado. Algunos eran obras recientes, otros habían sido escritos décadas, incluso siglos, atrás, pero todos me cautivaron y, sobre todo, me ayudaron a sobrellevar el letargo que, durante los meses de invierno, invade los pueblos costeros.

Al acabar la jornada en la cantina, regresaba a casa de mis tíos y me encerraba en mi cuarto. Devoraba un ejemplar tras otro. Sumergirme en aquellas vidas tan diferentes me aliviaba, me alejaba de mí misma. Al volver a la realidad, el mundo me resultaba más habitable y aprehensible.

En invierno la playa aumenta su belleza, pero para no verse arrastrado hacia un páramo de melancolía se requiere una solidez anímica de la que yo carecía. Pasear en bicicleta resultaba menos exigente. Descubrí que aligeraba mis cargas, que pedaleando mi ánimo se tonificaba y que, por las noches, agotado el último ápice de energía, conciliaba mejor el sueño.

Antes de que las sombras difuminaran los límites de los árboles, cuando el paisaje susurra confidencias, recorría los campos salpicados de almendros, olivos y algarrobos.

De las casas cercanas me llegaba el aroma de pescado frito, de aceite caliente, de familia reunida alrededor de la mesa.

El silencio corría por mis venas y el aire acariciaba mis emociones, apaciguándolas. Mientras regateaba veredas trazadas por el tiempo, con el pecho agitado por el esfuerzo, me embargaba una poderosa sensación de libertad.

Para superar las vías del tren atravesaba un túnel. Dentro la temperatura descendía de forma abrupta y el eco de mi pedaleo retumbaba contra las paredes. Aun siendo conocedora del efecto acústico, no podía evitar volver la cabeza para confirmar que seguía sola, que nadie me seguía.

Continuaba por el camino que transcurría paralelo a los raíles. Si coincidía con el paso de un convoy, me gustaba acelerar, fantasear con la idea de que podía alcanzarlo. Al aproximarse a la estación, el tren reducía

la marcha y entonces el sueño se hacía realidad.

Cuando llegaba a Can Milà, la hacienda de una masía abandonada, daba la vuelta. El sendero continuaba, pero me había prometido a mí misma que nunca superaría esa frontera.

Lo que había más allá me dolía como una llaga abierta.

Nunca había estado en aquel terreno invadido por zarzas, cañas e hinojos, ni pensaba hacerlo. En aquel punto exacto, cuando yo era una niña, mi madre se había arrojado a las vías del tren.

Su cuerpo mutilado fue encontrado horas después.

El lúgubre hallazgo pilló a los vecinos por sorpresa, aunque no lo suficiente como para que no se atrevieran a elucubrar sus propias hipótesis. Dijeron que había sufrido un ataque de locura, que no había podido superar el abandono del hombre que la había preñado, que una hija era una carga muy pesada para llevarla en solitario.

No era la conmiseración la que alentaba aquellos comentarios, sino la complacencia de poder manifestar su superioridad moral. Esa mujer se había entregado al hombre equivocado. Debería haber calibrado las consecuencias de sus actos, sentenciaban.

Para él ni un reproche, para ella la culpa.

Mientras todos hilvanaban una explicación yo tenía clavada en el alma una pregunta. Si a ella le dolió la soledad, ¿cómo pensó que iba a sentirme yo?

Lo intentaba, pero me costaba perdonarla.

En las noches frías ella me arropaba con un cobertor de lana elaborado con piezas desiguales. Resultaba una pintoresca composición de colores, cenefas y ribetes en la que faltaba una pieza. No se concedió el tiempo para terminarlo.

En su ausencia, seguí arrebujándome en esa manta. Durante un tiempo conservé la ilusión de que bajo su amparo nada malo podría ocurrirme.

Aparte de algunas bagatelas, esa fue la única herencia que me dejó.

Solía extenderla sobre la cama, como si cumpliera un ritual de sumisión ante el dolor, y contemplaba el hueco de la pieza ausente. Sonreía con amargura. Mi madre me había brindado, como última ofrenda, un alegórico retrato del vacío que sentía dentro de mí.

Recordaba con una nitidez avasalladora el miedo que me atenazó las horas siguientes a su desaparición, el desconcierto que me paralizó ante los que, durante el velatorio, se acercaron para dedicarme unas palabras de consuelo. Aquella noche soñé con caras deformadas por un rictus de falso dolor. Unas garras surgidas de la oscuridad me asían y arrastraban hacia un territorio inhóspito. La pesadilla se hizo realidad al día siguiente, cuando me comunicaron que debía ir a vivir con mis tíos. Ellos se harían cargo de mí. Con el transcurso de los días las palabras de consuelo, las sonrisas contritas y las caricias desmayadas se disolvieron en la cotidianeidad, dejando al descubierto la crudeza de la realidad, la certeza

de que ya nada volvería a ser como antes.

Aunque habían transcurrido muchos años desde su muerte, tenía el convencimiento de que, si me atrevía a traspasar el límite que marcaba Can Milà, me encontraría con el cuerpo de mi madre sobre las vías, destrozado por el paso del tren, como si continuara allí aguardándome.

Y tal vez fuera cierto.

Capítulo 7

Los otros intervienen en nuestra vida como adjetivos, describiéndonos, o preposiciones, conectándonos con el entorno. Muy pocos nos llevan a la acción, como los verbos.

Quedarme a cenar en la cantina se había convertido en una costumbre. Los primeros días le pedí permiso a mi tío, quien, para mi alegría, consintió satisfecho. Un gasto menos, debió calcular. Yo pensé en los ásperos silencios que me evitaba.

Comparado con la cara avinagrada de mis parientes, sentarme a comer con Sil me parecía un festival.

A la sobremesa solían unirse sus compañeros de dominó y algún que otro parroquiano rezagado. De forma natural me fui integrando en aquellas reuniones invernales. Al principio me limité a actuar como espectadora, escuchando sus anécdotas trasnochadas, siempre enriquecidas con exageraciones, pero poco a poco me fui animando a intervenir.

La idiosincrasia de mi vida familiar me había convencido de que hablar solo estaba justificado cuando se precisaba transmitir un mandato o un reproche. Rodeada de aquellos hombretones descubrí que para charlar no era imprescindible tener algo que decir, hasta llegué a convencerme de que, cuanto más fortuito fuera el inicio, más provechoso era el resultado.

Para mi sorpresa, me revelé como una persona ingeniosa, envalentonada ante un público que acogía mis ocurrencias con interés. Supongo que detrás de la complacencia de mi auditorio se escondía la fascinación por una inocencia y una juventud que ellos ya habían perdido.

El calor de las horas compartidas acabó por difuminar el recelo que había despertado en mí la conversación telefónica que había escuchado en el almacén, retazos de un diálogo privado que pasé a considerar equívoco.

Sil era poseedor de una dualidad confusa. La forma redondeada de sus ojos dibujaba en su rostro una expresión de inocencia que la negrura de sus pupilas se empeñaba en contradecir. Su risa brillante y estentórea encontraba el contrapunto en sus rotundos cambios de humor. Igualmente, era capaz de mostrarse arisco y cercano en el transcurso de una misma conversación. Hasta su costumbre de calzar zuecos podía interpretarse como una actitud transgresora o anacrónica.

Decidí apostar por su faceta afectuosa, igual que un jugador lanza

sobre el tapete su última esperanza. Si la quemazón de la duda se avivaba, la ahogaba en la sensación de bienestar que me proporcionaba el calor de su compañía y la de sus camaradas. Aquel grupo se convirtió en algo similar a una familia. Con ellos compartía charlas espumosas que ejercían sobre mí un poder balsámico.

Me gustaba escuchar sus historias, sobre todo las que tenían como protagonista a Sil.

—¿Os acordáis cuando estuvo saliendo con una viuda y su hijastra al mismo tiempo? —La pregunta era lanzada por Vicente, a quien le gustaba rescatar periódicamente ese episodio que les provocaba idéntica hilaridad en todas las ocasiones.

Miguel tomaba el relevo.

—Dos mujeres espléndidas. La madrasta no tenía nada que envidiar a la joven, lo que no tenía de lozanía lo compensaba con unos andares endiablados.

Y como si el resto de sus compañeros no conocieran los pormenores del relato, Salvador los detallaba.

—Ninguna de las dos sabía que compartían al mismo hombre y hubiera seguido siendo así si el hermano, único varón encargado de velar por el honor de la familia, no hubiera descubierto el enredo.

Llegados a este punto, los tres dirigían sus palabras hacia mí.

—Fue un milagro que Sil saliera sano y salvo.

—El muchacho se presentó en su casa armado con una escopeta.

—Iba a descerrajarle un tiro cuando las dos amantes acudieron presurosas para impedirlo. Les preocupaba más que el sujeto de su amor pudiera sufrir algún daño que la traición de la que habían sido víctimas.

—Mostraron arrepentimiento e imploraron el perdón para Sil, quien, por su parte, con el rabo entre las piernas, prometió no volver a verlas nunca más.

—Nuestro amigo puede resultar muy convincente, así que el agraviado acabó guardando la escopeta.

—Pero eso no es lo mejor de la historia.

—Pasadas unas semanas, las mujeres se personaron en su casa para entregarle un horario organizado de manera que las dos pudieran disfrutar de su amante sin ser descubiertas.

Las risas interrumpían constantemente el relato.

—Lo habían previsto todo para que, mientras una estuviera con Sil, la otra pudiera encubrirla manteniendo alejado al hermano.

—Me negué a seguir ese juego. Soy un hombre de palabra —intervenía entonces el protagonista.

Vicente, Miguel y Salvador estallaban en una carcajada unísona.

—Si no accediste fue porque ya tenías a otra en tu cama.

Sil guardaba silencio y se levantaba de la mesa con cualquier pretexto, dando por concluida la anécdota hasta que, semanas más tarde volvía a

repetirse. Cuando alguno de ellos faltaba a su cita con el dominó, me permitían ocupar su lugar.

Mi juego era mediocre, basado en la intuición más que en el cómputo numérico. Conscientes de mis carencias, corregían mis errores o señalaban mis aciertos convencidos de que sus enseñanzas no caían en saco roto.

Ocupar el lugar de Salvador me azoraba. El temor a defraudar a Sil menoscababa mis capacidades. Si, por fortuna, acertaba en la estrategia, mi compañero soltaba una carcajada al final de la partida y me sentía feliz. Cuando no era así, fruncía los labios y desviaba la mirada, como si mi incompetencia ni siquiera fuera merecedora de un reproche. Aun en esas circunstancias, disfrutaba de esos ratos.

El invierno transcurrió ligero. Empezaban a asomar los primeros brotes primaverales cuando recibí el encargo de ir a acondicionar un apartamento. Al cruzar la puerta me golpeó un fuerte olor a humedad. El piso llevaba cerrado desde septiembre. Abrí persianas y ventanas para que el ambiente se aireara. La última luz de la tarde cubrió el comedor con un manto dorado. Sobre el horizonte, como una línea de fuego, el cielo mostraba una tonalidad carmesí.

Me puse a trabajar. Quité el polvo acumulado en los muebles, revisé el baño y me dirigí al dormitorio principal. El colchón estaba desnudo. Yo misma había lavado y guardado las sábanas al finalizar la temporada. La ropa de cama se guardaba en un armario empotrado al final del pasillo. Saqué las piezas que necesitaba. Entonces, me pareció oír un ruido seco.

Me sobresalté. No era una persona temerosa, al menos no lo era antes del ataque sufrido en la playa. Recordé que estaba sola en un edificio vacío y en un apartamento bajo, fácilmente accesible desde el exterior. Cautelosa, regresé al comedor. Comprobé con alivio que el batiente de una de las ventanas se había cerrado por efecto de la corriente. Recuperé la calma. Aun así, volví al dormitorio con paso apresurado.

Vestí la cama y revisé la habitación contigua. Todo estaba como debía. Respiré. Ya solo me restaba conectar la nevera y pasar la fregona. Entré en la cocina dispuesta a finalizar la tarea. Los pies se me clavaron al suelo, la mandíbula se me aflojó y el cubo se me resbaló de las manos. Ni siquiera percibí el sonido cuando chocó contra las baldosas.

La puerta de la galería trasera estaba abierta. Resultaba evidente que alguien había reventado la frágil cerradura de un golpe.

Eso no era lo peor.

El autor del asalto estaba derrumbado en el suelo, la espalda apoyada contra los armarios y una mancha de sangre en el costado de la camisa. Una mancha que crecía al mismo ritmo que mi estupor.

Ahogué un grito y salí corriendo.

—Espera.

La orden sonó firme, pero en ella subyacía una súplica.

Fue eso lo que hizo detenerme.

Asida al marco de la puerta, examiné al intruso.

Lo primero que vi fueron sus ojos verdes, que me miraban con un tinte de sorpresa. Lo segundo, la cicatriz que, como una firma del destino, subrayaba su ojo izquierdo.

—Me alegro de volver a verte —dijo sin poder ocultar el dolor que le provocaba la herida.

Tragué saliva.

Aquel tipo tenía el don de aparecer en el lugar y el momento más insospechados.

—No te preocupes, no es tan grave como parece —intentó tranquilizarme al detectar mi alarma.

—¿Qué haces aquí?, ¿has entrado a robar?

Los hurtos eran habituales cuando las residencias de veraneo quedaban vacías. Los amigos de lo ajeno tenían que conformarse con un paupérrimo botín, un viejo televisor y, con suerte, algo de efectivo, pero el esfuerzo para hacerse con ello era mínimo. Las cerraduras eran endebles.

—Sería bastante estúpido por mi parte asaltar una casa con un tajo como este, ¿no crees?

—¿Quién te ha hecho eso?

—Digamos que he tenido un encuentro inesperado.

—Es igual, no me cuentes nada, no quiero saberlo.

—Como quieras, tú has preguntado.

Me asaltó un nuevo temor.

—¿Alguien te persigue?

—¿No me acabas de decir que no quieres que te cuente nada?

—Esto sí.

—Ya no. Le he dado esquinazo. Por eso estoy aquí. Por cierto, supuse que el apartamento estaría vacío.

—Pues ya ves que no.

—¿Vives aquí?

—No, he venido a limpiar.

—Pues ya que he tenido la fortuna de encontrarte, ¿podrías conseguirme unas gasas, unas vendas o algo que se le parezca?

No me acababa de fiar de aquel tipo. Aunque mi primer encuentro con él fue providencial, resultaba evidente que la violencia formaba parte de su vida. Debía de tratarse de un ladrón, un camorrista o ambas cosas a la vez. Lo ignoraba. Lo que sí sabía era que le debía una, y muy grande.

Volví al armario del que había sacado las sábanas y le tendí un paño limpio.

Lo presionó contra la herida.

Sin pensarlo le espeté:

—No puedes quedarte aquí.

—Solo necesito recuperarme un poco, nada más. No te causaré ningún problema.

—Este es un mal sitio para quedarse —insistí—. Los propietarios pueden presentarse en cualquier momento. Si no quieres recibir visita tendrás que irte.

Levantó la cabeza y me miró con una expresión neutra, como si sus preocupaciones estuvieran más allá de esa cocina. Derrumbado en el suelo, su cuerpo aparentaba menor envergadura que el día de la playa, pero la camisa, ceñida a su cuerpo, evidenciaba una recia musculatura.

—Ven, apóyate en mí —le ordené ofreciéndole el brazo.

Una vez logró ponerse en pie, le ayudé a salir del apartamento. Aunque se movía con ligereza, a cada paso su rostro se contraía de dolor. Avanzamos por una galería donde se sucedían las puertas de otras viviendas. Rebusqué en mi manojo de llaves y abrí una de ellas. Pasamos al interior. Me apresuré a asistirle de nuevo. Si se le ocurría apoyarse en algún sitio dejaría rastros de sangre.

—Aquí no te molestará nadie, pero no hagas ruido ni enciendas la luz. Tendré que contarles a los propietarios del apartamento que les han entrado. Estarán recelosos.

—Entendido.

Le di la vuelta a los almohadones del sofá antes de permitir que se sentara en él.

—Puedes descansar ahí, pero procura no manchar nada.

Me sentía incómoda, con ganas de escabullirme, aunque dentro de mí bullía la satisfacción de poder saldar una pequeña parte de la deuda contraída. De no haber sido por aquel individuo mi vida se habría convertido en un campo minado por el asco, el dolor y la vergüenza.

Me adentré por el pasillo y regresé con un botiquín.

—Estás de suerte. Aquí veranea una familia con tres niños que se parten la crisma cada dos por tres. Seguro que en este estuche encontrarás algo que te pueda venir bien.

Echó un vistazo y, como si ese mero gesto le hubiera proporcionado alivio, descansó la cabeza en el respaldo del sofá.

Sus ojos quedaron fijos en el techo unos segundos.

Aproveché para contemplarlo sin reservas.

Su mandíbula era cuadrada, rotunda. Las mejillas mal rasuradas y la melena enmarañada le daban un aspecto poco tranquilizador. Era el retrato perfecto del hombre del que una mujer no debía fiarse. A pesar de ello, o quizá por eso mismo, me resultó muy atractivo.

Perdió el interés por el techo y me miró con aire abatido.

Su aspecto había empeorado.

—¿Quieres que busque un médico? Podría avisar a alguno. —Mi propuesta obedecía a un impulso, aunque enseguida me di cuenta de que no tenía mucho sentido—. Me temo que no podría traerlo aquí —

rectifiqué.

—No te preocupes, con lo que hay en este botiquín puedo enmendar el estropicio.

—Debo irme. He de apresurarme a limpiar las manchas de sangre que habrás dejado.

No era mi intención que sonara a reproche, pero no estuve segura de haberlo conseguido.

—Gracias por tu ayuda.

—Gracias a ti por salvarme aquella noche —dije bajando la mirada.

Él también la desvió, como si recordar aquel momento le incomodara tanto como a mí. Pensé que nuestra conversación había acabado, así que me dispuse a salir. Apenas había dado un par de pasos cuando volvió a reclamarme.

—¿Puedes hacerme otro favor?

Asentí.

Economizando al máximo los movimientos, buscó algo en uno de los bolsillos de su pantalón. Extrajo un pequeño objeto que depositó en la palma de mi mano. Lo contemplé sorprendida. Era un canto rodado, uno de tantos que el mar abandona en la orilla. Su única particularidad es que era completamente negro, sin ninguna veta que rompiera su uniformidad.

No entendí el significado de aquello.

—¿Conoces el búnker?

—Claro.

Durante la guerra civil se construyeron a lo largo de la costa trincheras y nidos de ametralladora para evitar posibles desembarcos. El búnker al que acababa de hacer referencia aún permanecía en pie, muy cerca de la cantina de Sil. Tenía una entrada posterior, una aspillera frontal y dos laterales que habían sido decoradas con garabatos de variada naturaleza. Los críos usaban esa fortificación como escenario de juegos y las parejas acudían con frecuencia en busca de refugio. Los años lo habían convertido en un elemento completamente integrado en el paisaje, inofensivo, aunque no exento de misterio.

—En el lado izquierdo del muro orientado hacia la playa, a la altura de tus rodillas, verás una pequeña brecha. Deja esta piedra allí.

Era una petición extraña.

La extrema seriedad de su rostro sesgó de raíz mi intención de preguntar qué sentido tenía aquello.

Recordé su pericia a la hora de romper un hueso.

No parecía de esa clase de personas que se entretienen en dar explicaciones.

—¿Lo harás? —quiso asegurarse.

Asentí, y entonces él sonrió por primera vez.

Capítulo 8

Somos enigmas que los demás intentan resolver.

Había dejado la piedra en el sitio indicado.

No entendía el sentido de todo aquello, pero no era eso lo que me inquietaba. Mis preocupaciones eran de índole más práctica. Me desosegaba que el intruso que había acomodado en una vivienda a mi cargo cometiera alguna imprudencia que acabara ocasionándome problemas. Por eso había madrugado más de lo habitual, había preparado un bocadillo y me había hecho con una botella de vino.

Con todo metido en un capazo, me dirigí hacia el edificio donde había estado limpiando el día anterior.

Accedí con cautela al apartamento que ocupaba mi huésped. Las luces estaban apagadas, tal como le había indicado. Al cerrar la puerta, el piso quedó completamente a oscuras. El silencio también era absoluto.

Fui a susurrar su nombre, pero entonces caí en la cuenta de que lo desconocía. Mis ojos se habituaron a las sombras. Como por arte de magia, la negrura de la estancia se fue diluyendo. El sofá donde lo había dejado estaba vacío.

—Hola —balbucí avanzando hacia las otras habitaciones.

No recibí respuesta.

Allí no había nadie. Su ausencia me decepcionó. Quizá me contrariaba haberme tomado una molestia inútil.

Me encogí de hombros. Mejor así. Un problema que me quitaba de encima. Había actuado siguiendo los dictados de mi conciencia. Estaba en paz conmigo misma.

Cuando salí, el día empezaba a despuntar. Si había una prueba de que Dios existía era esa, los rayos de sol abriéndose camino en la mañana.

El mar, plano como la superficie de un espejo, invitaba a zambullirse, aunque aún había que esperar un par de meses para que la temperatura del agua empezara a ser agradable.

A lo lejos, una figura llamó mi atención. El Hombre de los Perros caminaba hacia mí. Sus acompañantes habituales trotaban arriba y abajo, sorteando el embestir de las olas. Él también se percató de mi presencia y me saludó del mismo modo que lo había hecho aquella primera vez en el bar de Sil. Se había convertido en un gesto habitual ente nosotros cuando nos entreveíamos en algún olivar o viñedo, él con sus perros y yo con mi

bicicleta, o cuando se detenía en la cantina.

Los animales fueron los primeros en llegar. Olisquearon el cesto con interés. Él vaciló un instante, dudando si detenerse o no. Era la primera vez que nos encontrábamos a solas el uno frente al otro. Esa circunstancia pareció intimidarle.

Animada por un impulso, saqué el bocadillo que había preparado y se lo ofrecí. Su aspecto me disuadió de entregarle la botella de vino.

Observó el bulto envuelto en papel de estraza como si se tratara de un mensaje indescifrable. Transcurridos unos segundos, se apoderó de él con decisión. Lo desenvolvió y le propinó un amplio bocado que hinchó sus carrillos. Todo lo infantiles que me parecían sus ademanes, lo tenían de gélidos sus ojos.

Llevé mi mano a la sien, pero él no me correspondió. Toda su atención estaba en aquel trozo de pan y en sus perros, con quienes había empezado a compartir pedazos del botín.

Al llegar a la cantina encontré a Sil arreglando mi vieja BH. La pastilla delantera del freno estaba gastada y se había ofrecido a ayudarme.

—No esperaba que lo hicieras tú solo —le reproché al llegar. No me agradaba delegar en otros mis tareas.

Sil masculló algo. El destornillador que sujetaba entre los dientes deformó sus palabras convirtiéndolas en un amasijo incomprensible. Me tendió la rueda que acababa de desmontar y continuó trabajando como si yo no estuviera allí.

Estaba de mal humor, saltaba a la vista. No sabía por qué, pero acostumbrada a sus giros emocionales, eso resultaba irrelevante. Me limité a ejercer de ayudante mientras seguía atentamente sus movimientos.

—¿A dónde vas? —soltó de sopetón.

Peor hubiera sido que me hubiera preguntado de dónde venía, aun así su demanda me descolocó. No sabía a qué se refería.

Al ver que no contestaba, insistió con un tono bronco.

—Que a dónde vas cuando sales con la bici.

—Por ahí.

—Decir eso y nada es lo mismo.

Reclamó la rueda con un movimiento apremiante de la mano. Me dio la impresión de que aquel gesto impaciente tenía más que ver con el deseo de recibir una respuesta concreta que con la necesidad de recuperar la pieza.

—Paseo por los campos que parte la vía del tren.

Sus dedos se paralizaron durante un instante. Luego retomó su quehacer.

—¿A las vías del tren? —En su voz había cautela, pero también la vibración que imprime la inquietud.

Entendí al instante el significado de esa agitación.

—No, hasta allí nunca voy —susurré.

Me clavó sus ojos oscuros, apretó los labios y asintió con un gesto de cabeza. No hacían falta más palabras para que ambos supiéramos lo que el otro estaba pensando. Aunque todo el mundo sabía dónde se había suicidado mi madre, nadie hablaba de ello en mi presencia.

—Sujeta aquí —me ordenó mientras intentaba alinear la rueda.

Durante unos minutos nos concentramos en aquella labor.

—¿Qué recuerdas de ella? —me espetó de repente.

Mi corazón brincó. No estaba acostumbrada a que me plantearan ese tipo de preguntas. Las macabras circunstancias de su fallecimiento la habían expulsado del limbo de la memoria. A todos los muertos les estaba permitido regresar a través de la evocación de los vivos, pero a ella no. A ella nadie la mencionaba.

—No mucho. Apenas tenía cinco años cuando se fue. —Solía usar ese eufemismo—. Hasta los detalles de su rostro se han diluido. Es como si la hubiera perdido dos veces. La primera fue muy dolorosa, pero la segunda es más cruel. He buscado fotografías suyas en casa de mis tíos, pero hay muy pocas y, además, aparece muy joven. Me cuesta reconocerla. Es lógico, porque son anteriores a mi nacimiento. Con la voz me ocurre lo contrario. Me resulta muy fácil escucharla dentro de mí. El resto son impresiones sueltas, sacudidas de la memoria: el aroma de su piel, la paz cuando dormía en su cama, el sabor del pan con tomate que me preparaba, la suavidad con que me desenredaba el pelo o lo segura que me sentía cuando me tomaba de la mano. Nunca nadie ha vuelto a hacerlo.

Tragué saliva. No me sentía cómoda exponiendo mis sentimientos.

Sil se incorporó y se limpió las manos en las perneras del pantalón.

—Y tú, ¿qué recuerdas de ella? —Era la primera vez que se me presentaba la oportunidad de hablar del asunto fuera del escueto entorno familiar y no estaba dispuesta a desaprovecharla.

—Muy poco. No me traté con ella, pero tengo entendido que era una muchacha agradable, trabajadora, como eres tú ahora.

—Puede, pero físicamente no me parezco a ella.

—No mucho.

Si mi madre nunca había sido tema de conversación, menos mi progenitor, que poseía la etérea entidad de una sombra.

En la improvisada intimidad que se había creado entre Sil y yo, intuí que se entreabría una puerta que siempre había estado cerrada.

Me lancé.

—Debo de haber heredado los rasgos de mi padre.

—Seguramente.

—Resulta extraño parecerse a alguien que no has visto, que ni siquiera sabes quién es —insistí.

Dejó caer la herramienta. Al chocar contra el suelo produjo un ruido quedo.

—Es lo más normal del mundo. Nos empeñamos en hallar semblanzas

con los parientes cercanos, pero todos estamos hechos de pedazos de gente que murió hace décadas, personas que el tiempo ha borrado.

Hizo rodar la rueda de la bicicleta.

—Pruébala —ordenó.

Me subí e hice un breve recorrido apretando los frenos varias veces.

—Va perfecta, gracias.

Cabeceó satisfecho, pero al instante asomó en su rostro un gesto agrio.

—¿Piensas malgastar las horas de trabajo yendo en bicicleta? Espabila.

Sin replicar, me metí en la cocina. Cuando mostraba ese talante, lo mejor era mantener una distancia preventiva.

No manifestó ningún interés en volver a entablar conversación conmigo hasta que la tarde tiñó el cielo de violeta.

Después de comer en la cantina se respiraba tranquilidad. Solo se oía el murmullo de algunas voces perezosas. Eché un vistazo a los clientes asegurándome de que todo estuviera en orden. Nadie reclamaba mis servicios.

Saqué el libro que llevaba en mi capazo y un lápiz con el que subrayaba las frases que llamaban mi atención. No me habría atrevido a hacerlo con los libros de Antonio, pero ese era mío. Lo había comprado en un establecimiento en el que se despachaban artículos de pesca y playa, *souvenirs* horripilantes y periódicos. Semanas atrás, cuando ya había agotado las reservas que me había cedido mi amigo, descubrí que la tienda había ampliado su oferta con un expositor giratorio repleto de ediciones de bolsillo. Desde entonces, pasaba por allí regularmente, a husmear y comprar.

Elegía mis lecturas por razones tan endebles como la cubierta o los precarios argumentos de la contraportada. Lo curioso es que siempre acertaba. Con el tiempo descubrí que el mérito no era mío, la colección era buena.

Me senté a una mesa junto a la ventana y me enfrasqué en la lectura hasta que, al cabo de un rato, los zuecos de Sil arrastrándose por el suelo me hicieron levantar los ojos del papel.

Se acercaba con parsimonia, con su andar bamboleante. Al fondo, sus compañeros de juego revolvían ruidosamente las fichas de dominó.

—¿Para eso te pago, para que te sientes a leer?

—Por desgracia, no. Me pagas para que sirva a clientes que piden una única consumición, se pasan horas calentando la silla y dejan propinas ridículas.

Antes de que Sil pudiera encajar mal mis palabras, añadí:

—Todo está en orden. Si alguien me reclama me tendrán a su disposición de inmediato.

Miró el libro que tenía entre las manos como si fuera un animal peligroso. No le hacía gracia mi afición a la lectura. La consideraba una excentricidad. Era de esa clase de personas que cree que la vida debe

limitarse a la realidad.

—¿A santo de qué te ha venido este gusto por la lectura?

No se me pasó por alto que aquella era la segunda vez en la misma jornada que Sil se interesaba por mis asuntos. Primero por mis paseos en bicicleta y ahora por mis aficiones.

—En este pueblo no hay mucho que hacer, de alguna manera he de evadirme de la realidad.

—¿Me dejas que lo vea?

Su petición me dejó atónita.

Lo hojeó con curiosidad, deteniéndose en algunas páginas.

—Has señalado algunas frases.

—Sí, las que me gustan. Así, puedo releerlas cuando quiera.

Volvió a repasar el volumen, como si esperara encontrar algo en él.

Vicente, Miguel y Salvador habían elegido ya sus fichas y esperaban su regreso.

¿Sil había abandonado la partida para perder el tiempo con mi libro? Realmente aquella era una situación extraordinaria.

—¿Buscas algo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me sorprende tu interés.

Me miró con altivez.

—¿Qué quieres que busque en un libro?

—No sé, tal vez lo mismo que busco yo.

Guardó silencio unos segundos. Unos segundos en los que me taladró con sus pupilas.

—Estoy empezando a creer que te pago demasiado. Te da tiempo a vaguear y a malgastar la paga.

Habló con tanta aspereza que sus palabras me rascaron la piel.

—Es lo mismo que hacen tus clientes, aquí se viene a eso, ¿no? A vaguear y a malgastar.

Temí que mis palabras lo enfurecieran, pero yo también estaba contrariada por sus ariscos modales.

De su garganta empezó a brotar un carcajeo suave que, antes de llegar a la mesa de sus compañeros, se había transformado en un torrente arrollador.

Capítulo 9

Desconocemos el signo de nuestra suerte. La desgracia se disfraza de fortuna, la fortuna viste harapos. La confianza allana el terreno a la traición, el amor a la posesión, el odio al deseo. No sabemos apenas nada. Si acaso, que no siempre lo que se anhela conviene. En estas circunstancias, lo mejor es vivir.

Aquel día me esperaba una sorpresa.

—Te he encontrado un trabajo.

Me extrañaron dos cosas. La primera, que fuera Sil quien me hiciera la propuesta. La segunda, que no me lo dijera hasta media mañana, cuando ya llevábamos horas trasteando juntos.

—¿De qué se trata?

—De una casa. Necesitan a alguien que limpie, cocine y mantenga el jardín. Vamos, lo que sueles hacer, ¿te interesa?

—Sí, claro, falta saber si podré organizar mi horario.

—Podrás.

—¿Qué días tendría que ir?

—Todos. De lunes a viernes.

—¿Por la mañana o por la tarde?

—Cuando prefieras. Tres horas.

Abandoné la cebolla que estaba picando y miré a Sil como si fuera un venado flotando en el mar.

—No puedo aceptar ese trabajo sin reducir parte de mi jornada aquí. Sabes que tengo otros compromisos con Encarna que me conviene conservar.

—Puedo prescindir de ti, no te preocupes.

El venado empezó a trotar sobre las olas.

—¿Me estás despidiendo?

—Te estoy ofreciendo un trabajo que puedes compaginar con solo recortar un poco tu jornada aquí.

Deposité el cuchillo sobre el mármol.

—Me necesitas. Sobre todo, ahora que llega el verano, esto se va a llenar de gente.

—Puedo apañarme. No vayas a pensar que eres imprescindible. Además, los fines de semana estarás libre para venirte a la cantina.

Dejó de prestarme atención y empezó a juguetear con el contenido de una sartén.

—¿De qué me sirve aceptar otra casa si al final voy a acabar ganando lo que ya saco trabajando aquí? Me resulta más cómodo mantener este empleo que tener que ir de un lado para otro.

—Te pagarán el doble.

La conversación empezaba a interesarme. Me recreé calculando el dinero que podría ahorrar en un par de meses. Mis tíos no tenían por qué enterarse de ese aumento en la ganancia.

—¿Son de fuera? —Los extranjeros solían ser más generosos al establecer el precio hora. Venían de un universo paralelo a años luz del nuestro.

—No.

Puse los brazos en jarras y lo miré con suspicacia.

—¿Quién va a pagarme el doble?

—¿Se puede saber qué te pasa? —bramó—. Maldita sea. ¿Quieres o no quieres trabajar en la Casa de las Buganvillas?

Poco después de que Sil hubiera formulado esa pregunta, salí de la cantina haciendo un esfuerzo por contener mi excitación. Pensar que iba a entrar en aquella casa producía en mí un estallido de emociones.

Empujar las puertas batientes y acceder al porche sombreado fue como zambullirse en una piscina de agua templada. Me bastó pisar las primeras baldosas, regadas de arena, para que explotara mi entusiasmo. Contemplé la playa a través de las celosías. Desde esa perspectiva el mar resultaba todavía más bello y misterioso.

El portón de la casa carecía de timbre. Golpeé con la aldaba y esperé. Nadie acudió. Repetí el gesto con el mismo resultado. La casa era demasiado grande como para que el modesto eco de mi llamada se propagara por el interior. Empujé y comprobé que estaba abierto. Me encontré en una sala iluminada por un amplio ventanal. La mayoría de los muebles ocultaban su genuina forma bajo sábanas cargadas de polvo. Intuí una mesa, varias sillas y un diván.

Una vitrina y un aparador estaban a la vista, con los lienzos que los habían cubierto tirados en el suelo. La primera tenía las puertas desencajadas y los estantes desnudos. El segundo, los cajones extraídos, exhibiendo su vacío.

En algunas zonas, las paredes habían sido remozadas, como si las hubieran repicado y vuelto a enyesar.

A pesar de la suciedad, la casa olía bien. A sal, a lona tendida al sol.

Al final de un corredor, de techo altísimo, se abría paso una escalera. Sobre sus peldaños se derramaba una luz tímida, primeriza. El verano aún era un pájaro temeroso.

—Hola —voceé.

Nadie contestó.

Avancé un poco más.

Se oía música en el piso de arriba. Una melodía bella, de cadencia antigua.

Recordé la sombra que había visto en una de las ventanas superiores el día que me despedí de Antonio. Sentí deseos de salir corriendo. Fue un pensamiento pasajero. Ningún fantasma iba a echarme de aquella casa.

Insistí en mi llamada, esta vez con mayor energía.

A un lado y a otro del pasillo, las paredes estaban decoradas con pequeños cuadros con motivos florales y marineros. Me acerqué a uno de ellos. Parecían bordados.

—Es punto de cruz —dijo una voz desde el pie de la escalera.

Di un respingo. Al girarme, vi a un hombre.

La luz caía sobre sus hombros, resaltando su contorno.

Entorné los ojos para convencerme de que los sentidos no me engañaban.

Aquello no podía ser cierto.

El aparecido me miraba con igual estupefacción.

Lo imprevisible no puede reiterarse, de lo contrario acaba convirtiéndose en una costumbre.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó entre enojado y sorprendido el individuo que me había salvado en la playa, el mismo al que había socorrido yo en el apartamento.

—Me han dicho que necesitas a alguien que venga a limpiar.

—¿Tú eres tú?

—Casi siempre.

—Quiero decir que si tú eres la chica que envía Sil.

Asentí mientras miraba con recelo a aquel tipo con tendencia a aparecer en los lugares más inesperados.

—¿Limpias todas las casas de la costa?

—A lo mejor es al revés y eres tú quien aparece en todas las casas que limpio.

Detuvimos nuestro breve diálogo cargado de recelo para observarnos en defensa propia.

Fui yo quien rompió el silencio.

—¿Vas a vivir aquí?

—Esa es mi intención, al menos durante algún tiempo.

—¿Cuántos sois de familia?

—¿Familia? Estaré yo solo.

—Es una casa muy grande para una sola persona.

—Bueno, eso es relativo. El espacio es esencial para los que no somos muy sociables, nos permite escuchar el eco de nuestra voz.

Aquel tipo era un engreído. No hacía ningún esfuerzo por disimularlo. Me sentí tentada de soltarle un comentario sarcástico, pero recordé que iba a trabajar para él, a cambio de un buen sueldo, así que me mordí la

lengua.

—¿Eres rico? —La pregunta brotó de mis labios sin pensarlo.

—Según se mire.

No me sorprendió la respuesta, era la que podía esperar de un tipo que con toda probabilidad se ganaba la vida con actividades ilícitas.

—Me alegra ver que te has recuperado de tu herida.

—Soy duro de pelar.

—¿Cuándo quieres que empiece a trabajar?

—Cuanto antes mejor. Está todo patas arriba.

En eso tenía razón. No había visto mucho, pero lo suficiente como para ser consciente de los estragos que los años de desatención habían causado.

—Si el resto de las habitaciones está como la sala de abajo, voy a tener que invertir una buena cantidad de horas para ponerla al día. Y en el jardín imagino que también. Se lo deben haber tragado las malas hierbas.

Asintió, la mirada puesta en mí, la mente en otra parte. Tal vez pensara en las malas hierbas, en cómo diferenciarlas de las buenas.

La música que había estado sonando se detuvo dejando un silencio embarazoso, de sala de espera.

—Puedo empezar mañana, si quieres —propuse para cerrar el paréntesis.

—Estupendo. ¿Quieres que te enseñe un poco todo esto?

Eso había que reconocérselo. Desprendía arrogancia por todos los poros de su piel, pero tenía el don de la oportunidad. En sus apariciones y en sus ofrecimientos. Me moría por visitar aquella mansión.

Iniciamos el recorrido por la planta baja. Atravesamos la sala que ya había visto. Pasamos a un *office*, con las paredes completamente forradas de armarios, y un lavadero por cuyo desagüe trepaba el olor del abandono. Luego me mostró la cocina, grande y desangelada, con un fregadero de mármol, una cocina de cuatro fuegos y un lavadero.

A través de una portezuela acristalada se accedía al jardín. Este bordeaba parte de la casa, ganando amplitud en la fachada principal. Como había supuesto, presentaba un aspecto lamentable. Costaba imaginar su estado original. Las hierbas y arbustos invasores desdibujaban sus perfiles. Los *pittosporum* y los laureles habían colonizado gran parte del terreno. La única que mantenía su reinado era la magnífica buganvilla, el resto había sido absorbido por la maleza y el desorden.

Me adentré en él y reparé en un camino de piedra que había quedado oculto. Al final del mismo, había una fuente, un banco de piedra y una pileta decorada con coloristas piezas de cerámica que imprimía una nota de elegante nostalgia.

Volvimos al interior, cruzamos una galería y accedimos a un cuarto con un camastro que comunicaba con un aseo y una salita muy coqueta que en su día debió utilizarse como cuarto de plancha.

Completado el recorrido por el área doméstica, regresamos al pie de la escalinata, donde nos habíamos saludado.

La majestuosidad de su trazado marcaba una frontera.

A medida que ascendíamos, florecía un universo fantástico, con revestimientos de mármol, maderas nobles y lámparas de araña. Pero más que la calidad de los materiales, lo que imprimía distinción a esa parte de la casa era la amplitud.

Un vestíbulo, luminoso y diáfano, comunicaba tres únicos espacios. A la izquierda, vi un vestidor con espejos de cuerpo entero y armarios empotrados. Me llamó la atención que estos estuvieran destripados. En el lado opuesto había un baño. Destacaba una magnífica bañera de porcelana con grifería de cobre y flores estarcidas. Recorrí sus bordes con la punta de los dedos.

Al fin, entramos en el dormitorio principal. Una gran cama estaba orientada hacia la balconada que se abría a la playa. Parecía ser el mejor lugar del mundo para ver empezar un nuevo día. Guardando la misma simetría que había observado en el vestíbulo, a un lado había un tocador de ébano y mármol, que conservaba en su superficie algunos frascos y, al otro, un canterano y una mesilla flanqueada por dos butacas con la tapicería rasgada. Las tripas asomaban por debajo del terciopelo.

La ventana acaparó mi atención. Fue desde ese rincón donde alguien me había estado observando.

Me detuve frente al cristal.

—¿Te ocurre algo?

—Nada. Solo quería contemplar la playa desde aquí.

—Las vistas son espectaculares.

—Ya lo creo.

—Pues ya verás cuando salgamos a la terraza.

Mi acompañante se agachó. Entonces reparé que había allí una pequeña cómoda sobre la que descansaba un tocadiscos. El plato seguía dando vueltas. El traqueteo de la aguja al repasar una y otra vez el último surco se imponía al murmullo del mar.

—Déjame que ponga otro disco.

Rebuscó entre un abanico de vinilos esparcidos por el suelo.

Aproveché para salir a aquella terraza que había contemplado alelada en incontables ocasiones. Deseaba disfrutar de su belleza en soledad.

Llené mis pulmones y alcancé un estado superior de embobamiento. Me transformé en otra persona. Supongo que uno no puede visitar el lugar de sus sueños y seguir siendo el mismo.

Tuve que hacer un esfuerzo para no corretear bordeando la baranda con los brazos extendidos.

Desde el interior volvió a surgir otra melodía antigua.

—¿Te gusta Dean Martin?

Ya no estaba sola. Una lástima.

—No sé quién es.

—¿Nunca has oído hablar de Dean Martin?

A nadie le gusta que le traten como si fuera idiota y menos cuando es consciente de que está muy próximo a parecerlo.

—Si tuviera tu edad tal vez lo sabría.

—No sé qué edad te crees que tengo. No soy tan viejo. Los discos no son míos, los encontré en la casa. He pensado que entonan bien con la atmósfera que se respira aquí, ¿no crees?

Asentí sin prestar demasiada atención. Me esforzaba por no hacerlo. Había algo en aquel hombre que me resultaba terriblemente seductor. Tal vez fuera la desbordante seguridad en sí mismo.

Las vistas eran magníficas. Mejor aún de lo que había pensado.

Barrí con la mirada el horizonte trazado con la perfección de un tiralíneas.

La cadencia de un piano, más dinámica y alegre que la que había estado sonando en el disco anterior, me aceleró todavía más los latidos del corazón.

Cerré los ojos. Deseaba retener en la memoria aquel momento. No recordaba haberme sentido tan plena en mi vida.

—Impresionante, ¿verdad?

Fin del momento de éxtasis.

Cuando abrí los ojos él estaba a mi lado. La brisa agitaba su melena, que ahora parecía más larga. En sus mejillas no había rastro de la barba que las ensombrecía en nuestro último encuentro.

Se reclinó sobre la balaustrada. Entrelazó las manos. En uno de sus dedos lucía un anillo de oro, con un sello en el que se abrazaban dos iniciales. Me esforcé por descifrar la alambicada caligrafía. Creí adivinar una A y una L. Tal vez me equivocara, de lo que estaba segura era de que el anillo era horrendo.

—Todavía no me he presentado. Soy Álex Lobo.

Me tendió la mano.

Se la estreché. El gesto fue enérgico, el tacto cálido.

—Yo soy Laura.

—Lo sé.

La música se fue apagando y con ella la ilusión de hallarme en una realidad suspendida.

—¿Qué tal te trata Juan Sil?

—Bien, ¿por qué lo preguntas?

—No tiene un carácter fácil.

Se retiró el pelo del rostro. El sello de oro surcó sus mechones castaños. De uno de los bolsillos del pantalón sacó un paquete de cigarrillos. Sus dedos buscaron un agujero practicado en la base de la cajetilla. Me sorprendió que la parte superior, en cambio, estuviera intacta. Encendió el pitillo con un Zippo. El aire le obligó a proteger la estabilidad

de la llama con la mano. El chasquido metálico de la tapa al cerrarse concluyó mi tiempo de observación.

—¿De qué conoces a Sil?

—¿Haces siempre tantas preguntas? Quizá deba replantearme la oferta del empleo.

Tenía la certeza de que no iba a ser así, por eso volví a hacer un nuevo intento.

—¿Cuánto hace que os conocéis?

—Desde que me hizo esto.

Y con el dedo ensortijado señaló la cicatriz que adornaba su rostro.

Capítulo 10

La soledad te enseña a observar, a no hacer preguntas. La estrategia consiste en pasar desapercibido, como un soldado en un descampado. Nadie te va a cubrir, nadie te socorrerá si caes herido, nadie te vengará si te abate el enemigo. La trinchera es lo único que tienes.

Al llegar a la cantina me esforcé por contener las ganas de saciar mi curiosidad. Temía traspasar los límites de confianza establecidos. Intuía que, mientras los respetara, la relación entre Sil y yo transcurriría por cauces afectuosos. No estaba segura de su reacción si rebasaba ese muro invisible. Un mal paso podía romper el equilibrio. Lo conocía lo suficiente como para saber que, cuando se le incomodaba, su mal humor acababa calándote los huesos.

—¿Qué tal ha ido?

La pregunta fue lanzada entre un ir y venir de la barra.

Mi instinto de conservación se puso en funcionamiento.

—Bien. —Una palabra no podía acarrear un gran riesgo.

—Estupendo.

—Sí, estupendo.

Lo consideré unos instantes y decidí añadir cuatro palabras más.

—La casa es preciosa.

Con ellas esperaba alentar una conversación que no presentaba visos de prosperar. Una cosa era el temor a importunarle y, otra muy distinta, no propiciar la ocasión de que se explayara.

Mi ardid fracasó. Se olvidó de mí y centró su atención en las mesas exteriores. Un grupo formado por dos parejas buscaba sillas en las que acomodarse. Hacía sol y aire. Ellos lucían gafas de sol; ellas, sombreritos de colores. Habían elegido un enemigo diferente del que protegerse.

Arrastró los pies hacia sus presas mientras ensayaba una sonrisa.

De regreso, detecté una expresión inédita en su rostro. Aventuré algo cercano al abatimiento, pero Sil no era de esa clase de personas que malgastan el tiempo en estados de ánimo melancólicos.

—Pásame cuatro cervezas.

—¿Cómo te enteraste del trabajo en la Casa de las Buganvillas? —le solté sobrepasando mi límite de palabras y contraviniendo mi propósito inicial.

—Lobo vino por aquí, preguntando.

—Es extraño que no acudiera a Encarna —apunté dejando en el aire el efluvio de la desconfianza.

Equilibró las jarras sobre la bandeja. Sin decir nada se encaminó hacia la terraza. Raspaba el suelo con los zuecos y hubiera jurado que también lo arañaba con las uñas de los pies.

Volvió al mostrador y se recostó en él.

Nos quedamos callados, sin ninguna excusa que aliviara la tirante inactividad.

Busqué unos vasos que aclarar.

Antes del primer enjuague, Sil habló.

—¿Qué estabas diciendo?

—¿Yo?, nada.

—Me había dado la impresión de que querías preguntarme algo. Si es así, cuanto antes lo hagas, mejor. La vida es corta. Cuando nos llegue el último suspiro sentiremos haber perdido el tiempo.

—Me ha dicho que os conocéis —lancé a bocajarro.

—Sí, así es.

Por lo visto, él también se había hecho el propósito de no excederse en los vocablos.

—¿Y qué más te ha contado?

—Que la cicatriz que tiene en la cara se la hiciste tú.

—¿Alguna cosa más?

—Eso ya da para un buen rato de charla.

—Pues si tienes ganas de charla pregúntale qué estaba haciendo él cuando ocurrió lo que ocurrió.

Usando la imaginación podía pergeñar una respuesta. Por un lado, Álex Lobo, amigo de las actividades delictivas, por el otro, Sil, con poco margen para la negociación. Posiblemente, el primero había metido las narices en los asuntos del segundo y la cosa había acabado en reyerta.

—¿Por qué me envías a trabajar a casa de un tipo a quien le rajaste la cara?

Teniendo en cuenta que mi propósito era no entrometerme, no lo estaba haciendo muy bien.

Acomodó los codos en el mostrador y echó un vistazo a ambos lados, asegurándose de que nadie iba a escuchar sus palabras.

—¿Puedo confiar en ti?

—Claro.

Valoró la respuesta, escudriñándome, como si esperara hallar en mi cara la prueba irrefutable de mi honestidad.

—Fue un accidente. En realidad, le hice un favor. Si no llega a ser por mí, Álex hubiera acabado con algo más que un descosido en la mejilla.

Se sirvió un vaso de aguardiente. Al devolver la botella al estante, se aseguró de que el barquito de madera siguiera en su exacta posición.

Dejó que transcurrieran unos segundos. Temí que hubiera dado por terminada la conversación.

—Supongo que puedo contarte ciertas cosas.

Asentí moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Empezamos a conocernos. Te considero buena chica, hasta es posible que te haya cogido cariño.

Soltó una carcajada como si tenerme afecto fuera un chiste.

—En el pasado, trafiqué con tabaco. Fui contrabandista.

Me sentí decepcionada. Si esa era la revelación que iba a confiarme, no hacía falta tanto preámbulo.

Dio un trago, chasqueó la lengua y lanzó un hondo suspiro.

—El tabaco procedía de las islas. Tenía contacto con un importante proveedor. Él compraba la materia prima en Gibraltar y Argel y la manufacturaba. Yo le ayudaba a introducirlo en la península. Este tipo de trabajos siempre se me dieron bien. Me encargaba de organizar el desembarco y el almacenamiento hasta que el alijo era trasladado a un tren. El nuestro es un pueblo pequeño, pero juega un papel estratégico en el trazado ferroviario. Por aquí pasan convoyes que recorren todo el país. Durante años esta costa fue el paraíso de los contrabandistas. Pocos hombres para la vigilancia, almacenes abandonados y trenes para la distribución. Dinero fácil. Ahora las cosas han cambiado, el negocio está en los turistas.

Un cliente alzó la mano para pedir la cuenta. Se dirigió presuroso a cobrarle dejándome con el pasmo en el rostro. No me asombraba lo que me había contado, me asombraba que hubiera decidido hacerlo.

A su regresó aún debía de tener cara de boba.

—Cuando las entregas eran grandes, necesitábamos reunir mano de obra extra para hacer la faena en el menor tiempo posible. En una de esas ocasiones Álex Lobo se ofreció a trabajar con nosotros. No tendría más de quince años. Yo jamás lo hubiera reclutado, pero convenció a uno de mis hombres. Sabe cómo llevar a la gente a su terreno.

Sonreí para mis adentros. Lo decía una persona capaz de dar naturalidad a cualquier situación, hasta la de pescar una pierna en el mar. Por encima de mis pensamientos, seguí escuchando su voz.

—Es cierto que los chavales nos convenían. Eran más rápidos moviendo los bultos desde el banco de arena, aun así, teníamos por norma nutrirnos exclusivamente de los hijos de las familias que estaban en el ajo. No podíamos arriesgarnos a que alguien se fuera de la lengua. Álex era un extraño. Por eso no me hacía gracia.

—Si era ajeno al grupo, ¿cómo se enteró de vuestras actividades?

—Nos descubrió una noche. Podría habernos denunciado. En lugar de eso, vino a pedirnos trabajo. Estaba deseoso de vivir lo que a sus ojos resultaba una aventura. Le atraía el dinero, pero todavía más el riesgo. El caso es que lo aceptamos. Funcionó bien. Tenía buenas piernas y mejores

brazos. Lo que no sabíamos es que tuviera tan poca cabeza.

—¿Qué ocurrió?

—Que la cagó.

—¿Os robó?

—No, nada de eso. Una noche avistamos un guardacostas. Estaba lejos, pero convenía actuar con prudencia. Sabíamos que si surgía una situación de peligro teníamos que disolvernos, aunque ello acarreara perder parte de la mercancía. Salía más a cuenta que fastidiar lo que podríamos denominar una rentable estructura comercial. A nuestro proveedor le resultaba más barato desperdiciar unos kilos que volver a organizar la distribución. Sabíamos cómo actuar en estos casos. Ante una presencia inoportuna, el que hacía el transporte en lancha debía deshacerse del lastre y lanzarse mar adentro simulando ser un pescador, el resto, evaporarse en el agua o esconderse bajo las barcas que teníamos preparadas para ocultar el tabaco antes de ser trasladado al almacén. Por lo visto, esa parte no le entró en la cabeza a Lobo. Mientras todos se esfumaban, se encaramó a la embarcación e intentó convencer al que la manejaba de que continuaran. Este, sabiendo que se la jugaba, optó por saltar al mar y ponerse a salvo.

—Entonces los patrulleros pillaron a Lobo.

—Otra vez te equivocas.

—La patrulla se esfumó. El peligro parecía haber pasado. Lobo alcanzó la playa con los bultos de tabaco. Yo, que seguía escondido, vigilaba sus pasos. Me disponía a salir de mi refugio cuando de la negrura surgió un vigilante. Traía una sonrisa maliciosa y un claro propósito, apropiarse del alijo. Y ¿qué crees qué hizo entonces el insensato de Lobo?

—¿Tratar de huir?

—Que te crees tú eso. En lugar de amedrentarse, se puso gallito. El guardia, que, por lo que se desprendía de sus ademanes, venía envalentonado por una larga noche de alcohol, no necesitó mucho más para sacar un arma y amenazarlo con disparar.

—Imagino que ahí sí que tomaría conciencia del peligro.

—En absoluto. Empezó a soltarle una verborrea absurda que aumentó la crispación de aquel tipo. La cosa se puso fea, así que, antes de que ocurriera una desgracia, saqué mi navaja, me abalancé sobre él y lo desarmé. Peleamos con violencia. Lobo también se animó a intervenir. Cuando acabó la refriega me di cuenta de que la mejilla de Lobo sangraba. Con el ímpetu del ataque lo había herido sin querer.

—Mala suerte.

—¿Mala suerte? Álex Lobo tuvo una triple ración de suerte aquella noche. La primera, que yo estuviera allí, la segunda, que no le rajara el ojo y la tercera, que con el ajetreo se me pasara cantarle las cuarenta.

—¿Qué ocurrió con el vigilante?

—A pesar de todo llegamos a un entendimiento y acabó colaborando

con nosotros. Se llevaba un pellizco, pero nos mantenía informados de los movimientos de los guardacostas. Supongo que eres consciente de la confidencialidad de lo que te estoy contando, que esta no es una historia para ir soltándola por ahí.

—Por supuesto —asentí mientras imaginaba las manos de Sil manchadas de sangre.

—Confío en ti, Laura, como espero que tú también confíes en mí.

—Sí, claro —musité.

—Si quieres contarme algo, sabes que puedes hacerlo.

—No tengo nada que contar. Mi vida es muy aburrida.

Hundió sus ojos en los míos. Se me incrustaron como clavos en madera vieja. La conversación me había turbado, depositado en mí la inquietante sensación de que cuanto más sabía de Sil, menos creía conocerlo.

Presa de un repentino ímpetu, se irguió y dio un par palmadas en el mostrador.

—Y, ¿quieres saber algo más? Para colmo, luego me tocó aguantar el rapapolvo de su padre. Cuando vio lo que le había ocurrido a su hijo, me buscó para rendir cuentas. Por fortuna, pude aclararle la situación. De hecho, acabamos congeniando, hasta hicimos algún negocio juntos. Era un buen tipo ese Alfredo Lobo.

Me llamó la atención la utilización del pasado.

—¿Está muerto?

—Hace años.

Sentí lástima por Lobo, sabía lo que era perder a alguien importante.

Se me ocurrió algo.

—Álex Lobo y Alfredo Lobo, es curioso. Tienen las mimas iniciales.

—¿Y qué?

—Álex Lobo luce un anillo con ellas. Pensé que eran las suyas, pero podrían ser las de su padre. Tal vez sea una joya que heredó de él.

—Puede ser. Ojalá hubiera heredado algo más que ese anillo —dijo con un poso de acritud.

—¿Por qué lo dices?

Me miró como si no hubiera sido consciente de haber pronunciado en voz alta la última frase.

—Por nada. ¿Te ha mostrado la casa? —Su tono volvía a ser enérgico y despreocupado.

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—Ya te lo he dicho. Es preciosa. Muy hermosa, aunque presenta un estado lamentable. Debe haber sido saqueada. Ha estado muchos años abandonada. Pero conserva algo especial.

—¿Qué puede tener de especial una casa? —La pregunta salió de su boca como un perdigón.

—Carácter. Algunas casas, como las personas, se distinguen por su personalidad.

Sil me miró con reserva, igual que si se hallara ante un enfermo infeccioso. No era hombre de sutilezas.

—Si tú lo dices. Y ¿qué distingue a esta?

—Su placidez. Es cálida y acogedora. A pesar de sus dimensiones y de su estado de abandono, allí me sentí como si estuviera en un lugar seguro, a salvo.

—¿A salvo de qué?

—De nada en concreto, es una forma de hablar.

Un individuo entró de forma atropellada. El alboroto cortó nuestra charla. Era el Hombre de los Perros. Avanzó dando tumbos y acabó derrumbándose en una de las mesas del fondo.

Sil frunció los labios en un gesto de disgusto.

Me aproximé con cautela. Los borrachos son como animales sin domesticar.

Había cruzado los brazos y hundido la cabeza entre ellos. Sus hombros se sacudían al ritmo de un gimoteo infantil.

El desconsuelo de esos lamentos me removió las entrañas.

Sil soltó un bufido que casi me despeinó. Ponerse en la piel del otro no era una de sus virtudes.

—Me cago en la madre que me parió. Solo hay una cosa que me joda más que un borracho llorón, un borracho llorón que se ha gastado el dinero en otro bar.

—No estoy borracho. —El Hombre de los Perros levantó la cabeza y atravesó a Sil con el hielo de sus ojos. La rabia había sepultado al dolor—. ¿Me has visto alguna vez borracho?

—Si quieres sentarte en una de mis mesas tendrás que consumir —atajó Sil.

—Ya me ocupo yo.

Sil se alejó refunfuñando.

El Hombre de los Perros me clavó sus ojos de agua.

Si había conducido sus pasos hasta allí era por mí. Algunas sensaciones son emocionalmente irrefutables.

—Ha muerto, Laura, ha muerto.

—¿Quién ha muerto?

—Uno de mis perros.

—Lo siento —lamenté con sinceridad, pero también aliviada.

Me fijé en los animales que se habían quedado esperando en el exterior. Eché en falta al más grande.

—Al menos tienes otros —le animé con dulzura.

Se sorbió los mocos como un niño.

—Era el que llevaba más tiempo conmigo. Lo recogí cuando era un cachorro. Lo habían colgado de un árbol, junto al resto de la camada.

Cuando los encontré era el único que seguía con vida. Solo necesitábamos mirarnos para entendernos. Eso no me ocurre con los seres humanos.

Posé la mano sobre su hombro.

A Sil, que nos observaba desde la distancia, se le escapó un destello de alarma, como si me hubiera visto acariciar un alacrán.

—Lo ha matado un cazador. Ese mal nacido estaba donde no debía, disparando sin ton ni son. Uno de sus tiros alcanzó a número seis.

—¿Tu perro se llamaba número seis?

Me miró buscando el sentido a mi pregunta.

—No sé cómo se llamaba. Era mi perro número seis.

Asentí admirada ante el pragmatismo de aquel hombre que navegaba entre la ingenuidad y la brutalidad.

—Entiendo.

Volvió a abandonarse en un llanto incontrolado.

Fui en busca de un vaso de agua y se lo tendí.

Lo bebió obediente.

En aquel momento percibí las manchas secas que teñían de marrón la piel de sus manos.

—No es el primero que pierdo, he tenido muchos perros. Pero esta vez hay un culpable.

Era incapaz de apartar la mirada de esos siniestros borrones de sangre y tierra, me atraían como la luz a una polilla.

—Número seis está muerto porque a ese desgraciado le divertía disparar a animales indefensos. La gente que lleva un arma debería saber utilizarla, ¿no crees?

No supe qué contestar.

Dejó caer la cabeza a un lado. El dolor le pesaba.

—Lo he enterrado bajo un árbol.

Sentí que mis hombros se relajaban, que el barro y la sangre cobraban sentido.

—Eso está bien, así podrás visitarle y hablar con él —argumenté sin pensar en las vías del tren que yo era incapaz de pisar.

Entreabrió los labios. El resto del rostro adquirió la inmovilidad de una máscara. De su boca brotó una risa de vibraciones inquietantes. Me indicó que me aproximara. Lo hice. No le pareció suficiente. Adelantó su cuerpo para acercar sus labios a mi oído.

—A lo mejor no es el perro el que está bajo un árbol —susurró con voz acerada.

En sus ojos afloró un brillo de satisfacción.

El pulso se me aceleró, un barniz de sudor cubrió la palma de mis manos.

La voz de Sil planeó sobre nuestras cabezas, resquebrajando la burbuja de estupor que me envolvía.

—Largo de aquí. Tú y tus animales me espantáis a la clientela.

El Hombre de los Perros recobró la verticalidad de manera perezosa.

—Ya me voy.

No me moví. Intentaba convencerme de que aquellas palabras eran fruto de la fantasía consoladora de un hombre cuya cordura vacilaba como la llama de una vela.

Buscó mi apoyó para caminar. En verdad no estaba borracho, pero el dolor producía en él similares efectos.

Sus pupilas seguían encendidas, la expresión muerta. Sil lo observaba con el rostro contraído, la mandíbula desafiante. Advertí en ambos la misma esencia turbadora.

Avanzamos hacia los animales, que esperaban sumisos en el umbral. Cuando llegamos junto a ellos, su propietario les repartió unas caricias.

—Están tristes.

—Notarán la ausencia de su compañero —bisbiseé.

Hipó un par de veces, conmovido por esa certeza. Volvió a parecerme un niño. Tendió sus manos sucias hacia mí. Me retiré con un gesto instintivo.

—Tienes los ojos muy bonitos.

El halago me incomodó.

Se acercó más, como si quisiera cerciorarse de lo que acababa de decir.

—Sí, muy bonitos.

Me agarró del brazo y acercó de nuevo sus labios a mi oído.

—Igualitos a los de Austre.

Lo vi alejarse. El pelo revuelto, los perros pisando su sombra y un interrogante palpitándome en el pecho.

Capítulo 11

¿Es verdad que solo podemos escribir sobre aquello que conocemos? ¿Cómo hacer entonces para escribir sobre nosotros mismos?

Trabajar en la Casa de las Buganvillas me convirtió en otra persona. Mientras retiraba sábanas acartonadas, lavaba cortinas, removía capas de polvo, cepillaba suelos y frotaba con papel de periódico los cristales, descubrí algo que no había sentido jamás: que uno puede ser uno mismo sin percibir su existencia como una carga.

Trajinaba por sus estancias igual que una mariposa recién salida de la crisálida. Había una comunión entre mis esfuerzos y mi complacencia. El trabajo no me cansaba, al contrario, cuanto más hacía, más aumentaba mi afán. Aquella casa era el altar de un Dios que llevaba tiempo adorando.

Los horarios y ausencias de Lobo suponían una incógnita. Sus rutinas eran del todo irregulares. Podían pasar días sin que coincidiera con él, sin ni siquiera detectar signos de su paso por la vivienda, o encontrarlo tumbado en la terraza, fumando y escuchando viejos discos de Dean Martin durante jornadas seguidas.

A pesar de que aquel era el trabajo más gratificante que había tenido en mi vida, el mejor pagado y el que me ofrecía mayor libertad, sin las habituales exigencias quisquillosas con las que debía lidiar en otras residencias, la presencia de Lobo me turbaba. Tal vez las penosas circunstancias en las que se había producido nuestro primer encuentro contribuían a generar ese malestar.

En ocasiones, mientras recogía el dormitorio o algún rincón abarcable desde el sillón donde Lobo mataba el tiempo, detectaba sus miradas de soslayo, como si él tampoco acabara de sentirse relajado en mi presencia. Otras veces, cuando manteníamos breves conversaciones relacionadas con la intendencia, advertía en él una expresión concentrada. Escuchaba con tal atención mis comentarios sobre el estado de los muebles, los progresos de mi trabajo o los productos de limpieza, que cualquiera hubiera dicho que le aportaban un conocimiento extraordinario.

Lo más desconcertante era que, aunque se hallara ausente, continuaba sintiéndolo cerca. Ese insistente empeño de mi cabeza por mantener viva su presencia me generaba sensaciones encontradas, cercanas a la embriaguez a veces, próximas al nerviosismo otras.

Fue en uno de los momentos en que me encontraba a solas cuando tuvo lugar un extraño episodio.

Adecentaba los cajones de la cocina. En uno de ellos, entre trapos, encontré una cuchara de aspecto peculiar. Por el peso, constaté que era de alpaca. De haber sido plata, probablemente alguien se la hubiera llevado.

Tal como había supuesto la primera vez que entré en ella, la casa había sido desvalijada. Los estantes, cajones y armarios que no habían sido vaciados mostraban signos evidentes de haber sido registrados. Contenían un revoltijo de objetos sin valor. Los amigos de lo ajeno se habían llevado aquello que era fácil de vender. La vieja mansión había estado demasiado tiempo en manos de nadie para mantener intactas sus riquezas.

La cuchara parecía antigua, aunque tal vez no lo fuera. El tamaño resultaba peculiar, demasiado grande para tratarse de una cucharilla, demasiado pequeña para ser útil ante un plato de sopa.

Una filigrana torneaba su contorno y, en el centro del mango, lucía una concha engarzada. Los materiales indicaban que no se trataba de una pieza lujosa, pero no cabía la menor duda de que alguien se había esmerado para que el resultado fuera exclusivo.

Acaricié sus relieves, absorta. Así estuve un rato, hasta que el eco de un sollozo me arrancó de mi ensimismamiento.

Me sobresalté.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que mis mejillas estaban húmedas, de que era yo quien lloraba.

Desconocía el motivo de mis lágrimas, unas lágrimas que habían ejercido en mí un consuelo liberador. Me resultaba imposible encontrarles una explicación que no fuera el embrujo que la casa ejercía sobre mí.

Volví a depositarla en el lugar en que la había encontrado y me refugié en el jardín. Desbrozarlo me ayudaría a serenar las emociones.

Recorrí el terreno inventariando los trabajos pendientes. Había mucho que cortar, rastrillar y sanear. Junto a la cocina distinguí unos arriates ocultos por la maleza. Allí plantaría romero, tomillo. Las adelfas podían salvarse, también las margaritas silvestres, las banderitas y los hibiscos, aunque la falta de poda había afeado su forma.

De momento, empezaría arrancando las malas hierbas que ocultaban el camino de piedra.

Adosado a la pared lateral, encontré un cobertizo con herramientas y un par de espuertas. Suficiente para el trabajo que debía realizar.

Transcurridos unos minutos mi ánimo se había renovado. El aroma de la tierra removida podía ser tan vivificante como el del mar. Sin darme cuenta empecé a canturrear una de las canciones que Lobo insistía en escuchar una y otra vez. Carecía por completo de conocimientos de inglés, así que me inventé las palabras, buscando una similitud fonética. El resultado era bastante ridículo, pero no me importaba. Al fin y al cabo, estaba sola.

Continué mi labor, cada vez más animada, incluso elevé el tono de voz. Aunque no lo suficiente. No lo bastante como para no oír un insistente carraspeo.

Di un respingo.

Álex Lobo me contemplaba desde los escalones que unían la cocina con el jardín.

Sonreía divertido.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. En todo caso, demasiado.

—Veo que Dean Martin empieza a gustarte.

—Insistes tanto en poner los mismos discos que es difícil que no se te acaben metiendo las melodías en la cabeza.

La vergüenza me carcomía por dentro, pero intenté que no se notara.

Se acercó inspeccionando el estado del jardín.

Me pregunté de dónde vendría, qué haría en las largas horas que no pasaba en casa. Aunque prefería no saberlo.

—Debió de ser un jardín muy bonito.

—Y volverá a serlo. Hay mucho trabajo por hacer, pero los jardines son agradecidos. Con un poco de riego y cuidados dan lo mejor de sí, sobre todo uno como este. Quienquiera que lo planificara lo hizo bien.

Pensé en la mujer que había hecho construir aquella casa y una vez más constaté mi admiración por ella.

Echando un vistazo a la vegetación que nos rodeaba, añadí:

—Tendrías que ver las plantas absurdas que los propietarios de los nuevos chalés eligen para sus parcelas. Todos se empeñan en tener parterres de hortensias, gardenias y rododendros, como si aquí lloviera día sí día también. Son las flores y arbustos que ven en los folletos publicitarios de las constructoras y en eso se quedan. Por no hablar de la obsesión por el césped. Aquí hay poca agua, mucho sol y demasiado viento.

—Veo que sabes mucho de jardines.

—Si te ocupas de ellos es normal conocer este tipo de cosas. Se aprenden sin darte cuenta.

—Esos son los mejores conocimientos, los que uno posee sin ser consciente de ello, ¿no crees?

—Supongo —respondí sin entender demasiado bien lo que había querido decir.

Seguí golpeando la tierra con la azadilla hasta que esta, en lugar de hollar la tierra, rozó mi mano. El resultado fue un buen corte en un dedo.

Estaba claro que la presencia de aquel hombre me alteraba.

Al oír mi exclamación de dolor, se agachó.

—No es nada. —Además de ridícula iba a parecer torpe.

—Es un buen corte.

Me tomó del brazo y me condujo hacia el grifo de la manguera.

—Ve limpiándote la herida. Voy a buscar algo para protegerla.

Aunque me dolía, sonreí. Me hacía gracia la situación.

Él entendió mi hilaridad.

—Ya ves lo que son las cosas. Hoy toca que te cure yo. Voy a ver qué encuentro por ahí.

—Habría que organizar un buen botiquín —le voceé mientras se adentraba en la vivienda—. Somos un poco cenizos.

Regresó con una caja metálica.

—Tiene aspecto de ser del año del catapún.

—Servirá.

Vertió un chorro de agua oxigenada sobre la herida. El escozor contrajo mis facciones.

Acercó los labios al dedo y sopló.

No sé si el aire que salía de sus labios alivió la molestia, lo que sí sé es que dejé de sentirla.

Envolvió mi mano con las suyas. Me fijé en sus nudillos. Estaban magullados, como si los hubiera usado para pelear. Me mordí el labio. Lamenté trabajar para un tipo tan poco recomendable. A su lado, Sil era un hada del bosque.

Se había aproximado tanto que podía percibir su olor, una mezcla de esencias masculinas desconocidas para mí.

Tenía la boca seca; no obstante, tragué saliva.

Repasé mentalmente mi apariencia. Como era costumbre en mí, me había sujetado el pelo con una goma de pollo. Para trabajar me había puesto, a modo de delantal, una camisa vieja desechada por mi tío. Tenía manchas de tierra y era muy probable que oliera a sudor. Me reproché no haber cuidado un poco más mi aspecto. Enseguida censuré ese pensamiento estúpido. ¿Qué necesidad tenía yo de arreglarme para ir a trabajar?

Me aplicó una gasa sobre la herida y la aseguró con un esparadrapo.

Mostraba un gesto serio, como si sus movimientos exigieran máxima concentración.

—Esto ya está.

Le di las gracias.

Al mirarnos, me sorprendió el brillo de sus ojos. Fue un destello fugaz, pero real, al que le sucedió un envaramiento impostado. Algo le había perturbado. Fui incapaz de descifrar el origen de ese desasosiego.

Se apresuró a romper el incómodo silencio.

—No se te da muy bien cantar.

—No suelo hacerlo. —Porque desafinaba y porque mi vida, en general, no daba para grandes muestras de entusiasmo.

—¿Te gusta la música de los años cincuenta?

—De esa época solo he escuchado los discos que pones tú.

—Y fuera de aquí, ¿qué escuchas?

—Las canciones que ponen en la radio. No tengo otras opciones. He

de conformarme con la emisora que sintoniza Sil en el bar.

Resopló.

—Me hago una idea.

Volvía a estar allí la pátina de superioridad que me resultaba tan irritante.

—Pues ponen canciones muy buenas.

—Dime una.

—*Help*.

—¿De los Beatles?

—De Toni Ronald.

Soltó una carcajada que acabó de sulfurarme.

Debió de notarlo porque reculó en su actitud.

—Perdona, me ha hecho gracia tu respuesta. Ha sido muy espontánea. A mí me gustan artistas, cómo te diría, más internacionales. Tengo amigos en Londres que me envían los éxitos que suenan allí.

Olía bien, era atractivo y me había socorrido en una de las situaciones más angustiosas de mi vida, pero a veces resultaba tan presuntuoso que se me olvidaban sus gracias de golpe.

—A lo mejor no te acuerdas. Soy la que limpia. No tengo amistades fuera de este pueblo. La artista más internacional que conozco es Jeanette. —Hablé con tanta rabia que a mí misma me sorprendió.

Sus facciones se endurecieron. Me arrepentí de haberme mostrado insolente. Sacó la cajetilla de tabaco y extrajo un pitillo desde la base. Temí que se hubiera enojado.

Seguí temiéndolo cuando la llama del encendedor afloró entre sus dedos e iluminó su mirada acerada.

—Lo siento. Solo pretendía charlar un poco —se disculpó. Su voz, sin embargo, sonó fría y distante.

Dio media vuelta y dirigió sus pasos hacia la cocina. Me quedé ahí plantada, con el dedo herido y el ánimo soliviantado.

Antes de desaparecer en el interior de la casa se volvió y dijo:

—Márchate si quieres. Ese dedo necesita recuperarse. No hay nada que no puedas dejar para mañana.

Me quedé quieta unos minutos, dudando qué hacer. Si me iba y dejaba la situación tal como estaba, me sentiría intranquila el resto de la jornada.

Decidí ir tras él.

Lo alcancé en el piso de arriba. Ponía un disco. Mientras colocaba la aguja sobre el vinilo, sostenía el cigarrillo entre los labios. El humo ascendía hacia sus ojos.

No le sorprendió verme.

—Siento haber sido tan brusca —me disculpé.

Aspiró el humo del cigarrillo y lo expulsó por la nariz.

—Perdóname tú a mí. No quería resultar hiriente.

—No sé por qué te he contestado de esa manera. No se corresponde

con mi forma de ser. A lo mejor se me están pegando las maneras de Sil.

Forzó una sonrisa.

—Mientras no acabes llevando zuecos.

Consideré que ese era un buen momento para soltar el lastre que venía arrastrando. Así que dije:

—Supongo que me da vergüenza lo que ocurrió, la forma en que nos conocimos. Por eso reacciono de esa manera.

Aplastó el cigarrillo que acababa de encender en un cenicero de cristal tallado y metió las manos en los bolsillos. Dentro de ellos apretó los puños.

—¿Vergüenza?, ¿y de qué debes avergonzarte tú? No se te ocurra pensar eso. De hecho, lo mejor que puedes hacer es olvidarlo. ¿No te habrá vuelto a molestar ese indeseable?

—No, no ha vuelto por la cantina, ni él ni el resto de la pandilla que lo acompañaba.

—Eso está bien.

Un coro femenino arropaba a Dean Martin, que cantaba con un aplomo pasado de moda. La suya era la voz de otra época, de un tiempo desaparecido. Ese anacronismo transmitía al ambiente una impronta de aguda nostalgia.

Lobo se dejó caer en uno de los sillones de la terraza.

Di unos pasos hacia él, con los brazos laxos pegados al cuerpo. Me incomodaban, no sabía qué hacer con ellos. El aroma del mar llegó hasta mí mezclado con el humo del nuevo cigarrillo que Lobo acababa de encender. Aún no lo sabía, pero ese olor iba a conmoverme el resto de mi vida.

El aire soltó un mechón de mi coleta.

—Ya ves, al final escucho música más anticuada y más cursi que la que escuchas tú.

No dije nada. Sentía que una frontera nos separaba, como si hubiera una línea trazada en el suelo.

—En mi defensa puedo alegar que estas melodías son inspiradoras. Invitan a soñar. A pensar en tiempos pasados que fueron mejores.

El dedo había dejado de dolerme. Disfrutaba de una inusitada placidez. Mis emociones eran como el agua reposada de un estanque.

Cuando la canción acabó quedó una estela de tristeza.

Se escuchaba el rasgar de la aguja.

—¿De qué hablaba la letra?

—Del amor. Dice que todo el mundo quiere a alguien.

Me pregunté a quién quería yo, quién me quería a mí.

Caminé unos pasos hasta llegar a la baranda.

El mar se había agitado. Las olas vestían crestas espumosas.

Unos bañistas jugaban cerca de la orilla a ser abatidos por las más violentas. Sus gritos y risas me llegaron amortiguados por la distancia.

Contuve la respiración. Quería absorber la esencia de aquel momento, tan trivial y tan absolutamente único.

Cerré los ojos.

Me asaltó la imagen de un gusano, de un gusano arrastrándose por los pliegues de mi cerebro.

Me volví hacia Lobo. Este, que se había levantado para cambiar el disco, venía hacia mí.

Debió de advertir mi turbación.

—¿Ocurre algo?

Sí, ocurría, pero aún no sabía qué.

Volví a cerrar los ojos y me concentré en una búsqueda estéril.

Él fumaba en silencio junto a la barandilla.

Vislumbré el fulgor de una idea, titilaba al final de un túnel.

—Hay algo extraño en esta música.

—¿Algo extraño?

La respuesta avanzaba hacia mí como una araña correteando por una sábana blanca.

Lobo estaba expectante, diría que había dejado de respirar.

Estábamos muy cerca el uno del otro, envueltos en una burbuja opresiva.

Le miré a los ojos. El bronceado de la piel resaltaba sus matices verdes.

—Es la colección de discos.

Se pasó la mano por el pelo, aplastando el desorden de sus rizos.

—¿Qué pasa con los discos?

—Son de los años cincuenta, ¿no?

—La mayor parte.

—Y dijiste que los encontraste aquí cuando te instalaste.

—Sí.

—Eso es lo que no tiene sentido. Si la propietaria de esta casa tuvo que abandonarla al estallar la guerra, ¿cómo se explica que hallaras aquí vinilos de dos décadas posteriores?

Un rictus de incomodidad crispó el rostro de Lobo, una sombra que se esmeró en difuminar bajo el humo del cigarrillo.

—Tenía entendido que durante esos años la casa estuvo vacía. Nunca oí que nadie la ocupara. ¿Quién pudo estar viviendo aquí después de esa fecha?

Lobo dio unas caladas presurosas. Al concluirlas, su expresión era otra, más segura y desafiante. La mezcla de encanto y arrogancia a la que estaba empezando a acostumbrarme.

—Alguien con muy buen criterio musical, ¿no crees?

Y fue en busca de otro disco, como si escuchar una nueva canción pudiera darnos una respuesta.

Capítulo 12

Dentro de un rebelde hubo un obediente. El que nunca acató lo impuesto desconoce la ira, la voz que grita: sublévate. El desobediente desordena, el rebelde transforma.

Solía revisar la oquedad del búnker. Desde que Lobo me pidió que colocara en ella la piedra negra, desviaba la mirada hacia el escondrijo secreto cada vez que pasaba por delante. Nadie había vuelto a depositar piedra alguna. Desconocía quién podría hacerlo, igual que ignoraba a quién iba dirigida la que yo había dejado. Seguía siendo un misterio para mí.

Otro más.

A mi alrededor afloraban los enigmas, como caracoles tras la lluvia. Con frecuencia me preguntaba si la realidad sería un lugar distinto del que yo habitaba.

Había crecido pensando que aquel era un pueblo tranquilo. Las alegrías y las desgracias se vivían de puertas para adentro, manteniendo inalterable el revestimiento de monotonía. Tal vez se tratara de una imperturbabilidad impostada.

No quería pensar en ello, no ahora que Antonio había vuelto.

Su blanca camisa ondeaba en la playa. Corrí a su encuentro. Nos saludamos como dos viejos camaradas, con afecto y sin aspavientos. Me preguntó sobre mis lecturas. Le conté que había devorado los libros que me había prestado, que incluso había tenido que comprar otros. Se alegró de oírlo. Prometió seguir compartiendo conmigo su afición. En estas vacaciones, como en las anteriores, había venido cargado con una maleta llena de buenos títulos.

Una vez puestos al día, el rito volvió a repetirse. Se acomodó en la silla y se dispuso a leer.

Lamenté no poder quedarme junto a él. Aún debía atender mi trabajo en la cantina. También quería realizar algunas indagaciones. Tenía el propósito de averiguar quién había habitado la Casa de las Buganvillas pasada la guerra. Hablaría con Salvador. Era el menos esquivo de los compañeros de Sil.

Lo encontré sentado a una mesa del fondo, los hombros inclinados hacia delante, el pelo negro y brillante peinado hacia atrás.

Antes de abordarle, atendí con diligencia las órdenes de Sil. Cuando lo

vi perderse en el almacén, me acomodé junto a su compañero de dominó.

Lo asalté con una charla insustancial que acogió con agrado. Superados los preámbulos, puse la directa.

—Al acabar la guerra, ¿quién vivió en la Casa de las Buganvillas?

Una ligera vibración enderezó sus hombros.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Ahora trabajo allí, tengo curiosidad.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Pregúntaselo a Miguel o a Vicente, ellos suelen estar más al tanto de las idas y venidas de la gente. A mí me interesan las cosas que ocurren lejos de aquí, en países remotos, ya lo sabes.

Sonreí.

—Tienes razón, la verdad es que podría preguntarle a cualquier otro, incluso a Sil.

Los surcos que asediaban sus ojos se replegaron sumándole diez años más.

—¿Qué es lo que podrías preguntarme? —dijo una voz a mi espalda.

Sil se había aproximado sin que lo advirtiéramos. Cuando le convenía, sus zuecos podían ser tan sigilosos como las almohadillas de un felino.

Salvador contestó por mí.

—Quiere saber quién vivió en la Casa de las Buganvillas.

Advertí entre mis interlocutores un cruce urgente de miradas de mensaje encriptado.

—Allí vivió Marieta, una mujer que hizo fortuna vistiendo a mujeres ricas. Al empezar la guerra desapareció. —Las palabras habían brotado de la boca de Sil con precipitación, como si quisiera sacárselas de encima.

Le miré sin decir nada.

—¿Qué pasa?, ¿no te parece suficiente respuesta?

—¿Conociste a esa mujer?

Salvador estiró el cuello, igual que si le molestara el nudo de una corbata imposible de conjugar con su indumentaria.

—Me llevaba muchos años de ventaja. Cuando desapareció yo era un adolescente.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—¿Quién ocupó la casa acabada la guerra?

—Te has vuelto muy curiosa. A qué viene tanto interés.

—Dentro de la casa hay objetos posteriores a esa fecha.

Esbozó una sonrisa benévola, de sacerdote dispuesto a repartir clemencia.

—¿Qué objetos?

Tomó asiento junto a nosotros.

—Una colección de discos. Lobo los escucha sin cesar.

Paseó la mano por sus mejillas mal rasuradas. Tuve la impresión de que

su barba había crecido. Tal vez fuera la sombra de la sospecha.

—¿Por qué tengo la sensación de que calláis algo?

La espalda de Salvador se tensó. La de Sil, en cambio, se abandonó sobre el respaldo.

—Anda, sírvenos unos tragos.

La sangré me empezó a bullir.

Me levanté. Arrastré la silla para manifestar mi enojo.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy hasta los mismísimos de que me tratéis como a una cría, de vuestro absurdo secretismo.

La expresión de Sil navegó entre la risa y el enojo, sin acabar de decidirse en qué puerto atracar. Finalmente, soltó una carcajada. Su actitud me hirió. Yo no era un chiste mal contado.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu mala leche.

—¿Te divierte verme enfadada?

—La verdad es que no. —Atajó su risa y me lanzó una mirada torva—. Me divierte más descubrir tu verdad. Ver a la Laura que se esconde detrás de la apariencia de mosquita muerta.

—No soy ninguna mosquita muerta.

—Viendo que tampoco eres una camarera eficiente, iré yo mismo a por el aguardiente.

Se levantó y se encaminó hacia la barra con parsimonia.

—A veces da un poco de miedo, ¿no crees? —susurró Salvador.

No le presté atención. Seguía enojada. El enfado azuzó mi lengua.

—¿Vas a dejarme con la palabra en la boca?

Vicente y Miguel entraron en el local. Sil los miró con indiferencia, pero cogió dos vasos más. Los depositó sobre la mesa, golpeando la madera. Sirvió el licor. Sus movimientos resultaban teatralmente bruscos.

—Mejor me voy —dije.

Me disponía a cumplir mi palabra, cuando me agarró por la muñeca.

—Siéntate.

Me alegré de estar furiosa. De no haber sido así, su gesto me hubiera amedrentado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Por qué me has llamado mosquita muerta?

—¿No sabes encajar una broma?

Percibí un escozor incómodo en los ojos. Agaché la cabeza. Sabía que esa quemazón era la barrera que retenía las lágrimas. Maldije ser tan niña, tan tonta, estar tan sola. De ninguna de las tres circunstancias me consideré responsable.

—No me ha parecido que bromearas.

—¿Crees que no te trato bien?

No pude responder a eso. Todo mi esfuerzo iba dirigido a contener el

llanto. Pasada la furia, quedaba la aflicción.

—Desde que trabajas aquí he mirado por ti. Te hemos acogido como una más. —Hizo un gesto con la mano que abarcaba a sus compañeros.

Tartamudeé el inicio de una disculpa, pero la voz de Sil atajó el intento.

—Y no sé si te has dado cuenta, pero no soy una persona que regale su confianza.

Abrí la boca para decir algo. Otro intento fallido.

—Si crees que no se te considera como es debido, es el momento de decirlo.

Era la primera vez que empleaba aquel tono conmigo. No estaba enojado, tampoco decepcionado. Me esforcé por catalogar el sentimiento que latía tras aquellas palabras falsamente conciliadoras. Cuando hallé la respuesta me estremecí. No contenían emoción ninguna. Cada sílaba era un pedazo de hielo.

—Me gusta trabajar aquí —balbuceé.

Pasé los dedos por una hendidura de la madera, como si en ella pudiera leer la manera de salir del atolladero.

—Me alegra oírtelo decir. De un tiempo a esta parte te noto diferente. Puede que sea por esa manía de leer que te ha dado. O puede que prefieras estar en la Casa de las Buganvillas antes que aquí.

La voz de Sil se había apaciguado. Su entonación resultaba más suave y viscosa. Pensé en las arenas movedizas que había visto en viejas películas de aventuras.

—Me encanta trabajar en La Casa, pero esta cantina es lo más parecido que tengo a un hogar.

Salvador, Vicente y Miguel sonrieron. Sil no reaccionó a mi cumplido. Su mente estaba lejos de allí.

—Te has convertido en una mujer. —Recostó los codos sobre la mesa. Me dedicó una sonrisa burlona—. Las mujeres sois enrevesadas, os gusta guardar secretos.

—No creo que eso sea cierto. De todos modos, si yo guardara un secreto, tú serías el primero en descubrirlo.

La perplejidad aflojó los músculos de su rostro. No era un espectáculo fácil de ver. Esperé unos segundos antes de explicar mis palabras.

—Todos afirman que las mujeres no tienen secretos para ti.

Hubo un instante de suspensión, como si el silencio hubiera alargado una de sus notas, antes de que Salvador, Miguel y Vicente prorrumpieran en una carcajada.

Sil y yo también nos unimos. Sin embargo, aquello no estaba resultando divertido. Era como corretear por un sembrado de minas.

—¿Vais a decirme quién vivió en La Casa, si o no?

—Alguien debería hacerlo —propuso Salvador.

Sil fulminó a su compañero con una mirada asesina. Las risas se cortaron en seco. La falsa alegría se evaporó.

—Pero esa persona no vas a ser tú.

Un cliente exigió ser atendido. Nadie le prestó la menor atención.

—Soy yo quien se lo va a contar.

Arrastró la silla que yo ocupaba para aproximarla a la suya.

Olía a alcohol y a piel curtida.

—¿Recuerdas la pierna que rescatamos del mar?

—No lo olvidaré nunca.

Asintió conforme.

—Bien, pues esa pierna era del hombre que vivió en la Casa de las Buganvillas.

—¿Alguien atiende aquí fuera? —vociferó el cliente que se había quejado hacía unos segundos.

—¿Cómo estás tan seguro de que la pierna era de ese hombre?

—Por el calzado. Se lo hacían a medida. Llevaba alzas.

Mi memoria rescató la conversación que había escuchado oculta en el almacén.

—¿Va a venir alguien de una puñetera vez? —insistió la misma voz.

—Ya voy, cojones —rugió Sil mientras se ponía en marcha.

—¿Quién era ese hombre? —me apresuré a preguntarle.

—Son demasiados interrogantes para un mismo día.

Se alejó veloz, chancleteando los zuecos. Salió al exterior como si un vendaval lo propulsara. Fui tras él, pero mis pies pesaban como el plomo. Me quedé plantada en medio del local. Me llegó el sonido de las piezas del dominó al caer contra la mesa. Salvador, Miguel y Vicente acababan de volcarlas. Las mezclaron haciéndolas chocar las unas con las otras. No me apetecía sentarme a jugar. La revelación de Sil me había perturbado. Aún no sabía que lo que iba a escuchar a continuación agitaría mi ánimo todavía más.

El rumor de las fichas se fue apagando hasta convertirse en un silencio espeso.

—Hay que tener más cuidado —le recriminó Vicente a Salvador.

—No deberías meterte donde no te llaman —insistió Miguel.

—O Sil acabará cortándote otro dedo.

Me volví despacio, aturdida como el pobre pulpo cuando Sil lo golpeó contra la roca.

Vi a los tres hombres elegir sus siete fichas, ordenadamente, uno a uno, la mano de Salvador con dos falanges menos.

Capítulo 13

El niño herido que llevamos dentro reclama lo que no tuvo, aunque no lo necesite. Por eso aquello que deseamos es a menudo inútil e irracional.

Las horas de trabajo que me quedaban por delante se me hacían cuesta arriba. Aun encontrándome en la Casa de las Buganvillas, donde las tareas solían resultarme agradables, la jornada me pesaba como un fardo atado a la espalda. Los párpados me escocían. Había pasado la noche en blanco, dando vueltas en la cama, intentando en cada acomodo conquistar un sueño que no llegaba.

Al levantarme, no había logrado librarme de la sensación de sobresalto. El desasosiego palpitaba en mi interior, aleteando como una polilla cautiva. Mi vida se había convertido en un jeroglífico, mi cabeza en un desguace.

Acusaba el cansancio. Limpiaba los ventanales de la sala con una lentitud que no podía evitar recriminarme. El cielo se había emponzoñado. Hasta el mar tenía un aspecto apesadumbrado, como si las olas rescataran tristezas recónditas. Me detuve a contemplarlo. Sin advertirlo, dejé de verlo, de escuchar su rumor. Volvió a mí la agitación de la noche anterior.

Mi mente rescató el chirriar monocorde de los grillos. No habían sido ellos los que me habían impedido conciliar el sueño. Al contrario, muchas noches su canto ejercía sobre mí el efecto de un arrullo tranquilizador.

A pesar de su siniestro aspecto, sentía simpatía por esos bichos. De niña me gustaba atraparlos y aprisionarlos en recipientes improvisados. Por fortuna, la mayoría lograron escapar. No me sentía orgullosa de esa afición. Mucho menos desde que Salvador me había contado que, según una leyenda aprendida en uno de sus viajes, si un grillo entraba en tu casa significaba que un difunto estaba intentando comunicarse contigo. El canto quejumbroso era un mensaje de amor, la prueba de que el alma de un ser querido seguía cerca de ti.

Imaginaba a mi madre acudiendo a mí bajo esa apariencia. La idea me parecía absurda y terrible al mismo tiempo. Tanto como la posibilidad de haber correspondido encarcelándola en una cajita de cartón.

Cansada de fracasar una y otra vez en el intento de conciliar el sueño, había decidido levantarme. Lo había hecho con cuidado, mesurando mis

movimientos para no despertar a mis tíos. Lo último que necesitaba era encontrarme con uno de sus agrios rostros.

Fui a la cocina, encendí la solitaria bombilla que pendía del techo y llené un vaso de agua. Lo bebí mientras observaba las gotas más perezosas descolgarse del caño.

Salí al porche y me senté en un poyo centenario, rodeada de soledad. Ninguna construcción humana, salvo algún cercado de piedra, interrumpía el paisaje.

Desde ese enclave el canto de los grillos parecía llenar todo el espacio. Una repentina brisa sacudió las hojas de los árboles, como si al detectar mi presencia, hubieran sentido el deber de advertirse unos a otros. Sus siluetas lejanas mostraban el empaque de un ejército.

Llené mis pulmones de los efluvios que la noche avivaba. Distinguí el aroma de la tierra labrada, de las algarrobas todavía verdes, del tomillo, de los espigados hinojos y de los laureles que despuntaban al final de la parcela. Por un instante logré que mi mente quedara en blanco, concentrada en aquellas esencias milenarias.

Entonces me di cuenta.

Un destello había culebreado entre unos arbustos, junto a un repecho del terreno. No podía tratarse de una luciérnaga. La luz de estos insectos es verdosa y el resplandor que acababa de ver era anaranjado.

Agucé la vista, intentando localizar el punto luminoso. Este volvió a aparecer y desaparecer de mi campo de visión varias veces. En todas ellas seguía un mismo trazado, de abajo arriba, así como un ritmo constante.

Tras unos segundos de incertidumbre, un nuevo soplo de aire me ayudó a resolver el misterio. Había llegado hasta mí el inconfundible olor de un cigarrillo.

Alguien fumaba agazapado entre la vegetación.

Me pregunté quién podría estar allí a esas horas y con qué propósito.

Contuve el aliento, convencida de que ninguna respuesta iba a ser de mi agrado.

Me acurruqué pegada al muro que se levantaba a mi espalda. La claridad procedente de la cocina no era más que un tenue fulgor que se estrellaba contra la opaca negrura del exterior. A pesar de ello, me sentía expuesta, vulnerable ante esa presencia desconocida.

Decidí regresar a mi habitación.

Di unos pasos cautelosos. Al instante, presentí que alguien me seguía.

No me atreví a verificarlo hasta que hube alcanzado el umbral. Escruté el entorno, pero no vi a nadie. Permanecí atenta unos segundos, que resultaron infructuosos. Iba a cejar en mi empeño cuando advertí un discreto movimiento entre el follaje.

Mi primer impulso fue regresar dentro, pero la curiosidad me mantuvo inmóvil.

Clavé las uñas en la jamba y esperé a que el enigmático visitante se

acercara. Transcurrieron unos segundos exasperantes. Se movía despacio.

Cuando al fin se hizo visible, me llevé una gran sorpresa.

No se trataba de un ser humano. Ante mí apareció un perro, un perro grande y canela que reconocí de inmediato.

Se detuvo de forma repentina, como si existiera un límite que no estuviera dispuesto a traspasar. Me observó unos segundos y regresó tras sus pasos.

La noche volvió a engullirlo.

Intenté localizar nuevamente el resplandor del cigarrillo, pero ya no lo encontré. Sí pude percibir, en cambio, el susurro de unas pisadas apresuradas y la opacidad de una sombra que se erguía y se alejaba.

Entré en la casa y me refugié bajo la sábana.

El corazón me golpeaba el pecho igual que un moribundo perdido en la noche. Me preguntaba qué hacía el Hombre de los Perros apostado junto a la casa de mis tíos. Tal vez disfrutara de la calma nocturna. Sí, tal vez solo se tratara de eso; sin embargo, me resultaba difícil de creer. Una vibración dentro de mí me advertía de que su presencia no era casual, de que aquel enigmático personaje tenía algún propósito que yo desconocía.

El murmullo de las olas me devolvió al presente. La noche se había desvanecido con la llegada del nuevo día, pero no la incertidumbre. Dentro de mí sentía crecer el resquemor que precede al miedo.

Repasé por última vez los ventanales y me encaminé al piso superior. La débil luz diurna apenas llegaba al pasillo. Sus sombras me incomodaron. Me apresuré a tantear la pared en busca del interruptor. Cuando lo hallé, mis dedos se quedaron petrificados sobre la clavija.

Había un hombre al otro lado del pasillo. Un hombre que no era Lobo.

Nadie había podido entrar a través de la puerta principal, porque estaba cerrada con llave. Tampoco desde el portón de la playa sin que yo lo hubiera advertido desde el ventanal. Buena parte del tiempo había tenido la cabeza en otra parte, pero no tanto como para que la llegada de un visitante no me hubiera rescatado de mis cavilaciones.

Era un hombre de mediana edad, estatura superior a la mía y complexión robusta. Su indumentaria resultaba peculiar. Vestía un traje blanco. El tejido se adivinaba fibroso y ligero. En su mano izquierda sujetaba un sombrero de Panamá. El conjunto resultaba algo pasado de moda, sin embargo, elegante.

Lo observé con recelo y una buena dosis de pavor. Me correspondió con una amplia sonrisa. Esa espontaneidad acentuó mi espanto.

Reculé unos pasos. Él extendió los brazos, invitándome a acercarme.

Una bola de plomo taponó mis pulmones. El pasillo se hizo más largo y oscuro, como un día cargado de nostalgia.

Entonces el intruso dijo algo. Una única palabra.

Al oírla me desplomé.

Cuando recuperé el conocimiento, el hombre había desaparecido. Se había esfumado igual que desaparecen las imágenes de un sueño cuando cruzamos el umbral del subconsciente.

El que sí estaba era Lobo. Me tenía sujeta entre sus brazos.

Por lo visto, al llegar a la casa me había encontrado desvanecida en el suelo. Ignoraba cuánto tiempo llevaba en ese estado, pero no podía ser mucho porque el trapo con el que había estado limpiando los cristales, y que ahora yacía a mi lado, seguía conservando la humedad.

Lo contemplé anonadada. Me costaba ubicarme.

—Si consideras que te pago poco, hay formas de presionarme menos dramáticas.

Aunque se esforzara por demostrar despreocupación, detecté alarma en su rostro.

—¿Qué ha ocurrido?

Formulada la pregunta, empecé a recordar. Mis ojos se desviaron hacia el final del corredor. No había nadie.

—¿Buscas algo?

—Había un hombre allí, al pie de la escalera.

Me desasí de sus brazos y apoyé la espalda en la pared.

Me miró confundido. No había rastro de su sempiterna e irritante expresión de superioridad.

—¿Un hombre?, ¿qué hombre?

—No lo sé.

—¿Qué quería?

—No lo sé, pero ha dicho algo, algo que no esperaba.

—¿El qué?

—Mi nombre.

Las cejas de Lobo se arquearon.

No podía dar coherencia a lo ocurrido. Me resultaba más fácil justificarme que pergeñar una explicación.

—Creo que el cansancio me ha jugado una mala pasada. Esta noche no he pegado ojo. Además, he estado algo nerviosa estos días.

Esbocé una sonrisa. Lo preferí a seguir hablando. Mis propias palabras me hacían sentir como una idiota.

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

Le describí lo que recordaba, sobre todo, lo que más me había llamado la atención, el traje blanco y el sombrero de Panamá.

Apretó los labios. Se sentó en el suelo e, igual que había hecho yo, recostó la espalda en la pared. Quedamos el uno frente al otro.

Sacó una cajetilla de tabaco. Hizo asomar un par de cigarrillos por el agujero de la base y me ofreció uno.

—No creo que sea buena idea.

—Las ideas no son buenas ni malas, tienen su momento. Esta es una magnífica ocasión para relajarse fumando un pitillo.

—Nunca he fumado, además, te recuerdo que acabo de desmayarme.

—Más a mi favor. Las primeras caladas suelen marear. Tú no lo notarás. Estás descompuesta antes de empezar.

No sabía si hablaba en serio o me estaba tomando el pelo, aun así, acepté el cigarrillo y lo coloqué torpemente entre mis labios.

Con un movimiento del pulgar giró la rueda dentada del encendedor. Adelanté mi cuerpo hacia él, él alargó su brazo hacia mí. Bajo la llama, su anillo centelleó un instante. Su rostro, en cambio, se cubrió de inquietantes matices. Víctima de un hechizo, me quedé atrapada en la cuadratura de su mandíbula, en el tentador pliegue que se formaba bajo sus labios.

La llama se extinguió y el pasillo sucumbió de nuevo a la penumbra.

Aspiré el cigarrillo imitando el gesto que había visto hacer a los clientes del bar. Recé por que el humo no me hiciera toser.

No percibí nada excepcional, salvo un ligero picor en el paladar y una reconfortante sensación de seguridad.

Momentos antes yacía en el suelo desmayada por el impacto de una aparición y ahora, sentada en el suelo junto a un individuo del que lo ignoraba prácticamente todo, estaba encantada. La vida carecía de sentido.

Fumamos en silencio. Un vacilante resplandor nos envolvía tras cada calada. Él miraba un punto indeterminado del suelo. Yo lo observaba a él.

Una tela de araña de finas arrugas rodeaba sus ojos. Al expulsar el humo, los orificios de la nariz se le dilataban, dándole un aspecto enfurecido. Advertí que, ausente la sonrisa, su fisonomía se convertía en un paisaje adusto, no exento de peligros.

Apoyó la cabeza en la pared. Interpreté el gesto como una señal de abatimiento. La nuez destacó en medio de su garganta. Se me antojó inexplicablemente seductora.

Di varias caladas con la ilusión de que el humo ahogara mis pensamientos. Fue en vano.

—¿Sabes qué te vendría bien ahora?

No, no lo sabía. Me conformaba con que las sombras no delataran mi sonrojo.

—Relajarte un poco.

—Mejor vuelvo al trabajo, ya me encuentro bien.

Lo que quería era desaparecer, liberarme de la extraña sensación que me estremecía por dentro y me agarrotaba por fuera.

—Vamos arriba, te enseñaré algo —propuso haciendo oídos sordos a mis palabras.

Había tomado la decisión de largarme de allí, de encaminarme hacia la cocina y reemprender mi labor. A pesar de que mi propósito era firme, lo que hice fue seguirle.

Subimos las escaleras con urgencia, como si hubiera un plazo de expiración. Estaba convencida de que ese abandono iba a acarrearme

problemas, pero no me importó. Al contrario, una parte recóndita de mi ser aplaudía ese acto de rebelión ejecutado contra mí misma.

Llegamos a la planta superior. Lobo se acercó al tocadiscos y rebuscó entre los vinilos. Estos, a diferencia de las anteriores ocasiones, estaban escrupulosamente apilados.

—¿Eso era lo que querías mostrarme?, ¿cómo se pone un disco?

—Más o menos.

Apagué el cigarrillo en el cenicero más cercano. Me llevó cierto tiempo. Falta de práctica. Salí a la terraza. El aire fresco me sentó bien. El cielo continuaba encapotado, pero no percibí ninguna tristeza, tan solo la belleza de la bruma sobre el mar.

La música empezó a sonar. Presté atención a las primeras notas. Me resultaron familiares.

Lobo se acercó a mí. Sonreía. Demasiado.

Una voz aniñada empezó a flotar en el aire. Las palabras que pronunciaba las había escuchado infinidad de veces en el transistor de Sil. «Yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así, porque nadie me ha tratado con amor, porque nadie me ha querido nunca oír…».

—¿No me dijiste que te gustaba Jeanette?

Asentí sin saber qué decir.

—Pasé bastante vergüenza comprando el disco. Me excusé diciendo que era para mi hermana pequeña. Lo peor es que no creo que el dependiente me creyera. Antes de irme me recomendó el último disco de Mocedades. Aseguró que me gustaría. Me han dicho cosas terribles en mi vida, pero esta ha sido una de las que más daño me han hecho.

Volví a mover cabeza, como un muñequito sin más repertorio que el permitido por un muelle.

«Y quisiera ser como el niño aquel, como el hombre aquel que es feliz. Y quisiera dar lo que hay en mí, todo a cambio de una amistad, y soñar, y vivir…».

Lobo podía burlarse tanto como se le antojara, pero la dulzura de aquella canción lograba conmoverme.

En la espectacular terraza de la Casa de las Buganvillas, el efecto que produjo en mí fue mayor. Me transportó a un estado de ánimo jamás explorado.

En las antípodas de mis pensamientos, Lobo argumentó:

—Es muy cursi, ¿no?

—No más que Dean Martin. Si cantara en inglés seguro que opinarías de otra forma.

—Puede ser.

Y diciendo esto me tomo por la cintura y empezó a dar breves pasos que nos hicieron girar sobre nosotros mismos.

—¿Bailamos? —dijo divertido.

Mi primera reacción fue envararme como el palo de una escoba. En

cada uno de nuestros encuentros me ratificaba en la idea de que aquel tipo era imprevisible.

Sin librarme del asombro, posé mis manos sobre sus hombros y le seguí el juego. Contra todo pronóstico, me dejé llevar.

Lobo volvió a hacer un comentario sobre la cantinela empalagosa de la canción. Rio su propia gracia. Yo también reí, aunque mi risa sonó menos enérgica, más bobalicona.

Cerré los ojos. La situación resultaba tan insólita, tan íntima y, sobre todo, tan agradable, que me pregunté si estaría siendo feliz.

—Te huelen las manos a vinagre.

Su comentario me atravesó como una flecha emponzoñada.

Ese era otro de los poderes de Lobo. Herirte sin inmutarse.

—¿A qué quieres que huelan? He estado limpiando los cristales.

Alejé mi cuerpo del suyo. Al instante me sentí desprotegida, vulnerable, a merced de una fuerza superior que podía arrastrarme como el viento arrastra las últimas hojas que resisten en un árbol.

Lobo volvió a acercarse al tocadiscos. Esta vez no tuvo que entretenerse mucho para encontrar el LP que buscaba. En un par de segundos la terraza volvió a llenarse de las cansinas melodías de los años cincuenta que tanto le fascinaban.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado al regresar y toparse con mi cara visiblemente descompuesta—. ¿Te encuentras mal?

—No, no es eso. Es que me he dado cuenta de que nadie me había vuelto a abrazar desde la muerte de mi madre.

La atención con la que había estado observándome se transformó en una mirada compasiva.

Me arrepentí de haber hablado. Me había dejado llevar por una falsa atmósfera de familiaridad. Ahora que las palabras ya no eran mías, que pertenecían a los dos, me sentí más ridícula e insignificante. Si la soledad tiene una textura, la descubrí en ese instante.

Un fogonazo de emociones estalló en mi interior. Una capa de sudor cubrió mi piel. Tuve miedo de volver a desfallecer. Me acerqué a la balaustrada y me recliné en ella.

Necesitaba un punto de apoyo, un lugar al que agarrarme después de lo que acababa de descubrir.

—Lo conozco —balbuceé.

Lobo se había echado en la tumbona.

—¿A quién?

—Al hombre que he visto en el pasillo.

Se incorporó de golpe.

—¿Sabes quién es?

—No es nadie. No es real.

Tardó unos segundos en formular la siguiente pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Justamente lo que digo, que no existe en la realidad. He visto a ese hombre en mis sueños.

Sacudí la cabeza. Volvía a sentirme como una idiota. No estaba muy segura del sentido de lo que estaba diciendo, pero sí de que era cierto. Había soñado decenas de veces con aquel hombre. El sueño siempre se interrumpía de forma brusca justo cuando pronunciaba mi nombre. De la misma forma que había ocurrido hacía un rato.

Tal vez era eso lo que había pasado. Tal vez me había quedado dormida sin darme cuenta y todo había sido un sueño.

Lobo me observaba con seriedad.

—Creo que debería decirte algo.

—¿Algo?, ¿sobre qué?

—Sobre ese hombre que dices que habita en tus sueños.

—Piensas que lo que digo es una tontería, ¿no?

Sacó un cigarrillo. Esta vez no me invitó. Lo encendió y recostó los codos sobre las rodillas.

—La verdad es que todo invita a pensar que lo que dices es una patraña ridícula.

—Gracias por tu comprensión.

—Lo que quiero decir, si me dejas terminar, es que todo lo que dices parecería una gran tontería si no fuera por un pequeño detalle.

—¿Qué detalle?

—Que yo también conozco a ese hombre.

Me acerqué a él. Los brazos cruzados, la mente confusa.

—¿Cómo sabes que lo conoces si no lo has visto?

—Me basta con la descripción que me has dado. El traje blanco y el sombrero de Panamá, ¿recuerdas? No hay muchos hombres con esa estampa.

—¿Quién es ese hombre?

—Un amigo de mi padre, un buen amigo.

Oír aquella respuesta de apariencia tan trivial me tranquilizó.

Tratándose de una persona de confianza, era posible que tuviera la llave de la puerta principal. También era posible que conociera mi nombre, que alguien le hubiera hablado de mí. Estaba a punto de respirar aliviada cuando mis reflexiones se toparon con un muro de hormigón. ¿Qué sentido tenía que ese hombre apareciera en mis sueños? El hombre de traje blanco y Panamá que habitaba en mi subconsciente no podía ser el mismo que Lobo acababa de identificar como un amigo de su padre.

Mis razonamientos estaban a punto de derrumbarse, pero me resistía a creerlo. Por eso pregunté:

—Ese amigo de tu padre ¿tiene llaves de la casa?

—No le hacen falta. No las necesita, puede entrar sin usarlas.

Le miré interrogante.

—Hace años que murió.

Tardé en procesar lo que acababa de oír.

—¿Me estás diciendo que he visto un fantasma?

No respondió. En lugar de eso, apagó el cigarrillo y se levantó. Tomó mi mano, como si necesitara asegurarse de que no iba a escapar. Al percibir la suave presión de sus dedos mi cuerpo se estremeció.

—Lo que has visto no es un fantasma. Es un recuerdo.

Esperé a que continuara, a que a esas palabras les siguiera un comentario hiriente o burlón. Pero por lo visto estaba hablando en serio.

Qué sabía él de mi pasado, de los momentos vividos, de los atesorados, de los olvidados. Quién era él siquiera para atreverse a mencionarlos.

Acarició mi brazo con delicadeza, como si tratara de apaciguar a un animalillo asustado.

—Creo que ha llegado el momento de que sepas algunas cosas.

Miré a mi alrededor para constatar que me hallaba en un entorno tangible y coherente, exento de irregularidades oníricas. Busqué amparo en las sensaciones verificables, en la calidez de su piel, en la brisa acariciándome el rostro, en el aroma del mar mezclándose con el del humo del cigarrillo que aún flotaba en el ambiente.

Sí, habitaba la realidad, pero esta se había convertido en un terreno cambiante, resbaladizo y lleno de misterios. ¿Qué escondía Sil?, ¿había sido capaz de cortarle un dedo a un compañero?, ¿quién era el misterioso hombre que había vivido en La Casa?, ¿con qué propósito me vigilaba el Hombre de los Perros?, ¿qué había llevado a Lobo a instalarse en esa mansión tan grande y destartalada?

Todas aquellas cuestiones revoloteaban en mi cabeza como moscas siniestras.

Contemplé el horizonte. De nada servía navegar hacia él. Siempre volvía a alejarse. En su esencia estaba el ser inalcanzable. Igual que mi propósito de hallar respuestas.

Nunca había estado tan confusa. Tanto que ni siquiera advertí un peligro real, cercano e inquietante. Unos ojos me acechaban desde la playa, unos ojos cargados de malicia.

Capítulo 14

Vivimos como si algunos sucesos jamás hubieran ocurrido. Los ignoramos, nos decimos que no importan, que no nos conciernen. Los encerramos en el cuarto de los trastos viejos y tiramos la llave. Y, sin embargo, van con nosotros, resuenan en nuestra cabeza como una melodía que marca el compás de nuestros pasos.

Nos replegamos en la zona más cercana a la fachada. Lobo había colocado unas sillas de dudoso gusto. La estructura, de mimbre blanco, resultaba inofensiva, pero los cojines lucían un estampado floral que casi me obligó a achicar los ojos. Entre nosotros había una mesa a juego en la que descansaban las bebidas. Él se había preparado un cubalibre en vaso largo. Bastante cargado, según pude apreciar. A mí me ofreció una Coca-Cola con hielo, aunque no me hubiera ido mal una pequeña ayuda etílica para afrontar la conversación anunciada.

—Voy a contar una historia que empezó hace muchos años, en tiempos de la guerra.

Hablaba como si se dirigiera a un público más amplio del que yo representaba. Intuí que esa toma de distancia le ayudaba a sentirse más cómodo. A mí también.

—Imagina a dos hombres que luchan en el bando republicano, en el frente del Ebro, donde se libró una de las batallas más cruentas. Ambos son buenos soldados, aunque carecen de ideales políticos, como la mayoría de los que se vieron obligados a participar en la contienda. Durante el conflicto, muchos no encontraron otro argumento para sustentar su entrega que la defensa de los suyos y un código moral propio.

Hizo una pausa para dar un trago.

—Todo el mundo tiene un código moral —remarcó.

Extrajo un cigarrillo. Mientras lo encendía, me pregunté cuál sería el suyo.

—Como te decía, todo el mundo tiene un código moral, incluso los que dan la impresión de carecer de él. Este era el caso de los dos amigos de los que te hablo. Antes de que el devenir de sus vidas se viera truncado por la guerra, ambos ya habían tomado conciencia de sus habilidades para el trapicheo, la estafa, incluso el robo.

No pronuncié palabra, pero una de mis cejas se enarcó.

Lobo respondió a mi gesto con una aclaración:

—Una cosa es tener valores y otra muy distinta es someterse a las normas que impone la sociedad.

—Por supuesto. —No tenía la más mínima intención de discutir esa clase de cuestiones.

—Las duras experiencias que tuvieron que afrontar durante aquellos meses, con la muerte pisándoles los talones, los reafirmó en la idea de que, si sobrevivían, se entregarían a los placeres de la vida con la misma intensidad con la que se habían esforzado en mantener alejado al enemigo. Cada muerte, cada herido, cada día de hambre y agotamiento fortalecía el sello de su amistad y alentaba el propósito de resarcirse. No hay amistad más sólida que la que se forja en tiempos difíciles. De las otras no debes fiarte, pueden quebrarse en el momento más inesperado, como ramas secas. El caso es que Dios o el diablo, quién sabe, les concedió el don de salir vivos y enteros de allí. Concluida la guerra, y gracias a sus contactos, lograron falsificar su documentación y construirse una nueva identidad con la que borrar su pasado republicano. La España de la posguerra se convirtió en un terreno abonado para ellos. Donde hay carencias hay oportunidades y ellos tenían las herramientas necesarias para aprovecharlas. Uno era inteligente, imaginativo, elegante, discreto. Cualidades idóneas cuando se trataba de calibrar situaciones, trazar planes y lograr el objetivo marcado sin levantar sospechas. El otro era simpático, audaz, habilidoso y con un talento especial para el engaño, características que complementaban muy bien con las de su compañero a la hora de relacionarse, embaucar y actuar. No es extraño que juntos alcanzaran el éxito en todas sus empresas, por referirme a sus actividades de alguna manera. En el mundo del hampa eran un referente que todos admiraban.

Las palabras de Lobo iban recubiertas de un barniz de orgullo, como si lo que estuviera narrando fueran las peripecias de un par de héroes nacionales. Pensé que uno puede hacerse una idea de a quién tiene delante conociendo el objeto de su admiración.

—Llegaron tiempos prósperos para ellos. El dinero, las mujeres, los trajes caros y los restaurantes ajenos a la escasez de alimentos que cualquier conflicto bélico arrastra consigo estaban al alcance de su mano. Solo tenían que poner en práctica sus habilidades. Los dos amigos olfateaban el dinero como sabuesos. Cuanto más robaban, menos se sospechaba de ellos. A los que tienen la cartera llena nadie les pide explicaciones. En una sociedad empobrecida se tiende a confiar en los ricos, mientras que los pobres se sienten culpables de serlo. Se les convence de que no trabajan lo suficiente, de que carecen de inteligencia o de que no merecen otra cosa.

Le gustaba acaparar mi atención. Lo notaba en la calma con la que desarrollaba su discurso, en las pausas que hacía para beber, en la forma en que concentraba su atención en el cigarrillo mientras exhalaba el humo, en

la manera en que se había acomodado en la silla, con la cadera adelantada y la espalda recostada.

—Transcurrieron los años. Los protagonistas de esta historia ganaron peso, perdieron pelo y la satisfacción que antes hallaban en juergas y viajes, empezaron a encontrarla en el amor y la familia.

No me pasó desapercibido el tono condescendiente con que había pronunciado las últimas palabras.

—Quieres decir que se convirtieron en personas decentes.

Me molestaba su suficiencia contra cualquier atisbo de normalidad. Por su forma de manifestarse, tenía el convencimiento de que para Lobo la vida era un parque de atracciones en el que los listos daban vueltas en la noria mientras que el resto debíamos mantener bien engrasada la maquinaria.

—Ya eran personas decentes —protestó, molesto por lo que, sin duda, consideraba un prejuicio.

Aun así, añadió:

—A su manera.

Deseaba que aquella historia aclarara de algún modo los enigmas que se cernían sobre mí como buitres planeando sobre una res herida. No pretendía derivar la conversación hacia cuestiones de orden moral, así que puntualicé:

—Quería decir que tal vez dejaron de lado ese tipo de actividades y se buscaron una ocupación corriente, como todo el mundo.

—¿Y por qué habrían de hacerlo? Les bastaba con llevar un ritmo más tranquilo. Una vida discreta no requiere muchos gastos. Con realizar de vez en cuando algún trabajo aquí y allí les resultaba suficiente. Sin embargo, esa doble vida comportaba algunos inconvenientes.

—¿Qué tipo de inconvenientes?

—Pues, por ejemplo, la pereza. Se acomodaron con facilidad a su nueva situación y cada vez les exigía un esfuerzo mayor idear, planificar y finalmente actuar. Apropiarse del capital que otros ganan exige entrega y energía. Además, ya no estaban tan al corriente de dónde encontrar dinero fácil. Otro obstáculo era el riesgo. Durante los años de juventud no les intimidó la posibilidad de ser pillados y condenados a prisión. Venían de una guerra. Alcanzada la madurez, después de años de regalarse placeres y con una vida afectiva estable, la perspectiva de terminar entre rejas les resultaba bastante incómoda. Por eso, empezaron a darle vueltas a una idea.

Se detuvo y dio un largo trago. Yo, que apenas había probado mi refresco, lo imité. Cuando dejó el vaso sobre la mesa en su interior solo quedaban dos hielos agonizantes.

—¿De qué idea hablabas? —reclamé con impaciencia.

—De dar un golpe, un gran golpe que les permitiera retirarse y vivir sin preocupaciones el resto de sus días. Hasta ese momento no se habían

planteado embarcarse en grandes empresas porque para hacerlo hubieran necesitado la infraestructura de una banda organizada y ellos tan solo contaban con un equipo de colaboradores esporádicos.

—¿Dieron con esa oportunidad?

—Tal como habían temido, el asunto no era fácil. Cuanto mayor era la cuantía del botín, mayor era la dificultad y el riesgo. Estudiaron varias ideas, pero la sensatez los invitó a no embarcarse en ninguna locura.

—Bien pensado.

—Sin embargo, un día ocurrió algo, algo que lo cambió todo.

—¿El qué?

—La suerte llamó a su puerta.

—Sería fantástico que fueras un poco más concreto.

Empezaba a impacientarme. No veía qué relación podía tener todo aquello con el hombre que había visto en el pasillo.

—A veces el destino junta a las personas que se buscan. Y no voy a contarte ahora una de esas historias románticas con las que las mujeres fantaseáis cuando entra en juego el destino. La providencia también está para temas más prosaicos.

—Yo soy una mujer y no fantaseo con esas cosas.

—Aún eres una cría.

Su comentario me dolió como un latigazo en la espalda.

—Nadie ha considerado que lo fuera cuando se ha tratado de trabajar.

Sus facciones se endurecieron. Su mirada, en cambio, se volvió vacilante.

—Tienes razón, perdona.

Parecía sincero, así que barrí con un gesto de la mano mi disgusto.

—Nuestros dos amigos conocieron a un tercer individuo, un individuo que disponía de una información muy valiosa.

—¿Cómo de valiosa?

—Lo suficiente como para no tener que trabajar nunca más.

—Es decir, información para realizar el tipo de golpe que andaban buscando.

—Exacto. Tras intercambiar algunas confidencias, descubrieron dos cosas maravillosas. La primera, que los tres ansiaban resolver económicamente sus vidas de una vez por todas y, la segunda, que ese objetivo estaba al alcance de sus manos. Uno disponía de una información privilegiada que les permitiría acceder a una ingente cantidad de dinero. Los otros dos atesoraban la experiencia y los medios para sustraerlo.

Reflexioné un instante.

—¿Quién iba a ser la víctima?

—El jefe del que facilitaba la información.

—Otro tipo íntegro, por lo que veo. Dispuesto a morder la mano del que le daba de comer.

Lobo sonrió, pero en su gesto no había alegría, sino el cansancio del

que ya conoce el final de un chiste.

—La mano que le daba de comer, como tú dices, era un ser despreciable. Su fortuna estaba cimentada en el expolio. En sus inicios no había dudado en amedrentar y coaccionar a aquellos a los que ansiaba usurpar algún bien, ya fuera un terreno, una propiedad o un negocio. Con el tiempo sus negocios se diversificaron, su fortuna se consolidó y su falta de escrúpulos encontró vía libre para desarrollarse en actividades ilegales. Es otra de las cualidades del dinero. Cuando atesoras el suficiente, adquieres inmunidad. Si la ley no está de tu parte, la compras.

Cerró una mano y apretó el puño. Los nudillos perdieron color.

—No he dicho nada.

—Había otra circunstancia que hacía de ese plan un plan infalible. Una vez realizado, el robo no podía ser denunciado.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero no existía oficialmente. Había sido ganado con el contrabando y no podía justificarse. Este tipo de cosas son las que hacen que uno crea en la justicia divina, ¿no crees?

—O sea que, según tú, esos tres tipos no querían robar, sino impartir la justicia de Dios en la tierra.

—No soy tan cínico como para considerarlo así, pero quiero que entiendas que, además de tratarse de un golpe perfecto desde el punto de vista de la viabilidad y la rentabilidad, también lo era, en cierto modo, desde el punto de vista ético. El dinero de ese tipo olía mal, como los billetes viejos. ¿Has olido alguna vez un billete manoseado? Es bastante desagradable, lo que ocurre es que no lo tenemos en cuenta porque a todos nos gusta el dinero. Esa es la razón de que tipos tan despreciables como ese campen a sus anchas, alardeando de su dinero y de su respetabilidad cuando todos sabemos que tienen el culo lleno de mierda. —Su puño volvió a cerrarse—. Los dos amigos de los que te estoy hablando no eran un par de angelitos, pero a pesar de su largo historial de robos y estafas, nunca se habían aprovechado de alguien que no lo hubiera hecho antes de un tercero. Los ricachones avariciosos eran sus víctimas preferidas, y también las más propensas a caer en el engaño. No había nada que les facilitara más el trabajo, decían, que la mezquindad de esos tipos. El fervor por el dinero les anulaba la inteligencia igual que la luz de un foco ciega los ojos. Ya sabes lo que se dice, quien roba a un ladrón…

—Se dirá lo que se quiera, pero quien roba a un ladrón sigue siendo un ladrón.

—Tienes una forma muy convencional de entender la realidad.

—Sí, soy espantosamente convencional, tanto que considero que uno debe ganarse la vida trabajando y que robar está mal. Soy así de vulgar. Las manos me huelen a vinagre, no puedo tumbarme a ver la vida pasar fumando un cigarrillo tras otro y jamás reuniré el suficiente dinero como para costearme una casa como esta. Quizá por eso piense que los

protagonistas de tu historia son unos sinvergüenzas.

Sin darme cuenta, había alzado el tono de voz.

—Voy a poner algo de música, a ver si te sosiegas un poco.

Agradecí que desapareciera de mi vista. Había conseguido algo muy difícil, que el enojo ahogara mi curiosidad.

Cuando regresó me encontró con los brazos cruzados, la vista clavada en el suelo.

—Ves como eres una niña. Te enfadas por nada.

Ese hombre me sacaba de quicio.

Una voz suave acompañada de un piano envolvió nuestro silencio.

—Este disco es nuevo.

—Nuevo no, es de mi colección. Me ha apetecido cambiar de estilo. Es *Hey Jude*, de los Beatles.

—Me gusta.

—Lo celebro, al menos coincidimos en algo.

Nos callamos.

Me sumergí en la canción. Mi espalda se relajó y mi enfado se disipó.

Lobo hizo el proceso a la inversa. Su entrecejo se contrajo, sus labios se tensaron.

—¿Te has molestado?

—No deberías haberte referido a esos hombres con tanto desdén.

—No lo he hecho. Solo he dicho lo que pensaba.

Me clavó unos ojos impregnados de dolor. Me hirieron como saetas envenenadas.

—Uno de ellos se llamaba Alfredo Lobo, y era mi padre.

Balbuceé una disculpa, sin llegar a concretar nada inteligible. Mi mente vagabundeó por el lado equivocado de cualquier lugar y al final mis ojos chocaron contra aquel anillo con una A y una L entrelazadas.

—Lo siento. No quería ofender a nadie. Ni a ti ni, mucho menos, a alguien que ya está muerto.

—No te disculpes aún. Quizá sea demasiado pronto para hacerlo.

—¿Pronto? No entiendo qué quieres decir.

—Quiero decir que aún no he terminado mi historia. Aún no te he dicho quién era el otro amigo.

—Adelante.

—Se llamaba Austregesilio. Un nombre muy especial para alguien que también lo era, aunque todos, para abreviar, lo llamaban Austre.

Un zumbido atravesó mi cabeza dejándola asolada como una estepa. Austre era el nombre que había pronunciado el Hombre de los Perros, «el hombre que tenía mis ojos».

Crucé al galope mi cerebro sin hallar las palabras que necesitaba.

—Austre era tu padre.

—Austre era mi padre —repetí como un autómata.

—Vivió en esta casa los años más felices de su vida. Con tu madre y

contigo.

—Vivió en esta casa —reiteré intentando asimilar el significado.

—Los discos de Dean Martin con los que tanto te he martirizado eran suyos. A él le encantaban.

De pronto reaccioné.

—Eso que dices es delirante. ¿Me estás tomando el pelo? Yo no he vivido nunca en esta casa.

Estaba convencida de lo que acababa de afirmar; sin embargo, un tumulto de sensaciones se agolpó en mi pecho como reses embistiendo un cercado.

—No te acuerdas porque eras muy pequeña. Cuando te fuiste de aquí tendrías unos tres años. Ni siquiera la música que tu padre escuchaba ha avivado tu memoria. O tal vez sí, porque el hombre que has visto en el pasillo era él. Y ese recuerdo quizá sea el de la última vez que corriste hacia sus brazos.

Un aguijón se me clavó en el estómago. Recordé la confesión de Sil. La pierna que habíamos extraído del mar era de un hombre que había vivido en la Casa de las Buganvillas.

Ahogué un grito.

¿Aquel despojo emergido de las profundidades era una parte de mi padre?

Demasiado macabro para ser cierto.

La cabeza me bullía, las manos me temblaban. Todo me parecía irreal, tan irreal como la estampa de aquel fantasma que me había sorprendido en el pasillo.

Lobo, sin embargo, se mostraba sereno, liberado de una carga.

—Austre fue muy feliz en esta casa. Aquí disfrutó de una bonita historia de amor con tu madre, aquí te ayudó a dar tus primeros pasos y escuchó tus primeras palabras. También aquí compartió agradables momentos con mi padre, hasta puede que idearan algún que otro golpe en esta misma terraza. Pero todo terminó cuando el hombre que había de ofrecerles la oportunidad de sus vidas llamó a su puerta.

Me faltaba el aire. Bebí del vaso que tenía delante con la esperanza de que ahogara mi angustia.

—¿Quieres saber cómo se llamaba ese individuo?

De haber podido hablar, hubiera dicho que no. Pero cuando el destino tira los dados, nada de lo que hagas puede detener su movimiento.

—Se llamaba Juan Sil.

Escuchar aquel nombre me sobresaltó lo mismo que una sirena en medio de la noche.

Cuanto más sabía menos comprendía.

Mi cabeza era un tiovivo cargado de preguntas. ¿Por qué nunca antes había escuchado esa historia? ¿Por qué Sil me la había ocultado? ¿Por qué Lobo lo había hecho hasta ahora?

—¿Por qué te has decidido a contarme todo esto?

—Porque quizá ya ha llegado el momento de hacerlo y porque tal vez algún día puedas devolverme el favor.

—¿Devolverte el favor?, ¿de qué manera?

—Ya lo descubrirás.

Capítulo 15

Somos una pretensión entre dos actos involuntarios, la vida y la muerte. En el mientras tanto, aprendemos a controlar los miedos y a mesurar los afectos.

La luz tamizada por las nubes daba al mar un color acerado. Más allá del banco de arena, donde las olas desaparecían y la quietud era completa, adquiría la forma de una plancha metálica. Solo la incursión de algún bañista rompía esa ilusión.

La humedad flotaba en el ambiente creando una atmósfera lacrimosa de tristeza contenida. La corporeidad de los objetos se había reblandecido. Estos mostraban una consistencia viscosa, de tacto pegajoso.

Entendí esas sensaciones como la advertencia de que había accedido a una nueva dimensión, a un escenario ficticio en el que todos interpretaban un papel. Todos menos yo, que vagaba sin conocimiento de qué se iba a representar, sin pie que me diera entrada a intervenir.

Desde mi llegada a la cantina había trajinado sin descanso entre el entarimado y los fogones. Una horda de alemanes hambrientos había ocupado las mesas exteriores. El sol les había quemado la piel, que se mostraba peligrosamente rojiza en mejillas, escotes y brazos. Las camisas, de algún tejido poco transpirable, presentaban manchas de sudor bajo las axilas. A simple vista, costaba creer que aquellos individuos procedieran de un país más desarrollado.

¿Por qué llevaban calcetines blancos bajo las sandalias?, ¿Por qué pasaban del blanco al rojo sin llegar a broncearse?

Agradecí que mi mente se entretuviera con reflexiones tan vacuas. A lo mejor, el cerebro toleraba un aforo limitado de incertidumbres y cuando se sobrecargaba pasaba a entretenerse con asuntos más dóciles. Esas cavilaciones me ayudaban a mantenerme en el limbo del embotamiento.

Desde algún lugar recóndito me llegaba el sordo murmullo de la inquietud, pero conseguía acallarla. Con la culpabilidad era distinto. Arañaba mis entrañas como una gata enjaulada. Los reproches que uno se lanza son igual que la arena de la playa. Por mucho que sacudas siempre queda algún grano adherido en un pliegue o una costura.

Me recriminaba no recordar, no saber, no haber preguntado más.

El retrato que Lobo me había presentado de mi padre en ningún caso coincidía con el que yo había aventurado. El abismo entre uno y otro

espoleaba mi imaginación. ¿Qué clase de relación habían tenido mi padre y mi madre?, ¿de verdad habían compartido una historia de amor? Me costaba concebir la unión de dos personas tan diferentes. Y más me costaba aceptar que hubiéramos vivido juntos en La Casa como una auténtica familia. Si eso había sido así, ¿por qué nos había abandonado?

Tantos años deseando saber más y me había conformado con unas migajas. Tenía derecho a conocer mi historia, a dejar de vivir en la inopia. Sí, debería haberme lanzado a la yugular de Lobo exigiendo más respuestas, todas las que pudiera darme.

Tal vez el problema radicaba en que, en realidad, prefería ignorar. Tal vez me había acostumbrado a tener una identidad de márgenes imprecisos. Tal vez me venía bien que mi breve genealogía familiar estuviera llena de agujeros. Tal vez me incomodaba hacer frente a una realidad poco amable. Sacudí la cabeza. ¿Y qué había resultado amable en mi vida? No, no era eso. Lo que ocurría es que me resistía a aceptar que mi padre fuera un ladrón.

Mi madre había sido una mujer sencilla, criada en el estúpido convencimiento de que la honradez da la felicidad y en esa creencia me había educado. Me resultaba muy difícil precisar qué le había podido encandilar de aquel hombre, por mucho que Lobo hubiera remarcado sus encantos.

No me apetecía elucubrar sobre los pormenores de aquella historia. Si había de sumergirme en ella, prefería hacerlo basándome en respuestas concretas. Las que intentaría plantearle a Lobo en nuestro próximo encuentro.

Mientras tanto, solo tenía que apaciguar mi ánimo y guardar silencio.

Lobo había insistido en eso. En guardar silencio.

—Mejor no le digas nada a Sil sobre nuestra charla —había bisbiseado antes de despedirnos—. No le hará gracia enterarse de que te he revelado una parte de su pasado. Es muy celoso de sus cosas, ya sabes.

Yo había asentido. Por supuesto que sabía que Sil era muy suyo, como también sabía que recelaban el uno del otro. Sin embargo, algo los unía, y en medio de ese algo estaba yo.

Seguí centrándome en el grupo de alemanes. ¿De qué reían, si cuando hablaban siempre parecían enojados?

La impaciencia de los clientes me obligaba a entrar y salir de la cocina de forma apresurada, a veces entrechocando con Sil.

En más de una ocasión había traspapelado los platos al servirlos, pero no me lo había recriminado. Quizá no lo había advertido, aunque eso no era habitual en él. Solía estar muy atento a los errores ajenos, le llamaban la atención más que los propios.

Acabado el servicio y recogidas las mesas, abandoné la terraza.

En ese momento, Miguel, Vicente y Salvador entraron en la cantina. El primero con un mondadientes entre los labios, el segundo con las manos

en los bolsillos y el tercero riéndose de algo. Su aspecto era el de siempre. Exactamente el mismo. Por eso me sorprendió que se me antojaran tan diferentes, sus personalidades tan oscuras.

—¿Qué tal, Laura? —preguntó Salvador aún con restos de una sonrisa colgada en los labios.

—Con la cabeza en otra parte —replicó Sil antes de que yo pudiera responder al saludo.

Entré en la cocina. Me acerqué a la pila. Allí me aguardaban un montón de platos sucios.

Sil había apagado la radio. No me molesté en volver a encenderla.

Me concentré en las formas que adoptaba la espuma al adherirse a mi piel. El contacto con el agua fría me resultaba placentero. Abrí el grifo y dejé que esta corriera. Me ayudaba a no pensar, a tomar conciencia de la esencia humana, líquida, indefinida y en continua transformación.

Un plato me resbaló de entre las manos al trasladarlo al escurridor. Antes de caer al suelo se llevó consigo un par de vasos mal colocados. El estrépito se propagó más allá de la cocina.

Sil no tardó en asomar la cabeza.

—¿Qué se ha roto?

—Un plato y un par de vasos.

Sonrió con despreocupación, como si ese fuera un gesto que formara parte de su catálogo habitual de reacciones.

A lo largo de la jornada Sil se había mostrado especialmente relajado. Su predisposición a la calma me irritaba. Mi ánimo, que zozobraba entre el enfado y la angustia, toleraba mal ese estado de complacencia en un hombre que me había ocultado información sobre mi padre sin el menor atisbo de remordimiento.

—No te preocupes.

—¿Por qué habría de preocuparme? Se me han escurrido. ¿A ti nunca se te ha ido algo de las manos?

Me sorprendí a mí misma. Era yo la que hablaba, la que imprimía rabia en cada palabra, pero era una desconocida quien las dictaba.

Sil se acercó con parsimonia, el cuerpo relajado, la barbilla ligeramente alzada.

El golpeteo de sus zuecos pretendía ser retador, pero a mí me sonó a melodía triste.

—Si no te conociera bien diría que me estás echando algo en cara. Pero eso no tiene sentido, ¿verdad? Entre otras cosas porque tú eres la empleada y yo soy el jefe. Esa es la diferencia que suele existir entre el que cobra y el que paga.

Sonreía. Incluso la entonación de sus palabras se suspendía en los acordes de la amabilidad.

Por el contrario, yo me sentía tan encrespada contra el mundo en general que me dieron ganas de arrojarle un cuchillo sucio. De esto último

me pude contener, pero no de lanzarle una ráfaga de preguntas.

—¿Por qué me ocultaste que la pierna era de mi padre?, ¿por qué no me dijiste que lo conocías?, ¿por qué no me hablaste de los asuntos que os traíais entre manos?

Sentía la indignación crepitar en mis pupilas. El enfado había elevado tanto la temperatura de mi sangre que no me importó desoír las indicaciones que me había dado Lobo.

—¿Quién te ha contado todo eso?

Se trataba de una formulación protocolaria. Lo sabía de sobra.

Se aproximó y cerró el grifo.

—No deberías malgastar así ni mi agua ni tu energía.

Estaba tan cerca de mí que sentí la necesidad de retirarme un poco.

—¿Qué te ha contado exactamente?

—Que mi padre se llamaba Austregesilio, que era un ladrón de guante blanco, que vivió en la Casa de las Buganvillas junto a mi madre, que yo también viví allí, que fuimos felices.

Ametrallé la información sin pausa. Al acabar, respiré agitada.

—¿Y qué más? —La pregunta se filtró entre sus dientes apretados.

—También me ha dicho que su padre y el mío eran amigos y que tú propusiste a ambos un plan para haceros con una gran cantidad de dinero.

Me percaté de que había pronunciado esas últimas palabras en un susurro apenas audible, como si se tratara de un material altamente inflamable.

Sil mantenía su sonrisa, pero esta había adquirido una naturaleza rígida, comparable a la que muestran las máscaras teatrales.

—No sabía que fueras un ladrón.

Sacudió los hombros.

—He sido muchas cosas.

—Pensé que también eras mi amigo. —El reproche brotó de mí como una sacudida involuntaria.

—¿Amigos? Yo no tengo amigos.

Lo dijo con orgullo, como quien presume de no haber estado nunca enfermo.

—¿No lo son Miguel, Vicente y Salvador?

Parpadeó un par de veces.

—Amistad es una palabra muy pretenciosa. Las personas que coinciden en un tiempo y un lugar establecen relaciones, relaciones en las que habitualmente uno espera sacar algo del otro, eso es todo. Desde que trabajas aquí he respetado tus propinas, te he enseñado a pescar y a jugar al dominó. Eso es lo que te he dado. Tú no le haces remilgos al trabajo, eres cumplidora y sabes manejarte con los clientes. Eso es lo que yo saco de ti. Por eso nos entendemos.

—Ya veo que estaba equivocada. No tengo mucha experiencia en los afectos.

Bajó la cabeza y contempló la punta de sus zuecos.

—¿Cuántos años tienes, Laura? Es igual, es indiferente. Sean los que sean y por muchas cosas que te hayan ocurrido, aún no has vivido lo suficiente como para pedirle cuentas a la vida. Yo sí, créeme. A partir de determinada edad deja de importarte lo que piensen los demás. Cuando acumulas años se imponen las urgencias, las prioridades. La mía, soy yo.

—Ya me había dado cuenta. Aun así…

—Aun así ¿qué? —me interpeló retador.

—Me has decepcionado.

Me esforcé por mostrarme serena. Me resistía a llorar delante de aquel hombre que ahora me parecía tan distante.

Me di la vuelta, volví a abrir el grifo y continué con mi labor como si esa conversación no hubiera tenido lugar.

Los zuecos se alejaron. Luego se detuvieron.

Me volví.

Se había quedado parado en la puerta.

Reconocí al Sil de siempre. Al que me enseñaba a reír, al que me tenía en cuenta, al que me arreglaba la bicicleta.

Desanduvo sus pasos con una expresión compasiva colgada del rostro.

No pude evitar que una lágrima se deslizara por mi mejilla.

Alargó el brazo y la aplastó delicadamente con el pulgar. Su textura era rugosa, como de sábana áspera. Recuerdo esa caricia como se recuerdan las grandes nevadas, olvidando el frío y celebrando lo extraordinario.

—¿Qué falló en tu plan?

—¿Qué te hace pensar que algo salió mal?

—No veo que seas rico.

—El golpe salió tal y como lo habíamos planeado.

—Entonces, ¿qué pasó con el dinero?

Me miró como si acabara de verterle alcohol en una herida abierta.

—No lo sé, tu padre desapareció y el dinero con él.

Me quedé rígida como una estatua.

—Que no se te olvide.

—¿El qué?

—Que yo no soy tu amigo, que nadie lo es.

Capítulo 16

El error es la materia prima de la vida.

Desde que me había sentado junto a Antonio con el propósito de evadirme con la lectura había sido incapaz de asimilar el contenido de un solo párrafo. Por mucho que me empeñara en sumergirme en el mar de palabras, había observado que estas me llegaban vacías, como si el cordón umbilical que las unía a su significado se hubiera roto.

Dejé que mi mirada flotara un rato sobre las olas con la esperanza de que en el compás de espera recobraran su sentido.

Resultó inútil.

Al devolver mi atención al libro, las palabras continuaron pareciéndome valvas vacías.

—¿Vas a decirme qué te ocurre?

Hasta Antonio, que no solía tolerar distracciones cuando se solazaba con su afición favorita, se había dado cuenta de que andaba inquieta, de que una corriente interna me impedía concentrarme.

—Nada. —Apostar por la verdad me hubiera obligado a explayarme con una serie de explicaciones que no estaba dispuesta a dar.

—Sea lo que sea lo que tengas en la cabeza no le des más vueltas, seguro que no es para tanto. Los jóvenes os atormentáis con asuntos sin importancia. Aprovecha ahora para ser feliz, a medida que vayas cumpliendo años te irán asaltando preocupaciones que te harán echar de menos las que te acongojan ahora.

No dije nada. No quería ni imaginar un futuro con preocupaciones mayores que las que me asolaban en ese momento. La madurez debería ser una atalaya desde la que mesurarlo todo, pensé.

—Apostaría a que lo que te pasa es que andas encandilada por algún chico.

Asentí. Me había ofrecido una coartada que no iba a desaprovechar.

—A tu edad es muy fácil enamorarse.

Tal vez lo fuera; sin embargo, yo nunca había experimentado esa absurda fascinación por el otro que describían libros y películas. De improviso, me asaltó el recuerdo de la pantomima de baile que Lobo y yo habíamos protagonizado en la terraza y fui consciente, más de lo que lo había sido en aquel momento, del vértigo que me provocó tener su cuerpo tan cerca. Había sentido los pies al borde del abismo y un deseo arrollador de dejarme atrapar por él.

Esa inesperada revelación me estremeció, como si un soplo de aire gélido hubiera surgido de la nada para dejar constancia de mi fragilidad.

Encogí las piernas, rodeé las rodillas con mis brazos y hundí los dedos de los pies en la arena tibia.

Antonio me observaba.

—Hoy tienes la cabeza en otra parte.

—Es por el cansancio, en verano acumulo muchas horas de trabajo —me excusé.

—¿Y no tienes tiempo libre para divertirte?

—Este es mi tiempo libre.

Asintió circunspecto.

Antes de volver a hablar, me dio la impresión de que le había estado dando vueltas a algo.

—¿Sabes? No eres como las otras muchachas de tu edad. Tienes una serenidad especial, más madurez.

Pensé en las otras chicas, en que lo normal era que sus padres no hubieran desaparecido y que sus madres no se hubieran arrojado a las vías del tren. Pensé también en que lo habitual era que fueran al instituto, que salieran con los amigos y que no tuvieran que trabajar para costear su manutención.

Sí, seguro que todas esas cosas las hacían muy diferentes a mí.

—Tus padres deben estar muy orgullosos.

—No tengo padres. Murieron cuando era pequeña. Soy huérfana. —Esas tres frases abarcaban mucho dolor. Mucha incertidumbre también.

Percibí el latigazo de asombro que tensó el cuerpo de Antonio.

Estaba acostumbrada a eso. La gente solía incomodarse cuando les confesaba mi circunstancia familiar. Adivinaba en ellos una mezcla de compasión y de culpabilidad, como si no haber sufrido esa carencia les hiciera corresponsables de algo.

—Lo siento.

—Ocurrió hace mucho tiempo —mentí. Para mí ocurría todos los días.

—¿Perdiste a los dos al mismo tiempo?

—No, primero a mi padre. Nos abandonó cuando yo era muy pequeña. Mi madre murió años después.

—¿Enfermó?

—Murió en trágicas circunstancias. —Consideré oportuno ahorrarle los detalles.

Estuvimos callados unos segundos. La contemplación del mar fue la coartada de nuestro silencio.

—Laura, me gustaría decirte una cosa y creo que este es un buen momento.

Dejé el libro que aún tenía entre las manos sobre la toalla y esperé atenta sus palabras.

—Si alguna vez necesitas a alguien en quien apoyarte, alguien en quien confiar, cuenta conmigo.

Sus palabras dejaron un rastro sibilante en el aire y un tenue rubor en mis mejillas.

Pasados unos segundos en los que intentamos acomodarnos en la estrechez de la confidencialidad, dije:

—Ya has hecho mucho por mí.

Achicó levemente los ojos.

Señalé el libro que descansaba junto a mí.

—Eso es más mérito tuyo que mío. Los libros están al alcance de casi todo el mundo, solo hay que saber prestarles atención. Yo te los acerqué, pero el descubrimiento fue tuyo.

Cuando nos despedimos, poco después, los fantasmas que me afligían se habían esfumado. Antonio había conseguido sosegarme, había abierto, en el cuarto oscuro de mis preocupaciones, una ventana.

Estaba lejos de imaginar que esa sensación de aplacamiento me iba a durar muy poco. Unos doscientos pasos. Los que tardé en entrar en la Casa de las Buganvillas.

Capítulo 17

Sabemos muy poco de nuestro pasado: lo que nos han contado, que no siempre es cierto, y lo que recordamos, que casi nunca lo es.

Mi padre no solo era un ladrón, sino que además era un traidor. Esa idea repiqueteaba en mi cabeza al entrar en La Casa.

Esperaba encontrar a Lobo allí.

Había llegado el momento de exponer mis preguntas, de aclarar los enigmas de mi pasado. Estaba ansiosa por hacerlo, pero, al mismo tiempo, latía en mí el impulso de aplazar el trance. Temía descubrir algo irremediable, adentrarme en un camino sin retorno.

Fue esa reticencia y no la necesidad de beber un vaso de agua la que desvió mis pasos hacia la cocina. Ya subiría después en busca de Lobo. Encontré algunos cacharros sucios en la pila. Sacié mi sed, lavé los platos, eliminé con la bayeta migas de pan que habían quedado esparcidas por el mármol y comprobé el estado de la basura. La bolsa estaba llena. Rebosaban botellines de cerveza, revoltijos de colillas y un par de latas de sardinas de las que aún chorreaba aceite. La anudé y la deposité sobre unas hojas de papel de periódico. La dejaría sobre el pilar de la puerta delantera antes de irme. Era inútil hacerlo antes, el basurero no pasaba hasta el anochecer.

Cuando en la cocina se me acabaron los pretextos, me entretuve echando un vistazo al jardín. En pocos días había llevado a cabo un buen trabajo. Había liberado a la buganvilla de los tallos secos, sujetado las ramas más recias al vallado y dejado caer los brotes tiernos a su libre albedrío sobre el muro. Me lo había agradecido marcando mi piel con múltiples arañazos que aún me escocían. Las plantas desarrollan sus mecanismos de defensa.

También había oxigenado la tierra de la parcela, eliminado las malas hierbas, redondeado los arbustos y perfilado el camino de piedra. El conjunto ya no rezumaba abandono, pero tampoco había perdido el encanto agreste que armonizaba con la personalidad de la casa.

Más reconfortada, me dispuse a enfrentarme a mi propia historia.

Al pasar el pasillo advertí algo en lo que antes no había reparado.

Los cuadros que adornaban las paredes yacían en el suelo con el fondo desgarrado. Las telas bordadas habían sido arrojadas al piso formando un

gurruño con apariencia de animal muerto.

Me asusté. Tal vez la casa había sido asaltada por extraños. Avancé unos pasos con cautela hasta el inicio de la escalinata. Por lo visto, los últimos acontecimientos me habían convertido en una persona osada.

A mis oídos llegó con claridad una voz grave y airada.

No era la de Lobo.

Subí unos peldaños y agucé el oído.

Hubo unos segundos de silencio. Temí que mi presencia hubiera sido advertida, pero enseguida se alzó una voz distinta a la primera.

Arriba había dos hombres. Discutían.

Seguí ascendiendo, imaginando una posibilidad a cada paso.

Las exclamaciones iniciales se transformaron en un intercambio de susurros. Estos, apenas audibles, se sucedían de manera atropellada. Los dos individuos se interpelaban el uno al otro, sin escucharse.

Lancé un suspiro. Ya no albergaba ninguna duda sobre la identidad de los enzarzados.

Antes de salvar los últimos escalones capté retazos de la discusión. Algunas palabras ondearon hacia mí. «Hacer», «contarle», «ella», «embaucar». Las tres primeras me pusieron en alerta, la última se me clavó como un aguijonazo.

Tensé la espalda, erguí la barbilla y entré en escena.

Las dos hojas de la puerta que comunicaba el repartidor con la habitación principal estaban abiertas, así como las que abrían esta al exterior. La brisa atravesaba las estancias agitando cortinas e insuflando minúsculas partículas de arena que imprimían al ambiente una textura teatral.

Enmarcados en esa atmósfera, donde las luces y las sombras también parecían supeditadas a las órdenes de un tramoyista, distinguí la figura de los dos hombres.

Sil señalaba con el dedo a Lobo. Este acataba el gesto con desdén.

Ambos se percataron al unísono de mi presencia.

Me miraron y sonrieron sin esfuerzo, como si acabaran de pedir un té y yo hubiera irrumpido con una bandeja provista de tazas humeantes.

Aun así, Sil continuaba con el dedo en el aire. Lobo, con el torso imperceptiblemente echado hacia atrás.

—Hola, Laura, qué bien que hayas llegado —exclamó este último con falso entusiasmo.

Los examiné de arriba abajo. En las venas me bullía un cóctel de enfado y desconcierto. Enfado, porque no podía desprenderme de la sensación de que ambos estaban jugando conmigo; desconcierto, porque no alcanzaba a comprender qué misteriosos hilos me unían a aquel par de personajes, tan distintos entre sí y tan secretamente vinculados.

—Mientras te esperábamos, resolvíamos algunas diferencias —apostilló Sil.

Desde que emergió del mar la pierna de mi padre había ido acumulando un montón de dudas que se agitaban en mi estómago como víboras inquietas. Ahora tenía ante mí a los dos hombres que podían clarificarlas. Plantear cualquiera de ellas hubiera ayudado a apaciguar mi desasosiego. Sin embargo, dije:

—¿Quién se ha quedado atendiendo en el bar?

—Miguel.

La respuesta de Sil fluyó con naturalidad, como si no cupiera posibilidad de otro interrogante.

Asentí mientras imaginaba a aquel hombre de párpados adormilados atolondrándose a la que se le juntara el encargo de una cerveza con el de un café.

—¿Por qué discutíais?

Lobo se encogió de hombros.

—En realidad no discutíamos. Ya debes saber que Sil se enfurece fácilmente si no se le da la razón.

—También sabrás que es muy difícil hablar con este engreído sin que se te alteren los nervios.

—Abajo está todo revuelto.

—Así es. De hecho, de eso queríamos hablarte, de eso y de algún otro asunto. ¿Qué tal si nos sentamos? —terció Lobo señalando una mesita emplazada ante uno de los ventanales.

Sil y yo nos acomodamos en las dos butacas que la acompañaban. Lobo salió a la terraza en busca de un tercer asiento.

Aunque su actitud pretendía ser distendida, observé que sus movimientos eran vibrantes, como los de un animal en alerta, dispuesto a saltar al menor indicio de ataque. En Sil, las huellas de irritación se manifestaban de manera opuesta. Su musculatura se había contraído, exhibiendo una rigidez que evocaba la imperturbabilidad de una roca.

Cuando Lobo se hubo sentado, hice un esfuerzo por mantener la boca cerrada. No quería ser la primera en hablar. Ya que ellos habían organizado el enigmático encuentro, a ellos correspondía iniciar la charla.

No parecían muy dispuestos a hacerlo.

Lobo se apartó el pelo de la cara, peinándolo con los dedos. Sil tomó el cenicero que descansaba sobre la mesa y lo desplazó un palmo a su izquierda. Luego lo devolvió a su puesto inicial. Yo seguí inmóvil, agazapada en la trinchera de mi obstinación.

Transcurrieron unos segundos inútiles. Al fin, Sil lanzó un suspiro cargado de resignación y abrió fuego.

—Lobo y yo hemos estado conversando y hemos acordado que quizá haya llegado el momento de aclarar algunas situaciones que se produjeron en el pasado y que de alguna manera podrían afectar a tu presente.

Me chirriaron sus maneras ampulosas, muy alejadas de su lenguaje habitual, directo y sin ambages. Conservaba muy vivo en mi memoria el

diálogo que habíamos mantenido en la cocina de la cantina. Allí había necesitado muy pocas palabras para expresarse con claridad.

—¿Lo que quieres decir es que habéis decidido dejar de mentirme?

La pregunta flotó en el aire, hizo una trayectoria descendente y desapareció en el horizonte, igual que una flecha perdida en el campo de batalla.

—Antes de empezar debe quedarte muy claro que nada de lo que digamos debe salir de aquí —puntualizó Lobo—. Lo que vamos a tratar nos atañe únicamente a nosotros tres y no debes compartirlo con nadie.

—Vaya, por lo visto voy a ingresar en un exclusivo club.

—No creo que este sea un buen momento para el sarcasmo.

La advertencia de Sil me llego fría y desabrida, como una ventisca de invierno. Se recolocó en la silla, unió sus manos sobre la mesa y, como si ya se arrepintiera de las confidencias que aún no habíamos compartido, susurró:

—Esto ha sido idea de Lobo, yo no soy amigo de remover asuntos del pasado.

—Sin embargo, algunas cosas necesitan ser aclaradas, por el bien de los tres —puntualizó Lobo.

—Muy bien, os escucho. Estoy ansiosa por oír lo que tengáis que decirme. No omitáis detalle. No soy ninguna florecita a la que debáis proteger. Estoy acostumbrada a encajar golpes. Por otro lado, no creo que a dos embusteros como vosotros os corresponda decidir qué debo saber y qué no.

—No deberías usar ese tono.

Ahora era Lobo quien había recriminado mi actitud. Su voz sonó distante, acerada. Intenté entrever en su rostro alguna pista que me ayudara a discernir si en el fondo de sus palabras latía un ruego o una advertencia. No fui capaz de establecer un veredicto.

Me centré en obtener las respuestas que había ido a buscar.

—El otro día me confesaste que mi padre era un ladrón, que fue amigo del tuyo, otro ladrón, y que planearon juntos un gran robo.

—Así es —asintió Lobo.

Fijé mi atención en Sil. Mantenía la mirada al frente, suspendida en un punto indeterminado, como si una parte de él se rebelara a estar allí sentado.

Aun así, me dirigí a él.

—Tú sabías quién era mi padre, puesto que fuiste tú quien les propuso dar ese golpe y, por fuerza, tenías que conocer la relación que tuvo con mi madre y, sin embargo, nunca me dijiste nada, ni siquiera cuando te pregunté por ellos.

Bajó la cabeza. Me pareció un gesto afectado, vacío de culpa.

Volví a centrar mi atención en Lobo.

—Tú me contaste también que, aunque no lo recuerdo, viví en esta

casa los primeros años de mi vida.

—No lo recuerdas de forma consciente, pero el otro día tú misma describiste a tu padre.

Sil se retrepó en la silla. Lobo sacó una cajetilla de tabaco.

El orificio abierto en la base era tan estrecho que tuvo que darle unas cuantas sacudidas para conseguir un cigarrillo.

—Me quedé con la impresión de que te decepcionó saber la manera en que Austre se ganaba la vida.

Encendió el pitillo y lo dejó colgado en sus labios.

—No es algo de lo que uno pueda presumir, ¿no crees? —No esperaba que me respondiera. Además, estaba convencida de que Lobo sí se vanagloriaba de las actividades de su padre y de las suyas propias—. De todos modos, tampoco me había creado una imagen muy buena de él. Nos abandonó a mi madre y a mí y, según me contó Sil, se largó con el dinero del botín. El retrato es conmovedor.

Capté una mirada fugaz entre ambos. Evoqué la estampa de dos reptiles inmóviles, observándose en un paisaje desértico.

—No es un buen retrato. Te faltan datos. Ignoras todo lo bueno que había en él y no es justo, tu padre era un tipo muy especial. Poseía una inteligencia despierta, una personalidad cautivadora y, a su manera, un gran sentido de la justicia.

No dije nada, pero mi cara habló por mí.

—Ya lo sabes, justicia y ley no siempre van de la mano.

—Ya. De momento no me has explicado nada que pueda mejorar la opinión que tengo de mi padre.

Se inclinó un poco hacia mí, apoyando los codos en las rodillas.

—Ten un poco de paciencia. Cuando te haya contado lo que tengo que decirte a lo mejor cambias de opinión.

—Te escucho.

—Austre tenía un gran sentido del humor y, a pesar de una leve cojera que siempre intentó disimular, la elegancia de un marqués. De hecho, en más de una ocasión se hizo pasar por uno de ellos para enredar a algún incauto. No era un ladrón, era un artista.

—Tú también lo eres jugando con el significado de las palabras.

—No solo era el mejor planificando y ejecutando golpes, también lo era improvisando. En un bar, en una estación, en una sala de espera, de cualquier tiempo muerto sacaba provecho. Llegó a dar timos por valor de doscientas mil pesetas valiéndose solo de su oratoria y su simpatía. Si se lo proponía, podía venderte el tren en el que viajabas. Cualquier duda, cualquier atisbo de recelo que pudiera asaltarte antes de entregarle tu absoluta confianza se desvanecía cuando le mirabas a los ojos. Allí no veías más que verdad.

—No me hagas reír.

—No lo pretendo. Las personas eran libros abiertos para él, sabía

cómo llevarlas a su terreno. Le bastaban unos minutos de observación, a lo sumo intercambiar unas cuantas frases, para identificar las debilidades del sujeto que tenía delante. Decía que las flaquezas que no descubres en un desconocido en los primeros cinco minutos ya no las descubres nunca. Para él, el engaño respondía más a una forma de dar rienda suelta a su talento que al deseo de obtener un beneficio.

Detuvo su discurso y dio una serie de caladas precipitadas, como si le hubiera asaltado una urgencia. Cada vez que acercaba el cigarrillo a los labios, un destello de luz escapaba de su anillo.

—¿Cómo conoció a mi madre?

—Cuando se instaló a vivir en esta casa buscó una mujer que se ocupara de las tareas domésticas. Esa mujer, como ya habrás supuesto, fue tu madre. Austre era un tipo reservado. Aunque en sociedad desplegara encanto a raudales, amaba la soledad. Bajo su desparpajo se escondía un hombre poco dispuesto a compartir emociones. Entre golpe y golpe, y no me refiero a las creativas estafas con las que se mantenía en forma, sino a los robos con mayúsculas, a los que realizaba en bancos, estudiando el alcantarillado, escarbando túneles y agujereando paredes, le gustaba recluirse, escuchar música y relajarse. Mi padre fue uno de sus pocos amigos, y tu madre, la única mujer de la que se enamoró.

—Pues menos mal.

Pasó por alto mi comentario, como si yo fuera una niña consentida a la que no se le debe prestar demasiada atención.

—Desde el primer momento entre ambos surgió una gran complicidad, un entendimiento natural. Eran muy felices juntos.

—Me cuesta creer que mi madre aceptara compartir su vida con alguien como él. Era una mujer honrada.

—En ese aspecto tu padre no fue del todo sincero.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Nunca le confesó a tu madre a qué se dedicaba. Le habló de negocios, de inversiones, de ocupaciones intangibles que justificaban ausencias repentinas y entradas cuantiosas e irregulares de dinero. Aun así, entre ellos se forjó un estrecho vínculo que desde el principio decidieron mantener en secreto.

—¿Por qué?, ¿qué necesidad tenían de hacerlo?

—Eran otros tiempos. A tu madre le daba miedo que la gente no entendiera la relación entre una humilde sirvienta y un señorito que, al fin y al cabo, era un desconocido sin ninguna atadura con el pueblo y que cualquier día podía desaparecer.

—Mira tú por dónde, acertó de pleno.

Lobo concentró su atención en la ceniza que había empezado a formarse en el extremo de su cigarrillo. Se entretuvo unos segundos observando su consistencia porosa. Luego me miró. Me pregunté si sería consciente del efecto hechizante de sus ojos verdes.

—Como tu madre trabajaba en la casa a tiempo completo, tenían la coartada perfecta para vivir su relación sin cortapisas. A todos los efectos, llevaban la vida de un matrimonio. De puertas afuera, tu madre era una empleada y él el señorito, pero de puertas para dentro se comportaban como una pareja enamorada que disfrutaba de una felicidad plena en una magnífica mansión frente al mar.

Aspiré hondo con la ilusa pretensión de atrapar un átomo de esa felicidad remota.

—Todo fue bien durante un tiempo, pero cuando tu padre fue consciente de que se había enamorado de verdad, de que deseaba pasar el resto de sus días con tu madre, su obsesión por hacerse con un buen capital que le permitiera cambiar de vida de forma definitiva se acrecentó. Temía que sus fechorías pudieran quebrar la tranquilidad de su amada, sobre todo si lo detenían y acababa en la cárcel. Entonces, de manera imprevista, antes de que tu padre pudiera resolver la situación, tu madre se quedó embarazada de ti.

—¿Y aun así no quiso casarse con ella?

—Sí, sí que quiso. A pesar de que él era muy reacio a los compromisos, se lo propuso. Pero le puso una condición.

—¿Cuál?

—Esperar un tiempo, el que necesitara para reunir el suficiente dinero para poder retirarse. No más ausencias, no más viajes. Le contó a tu madre que estaba pendiente de la resolución de un negocio muy lucrativo y que se sentía en la obligación de solucionarlo antes de comprometerse ante la ley. A ella le bastó la explicación. Se sentía tan feliz y correspondida que no necesitó más. Nada hacía prever que los acontecimientos fueran a tener un devenir tan incierto. Además, solo se trataba de un aplazamiento, y cuando eres feliz el tiempo transcurre sin darte cuenta.

—Mi madre nunca me confesó quién era mi padre. No entiendo por qué no lo hizo.

—Seguramente porque eras demasiado pequeña para poder tener una conversación contigo.

Ojalá no se hubiera arrojado a las vías del tren. Ojalá me hubiera dado el tiempo que necesitaba para crecer.

Escuché un carraspeo. Era Sil, quien ya me había clavado su mirada negra.

—Era a ella a quien correspondía decírtelo, no a los demás.

Entendí su afirmación como un contraataque al reproche que yo le había lanzado hacía escasos minutos.

—Tu madre escondió desde un principio la identidad de tu padre —continuó Lobo haciendo caso omiso de la intervención de Sil—. En aquellos días se limitó a justificar el embarazo. Antes de que este se hiciera evidente, se inventó un medio novio que había conocido en las fiestas de Vilafranca y que, tras seducirla, se había desentendido de ella. Aquello

provocó un gran revuelo en el pueblo, sobre todo en su familia, pero como ocurre con todos los asuntos humanos, al final la gente se cansó de murmurar. Tu madre se sentía más libre así, ocultando su verdadera felicidad. Conocía muy bien cómo funcionan las rencillas en las poblaciones pequeñas. La gente es más dañina si es conocedora de tu felicidad que si lo es de tu desgracia.

Tenía razón. Pensé en Marieta, en la mujer que había construido aquella casa. Si no hubiera exhibido su felicidad probablemente nadie habría ido a buscarla aquella noche aciaga.

Una ráfaga de aire caliente atravesó la habitación y se perdió por el hueco de la escalera, insuflando vida a sombras del pasado, presencias invisibles que, por un instante, parecieron despertar de su letargo. Todos dejamos parte de lo que somos en los lugares que nos han cobijado, en los que hemos sido lo que deseábamos ser.

Aquella casa había acogido a gente feliz. Imaginé sus fantasmas vagando por entre los muebles, acariciando sus superficies, lamentando que estas se desvanecieran antes de que se produjera el contacto. Quizá nos observaban, incrédulos por nuestra incapacidad para ser dichosos donde a ellos les había resultado tan fácil serlo.

No fui la única a la que turbó aquella bocanada repentina. Sil y Lobo se mostraban cariacontecidos, cautivados por una sensación más allá del presente.

Mi voz fue apenas un susurro cuando pregunté:

—¿Qué ocurrió entonces?

Sil se volvió hacia el ventanal abierto al mar. Las primeras sombras vespertinas habían empezado a colarse en la habitación. Las más osadas treparon hasta su rostro, que adquirió una consistencia pétrea, de estatua antigua. Al igual que ellas, me pareció inmune al paso del tiempo y al dolor que conlleva.

Su voz también pareció llegar de otro tiempo cuando habló.

—El destino nos tendió una trampa. Nos ofreció aquello que deseábamos.

Capítulo 18

La verdad es un espejo roto. Cada pedazo es fiel a lo que ve y, sin embargo, miente.

Sil se recolocó en la silla y pasó una mano nervuda por sus mejillas.

—Tu padre y Alfredo ansiaban una oportunidad para retirarse, y yo necesitaba hombres con experiencia para llevar a cabo un plan que me había caído del cielo. Todo confluyó en un tiempo y espacio determinados: el deseo, la información y la circunstancia. Ya te conté cómo conocí al padre de Álex. Congeniamos. Yo le calé y él me caló a mí. Poco después me presentó a Austregesilio y, tras algunas confidencias, supe que había dado con los hombres adecuados.

—El sentimiento fue recíproco —certificó Lobo—. Mi padre y el tuyo también tuvieron la certeza de que al fin había llegado su momento.

Se formó un silencio espeso. La evocación de tiempos pasados dejó un rastro de ausencia y desencanto.

—¿Puedo coger un cigarrillo?

No les extraño mi petición más de lo que me había sorprendido a mí. Yo no fumaba. Mi primer pitillo me lo había ofrecido Lobo hacía unos días, y no me había entusiasmado. Sin embargo, en aquel momento intuí que tener uno entre mis dedos me ayudaría a asimilar los hechos, a ordenar las ideas.

Lobo colocó uno entre sus labios, lo encendió y me lo tendió sin dejar de mirarme a los ojos.

Cuando alargué la mano mis dedos acusaron un ligero temblor. Al llevarlo a mi boca, lo percibí como un ser vivo, palpitante.

Aspiré con fuerza y el humo invadió mis pulmones. Al expulsarlo, me relajé, como si las volutas me susurraran palabras tranquilizadoras.

—Sin embargo —señalé—, cuando mi padre hubo conseguido el dinero, en lugar de casarse con mi madre y cambiar de vida, tal y como anhelaba, desapareció.

—Las cosas no sucedieron exactamente así —se apresuró a aclarar Lobo.

—Ah, ¿no?

—Creo que es mejor que continúe hablando yo —intervino Sil—. El golpe que planeamos iba dirigido contra el hombre para el que yo trabajaba. Despojarlo de su dinero requería de una realización impecable

y de unas precauciones especiales una vez se hubiera realizado el robo.

—¿Qué tipo de precauciones?

—Actuar como si este no se hubiera producido nunca.

—¿Quieres decir que no podíais tocar el dinero?

—Exacto. Guardar el botín y olvidarnos de él durante un tiempo. La impaciencia en este negocio es el sello de los novatos. Mover una gran cantidad de billetes es como ponerte un cascabel en el cuello. Todo debía seguir igual hasta que la tormenta amainara.

—Es decir, hasta que la policía dejara de buscar.

Soltó una carcajada amarga.

—La policía nunca supuso un problema. No se puede robar algo que no existe. El dinero no era legal, por lo tanto, la denuncia era inviable. Por eso era un plan perfecto. El sueño de cualquier ladrón.

Lobo había utilizado palabras muy similares al explicarme la situación.

—Imagina una gran cantidad de dinero reunida en un mismo punto con el propósito de ser trasladada y blanqueada. —Esta vez la voz de Sil sonó cavernosa, con la cadencia de un lamento.

—¿Qué significa blanquear?

—Convertir el dinero ganado de manera sucia en dinero legal. Al Capone, un famoso mafioso americano, lo hacía a través de sus lavanderías, por eso se llama así.

—¿Y el hombre para el que trabajabas tenía tanto dinero por lavar?

—Más del que puedas imaginar. JM había hecho una fortuna descomunal con el contrabando.

—¿JM?, ¿no tenía un nombre de pila y un apellido como todo el mundo?

—Por supuesto que sí. Hasta puede que algún día lo adorne con una ristra de títulos nobiliarios si le da la gana. Pero para mí siempre será JM. Cuando empecé a trabajar para él yo era un chaval y él un don nadie. —Se detuvo y lanzó un suspiro cargado de oportunidades perdidas—. Era un tipo astuto, ambicioso y sin entrañas. Poseía las cualidades idóneas para prosperar en cualquier negocio. Cuando asimiló cómo funcionaba el contrabando de tabaco, empezó a adquirir la materia prima, sin intermediarios, en África, a transformarla con maquinaria propia y a distribuirla con sus medios. Al manejar todas las fases del proceso, los márgenes de ganancia resultaban espectaculares.

El relato de Sil me mantenía alerta. Sabía que esas palabras eran el preámbulo de una historia que había acabado determinando la vida de mis padres y la mía propia.

—Me convertí en su hombre de confianza en la península, al menos en la medida en que los alacranes entienden la palabra confianza. Necesitaba a alguien en quien apuntalar la distribución más allá de las islas y ese hombre fui yo. Durante años todo marchó sobre ruedas. La producción aumentaba, la distribución se consolidaba y los competidores, si era

necesario, eran apartados del negocio. JM utilizaba todo tipo de argucias para ello y, si fallaban, siempre había otra forma de ejercer presión.

—¿Cuál?

—Yo.

Volvió a colgar su mirada en un punto indeterminado de la pared. Esta vez con las facciones constreñidas, tal vez tratara de oponer resistencia a un grupo de recuerdos malsanos que pugnaban por salir a la superficie.

Lobo apagó el cigarrillo. Tuve la impresión de que también él, aplastando la colilla en el cenicero, acallaba un malestar.

—Supe que JM era un mal tipo desde el momento en que lo conocí. Eso se huele. Los animales lo hacen. Cuando se topan con un rival, enseguida saben si les corresponde atacar o huir. Con JM sabías que eras tú quien debía protegerse. Era un depredador sin escrúpulos. Continúa siéndolo. En los primeros tiempos, eso no me preocupó. Al contrario. Si he de serte sincero, te diré que hasta lo valoré de forma positiva. Los principios éticos suelen ser un estorbo. Mi noción del bien y el mal es flexible. Si te gusta el dinero, antes o después acabas haciendo algo que te encoge las tripas. A mí me tocó amedrentar a los que estorbaban, despejar el camino cuando JM encontraba algún escollo en él. No resultó difícil, al menos en los inicios. Pero cuando fuimos creciendo el asunto se complicó. Habíamos engullido a los pececillos, pero quedaban los peces gordos, así que fue necesario dar una vuelta de tuerca.

—¿Y eso qué significa?

—Quemar almacenes, romper algún que otro hueso o sacar a pasear la navaja si el asunto se complicaba. —Su voz sonó neutra, libre de culpa.

Su discurso se había ralentizado. No era el peso del arrepentimiento el que lastraba sus palabras, sino el hastío por rescatar unos recuerdos que ya no sentía como propios.

Lo observé con tristeza; cuanto más sabía de él, mayor era mi decepción. Había dado por supuesto que su vida escondía un laberinto de sombras, pero ahora adquirían la consistencia de hechos reales y me pesaban como piedras.

—¿Fue en aquel tiempo cuando le cortaste el dedo a Salvador?

Fijó la mirada primero en Lobo, luego en mí. Al hacerlo, viró levemente la cabeza y un rayo de sol, ya matizado por la caída de la tarde, incidió sobre él, difuminando sus facciones. Esa imagen se me antojó un retrato exacto de su personalidad tornadiza. Sil llevaba adherida a la piel una máscara capaz de transformarse en cada circunstancia. Aun así, detrás de ella, se intuía una esencia imperturbable. Era el hombre que yo creía conocer, pero también podía ser otros muchos, todos igualmente reales y auténticos.

—No sé quién te ha contado esa historia, pero sí, fue más o menos por aquellos tiempos. Desde entonces somos amigos.

—¿Sois amigos desde que le cortaste el dedo?

—Le hice un favor, aún me está agradecido.

Miré de soslayo la cicatriz que subrayaba el ojo de Lobo.

—Es curioso que las personas a las que aseguras haber hecho un favor hayan acabado con secuelas físicas. Lobo con una cicatriz en la cara y Salvador con un dedo amputado. Te ruego encarecidamente que nunca hagas nada por mí.

Se tragó una sonrisa amarga que le mantuvo en silencio durante unos segundos.

—¿Tengo que tenerte miedo?

—He hecho cosas que no pasarían el filtro de tu inocencia, pero eso no hace que me arrepienta de ellas.

—¿Cómo puedes cargar ese peso?

—Porque no pienso en ello. De todos modos, si hablamos del puñetero dedo de Salvador, insisto en que le hice un favor. Solo le corté el dedo cuando, en realidad, tendría que haberle cortado la mano.

Visualicé a Salvador removiendo las fichas del dominó, con aquel pequeño muñón al que ya me había acostumbrado. Me estremeció imaginar una amputación a la altura de la muñeca.

—El volumen de trabajo iba en aumento y, en consecuencia, el número de trabajadores también. A la gente se le pagaba bien, pero oler el dinero aviva la avaricia. Fue el caso de Salvador. Pensó que, apropiándose de una pequeña parte del cargamento, cosa que podía hacer con cierta facilidad cuando los fardos eran transportados desde el barco nodriza hasta la playa, podría sacarse un suculento beneficio. No valoró los riesgos. Pecó de dos cosas. La primera, de ingenuo al pensar que podía jugármela. Nací perro viejo.

Asintió con un movimiento de cabeza, sellando con aquel gesto la autenticidad de sus palabras.

—¿Y la segunda?

Me miró sin comprender.

—Has dicho que Salvador pecó de dos cosas, la primera de ingenuo. ¿Cuál fue la segunda?

—De desconocimiento. Ignoraba de qué era capaz el hombre para el que trabajaba. Uno siempre tiene que saber a qué se enfrenta. El que ya ha herido de muerte a tiburones, no va a dejar que un boquerón le haga cosquillas.

—Salvador robó y le descubrieron.

—Le descubrí yo, que era a quien correspondía hacerlo.

—¿Y se lo dijiste a JM?

—Era mi trabajo. Yo era el responsable de que el alijo llegara intacto. De no ser así, la responsabilidad caía sobre mí.

Fui a decir algo, pero Sil me acalló con un gesto de la mano.

—Antes de hablar con JM lo hice con Salvador para advertirle de la situación. Sabía que no era mal tipo. Le aconsejé que repusiera lo

sustraído antes de que fuera demasiado tarde, pero ya se había deshecho de gran parte del botín, así que, el muy descerebrado, puso tierra de por medio con la intención de desaparecer durante algún tiempo. Pensó que eso serviría de algo. No hay lugar donde puedas ocultarte si JM te busca.

Lobo se removió inquieto en la silla, que emitió un crujido seco. Sil entrelazó las manos sobre la mesa y apretó los labios.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Que, por suerte, yo lo encontré primero. Le obligué a presentarse ante JM y a entregarle lo que había robado.

—Pero ¿no decías que ya no disponía de esa mercancía?

—Él no, pero yo pude conseguirla por otro lado. Soy un hombre de recursos.

—Si al final se le devolvió a JM lo robado, ¿por qué no dio por zanjado el asunto?

—Ese no es su estilo. Él no perdona. Nunca. JM es de esa clase de tipos que no tienen ni familia ni amigos, solo deudores. Tuve que emplearme a fondo para que se conformara con un solo dedo de Salvador.

Me refugié en el cigarrillo. Su complicidad me ayudó a sosegar las emociones.

Lobo aprovechó la pausa para intervenir.

—Quizá sería mejor que nos centráramos en lo que ocurrió con tu padre.

Sí, eso era lo que de verdad me importaba.

—¿Se largó con el dinero o no?

—Responderemos a tu pregunta, Laura; de hecho, es el motivo por el que hemos decidido tener esta conversación. Sin embargo, para entender la respuesta, primero deberías conocer cómo sucedieron los hechos.

—Como te decía, el gran problema del robo —prosiguió Sil—, más que las dificultades para ejecutarlo, que no resultaron pocas, era esquivar las represalias de JM. Si se comportaba como un vengador implacable cuando le robaban unas cajetillas de tabaco, imagina cuáles podrían ser las consecuencias por levantarle una fortuna que había tardado años en reunir.

Preferí no atormentarme llenando mi mente de manos y pies amputados.

—¿Y cómo pensabais libraros de su ira? JM debió recelar de cuantos le rodeaban.

—Desde luego. Dudó hasta de su propia madre. Nadie quedó libre de sospecha. Por fortuna, yo no encabezaba la lista. Lo hacían aquellos a los que había confiado la ubicación del dinero. A mí no me lo confesó nunca.

—Entonces, ¿cómo sabías dónde estaba?

—Dos de los hombres que habían custodiado parte de ese dinero en su traslado cometieron la imprudencia de conversar entre ellos una noche de descarga, cuando el trabajo ya había concluido. Charlaban en la cubierta

del barco, convencidos de que nadie los escuchaba. Yo me entretenía recogiendo unos cabos en la barca, muy cerca de donde ellos se encontraban. Era una noche sin luna, como casi todas las que aprovechábamos para trabajar, así que las sombras me ocultaban por completo. Al principio actué con toda naturalidad, sin temor a que detectaran mi presencia, pero cuando tomé conciencia de que estaba siendo testigo de un diálogo con un contenido extraordinario la respiración se me cortó. Hablaban de una fabulosa cantidad de dinero que JM había ordenado reunir para trasladarla a Ámsterdam. Agucé el oído y recé para que fueran más explícitos. Tuve suerte. El alcohol había soltado sus lenguas. Revelaron el lugar donde se encontraba y por cuánto tiempo estaría allí. No era demasiado, pero el suficiente como para que alguien con el talento de Alfredo y Austregesilio pudieran butronearlo.

—Así que te hiciste con una valiosísima información sin cargar con la responsabilidad que conllevaba.

—Yo no lo habría descrito mejor. Aun así, cuando decidimos actuar, consideramos que toda precaución era poca si queríamos asegurarnos el éxito. Por eso siempre mantuvimos nuestra relación en secreto. Nadie sabía que Alfredo, Austregesilio y yo nos conocíamos. Permanecer alejados era una garantía para los tres. JM creía que yo ignoraba la existencia de ese dinero, pero si, a pesar de ello, en algún momento apuntaba su desconfianza hacia mí, la certeza de que yo no disponía de los medios para llevar a cabo el plan ayudaría a disipar su suspicacia. Lo único que teníamos que hacer era no levantar la liebre y mantener el dinero oculto durante un tiempo.

—¿No resultaba frustrante asumir tanto riesgo para después tener que esperar?

—En absoluto, cuando uno sabe que tiene el dinero no necesita gastarlo para empezar a disfrutarlo. Nos recreábamos fabulando con lo que haríamos con nuestra parte cuando el peligro hubiera acabado. Cada uno tenía su sueño. Tu padre deseaba vivir una vida plácida y acomodada junto a ti y tu madre; Alfredo, viajar por el mundo a cuerpo de rey, y yo, perderme en cualquier playa del Caribe, bebiendo ron y gozando la vida junto a bellas mujeres.

Apagué el cigarrillo. Había empezado a percibirlo como un objeto extraño.

—El plan salió bien —aseveré.

—Tal y como Alfredo y tu padre lo habían planeado.

—¿Qué hicisteis con el botín?

Lobo tomó la palabra.

—Acordamos que lo custodiara tu padre. Era la persona más indicada. Todos confiábamos en él. Mantenía sus promesas.

—También improvisaba estafas como nadie y cuando le mirabas a los ojos solo veías verdad. Lo has dicho hace un rato. ¿Eso es lo que visteis

cuando le confiasteis el dinero?

—Una cosa es que tuviera un don especial para meterse a cualquier incauto en el bolsillo y otra muy distinta que engañara a su gente. Tu padre y el mío fueron amigos a lo largo de su vida y jamás tuvieron nada que reprocharse. Austre siempre guardó y repartió las cantidades correspondientes después de cada golpe de manera impecable. Jamás se quedó ni una sola peseta que no le perteneciera.

Se me escapó una mueca inundada de sarcasmo. Resultaba cómico oír hablar así de alguien que basaba su economía en el expolio del otro.

Lobo me lanzó una mirada severa. La gravedad le sentaba bien.

—Por desgracia, a pesar de nuestras precauciones, tuvimos al Chino merodeando durante un tiempo por aquí —bisbiseó Sil como si una serpiente se hubiera colado en sus recuerdos.

—¿Quién es el Chino?

—Un secuaz y socio de JM. Un mal bicho. El peor con el que me he topado en la vida. Incluso peor que JM. Cuentan que empezó siendo un humilde pescador en China, país en el que nació, y que cambió su destino trabajando como espía en Hong Kong para Gran Bretaña. Eso le reportó grandes ventajas: la primera, un pasaporte británico, la segunda, tener vía libre para establecer las bases de un floreciente negocio, el del tráfico de opio, morfina y heroína. Cuando dejó de ser útil para los ingleses, buscó nuevos horizontes y acabó en España, recalando en las islas. Allí no tardó en contactar y colaborar con JM. Los dos se entendieron muy bien, supongo que seguirán haciéndolo, hasta que uno le devore las tripas al otro.

Mientras Sil hablaba, sentía los ojos de Lobo clavados en mí. No sabía si era una realidad o el reflejo de un deseo. Solo había una forma de averiguarlo.

Cuando volví la mirada hacia él lo que encontré fue una sonrisa. Me pregunté si sería consciente del efecto que esta producía en mí.

Plantearme esa cuestión era una prueba sólida de mi estupidez.

Azorada, volví a centrar mi atención en Sil.

—Desde que el Chino se involucró en el negocio, este adquirió otra magnitud. Que JM se decidiera a sacar mayor rendimiento a sus redes de distribución dedicándose al narcotráfico era cuestión de tiempo. El contrabando es humano, el tráfico de drogas es diabólico. El margen de beneficio es magnífico, pero las reglas del juego resultan resbaladizas. Ante esas expectativas, empezó a crecer en mí el deseo de cambiar de vida.

—¿Traficar con drogas te despertaba remordimientos? —Bajo mi pregunta corría una absurda corriente de esperanza.

Una mueca teñida de desdén alteró las facciones de Sil.

—Nunca se trató de una cuestión moral. Cada uno tiene la suya y la maneja como quiere. A mí los principios me importan poco, los dejo para los veraneantes, que disponen de largas vacaciones para tumbarse al sol y

mirarse el ombligo. Si quise alejarme de JM fue porque sabía que, antes o después, acabaría pagando algún plato roto. Les había pasado a otros antes que a mí. JM no es un hombre de finales felices. La llegada del Chino aumentó ese temor. Además, dos gallos en un mismo corral no era buena idea. Así estaban las cosas cuando llegó la oportunidad del robo. No pudo presentarse en momento más idóneo. O, al menos, así lo creí entonces. Ahora pienso que el destino teje sus hilos y te atrapa en ellos. —Cerró los puños y contuvo el impulso de agitarlos contra los fantasmas del pasado —. La presencia del Chino me crispaba. Comprobar cómo cada día se apoderaba de un poquito más de terreno aumentaba mi sensación de inseguridad. A lo largo de mi vida he tratado con muy mala gente, el mismo JM sin ir más lejos, pero el Chino es otra cosa. Es un tipo oscuro, sacado de una pesadilla. Circulan sobre él historias terribles. Dicen que en Hong Kong todos le temían por su crueldad. Hervía las manos y los pies de sus enemigos. No conforme con eso, secuestraba a sus mujeres e hijos, que acababan engullidos por redes que los trasladaban a prostíbulos remotos.

El sol había empezado a esconderse tras la línea del horizonte. Una luz lánguida derramaba sobre nosotros una pátina dorada.

—¿Y JM encargó a este personaje tan siniestro vigilaros?

—No de manera manifiesta, pero no creemos que fuera un hecho casual el que, poco después del golpe, lo destinara aquí con el pretexto de afianzar nuevas vías de distribución.

—¿Estáis seguros de que no os habría sido más fácil coger el dinero y desaparecer para siempre?

—Más fácil sí, pero también más inútil. No se puede huir indefinidamente de un tipo que, no lo olvides, trabajó como espía y que debe conservar contactos en medio mundo. La estrategia más segura consistía en librarse de la sombra de cualquier sospecha.

—Recuerda que, a ojos de JM, Sil no conocía la localización de ese dinero y su colaboración con tu padre y el mío se mantuvo en secreto — apostilló Lobo.

—Por eso el Chino no encontró el más mínimo indicio que nos señalara como responsables, ni a mí ni, mucho menos, a Alfredo o Austregesilio, con los que, por supuesto, yo no había vuelto a contactar directamente. Cuando era necesario prevenirnos de algo, teníamos un método muy sencillo de comunicación. Colocábamos un canto rodado en un punto previamente concertado. Un canto negro advertía de un peligro y, por tanto, se debía estar atento y extremar las precauciones. El fin de la amenaza se anunciaba con una piedra blanca. El sistema no admitía muchos matices, pero los suficientes como para ayudarnos a estar alerta cuando el secuaz de JM nos vigilaba.

Recordé la piedra negra que Lobo había depositado en mi mano la noche en que lo encontré herido en el apartamento.

—Este sistema no me resulta del todo ajeno.

—A pesar de todo, aquellos meses transcurrieron de manera sosegada. Yo aproveché para desvincularme definitivamente de JM, que se había centrado por completo en su nueva y lucrativa actividad comercial. Tu padre se refugió en esta casa junto a ti y tu madre, y Alfredo pasó el tiempo de espera en la Costa Azul. Todos éramos felices, cada uno en su lugar, recreando un sueño que se nos presentaba como un anticipo de la realidad.

Se pasó la lengua por los labios, buscando el rastro de un sabor perdido.

—Y al fin, un día, ocurrió lo que tanto deseaban —intervino Lobo—. El Chino anunció que se largaba, que su labor en esta costa había finalizado.

—Llegó el momento de repartiros el dinero —dije sin dejar que mi voz traspasara la frontera del susurro.

En las pupilas de Sil destelló una mezcolanza de emociones diluidas, recreando una acuarela confusa.

Lobo posó su mano sobre la mía.

El tacto caliente y suave de su piel me secó la garganta.

—El día antes de que el Chino les dejara vía libre, tu padre desapareció. Salió una mañana de esta casa y no regresó jamás. Nunca más se supo nada de él.

Sil se inclinó hacia mí.

—Han tenido que pasar quince años para descubrir que no se largó con el dinero, que estaba en el fondo del mar.

Capítulo 19

Se puede hacer cualquier cosa con los recuerdos. Transformarlos, inventarlos, rechazarlos, amarlos. Con los muertos también. Su vida quedó en nuestras manos.

Imaginé a mi madre recorriendo las estancias con el pulso agitado, la angustia contrayéndole el estómago. La imaginé preguntando a los vecinos, recorriendo caminos. Nos imaginé abrazadas, en la misma cama, ella atormentándose con la incertidumbre, yo adormeciéndome acunada por el compás de los latidos de su corazón. Un punzón me aguijoneó las entrañas.

—Durante muchos años estuve convencido de que tu padre se había largado con la pasta. Era imposible creer otra cosa —aseveró Sil—. Ahora sé que no fue así. He tenido ante mis ojos la prueba.

Sacudió la cabeza. En otra persona ese movimiento hubiera podido interpretarse como un intento de acallar el zumbido del remordimiento.

—Mi padre sí creyó en la inocencia de Austre, y yo también —le recriminó Lobo—. Su palabra estaba por encima de cualquier sospecha. Nunca pensamos que nos la hubiera jugado. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —le invité a seguir.

—… él desapareció para siempre, y el dinero también.

Estudié su expresión apesadumbrada, las ondulaciones que se habían formado en su frente, las finas arrugas que rodeaban sus ojos, las líneas que enmarcaban su boca. El conjunto me pareció un entramado de senderos que sentí el deseo de explorar.

Una llamarada de calor incendió mi rostro.

Sil me lanzo una mirada cargada de intención y volvió a intervenir.

—Solo cabían dos posibilidades, que Austregesilio se hubiera largado con el dinero aprovechando la pasividad a la que nos obligaba la presencia del Chino…

—… o que alguien lo hubiera hecho desaparecer —concluyó Lobo.

La imagen de la pierna de mi padre dentro del salabre eclosionó en mi cerebro.

—¿Pensáis que el Chino fue el responsable de su muerte?

Ambos negaron con un movimiento de cabeza.

—El Chino desconocía la existencia de tu padre. Era imposible que sospechara de él. Al menos hasta ese momento —aseguró Sil—. A partir

de su desaparición la situación cambió.

—¿Por qué?, ¿qué cambió?

—Su ausencia avivó los rumores en el pueblo. —Las palabras de Sil cabrillearon sobre un suspiro de desaliento—. La gente empezó a hablar y alguna de esas conversaciones indiscretas debió de llegar a sus oídos. Un día se dejó caer por la cantina y me preguntó por tu padre. Lo hizo de forma ligera, como si ese fuera un tema banal escogido para pasar el rato mientras se tomaba un trago. Pero yo advertí que estaba echando la red.

—¿Qué le contaste?

—Vaguedades. Si quieres demostrar que no sabes nada, no es oportuno explayarse dando explicaciones. Hacerlo te delata, pone de manifiesto tu inseguridad, como cuando te pones colorado.

Sonrió con maledicencia.

Se burlaba de mi reciente rubor.

Me sentí confusa y enojada a un mismo tiempo. No entendía por qué me avergonzaba de una emoción que ni siquiera podía identificar.

—El Chino me preguntó si conocía al señorito que había desaparecido y del que la gente hablaba. Repetí los comentarios que iban de boca en boca. Él dejó que me explayara y después me confesó que había averiguado algunas cosas sobre ese hombre. Había tenido que recurrir a sus informadores y apretar alguna que otra clavija, aseguró, pero al fin había logrado sacar algo interesante: el tipo que había desaparecido era un maestro del robo, un experto trazando mapas subterráneos. Cuando escuché aquello, tuve que hacer un esfuerzo por mantenerme impasible.

—Seguro que también sentiste un gran alivio al comprobar que las sospechas del Chino se desviaban hacia otra dirección —apostilló Lobo con un deje reprobatorio.

—No puedes culparme por ello. No hice nada por que así fuera. Solo guardé silencio. No hay mejor mentiroso que el que todos llevamos dentro. Resulta más efectivo lo que uno quiere creer que las habilidades ajenas para mentir. Además, ¿qué más daba lo que el Chino le contara a JM? Austregesilio había desaparecido y el dinero también.

—Entonces, después de esas averiguaciones, ¿el Chino atribuyó el robo a mi padre?

Sil chasqueó la lengua y se recostó en la silla. El volumen de su abdomen se agrandó.

—Eso creemos. Seguramente supuso que alguno de los hombres a los que escuché aquella noche le habría vendido la información.

Interrumpió su explicación unos segundos. Bajó la cabeza y tensó la mandíbula.

—No volví a ver a aquellos dos individuos a los que escuché hablar. A saber qué harían con ellos.

Se instauró un silencio que avivó el rumor del mar. Su ir y venir dejó de parecerme inocente. El mundo se había convertido en un lugar

peligroso e inaprensible.

Lobo se levantó y alzó la clavija de un interruptor cercano. La bombilla que, protegida por una mampara de mimbre, pendía sobre nuestras cabezas nos arropó con una luz tímida.

—Ahora ya conoces buena parte de lo que ocurrió —dijo mientras volvía a tomar asiento.

Tuve la impresión de que aquella frase no cerraba la conversación, sino que anunciaba el inicio de su etapa más crucial.

No me equivoqué. Lobo retomó la narración.

—Poco después de que el Chino recabara información sobre tu padre, se coló en esta casa. La registró de arriba abajo. También agujereó buena parte del jardín, que el tiempo volvió a cubrir de malas hierbas. Buscaba el dinero, claro.

—¿Aún estábamos mi madre y yo aquí? —pregunté aterrorizada por la posibilidad de que haber borrado también de mi memoria aquel episodio.

—Ya no vivíais aquí. Al desaparecer Austre ya no existía ninguna justificación para que siguierais ocupando esta mansión, al margen de que para tu madre se convirtió en un suplicio. Encontraba las habitaciones llenas de vacío, el silencio y el espacio avasallador. Transcurridos unos días, se trasladó a la casa de sus padres.

Eso sí lo recordaba. Recordaba la modesta morada que había sido de mis abuelos, destartalada, vieja y rodeada de viñedos. Aquellas cuatro paredes habían sido el escenario de mi infancia, al menos la que almacenaba de forma consciente, por encima de las evocaciones difusas e inciertas que habían empezado a despertar en mí en la Casa de las Buganvillas.

—El Chino acometió varios registros. Desparramó cajones, revolvió armarios, destripó butacas, baqueteó algún que otro tabique, pero nunca encontró lo que buscaba —explicó Sil—. Ninguno de nosotros lo hizo.

Una polilla revoloteó dentro de la pantalla atraída por el fulgor eléctrico. Chocó reiteradamente contra la bombilla, insistiendo una y otra vez con un aleteo crispado.

—Pero ¿qué le ocurrió a mi padre?

—Sabemos lo mismo que tú sabes ahora, que acabó en el fondo del mar.

—Tal vez lo matara alguien que conociera la existencia del dinero en un intento por hacerse con él —aventuré.

Hasta que no hube pronunciado la frase no fui consciente de la acusación que encerraba. No había muchos sospechosos entre los que escoger.

Un flujo de tensión envaró la espalda de aquellos dos hombres que, de pronto, adoptaron una postura similar a la que había visto en los pistoleros de las viejas películas del Oeste.

—Si estás pensando en mí, yo no lo hice —susurró Sil—. No tendría sentido. Con mi parte me daba por satisfecho. Me gusta el dinero, pero no soy de esos que cambian la condena de tener que ganarse la vida por la de no tener nunca suficiente.

—Si sospechas de mi padre, ya puedes ir descartando esa idea absurda. —Los ojos de Lobo llameaban—. Era un ladrón, pero, igual que ocurría con Austre, se podía confiar en él. Jamás se la hubiera jugado a un amigo, mucho menos a tu padre, entre otras cosas porque sabía que sin él andaba perdido. No solo lo apreciaba, lo necesitaba. Alfredo podía definirse como un hombre de acción, pero no de grandes ideas. Tenía un talento innato, eso es cierto, pero también una tendencia a no valorar riesgos, a meterse en líos. En eso he salido a él. Si durante años se mantuvo alejado de problemas fue gracias a la influencia y acertados consejos de Austre. De hecho, cuando este desapareció, cometió imprudencias que acabaron llevándolo a la cárcel. Allí enfermó y murió.

Durante su locución me embargó una aguda sensación de culpa. Me ocurría a veces. Tal vez fuera cierto lo del pecado original que contaban los curas. Hagamos lo que hagamos estamos condenados. Antes de actuar, antes de pensar siquiera. En esta ocasión me sentía culpable de haber vivido de espaldas a mi verdadera historia, culpable de haber maldecido durante años a un hombre cuyo cuerpo se descomponía en las profundidades del mar. Hasta del dolor que destilaban las palabras de Lobo me responsabilizaba.

Podía percibir su pesar. El sufrimiento es una fuerza centrífuga que amontona a sus víctimas. Piel con piel, espina con espina.

—No sabemos quién acabó con la vida de tu padre —intervino Sil—, lo que sí sabemos es que ese alguien tampoco logró averiguar dónde está el dinero.

—¿Cómo estáis tan seguros?

—Porque ese alguien buscó el tesoro durante mucho tiempo y lo sigue buscando ahora.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No pude evitar girarme, temerosa de sorprender una sombra agazapada tras una moldura.

—¿Recuerdas la noche en que me encontraste herido en aquel apartamento?

Asentí con un gesto. Cómo iba a olvidarlo.

—Había estado en esta casa. Alguien me atacó.

Un borbollón de preguntas se acumuló en mi garganta.

—¿Quién?, ¿por qué?, ¿qué hacías tú aquí?

—No sé quién fue, no pude verlo. Me asaltó por la espalda. La luz de la luna apenas aliviaba las sombras de la sala. Se abalanzó sobre mí, me agredió y huyó. Fui tras él, pero se escabulló entre las barcas. Con un navajazo en las entrañas pierdo velocidad de carrera.

Posó la mano sobre la herida, como si el recuerdo hubiera avivado el

dolor. Luego añadió:

—Fuese quien fuese, había venido en busca de algo.

—Imagino que a eso habías venido tú también.

—Había venido para asegurarme de que nadie hubiera vuelto a merodear por aquí.

Extrajo un cigarrillo con movimientos pausados. La llama del encendedor iluminó dos arrugas verticales que se habían formado sobre el puente de la nariz.

—Ya había visitado la casa con anterioridad. ¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

Sil ladeó la cabeza, como un ornitólogo que hubiera captado un gorjeo desconocido.

—¿Os conocíais?

—En realidad no. Digamos que habíamos coincidido, pero yo no tenía ni idea de que se trataba de la hija de Austre.

Una ola de angustia se extendió por mi pecho como una mancha de vino en un mantel de hilo.

—Lobo intervino en un problema que tuve con un borracho. Su ayuda resultó providencial.

—Eso se lo tienes que agradecer a tu padre.

Le miré sin comprender.

—A los pocos días de rescatar la pierna de Austre, a Sil le pareció entrever el haz de una linterna dentro de la casa. Probablemente, si no hubiera sido por vuestro inesperado hallazgo, no hubiera prestado atención, no me lo hubiera dicho y yo no hubiera acudido. Es como si el rescate de la pierna de tu padre hubiera despertado una historia adormecida. Por eso digo que, de algún modo, tu padre fue el responsable de que esa noche yo pudiera ayudarte.

—No creo que los muertos tengan ese poder. —Mi afirmación fue impostada. En mi interior crecía el cosquilleo de esa ilusión, la de un hombre con traje blanco y sombrero Panamá velando por mí desde el más allá.

—Aquel día no solo pescamos un resto humano, lo que sacamos del mar fue una vieja historia que creíamos enterrada —intervino Sil con voz opaca.

—Las sospechas de Sil resultaron ciertas. La primera vez que vine a esta casa para asegurarme de que todo seguía igual, de que el Chino o el asesino de tu padre, quién sabe, no hubiera reemprendido la búsqueda, no encontré señal de ello, pero cuando regresé un tiempo después, me llevé un navajazo de regalo.

—El que te atacó buscaba nuestro dinero. —Sil destilaba rencor, como si hablara de una amante infiel.

Miré a uno y después al otro. Ambos estaban cabizbajos, buceando en las aguas de tiempos liquidados.

—Eso es lo que seguís intentando vosotros también. Aún albergáis la esperanza de dar con él.

—Habíamos renunciado a ello, pero las circunstancias han cambiado —aclaró Lobo.

—Por eso te instalaste en esta casa —le recriminé—. Para seguir buscando.

De nuevo, capté una mirada furtiva entre aquellos dos hombres que se deshacían en las sombras. Los ojos de Sil habían adquirido un brillo febril. Hablar de dinero enardecía sus sentidos. Su boca escupió una risa áspera, más próxima al desencanto que al cosquilleo de un buen recuerdo.

—Si de algo estoy seguro es de que el dinero no se encuentra aquí —aseguró Lobo—. Tu padre no dijo dónde lo escondió, pero tenía una regla: jamás ocultar el botín en la casa en la que vivía.

—Para ser un hombre que vivía al margen de la ley se imponía muchas normas.

—Decía que tener cerca el dinero era ponérselo fácil a los ladrones. Él lo sabía por experiencia. Había esquilmado a decenas de ricachones en sus mansiones.

—Pero el dinero sigue escondido en algún lugar, probablemente no muy lejos de aquí —intervino Sil acometedor.

—¿No habéis pensado que vuestro tesoro puede estar en el fondo del mar? Tal vez nadie acabó con la vida de mi padre. Tal vez intentó huir y le salió mal. Tal vez esta historia tenga una explicación más vulgar, la de un hombre que naufraga con su botín a cuestas. Tal vez a mi padre no le importó otra cosa que no fuera su dinero. Tal vez tú tenías razón, Sil.

Di un respingo al oírme hablar con aquella crudeza. La gente con la que nos relacionamos acaba influyéndonos más que nuestros propios pensamientos.

El melifluo carcajeo que brotó de los labios de Lobo me sorprendió como una tormenta traicionera. Me caló por dentro y me destempló por fuera.

—De qué te ríes.

—Tu padre jamás se hubiera adentrado en el mar —aclaró con la musicalidad de la risa aún prendida en su voz—. Le tenía pánico. Podía colarse dentro de una cloaca, arrastrarse por un túnel estrecho, pero no toleraba verse rodeado de agua. Le encantaba contemplar el mar, escucharlo, olerlo, pero no meterse en él. No sabía nadar. Lo máximo que le vi hacer fue arremangarse los pantalones y mojarse las pantorrillas. Nunca pasó de ahí. Si acabó en el mar, fue contra su voluntad.

Cerré los ojos para exprimir el significado revelador de aquellas palabras. Lo absorbí como quien bebe una pócima sanadora. Mi padre no nos había abandonado. No era el hombre desaprensivo que durante años había imaginado. Era el hombre que había visto al final del pasillo, sonriendo, extendiendo sus brazos hacia mí.

Una garra me oprimió el pecho. No era tristeza. Era dolor. El peso de haber maldecido durante años a un hombre bueno.

—Una cosa sí he de reconocerte. Si me he instalado en esta casa, ha sido con el propósito de intentar dar con el dinero.

—¿Pero no acabas de decir que no está aquí?

—El dinero no, pero sí alguna clave que nos ayude a dar con él. Estoy seguro de ello.

—¿Eso es lo que habéis estado buscando abajo?, ¿un mapa con una crucecita?

—Si no fueras tan joven pensaría que estás siendo sarcástica.

—Si no me tomaras por una adulta no estarías compartiendo esto conmigo.

Lobo sonrió con autocomplacencia. Esa confianza en sí mismo me irritaba y atraía a un mismo tiempo.

—Lo del desbarajuste en el pasillo ha sido cosa de Sil, tenía la esperanza de encontrar alguna pista oculta en los cuadros.

El aludido se encogió de hombros, quitando importancia a una iniciativa que se había revelado inútil.

—Lobo me contó que recordaste a tu padre en el pasillo. Pensé que quizá significara algo.

—Buscar por los rincones no nos llevará al dinero. Durante años nadie ha encontrado nada —aseveró Lobo—. Hay que seguir otro camino.

—¿Qué caminó? —inquirí.

—El que tú nos indiques.

Esta vez la que rio fui yo. Lo hice con ganas, liberándome de una tensión que me había ido agarrotando.

—Eso es absurdo. ¿Qué esperáis que os diga? De esta historia solo sé lo que me habéis contado.

Los rostros de aquellos hombres a los que la oscuridad había empezado a engullir adquirieron una consistencia pétrea. Busqué en sus ojos un atisbo de emoción, solo encontré aguas abisales.

—Voy a confesarte una última cosa —musitó Lobo.

—Vaya, hoy es mi día de suerte.

—Como ya sabes, Austre era el encargado de custodiar el dinero de los robos hasta que llegaba el momento de repartirlo. Nadie sabía dónde lo escondía; sin embargo, siempre le facilitaba una pista a mi padre. Era un juego entre ellos, un juego antiguo que iniciaron en tiempos de la guerra, cuando se ocultaban el tabaco el uno al otro, pero no descarto que le proporcionara cierta tranquilidad saber que alguien más podía encontrar el botín si a él le ocurría algo.

—¿Quieres decir que tu padre se llevó esa pista a la tumba?

—Mi padre solo se llevó la pena de haber acabado sus días en la cárcel. En ese último robo no fue a él a quien Austre legó una pista.

—Entonces, ¿a quién?

—Austre robó el dinero de JM para llevar una vida tranquila junto a tu madre y junto a ti.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Lobo hizo caso omiso de mi queja.

—Yo mismo le oí decir eso una noche que disfrutaba de un buen *whisky* junto a mi padre. También oí decirle que, en el que iba a ser su último robo, la pista se la daría a la persona que más quería en el mundo.

Me sobresaltó pensar que mi madre hubiera podido ser la poseedora de un secreto que había acabado, como ella, aplastado en las vías del tren.

—¿Mi madre sabía dónde podía estar el dinero?

—Cómo iba a saberlo. Tu madre ni siquiera imaginaba a qué se dedicaba tu padre. No es a ella a quien le reveló un indicio de su secreto.

No dije nada. No sentí nada. Todo mi ser se había concentrado en procesar el significado de las palabras de Lobo. A pesar del esfuerzo, no obtuve resultado. Algo en mi cabeza boqueaba como un pez dentro de un cesto.

—Tu padre te adoraba.

—Si tú lo dices.

—Tú eras para él el futuro, ese lugar que no existe, pero que da sentido a todo lo que hacemos.

Le escuchaba con atención, observaba el movimiento de sus labios y, sin embargo, no comprendía nada.

—Si Austre dejó alguna pista, fue a ti.

Solté una carcajada hueca y ostentosa, como una bola de navidad.

—¿Eres consciente de la tontería que estáis insinuando? Hace unos días ni siquiera sabía quién era mi padre y ahora ¿esperáis que sepa algo sobre un dinero desaparecido hace un montón de años? —Me levanté soliviantada—. No me metáis en vuestras historias, yo no tengo nada que ver con esto.

La oscuridad se había tragado la habitación. La tímida luz de la lámpara que pendía sobre nuestras cabezas nos mantenía en el reino de las sombras.

Mi respiración se había encabritado. Intenté calmarme, pensar en cosas cotidianas, en mi vida tal y como la había conocido hasta ese momento. Me refugié en recuerdos mansos, en mi infancia solitaria, en la convivencia gris junto a mis tíos, en mi trabajo como limpiadora, en mi empleo como camarera en la cantina de Sil. Entonces, el curso de mis pensamientos tropezó, de forma inesperada, con una sombra negra y concreta que no tardó en adquirir el peso de una idea.

—Por eso quisiste que trabajara contigo en el bar —le escupí a Sil—. Tu intención era observarme y sonsacarme.

—En parte fue así —reconoció Sil sin rastro de culpa—. Si a tu padre se le ocurría ponerse en contacto contigo o dabas algún paso que condujera al dinero, prefería tenerte cerca. Si vas a sentirte más satisfecha,

también te diré que me incomodaba ver a la hija de un tipo talentoso como tu padre supeditada a una figura tan gris como la de tu tío.

—La misma intención tenías tú al quererme trabajando en esta casa —le reproché a Lobo.

—Pensé que regresar avivaría tu memoria. Más si la incentivaba con la música que él escuchaba.

—Cómo podéis ser tan ridículos. El ansia por el dinero os ha vuelto estúpidos.

Lobo enderezó la espalda.

—No somos tan miserables como imaginas. También te estamos protegiendo.

—¿Protegiéndome?, ¿a mí?, ¿de quién?

—Del Chino, de JM o de quienquiera que asesinara a tu padre.

La sombra de un depredador invisible se extendió sobre mí.

—Pero ¿qué tengo que ver yo con esos tipos?

—Nada, siempre y cuando no descubran que Austre tenía una hija y que esa hija eres tú.

Tragué saliva.

La polilla seguía estrellándose incansable contra la fuente de luz. Lo haría hasta desfallecer. El destello eléctrico era una fatal mentira que la condenaba a morir. Nuestro destino depende de circunstancias insignificantes.

—Pero ¿qué pinto yo en todo esto?

—Tienes algo que ellos quieren.

—Una pista para llegar al dinero.

—Yo no tengo ni idea de dónde está —exclamé irritada por el empeño de Lobo en atribuirme un conocimiento que no tenía.

—Basta con que ese alguien crea que sí.

Un silencio cortante se agitó como una lagartija que huye.

—¿Qué hubiera ocurrido si vuestro delirio fuera verdad y hubierais sacado algo de mí? Ya os lo digo yo, me hubierais dejado al margen. Os hubierais apropiado del dinero sin decirme nada.

—Ese dinero nos pertenece —aseveró Sil con contundencia—. Sin mi información el golpe no hubiera sido posible y sin Alfredo tampoco, y Álex es su heredero.

—Y yo la heredera de Austre —repliqué sin pensar. Las palabras brotaron de mis entrañas sin pedir permiso. Descubrí que un ser desconocido habitaba en mí y que tenía voz propia.

A Lobo se le escapó una media sonrisa.

—No vamos a discutirte eso. Entonces, ¿vas a ayudarnos?

—¿Ayudaros? ¿Cómo? Sois duros de mollera. Yo no sé nada. Ese dinero no aparecerá nunca.

Los pies de Sil se movieron bajo la mesa. Sus zuecos arañaron el suelo, como un animal escarbando antes de la embestida.

—Ahora que el pasado ha emergido del fondo del mar, no vamos a rendirnos antes de empezar.

—¿Y qué queréis que haga? Apenas conservo de mi padre una imagen difusa al final de un pasillo. ¿Es que no queréis daros cuenta?

—La que no lo quiere entender eres tú, Laura —dijo Lobo con suavidad.

Contemplé su sonrisa, la luz dulce de su mirada. Desplegaba todo su encanto, como esas plantas carnívoras que abren sus pétalos para engullir al insecto.

Maldije mi suerte.

Alargué el brazo para darle al interruptor.

La bombilla se apagó y la sonrisa de Lobo se evaporó en la oscuridad. La polilla y yo ya éramos libres. Ningún espejismo iba a entorpecer nuestro camino.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó sorprendido.

—Porque me ha dado la gana.

Los dos hombres acogieron mi enojo en silencio.

Nos convertimos en tres siluetas sin rostro, mudas y expectantes.

Pensé que aquella reveladora charla ya había finalizado.

Pero estaba equivocada.

Lobo aún tenía algo que decir.

—Hay un tesoro escondido, Laura. Y el mapa eres tú.

Capítulo 20

Me pregunto si los recuerdos que nos asaltan de forma repentina vienen a susurrarnos palabras secretas, a alumbrarnos, a liberarnos de ataduras invisibles. Qué sentido tendrían si no.

De pocas cosas había estado tan segura en la vida como de que no poseía ninguna información que pudiera conducirnos al dinero. A pesar de esa certeza, la sombra de la duda se proyectaba sobre esa convicción. No en vano, unas semanas antes habría jurado sobre la Biblia que nunca había tenido el menor contacto con mi padre.

Pedaleaba con ahínco. A medida que aumentaba la velocidad de mi marcha, se ralentizaba la de mis pensamientos. Esa inversa proporcionalidad entre el cansancio de las piernas y la esponjosidad de la mente me ayudaba a mantener la templanza de ánimo.

Las ruedas de la bicicleta labraban el camino, dejando su marca sobre la primera capa de tierra reblandecida por las últimas lluvias. Algunos mechones de cabello, animados por el movimiento, me acariciaban las mejillas. El cosquilleo me resultaba agradable. Había decidido renunciar a la coleta. Ese cambio insignificante representaba para mí un acto de rebeldía. Durante años había intentado domesticar mis rizos, ocultar lo que consideraba un rasgo vulgar. Me alisaba el pelo lavándolo con cerveza y dejándolo secar enrollado alrededor de la cabeza. El resultado nunca era el deseado, pero me permitía vivir en la ilusión de que sí lo era. Todo aquello había terminado. Me traía sin cuidado tener un pelo desordenado. Cada uno es como es. Ocultar la propia naturaleza resulta agotador, además de inútil. Ya no me importaba mostrar mi cabellera alborotada. Era la hija de un ladrón, qué esperaba, ¿tener el pelo liso y con reflejos dorados como las niñas bien? La mía era una naturaleza arrabalera y con eso había de conformarme. No podía ser otra persona, aunque lo deseara.

Me esforcé por sincronizar mis pensamientos con las evoluciones del paisaje. Conocía la silueta de cada almendro, de cada olivo, de cada algarrobo atormentado.

En mis recorridos solía hacer inventario de las ramas truncadas, de los brotes espigados, de la desenvoltura de cada zarza, del estado de maduración de sus frutos, de los nidos que los abejarucos habían escarbado en las lomas de tierra, de las piedras arrastradas por la lluvia, en definitiva, de todos aquellos elementos que formaban parte de mi soledad.

Cuando el calor y el cansancio empezaron a incomodarme, abandoné la bicicleta sobre los restos de un muro y me encaramé a un algarrobo. Elegí un ejemplar junto a la confluencia de dos caminos. Desde su ubicación se podía ver sin ser visto. Esa preeminencia me hacía sentir poderosa y un poco tonta también. Por aquellos andurriales no pasaba nadie, si acaso, algún pastor de caminar cansado acompañado de un rebaño de cabras que dejaba la tierra sembrada de desaliento y excrementos resecos.

Mordisqueé un melocotón, regalo de un payés cliente del bar, que había guardado en mi capazo. Su sabor, fresco e intenso, llenó mi boca. Parte del jugo se deslizó por mi barbilla. No me importó que alcanzara la camiseta. Era horrenda, con el nombre de una marca de tractores rotulado en el pecho.

A mis pies, las algarrobas formaban una espesa alfombra. Su aroma dulzón me traía buenos recuerdos. Mi madre elaboraba, en días señalados, un pastel con huevos, naranjas y la harina que obtenía moliendo sus vainas. Lo recordaba delicioso. Desconocía la receta. Nadie me la había transmitido. Sin quererlo me había convertido en el sepulcro de aquel postre. Y, según la teoría de Lobo y Sil, también en la tumba de un tesoro oculto.

Me recosté sobre una rama que se proyectaba horizontal. Desde esa posición disfrutaba de la visión de la frondosa copa. A través de sus hojas se filtraban delicados reflejos de luz.

Divagué sobre la edad que podría tener aquel árbol de aspecto recio. A lo largo de su vida le habría plantado cara al viento, a las sequías, las heladas, y, en los últimos años, esquivado el urbanismo devorador que recortaba sin escrúpulos el paisaje.

Golpeé con la palma de la mano la corteza, como quien consuela a un amigo cacheteándole la espalda. Ya nadie apreciaba los frutos del algarrobo. En el pasado habían sido valorados, pero ahora solo se utilizaban para alimentar a los animales.

El dinero de los turistas nos estaba cambiando. Les profesábamos una mezcla imposible de admiración y desprecio. Deseábamos mudar nuestra piel por la suya y, al mismo tiempo, reprochábamos su ignorancia, su desconocimiento sobre cualquier asunto que tuviera que ver con la tierra, el viento o el mar. La gente de ciudad se maravillaba por simplezas que formaban parte de nuestro día a día, como el olor de la lluvia, el fulgor de las estrellas, el silencio de las horas muertas, la densidad del aceite o la caricia dulce del sol sobre la piel.

Los conquistadores estivales exhibían sin pudor su torpeza. Reclamaban con premura mano de obra dispuesta a enmendar un grifo, blanquear un muro, cavar una zanja o desembozar un lavadero. Asumían la propia ineptitud hacia las tareas básicas de la vida como un signo de distinción. Ese rechazo a mancharse las manos despertaba en nosotros un

odio infantil que se apaciguaba cuando les arrancábamos unos billetes. En ese instante nos sentíamos más listos que nadie. Cerrábamos los ojos y olvidábamos que estábamos vendiendo nuestra alma a cambio de quincalla.

Acaricié el tronco que me sustentaba como si se tratara de un animal dócil. Bordeé unas iniciales labradas por algún romántico junto a un corazón ya desdibujado. Aquel amor se habría evaporado ya. La herida, en cambio, seguía allí. Un poco más allá, detecté un callo consecuencia de alguna lesión, tal vez una rama sesgada o el efecto corrosivo de un hongo. Todos tenemos pasado, hasta los árboles.

La duda volvió a inquietarme. ¿Y si era verdad? ¿Y si las elucubraciones de Sil y Lobo no fueran desencaminadas? El convencimiento de ambos era tajante, pero nadie mejor que yo para saber que estaban equivocados.

Jugueteé con el hueso del melocotón dentro de la boca hasta que dejó de tener sabor. Lo escupí sobre el tapiz vegetal que se extendía a mis pies y cerré los ojos. Centré mi atención en la musicalidad del paisaje. Distinguí el crujir de las hojas al rozarse unas con otras impulsadas por el hálito de la tarde, el aleteo precipitado de algún pájaro, el zumbido apagado de un insecto en su escondite y el eco esporádico y lejano del paso de un tren. Imaginé sus ventanas polvorientas y, tras ellas, las siluetas difusas de gente que se marcha, regresa o huye.

Mi respiración fue acompasándose con esa sinfonía improvisada hasta que me adormecí. La inquietud que me había carcomido durante las últimas horas adquirió la consistencia de una nube ligera y filamentosa. Me abandoné a ese reparador estado de ingravidez. Mi menté vagó por el limbo de la consciencia y a punto estuvo de rendirse definitivamente al sueño. Algo lo impidió. En un pliegue recóndito de mi cerebro, un chisporroteo eléctrico me mantenía alerta. La vibración persistía, como la de un viejo motor que se resistiera a morir. Casi había logrado acostumbrarme a ella cuando un calambrazo me obligó a incorporarme. La sacudida fue tan violenta que hube de sujetarme para no perder el equilibrio y caer al suelo.

Abrí los ojos, pero todo lo que me rodeaba había desaparecido. Al menos, yo era incapaz de verlo. Mi mente se había convertido en un cuarto oscuro en medio del cual relucía un objeto. Un objeto insignificante, de formas ondulantes y tonalidades metálicas.

Lo identifiqué enseguida.

Era una cuchara, la cuchara que días atrás había encontrado en uno de los cajones de la cocina de la Casa de las Buganvillas. Una cuchara que aparentaba ser de plata sin serlo, que resultaba demasiado grande para ser usada con el postre y demasiado pequeña para ser sopera. Una cuchara que, en su momento, me había enternecido hasta el extremo de hacerme llorar, una cuchara que, en sí, constituía todo un enigma para mí.

Recurrí a la memoria para apreciar de nuevo la filigrana que torneaba el contorno del cubierto, así como la concha engarzada en el centro del mango. Su presencia, aunque intangible, volvió a provocarme un llanto pausado e íntimo. Cada lágrima condensaba una miscelánea de emociones confusas.

No entendía la causa de aquella agitación. Las dudas volvieron a avivarse. ¿Y si tras aquella perturbación se escondiera un mensaje?, ¿y si en mi interior albergara algún tipo de información que aún debía aflorar?, ¿no había ocurrido así con la figura de mi padre, sepultada en mi inconsciente durante años?

Tal vez aquella cuchara tuviera un significado. ¿Por qué, si no, me alteraba tanto su remembranza?

Apreté los párpados reclamando una máxima concentración. Quizá pudiera hallar una pista, encontrar algún mensaje encriptado en su forma o adornos. Me empeñé en ello, pero sin resultado. La única revelación fue mi propia estupidez. Sabía que las suposiciones de Lobo y las esperanzas de Sil eran un sinsentido y, sin embargo, había acabado dejándome sugestionar por su relato.

Abrí los ojos y busqué refugio en las hojas suspendidas sobre mi cabeza. La luz del sol desdibujaba sus contornos, intensificaba su color en algunas zonas y lo apagaba en otras, creando un óleo de trazos verdes sobre un lienzo azul. Si me limitaba a la observación de zonas concretas, encontraba el esbozo de toda clase de siluetas extravagantes. Reconocí un pavo real con la cola extendida, un hombre con sombrero, un pez y el perfil de un anciano sin dientes. Eso fue lo último que vi. Ya no fui capaz de apreciar nada más. Imposible hacerlo tras el repentino vendaval que, de pronto, había asolado mi cabeza.

Mi corazón dio un salto con voltereta en el aire y se quedó colgado en mi garganta. Desde ese punto percibía sus latidos.

Cuando menos lo esperaba, el significado de aquel objeto, que durante años había permanecido agazapado en la maleza del olvido, se había manifestado.

Me llevé la mano a los labios para acallar un grito, turbada y dichosa al mismo tiempo.

Había dado con la clave oculta, con la clave de un tesoro que nadie, estaba segura de ello, me iba a arrebatar.

Salté al suelo.

Con la misma nitidez con la que hacía unos minutos había recreado la imagen de la cucharilla, pude ver a una niña de apenas dos años sentada en una trona. A la pequeña la cubría un babero blanco lleno de manchas amarillentas. Sobre la mesa vecina descansaba un jarrón de barro con unas ramitas de romero y laurel. Aguzando los sentidos, logré percibir su aroma embriagador. La niña sonreía.

Yo también lo hice.

Se produjo una mística comunión entre sus emociones y las mías. No me sorprendió comprobar que podía ver a través de sus ojos. Guiada por ellos, seguí la trayectoria de una cuchara de alpaca que se acercaba a su boca, a nuestra boca. La niña apretó los labios mostrando rechazo. De forma instintiva, tensé los míos. La cuchara seguía aproximándose implacable. Conducía su trayectoria una mano blanca, suave, desnuda de abalorios. Recorrí aquel brazo con profunda emoción sabiendo que, al finalizar el trayecto, descubriría el rostro de mi madre. Me sorprendió, a pesar de mi certeza, encontrarme con una muchacha de idénticos rasgos y, sin embargo, muy diferente a la mujer que yo había conocido. No solo era más joven, sino que parecía serlo con mayor convencimiento.

Una sonrisa espontánea rubricaba su felicidad. Costaba creer que en su interior albergara otro sentimiento que no fuera el gozo de vivir. La mujer que yo había conocido, en cambio, cargaba con una sempiterna tirantez en las facciones, como si los desencantos las hubieran ido acartonando.

Seguía sin tener la más mínima idea del paradero del botín, pero había descubierto algo mucho más valioso: el rostro dichoso de mi madre. Su imagen inundada de placidez resultaba tan potente que barrió la oscuridad que durante años me había impuesto su trágico final.

De vuelta a la realidad, el aroma de las algarrobas y la tonalidad áurea de la luz filtrada por el follaje me proporcionaron un cálido abrazo.

Se había hecho tarde.

Emprendí la marcha hacia la cantina sintiéndome otra persona, más feliz y con principios más flexibles. Estaba decidida a hacerme con aquella cuchara con la que mi madre me había alimentado cuando yo aún era incapaz de hacerlo por mí misma. Lobo ni siquiera lo advertiría. Por otro lado, aquel objeto tenía un valor que solo yo podía apreciar.

La tarde declinaba. Un resplandor anaranjado subrayó el horizonte. El vuelo de una bandada de pájaros coronó un olivo.

Detuve el pedaleo y dejé que la bicicleta avanzara por inercia en una pendiente. El repiqueteo del eje de la rueda trasera acentuó mi bienestar.

Atravesé un pedregal sorteando piedras y pedruscos. Sujeté con fuerza el manillar y me concentré en los sobresaltos del camino. Si de algo podía presumir era de pericia. Tenía las rodillas marcadas por antiguas caídas, pero hacía años que nada conseguía descabalgarme de la bicicleta. Sin embargo, cuando alcé la mirada, estuve muy cerca de perder el equilibrio.

A escasa distancia, recostado en una cabaña de piedra seca, distinguí al Hombre de los Perros.

Parecía dormitar, igual que sus animales, que descansaban junto a él.

Ninguno advirtió mi presencia.

Me alivió que así fuera.

Tomé un sendero más practicable y aceleré. Aquel individuo tenía algo de estremecedor, como la sonrisa de una calavera.

Antes de tomar un recodo, impelida por una fuerza invisible, me volví.

El Hombre de los Perros había erguido la espalda y me miraba con semblante inexpresivo. Sus ojos, de un azul intenso, me atravesaron como una flecha.

En ese instante, la posibilidad de estar en peligro adquirió la corporeidad de un ladrillo.

El retrato que Sil había dibujado de JM, codicioso y vengativo, no resultaba muy tranquilizador. Pero más aterrador resultaba el del Chino. Valoré la posibilidad de que ambos siguieran manteniendo la esperanza de encontrar el dinero. No era una idea descabellada, teniendo en cuenta que esa ilusión también seguía viva en Sil y en Lobo.

Me invadió una emoción primitiva y profunda: el miedo.

¿Y si aquellos dos siniestros personajes habían descubierto mi identidad?, ¿y si habían encargado al Hombre de los Perros vigilarme? La boca se me secó. Tenía sentido. Me había topado con él muchas veces, demasiadas. Lo había descubierto, incluso, merodeando la casa de mis tíos.

La aridez me invadió la garganta, como si un viento del desierto soplara en mis entrañas.

Desconocía casi todo de aquel hombre de ademanes infantiles y mirada estremecedora. Él, sin embargo, sabía de mí más que yo misma. Me había dicho, cuando yo aún ignoraba la identidad de mi progenitor, que tenía los ojos de Austre.

Forcé mis piernas para marchar más deprisa. Deseaba alejarme de allí.

Al atravesar el túnel que transcurría bajo las vías mi respiración dejó un eco agonizante, de animal herido. Acorté por una suave hondonada, zigzagueé un par de caminos y el mar se hizo visible. Me sentí a salvo, como el soldado que ve ondear una bandera amiga.

Con el ánimo más sosegado, me pregunté si no estaría perdiéndome en argumentaciones sin sentido. Hacía semanas que navegaba entre sobresaltos e incertidumbres. Las respuestas, cuando las había hallado, en lugar de ofrecerme un punto de agarre, me enfrentaban a un nuevo interrogante aún más turbador que el anterior. Esta continua exigencia de aclarar los enigmas de mi pasado podía estar derivándome por el pantanoso terreno de la fantasía.

Acometí el último trecho para llegar a la cantina. Se trataba de un sendero apenas insinuado en medio de un solar. El día menos pensado lo invadirían hormigoneras, camiones cargados de ladrillos y hombres adustos portando picos. Se arrancarían los árboles, se desahuciaría a los pájaros y se encementaría la hierba. De ese paso anodino solo quedaría una reminiscencia que acabaría desvaneciéndose. Los paisajes también mueren si nadie los recuerda.

Recosté la bici en el muro de la cantina. A Sil no le gustaba que la dejara ahí. Si se quejaba ya la retiraría. En ese momento me apremiaba hablar con él, transmitirle mis recién estrenados temores. Quería

comprobar si, una vez expuestos, estos sonaban igual de convincentes que en mi cabeza.

Entré con paso decidido.

Un pie quedó suspendido en el aire, atrapado entre la sorpresa y la alarma.

Sil se hallaba en el centro del local, la frente barnizada de sudor, la mirada arrebatada, los labios dibujando una mueca perturbadora. Con una mano asía por el cuello de la camisa a un parroquiano, con la otra, una botella rota. Los dientes de cristal apuntaban a la yugular de ese pobre desgraciado al que zarandeaba como un alfeñique.

—No, por favor —le suplicó mientras un puchero infantil deformaba sus facciones.

Aunque varias mesas estaban ocupadas, en aquel pequeño habitáculo donde a esa hora era habitual un doméstico jolgorio, no se oía ni el deslizar de un pensamiento.

—No me mates —imploró.

Y tras decir esas palabras, como si fuera un condenado sobre el que ya se ha dictado sentencia, añadió con un balbuceo apenas audible:

—Todavía no.

Sil no iba a detenerse. Conocía esa determinación en la mirada.

Me sorprendió no haber percibido antes esa naturaleza tan brutal. Era como si la hubiera estado contemplando bajo la tenue luz de una vela y ahora, bajo una luz potente y sin filtros, se me rebelara con toda su crudeza.

Vicente, Miguel y Salvador observaban la escena desde el fondo del local inmóviles, con los rostros compungidos y los labios sellados.

—No lo hagas.

No fui consciente de que la exclamación había salido de mi boca hasta que Sil viró sus pupilas con un centelleo animal hacia mí.

Aunque me miraba, no podía verme, era incapaz de percibir nada más allá de las llamas de su ira.

—Por favor —rogué de nuevo.

La escena quedó en suspensión unos segundos. El destino había echado los dados, pero estos aún no habían chocado contra el suelo.

Sil se acercó más a su presa, para olisquear su miedo. La mano que sostenía la botella quebrada se sacudió en el aire.

Temí lo peor.

En un arrebato inesperado, lanzó a su víctima lejos de sí, provocando un estruendo de sillas abatidas y exclamaciones hasta ese momento contenidas. Fue entonces cuando distinguí, a los pies de Sil, desiguales fragmentos del barquito que adornaba uno de los estantes.

La pintura verde del casco, descascarillada en diferentes puntos, exhibía sin pudor la fragilidad de la madera.

Sil se deshizo de la botella arrojándola con desgana. A continuación, se

agachó y empezó a recolectar los pedazos de aquella réplica infantil acogiéndolos en su mano como si fueran pajarillos caídos del nido. Cuando se incorporó, me pareció que había menguado, que su piel era más cetrina y su pelo más ralo. Aquella insignificante tarea había dejado en él secuelas comparables a las de una larga enfermedad.

Me asombró comprobar que en sus ojos ya no había rabia, sino una opacidad que poco a poco se fue transformando en una tristeza antigua.

El parroquiano, convertido en un guiñapo lamentable, aprovechó el aire ausente de su atacante para huir de la cantina dejando una estela de pasos vacilantes.

Sil lo observó con indiferencia, como si se tratara de un desconocido con el que jamás hubiera tenido cuentas que saldar.

Entonces se percató de mi presencia. Al fin había dejado de ser invisible para él.

Esperé expectante a que dijera algo, alguna palabra que aportara un poco de luz a la escena que acababa de presenciar.

Pero solo dijo:

—Cierra tú el local.

Y se escabulló por la cocina, arrastrando los zuecos, como si llevara el lastre de una pesada carga.

Capítulo 21

No tenemos la culpa de ser como somos, pero somos responsables de aquello en lo que nos convertimos.

Le llamaban «el Farigola» porque su abuela se ganaba la vida vendiendo ramilletes de tomillo por los pueblos. El mote había pasado a su madre y después a él. El Farigola apenas sabía distinguir una hierba de otra, pero el mar se le daba bien. Fue un buen pescador hasta que una mala decisión volteó su destino.

Una madrugada de ensañado oleaje un embate se llevó por delante la barca de un compañero. El pescador no sufrió ningún daño. El bote, sin embargo, quedó muy perjudicado. Cuando sobrevenía una desgracia de este tipo, era costumbre hacer una recolecta entre los miembros de la cofradía y de este modo reunir el dinero necesario para enmendar la situación.

En la medida de sus posibilidades, todos contribuyeron. Hasta Sil puso su parte. Todos menos uno, el Farigola.

La exigencia le pilló del revés. A su entender cada uno debía sobrellevar sus propios problemas, de la misma manera que él cargaba con los suyos sin entorpecer la vida de nadie.

Por fortuna, la solidaridad de unos cuantos resultó más decisiva que la miseria de uno solo y el infortunado consiguió la ayuda que necesitaba para hacerse con una nueva barca.

Pasaron los meses y esa anécdota quedó olvidada. Nadie la comentaba. Sucesos más novedosos habían ocupado su lugar. Hasta el Farigola y el pescador agraviado habían dejado de sentirse incómodos cuando coincidían en la cantina.

Pero el orden de las cosas se alteró un día de cielo acerado.

El pescador y su flamante barca se habían hecho a la mar cuando, de forma repentina, se vieron cercados por un oleaje envalentonado. A aquel hombre se le agitaba el corazón solo de pensar que le pudiera ocurrir algo a su embarcación. Sus compañeros ya habían tenido que socorrerle una vez y sabía que no tendría arrestos para solicitar ayuda de nuevo.

Era un navegante hábil, pero el temor a perder lo había convertido en un mal jugador.

Otros hombres de mar no se hubieran acobardado ante unas aguas como aquellas. Sin embargo, él se apresuró a tomar el rumbo hacia la

playa.

Nada le haría poner en peligro su embarcación.

O eso creía.

Había enfilado el regreso a tierra firme cuando le pareció distinguir, a cierta distancia, un bulto que batallaba por mantenerse a flote.

Aguzó la vista, que empezaba a jugarle malas pasadas, y disipó sus dudas. Alguien se hallaba en apuros.

Bogó tan rápido como pudo para acercarse a aquella mancha inconcreta que se agitaba con movimientos desesperados.

Enseguida constató que lo que se debatía entre las olas era un muchacho.

Impulsado por una fuerza que ignoraba poseer, aceleró el ritmo. Lamentó no ser más joven. Un dolor punzante se instaló en su zona lumbar. Los hombros, que escondían un montón de lesiones adormecidas, empezaron a quejarse. Los dedos se le agarrotaron, las palmas de las manos le ardían. No le importó. Lo que le atormentaba era la posibilidad de no llegar a tiempo, de que aquel chiquillo que, a juzgar por la rendición de sus movimientos, estaba más muerto que vivo fuera engullido por las aguas ante sus propias narices.

Por suerte, su madre lo había parido obstinado y su nueva barca era resistente y briosa. Así que, al fin, logró agarrar al muchacho, subirlo a bordo y sacarle el agua que le anegaba el pecho.

Cuando estuvo seguro de que la muerte ya no los rondaba y de que el bote navegaba por aguas más sosegadas, prestó atención al rostro de la criatura que, tumbada en el suelo, se recuperaba del susto.

Un temblor le agitó por dentro hasta hacerle castañear los dientes.

Necesitó unos segundos para que la destemplanza se mitigara.

Cuando eso ocurrió, agachó la cabeza y rompió a llorar.

Ya cerca de la orilla, unos compañeros que habían atisbado sus movimientos corrieron a interesarse por lo ocurrido.

Sus voces le llegaron desfiguradas por el viento. Oía las palabras, pero no las entendía, como si el aire jugara a trastocar las sílabas.

Con el chaval en brazos, apretándolo contra su pecho, puso los pies en la playa. Mientras, los brazos nervudos y descansados de aquellos hombres arrastraron la barca hasta la arena firme. Sus bocas modularon exclamaciones y preguntas que él dejó pasar de largo, como un tren cuyo destino se ignora.

Le sobrevino el temor de estar muerto, de ser un fantasma, aunque, paradójicamente, nunca se había sentido tan vivo. Por primera vez el destino le había mirado a los ojos, tratándolo de tú a tú.

Los compañeros formaron un corrillo a su alrededor. Sus caras, surcadas de arrugas, transitaban de la alarma a la alegría con una intermitencia que parecía calculada.

El pescador extendió los brazos y les entregó al chico.

Entonces enmudecieron.

No era necesario repartir palabras, compartían el mismo sobresalto.

Aquel niño era el hijo del Farigola.

Si había que ponerle un nombre al salvador de aquel chiquillo, este era tan largo como la lista de los que habían colaborado en la colecta para comprar una nueva barca.

En esa lista destacaba una ausencia, una ausencia de la que el Farigola nunca pudo rehacerse. A partir de entonces vivió amarrado a la culpabilidad. Sentía que, de manera indirecta, él le había negado a su hijo la ayuda que un día iba a necesitar para burlar a la muerte.

Ese sonsonete le atormentaba día y noche. Lo escuchaba dentro de su cabeza, lo veía reflejado en las pupilas de aquellos con los que se cruzaba, en las olas que le arañaban los pies.

Hay dolores que no se pueden derrotar. El Farigola lo sabía bien.

Empezó a beber. Se convirtió en un borracho silencioso, de esos que se acodan en la barra y sumergen la mirada en el vaso. No buscaba conversación ni nadie se la daba.

En sus primeros tragos susurraba para sí «quiero morir» y en los últimos, más aplacado, «todavía no», como si alumbrara la esperanza de que la vida le fuera a dar una oportunidad.

Lo tenía difícil. Su núcleo familiar se había convertido en un páramo. A partir del suceso, su mujer empezó a escatimarle las palabras y acentuó las miradas de reconvención. Su hijo se marchó lejos antes de convertirse en un hombre. No se extendió en explicaciones. Quería irse, eso fue todo.

El Farigola hubiera preferido mil reproches a ese silencio corrosivo que se había extendido a su alrededor.

Tal vez pensara en ello cuando se levantó del taburete con pasos sonámbulos y se acercó al barco de madera que Sil conservaba junto a las botellas.

—Estaba acodado en la barra, en el rincón, como siempre —me contó Miguel cuando pregunté sobre lo ocurrido.

—Se quedó ensimismado mirando el barquito, como un idiota —continuó Vicente.

—A saber qué pasaría por su cabeza —remató Salvador.

—Alargó el brazo con el propósito de cogerlo.

—Pero había bebido demasiado y perdió el equilibrio.

—Trastabilló y el barquito se cayó al suelo.

—Cuando Sil advirtió lo que había ocurrido se le demudó la cara.

—Los ojos le llameaban.

—Agarró una botella, la estrelló contra el mostrador y se abalanzó contra él.

—Lo que sucedió después ya lo sabes.

Tras oír aquellas explicaciones pensé en ir tras Sil. Nunca lo había visto tan alterado. Me aguijoneaba la curiosidad.

Salvador debió de adivinar mi intención, porque me asió del brazo haciéndome un gesto de negación con la cabeza.

—Ya se le pasará —dijo para acabar de refrenar mi impulso.

Nos quedamos en silencio. Por nuestras cabezas navegaba la imagen de una barca batida por las olas.

Vicente cruzó los brazos sobre el pecho.

Al moverse, desprendió un olor a aceite de motor y grasa.

—Por mucho que digan, el alcohol no sirve para olvidar. Tarde o temprano, todos los borrachos deben enfrentarse a su verdad.

Salvador asintió.

Miguel, que no había dejado de agitarse nervioso, entrechocando sus dedos unos contra otros, alzó el mentón. La nueva perspectiva, que impedía la visión de sus párpados adormilados, le confirió una expresión más despabilada.

—Los borrachos deben enfrentarse a su verdad, los buenos bebedores, en cambio, revelan la verdad de los demás.

Clavamos la mirada en él sorprendidos de que un hombre de naturaleza tan poco reflexiva hubiera pronunciado aquella enigmática sentencia.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Salvador.

El aludido se encogió de hombros y sus ojos volvieron a tener el aspecto perezoso de siempre.

Puede que Miguel hubiera hablado sin conocer el alcance de sus palabras, pero aquel incidente había convulsionado las aguas más profundas de Sil. No sabía por qué, y me moría de ganas por averiguarlo.

Capítulo 22

Entre la dicha y el desencanto hay un punto en el que late la verdad.

Nunca había ido a La Casa de noche, pero la necesidad de compartir mis inquietudes, que habían ido en aumento tras mi paso por la cantina, pesaba más que el pudor y el miedo a sorprender a Lobo en alguna actitud que pudiera hacerme daño. Aunque no me gustaba pensar en ello, intuía que debía de tener un gran éxito con las mujeres. La sola idea de que tuviera una vida propia, más allá de la que yo podía observar trabajando para él, me hería. Era consciente de lo delirante de ese sentimiento, pero que no me asistiera ninguna lógica no hacía desaparecer la angustia.

Me resultaba imposible clasificar esa emoción peregrina, carecía de experiencia para ello. Si hubiera sabido ponerle nombre a esa zozobra posiblemente mi sufrimiento hubiera sido mayor.

Golpeé la puerta con la aldaba.

Nadie respondió.

No me parecía oportuno utilizar mis llaves, aunque enseguida comprobé que no las necesitaba. La puerta estaba abierta.

La casa había sido registrada tantas veces que supuse que ya daba igual salvaguardarla.

De todos modos, preferí retroceder unos pasos hacia la playa hasta situarme bajo la terraza.

Había luz en la habitación.

—Lobo —grité.

Enseguida me arrepentí. ¿Y si no estaba solo?

Esperé con el corazón encogido, como si hubiera hecho algo malo.

Hasta mí llego una suave voz femenina.

Una ola de desesperanza ahogó mi respiración, pero al instante distinguí los ecos apagados de una música que la acompañaba.

Dudé unos instantes, más por incredulidad que por falta de evidencias.

Lo que sonaba era el disco de Jeanette.

Se me escapó una sonrisa.

Envalentonada, volví a gritar su nombre. Esta vez con mayor decisión.

Lobo asomó por la balaustrada.

Desde abajo, sus hombros me parecieron más anchos, y su melena, más larga.

—¿Qué haces aquí?, ¿ocurre algo?

—¿Puedo entrar?

—Claro, sube.

Crucé la puerta y me deslicé por el pasillo como una sombra. Los cuadros volvían a estar en su sitio. Nada parecía fuera de lugar. La única pieza disonante era yo.

Durante años había deseado estar en aquella casa y, sin embargo, esa noche me sentía en un territorio ajeno, como si me acechara un peligro. Tal vez fuera el temor a que el fantasma de mi padre se encarnara al final del corredor o, tal vez, la presencia más real e inquietante de Lobo a escasos metros.

Subí despacio, arrastrando un sentimiento de indefensión.

Lobo me esperaba al final de la escalera.

La música había dejado de sonar.

Quedamos uno delante de otro, parados y rodeados de silencio.

Si Lobo no se hacía a un lado, me resultaba imposible avanzar. De hecho, ni siquiera podía respirar.

Escrutó mi expresión intentando leer en ella un adelanto de lo que me había llevado hasta allí.

Su frente se replegó en varias ondulaciones, pero yo presté más atención a la cicatriz que subrayaba su ojo. Imaginé el tacto que dejaría en la yema de mis dedos.

—Te has soltado el pelo. Te sienta bien.

Su halago me incomodó, como si fuera un arma arrojadiza.

—No he venido aquí para hablar de mi pelo.

—Pues ¿a qué has venido?

Como si no le interesara la respuesta, me dio la espalda y se fue a rebuscar entre los discos.

Colocó un nuevo vinilo sobre el plato giratorio y, con delicadeza, insertó la aguja en los primeros surcos.

Aquello no era Jeanette, pero no sonaba mal.

—Son Simon y Garfunkel —quiso aclararme mientras nos acomodábamos en la terraza.

—Qué bien —dije con sarcasmo. No sabía quiénes eran aquellos dos ni me importaba un comino, además me resultaba insufrible el tono aleccionador con el que acostumbraba a envolver sus palabras—. ¿Ya no volverás a escuchar a Dean Martin?

—Por supuesto que sí. Aunque no hayan funcionado para hacerte recordar, sus canciones me recuerdan a mi padre y a muchos momentos felices.

Sacó un cigarrillo con el procedimiento y soltura habitual.

No dejó de examinarme hasta que fijó la atención en la llama que prendía su pitillo. Entonces fui yo quien se centró en el perfil de su nariz, en la ondulación de su pelo, en sus manos de anchos nudillos. Obvié el horroroso anillo.

Me gustaba observarlo sin que se diera cuenta, buscando respuesta a esa arrogancia que a veces imaginaba impostada.

Se recostó en la silla, lanzó una bocanada de humo y arrojó la cajetilla y el encendedor sobre la mesa como si se hubieran convertido en dos objetos inútiles.

—Tú dirás.

—Tengo una sospecha.

Sus ojos se achicaron. Quizá fue a causa del humo.

—¿Puedes ser más explícita?

—Esta tarde, dando un paseo en bicicleta, he coincidido con el Hombre de los Perros.

—¿El Hombre de los Perros?, ¿quién es ese?

—Uno que ronda por aquí, seguro que lo has visto. Tiene más edad que tú, o al menos lo parece, los ojos muy azules y un aspecto inquietante. Siempre va acompañado de perros.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa.

—Sí, ya sé quién dices. Bonito apodo. Muy apropiado. Pero, dime, qué problema hay en que hayas visto a ese tipo.

—No es la primera vez que coincidimos por ahí. Incluso una noche lo descubrí merodeando la casa de mis tíos. Todo este tiempo pensé que se trataba de una casualidad. Esto no es tan grande y yo siempre vago por ahí en bicicleta.

—¿Y ahora ya no piensas lo mismo?

—Es que hay algo más.

—¿Qué?

—Hace algún tiempo, cuando yo aún no sabía quién era mi padre, me dijo que tenía los ojos de Austre.

Sus facciones se tensaron como si una bala hubiera cruzado por delante de su nariz.

—¿Estás segura de que te dijo eso?

—Completamente. Ese tío sabe quién es mi padre. Me pregunto cómo lo habrá averiguado, pero lo que de verdad me inquieta es que tenga algo que ver con JM y el Chino.

Lobo se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.

Había observado que esa era la postura que adoptaba cuando necesitaba reflexionar.

Se llevó el cigarrillo a los labios y aspiró su esencia con fruición.

El humo expulsado le cubrió el rostro. Cuando se disipó, su mirada se había entristecido.

—Y aún hay otra cosa.

—Vaya, vienes cargada de sorpresas.

—Creo que mató a un hombre.

Alzó la barbilla inclinando la cabeza hacia un lado.

—¿Qué te lleva a pensar eso?

—Él mismo me lo contó. Aunque no estoy segura de haberle entendido bien.

—¿Un hombre te confiesa que ha cometido un asesinato y no estás segura de entenderlo?

—No es una persona normal. A veces se expresa como un niño. Su discurso me resultó confuso. Me habló de un cazador que había disparado a uno de sus perros. Tenía las manos manchadas de algo que parecía una mezcla de sangre y tierra. Dijo que lo había enterrado con sus propias manos. En ese momento quise entender que se refería al perro, pero no estoy segura.

La canción terminó.

El silencio imprimió en nuestro ánimo una pausa dramática.

El siguiente corte arrancó con el sonido tenso, vibrante, de un instrumento de cuerda.

Lo recibí como un mal presagio.

—Desde que Sil y tú me relatasteis la historia del Chino estoy inquieta. ¿Y si ese tipo fuera uno de sus hombres?

La silla sobre la que estaba sentada crujió.

Me pregunté si los objetos serían capaces de captar las emociones humanas.

—No te preocupes, yo me encargaré de que ese al que llamas el Hombre de los Perros no te moleste más.

Desconocía el alcance de esas palabras, pero estaba convencida de que incluían una buena dosis de intimidación.

Empezó a recorrerme el cosquilleo del remordimiento. ¿Y si mis suposiciones eran falsas?, ¿y si por mi culpa un pobre desgraciado recibía la violencia que Lobo era capaz de desplegar?

—¿Has hablado con Sil de todo esto?

—Tenía el propósito de hacerlo, pero no he tenido oportunidad. Hoy estaba muy alterado.

Consideré conveniente no dar detalles de la escena que había presenciado.

—Mejor, no es necesario. Ya me encargo yo de este asunto.

—Vaya. Creía que eráis cómplices.

—Nos unen las circunstancias, nada más.

Tiró la colilla al suelo y la aplastó con el pie.

Mañana tendré que barrer la terraza, pensé.

—¿No te fías de él?

—Claro.

No entendí si esa respuesta era una afirmación a mi pregunta o justo lo contrario.

Se levantó de la silla con decisión.

Le imité.

Nuestros cuerpos quedaron muy cerca el uno del otro.

Hacía calor.

—Y yo, ¿he de fiarme de ti? —susurré con voz temblorosa.

—De mí menos que de nadie.

Esta vez tampoco supe si bromeaba o había sido sincero.

Olía a tabaco, a madera, a salvia, a misterio.

Su boca se acercó a mi cuello, o tal vez fue mi piel la que ansió sus labios.

Alargó los dedos y acarició uno de mis rizos.

En la profundidad de sus pupilas vislumbré el destello de una luz, como un faro en alta mar.

Nunca he vuelto a sentirme tan rendida, indefensa y feliz como en ese momento.

Mis labios quisieron acercarse a los suyos, pero mi deseo era como una barca amarrada al muelle. Podía mecerse sobre las olas, pero era incapaz de navegar.

Retiró la mano con brusquedad. Fue un gesto rápido, azorado, que resquebrajó la intimidad del instante.

—Vete —ordenó.

Me quedé quieta, sin saber si rebelarme u obedecer.

—Yo sé lo que debo hacer.

Por tercera vez aquella noche, dudé del sentido de sus palabras. No distinguí si hacían referencia al Hombre de los Perros o a esa emoción extraña e indómita que había planeado entre los dos.

Capítulo 23

La vida es un misterio que se va desvelando a su debido tiempo.

Aquella noche la pase leyendo. De la misma manera que los clientes de la cantina se refugiaban en el alcohol, yo hallaba consuelo en los libros. Sumergirme en avatares y reflexiones ajenas calmaron la exaltación que recorría mis venas cuando abandoné la Casa de las Buganvillas.

Gracias a mi considerable aumento de ingresos había podido ir comprando una nutrida selección de los libros que llegaban a la tienda de Marisol. Me había alcanzado, incluso, para un tocadiscos Philips y una breve pero exquisita colección de vinilos en la que se advertía, lo confieso, la influencia musical de Lobo.

Al llegar a casa de mis tíos me había encerrado en mi cuarto, acomodado en la cama con un libro y escuchado una y otra vez las mismas canciones. Ponía el volumen tan bajo que apenas las oía, pero poner mis propios discos me producía un placer infinito.

Devoré una página tras otra sin ser consciente del transcurrir de las horas. Solo cuando la oscuridad de la noche empezó a diluirse como una mancha de tinta en un vaso de agua me di cuenta de lo absorta que había estado.

Apagué el tocadiscos y la lamparilla que me iluminaba. Lo último que quería era que uno de mis tíos irrumpiera en la habitación enojado por haber visto perturbadas sus últimas horas de descanso.

Tenía comprobado que lo que más les molestaba era el bienestar ajeno. Recelaban de la felicidad como de una seta venenosa. Cuanto más atractiva era su apariencia, peor consideraban sus efectos.

En más de una ocasión, al sorprenderme leyendo o escuchando música después de una jornada de trabajo, mi tío me atravesaba con sus ojos torvos.

—Qué manera de gastar los duros. Primero en libros y ahora en esos discos. Deberías emplear mejor el dinero.

—Ya lo hago, la mayor parte va a parar a sus manos. Lo que guardo para mí no es nada comparado con lo que le entrego a usted cada mes.

La efectividad de esas palabras era fulminante. Recordarle los beneficios que mi trabajo le reportaba era la mejor manera de sellarle los labios.

Disponer de mi propia música se había convertido, junto a la creación

de una pequeña biblioteca, en un refugio que me mantenía a salvo de cualquier zozobra o estorbo. Los libros me abrían las puertas de cotos imaginarios en los que ningún mal podía acecharme, mientras que la música me hacía sentir fuerte y libre. A través de ella había comprendido que la juventud era un poder, no una carencia.

Las portadas de los discos me fascinaban. Para mí eran como postales llegadas del futuro, donde uno podía vestir ropas estrambóticas, llenas de color, y poner caras interesantes.

No logré dormir en el par de horas que me quedaban antes de tener que ponerme en pie. Seguía inquieta. La excitación por la intimidad compartida con Lobo y la impresión que me había causado la violencia de Sil ante el Farigola me mantenían en ese estado.

Resignada a no pegar ojo, me levanté.

La casa estaba en silencio.

Recalenté un poco de café y me lo tomé deprisa para evitar coincidir con mis parientes. Pocos minutos después salí hacia la cantina.

La mañana aún no se había levantado. Los vapores de la noche permanecían pegados a la superficie del mar, que desprendía un aroma más intenso, casi avasallador. Mientras avanzaba por los márgenes de la playa, me dejé invadir por la sensación plena y gratificante de estrenar un día aún sin mancillar.

Pasé junto al búnker y, como siempre, presté atención a la cavidad en la que, no hacía tanto tiempo, Lobo me pidió que colocara una piedra negra. Tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad desde ese momento. No me sorprendió ver un canto blanco. Debía de haberlo colocado Sil o el mismo Lobo.

A pesar de la hora, encontré el bar abierto. Un primerizo rayo de sol lamía el ángulo del mostrador, que resplandecía con matices dorados.

No había nadie en el comedor, pero una presencia lo llenaba por completo. El barquito de madera lucía inmaculado en su estante habitual.

Por lo visto, Sil se había apresurado a restaurarlo con esmero, pues no había resto de los daños sufridos, al menos a simple vista.

Un agradable olor a sofrito me llegó desde la cocina. Allí encontré a Sil, removiendo una sartén con expresión complaciente.

—¿Saliste a pescar?

—Sí, acabo de abrir.

Su respuesta me llegó como un bálsamo de normalidad, como si la escena del día anterior no hubiera tenido lugar.

Me quedé mirando cómo mezclaba la cebolla, el pimiento y el tomate.

—¿Qué?, ¿has madrugado para trabajar o para que te sirva una barreja? Te advierto que no hago precio especial a los empleados.

En la cabeza de Sil la tormenta había amainado. Ahora en ella reinaba un sol resplandeciente. Invoqué a los dioses para que su mente se mantuviera en ese estado.

—Ya limpio yo el pescado —dije desprendiéndome del capazo y aquilatando con la mirada unas doradas desparramadas sobre papel de periódico.

—Hoy no se me ha dado mal el paseo.

—Si me hubieras invitado a ir contigo igual te habría ido mejor.

—Pensé que ya no te apetecía.

En realidad, no mucho. Pero menos me gustaba sentirme cada día más alejada de él.

—Si quieres, el próximo día te aviso.

—Estaría bien.

—¿Qué tal con Lobo? —me espetó de repente.

Bajé la cabeza para ocultar el rubor que había coloreado mis mejillas.

—Bien. Normal.

—Te has soltado el pelo.

Mostró una sonrisa amplia, relajada, libre de sospecha. Conociendo a Sil, no había peor presagio.

Resultaba difícil creer que el hombre que tenía ante mí fuera el mismo que el día anterior había estado a punto de rebanarle el cuello al Farigola.

Dio un par de vueltas rápidas al contenido de la sartén y la apartó del fuego. La cocina quedó invadida por un aroma delicioso.

—Ándate con cuidado con él.

La noche anterior Lobo había dejado entrever el mismo recelo hacia Sil. La desconfianza que se guardaban el uno al otro me arrancó una media sonrisa. ¿Debía yo también guardarme de ellos? Me respondí con otro interrogante, ¿había vuelto a confiar en alguien desde la muerte de mi madre?

—¿A qué viene eso ahora?

—Lobo es un embaucador.

—Ah, ¿como tú, quieres decir?

—Sí, como yo, pero con veinte años menos, los ojos verdes y el aire canalla que os atrae a las mujeres.

—Sigo sin comprender tu advertencia.

—No te hagas la tonta. Sabes muy bien de qué te estoy hablando. Ni tú eres una niña ni yo soy un ingenuo.

La candorosa era yo. Me avergonzaba reconocerlo, pero hacía tiempo que había sucumbido a las artes seductoras de Lobo. ¿Qué otra razón podía explicar, si no, esa impaciencia absurda que me asaltaba cuando transcurrían días sin verlo?, ¿qué podía justificar esa felicidad espumosa que aleteaba en mi estómago al reencontrarlo?

Suspiré rendida a las perturbadoras emociones que bullían en mi interior.

—Es muy mayor para mí, ¿no crees?

—Apuesto a que te gustaría que respondiera que no.

En ese momento entró un cliente. El primero de la jornada. Desde el

comedor nos llegó su gruñido disfrazado de saludo.

—Voy —vociferé, dispuesta a huir de lo que empezaba a percibir como una emboscada.

Me avergonzaba que Sil hubiera puesto al descubierto mis sentimientos, pero eso no era lo peor. Me aterrorizaba que esa transparencia también me delatara ante Lobo, que también él pudiera acceder a mi vulnerabilidad.

Intenté pasar el resto de la mañana sin pensar en ello. Lo logré la mayor parte del tiempo. El paso de la gente, sus conversaciones intranscendentes y sus continuas demandas facilitaron que mi mente transitara de un lado a otro sin posarse en nada.

Al acabar el turno, fui en busca de Antonio. Necesitaba más que nunca la paz que me proporcionaba ese ritual de lectura compartida.

No tardé en distinguirlo entre un par de familias de veraneantes atrincheradas entre sombrillas, neveras portátiles y una inexplicable variedad de mobiliario playero. Su camisa ondeaba al viento y, como de costumbre, leía con gran concentración. Ni siquiera el jolgorio circundante lograba afectarle.

Tuve que pronunciar su nombre para que se percatara de mi presencia. Su sonrisa actuó sobre mí como un bálsamo. Antonio transmitía calma, como los libros escritos despacio.

Intercambiamos algún comentario jocoso sobre los domingueros que habían invadido su terreno y, sin más preámbulo, nos sumergimos cada cual en su texto.

De vez en cuando, Antonio alzaba la cabeza y me leía alguna frase que había llamado su atención o me relataba alguna anécdota del autor. Me costaba creer que los libros hubieran sido escritos por personas de carne y hueso. Consideraba que las novelas eran como la uva o las aceitunas, el fruto de un proceso regido por la naturaleza.

Los ojos empezaron a pesarme. Las horas de sueño que le había escamoteado a la noche exigían su reparación.

Dejé el libro a un lado y me tumbé boca abajo, recostando la cabeza sobre los brazos. Me quedé dormida hasta que Antonio se dispuso a marchar.

—El libro que has traído no debe ser muy bueno. Te has quedado frita.

—Esta noche no he descansado.

—Pues ahora has dormido un buen rato. Yo ya me marcho.

—Nos vemos mañana.

—Hasta mañana.

Lo observé alejarse con la somnolencia pegada aún en las pestañas.

Las persianas de la terraza de la Casa de las Buganvillas estaban cerradas. Lobo estaría ausente. Era un buen momento para entrar y coger la cucharilla que anhelaba. Él mismo me había dejado claro en más de una ocasión que podía acceder a la vivienda siempre que lo considerara

oportuno. Aunque al decirlo, claro, no había considerado mis necesidades, sino las del jardín y las exigencias horarias de su mantenimiento.

Me sacudí la pereza, la arena y me dirigí hacia allí.

Tal como había supuesto, la casa estaba vacía. El sol se filtraba entre las persianas cerradas, dibujando sobre el pavimento cuadrículas de luz. El murmullo del mundo exterior moría al chocar contra las sólidas paredes. La atmósfera resultaba fresca y sosegada.

Me adentré en la cocina, donde se condensaba la mezcolanza de fragancias procedente del jardín.

Abrí el cajón donde me había sorprendido la cuchara. Me alegré al comprobar que seguía allí. Cuando la tuve en mis manos la observé detenidamente, valorando la posibilidad de que aquel utensilio tan cotidiano pudiera ser la llave que abriera la cerradura de un tesoro fabuloso. Repasé con el dedo sus escuetos grabados, las estrías de su único adorno. Fantaseé con un baúl cargado de oro y piedras preciosas, como aquellos que enterraban los piratas en las novelas. Pero lo que necesitábamos no era una llave, sino un mapa. Aquella cuchara no era una cosa ni la otra. Aunque para mí poseía un valor incalculable, el de un recuerdo que conformaba mi esencia. La guardé en mi capazo. Me perturbó un tímido remordimiento que acallé enseguida. No estaba robando, tan solo recuperando algo que ya era mío.

Antes de irme, caí en la tentación de subir a la planta superior.

Allí la luz se filtraba con mayor rotundidad.

Me acerqué a la pequeña cómoda que albergaba el tocadiscos y acaricié los vinilos esparcidos sobre él. Eran los últimos que había estado escuchando Lobo. En la carátula de uno de los *long play* aparecía el rostro en blanco y negro de un hombre de aspecto demacrado. Tenía la fisonomía de Frankenstein. Encontrar a Jeanette me hubiera hecho más feliz.

Me acerqué a una ventana y contemplé la playa a través de las tablillas ladeadas. Sin darme cuenta, mis ojos fueron a buscar el rincón de la terraza, entre las sillas de mimbre, en que Lobo había estado a punto de besarme. La experiencia había sido real; sin embargo, en aquel momento temí que todo hubiera sido fruto de una ensoñación.

No tenía nada que hacer allí. Ni siquiera sabía explicarme por qué había subido. Y si lo sabía, me negaba a reconocerlo.

Decidí marcharme.

Al retirarme, algo llamó mi atención. Un detalle que me turbó.

El canterano que ocupaba una pared lateral tenía seis cajones. El primero siempre estaba cerrado. Lo había podido comprobar los primeros días, mientras enmendaba los estragos que sobre la casa habían provocado los años de abandono. A diferencia de los otros, en este la llave nunca estaba en la cerradura. Nunca, excepto en ese momento. La vi allí, retándome con su presencia.

No está bien husmear en propiedades ajenas; sin embargo, pocas cosas hay más tentadoras que aquello que se nos quiere ocultar. Por otro lado, los últimos acontecimientos me habían enseñado que la línea que separaba mis asuntos de los de Lobo y Sil era zigzagueante.

Extendí la mano, despacio, temiendo que un movimiento demasiado brusco alertara al universo de mi intromisión. Giré el llavín y tiré de él. El cajón se deslizó obediente, sin hacer ruido. Al descubrir su interior, di un paso hacia atrás, sobresaltada. Encontrar una serpiente de cascabel agitando su cola no me hubiera causado mayor impresión.

Volví a acercarme con cautela, convenciéndome de que lo que había visto era un objeto inanimado, incapaz de revolverse contra mí.

Una pistola negra y brillante reposaba solitaria.

Su presencia desafiante me atrajo como el abismo a un suicida. Guiada por un impulso que la razón no pudo contener, la tomé entre mis manos. Su peso era mayor del que había supuesto, su tacto gélido. La devolví a su sitio con premura, arrepentida de haber entrado en contacto con un artefacto tan siniestro.

Cerré el cajón y devolví la llave a la posición en la que la había encontrado. Froté mis dedos contra la pernera de mi pantalón, como si necesitara limpiarlos tras haber impreso mis huellas en aquel maléfico objeto.

El hallazgo me había intimidado. También decepcionado. Me dolía ser tan ingenua, descubrirme como una joven pueblerina con ensoñaciones estúpidas. Lobo era un tipo poco recomendable, lo había sabido desde el día en que lo encontré malherido. Al abrir aquel cajón la realidad había saltado sobre mí para darme un guantazo en plena cara.

Bajé las escaleras con urgencia, como si acelerando el paso pudiera dejar atrás la turbación. Maldije a Sil por tener razón. Lobo era una persona ante la que había que estar en guardia. Me convenía tenerlo siempre presente, incluso cuando me obsequiara con una de sus embelesadoras sonrisas. Sobre todo, en esos momentos.

Abrí la puerta batiente del porche con un golpe de pecho, igual que un toro dispuesto a arrollar a cualquiera que se le pusiera por delante.

La luz indolente de la tarde y la relajante coreografía que, sin saberlo, escenificaban los bañistas aplacaron mi ánimo. Estaba tan inmersa en el caos de mis emociones que tardé unos segundos en asimilar que aquella estampa, rutinaria y trivial, no era un espejismo, sino la vulgar y maravillosa cotidianeidad.

Me descalcé y caminé por la playa, sintiendo la tibieza de la arena en la planta de los pies. Me arrepentía de haber estado fisgando, pero el mal ya estaba hecho. Había recibido un castigo por ello.

Volví a limpiarme la mano en la pernera, como si la pistola me hubiera tiznado los dedos con un hollín corrosivo y persistente.

No me di cuenta de que había ido ralentizando mis pasos hasta que me

detuve por completo.

Me quedé inmóvil mientras el aire me arremolinaba la melena sobre el rostro y las olas hundían mis pies en la arena.

Al abrir el cajón del canterano había descubierto el arma que guardaba Lobo, pero no solo eso. Había encontrado también la respuesta a un enigma que desde hacía tiempo me intrigaba.

Capítulo 24

El dolor siempre esconde una advertencia. Hay que huir, revolverse o transformarse.

Hacía días que no coincidía con el Hombre de los Perros. Desde que le había confesado mis sospechas a Lobo.

No podía dejar de relacionar su ausencia con la visión de la pistola en aquel cajón. Para aliviar mi angustia me empeñé en recorrer una y otra vez los paisajes en los que solía vagabundear con sus animales, deseando un encuentro que poco antes me había causado rechazo.

Las ruedas de la bicicleta araron los caminos en balde.

Más de una noche, con mis tíos ya acostados, había salido de la casa con el encogido anhelo de detectar algún signo de vida en la oscuridad que caía sobre los olivos.

Más allá del chirriar de las cigarras, no percibí nada.

Al Hombre de los Perros se lo había tragado la tierra. Esperaba que no literalmente.

Me abstuve de compartir mis temores con Lobo. De hacerlo, seguro que hubiera acabado mencionando la existencia de un arma de la que yo no debía tener ningún conocimiento.

Existía otro tema, en cambio, que sí estaba ansiosa por tratar con él. La revelación que había tenido, de forma repentina, poco después de abrir su cajón y tener la pistola en la mano.

Deseaba ver la expresión de su rostro al descubrirlo. Sentía un dulce placer ante la expectativa de mostrarme ante sus ojos, al menos por una vez, como una mujer avispada y no como una chica medio boba a la que, con toda certeza, suponía encandilada por su encanto personal.

Aquel día lo encontré tumbado en la terraza, fumando, y con los pensamientos frunciéndole el ceño.

Se lo espeté nada más llegar.

—Ya sé por qué lo haces.

El sobresalto que le causaron mis palabras solo se manifestó con un rápido parpadeo.

—¿Hacer el qué?

—Sacar los cigarrillos de la cajetilla al revés de como lo hace todo el mundo.

Se incorporó. A pesar del movimiento, me dio la impresión de que su

musculatura se relajaba en lugar de contraerse.

—Es una costumbre.

—Una costumbre curiosa.

—No para mí. La heredé de mi padre.

—Claro, imagino que a él también le resultaba útil —dije mientras retiraba tras la oreja un bucle que caía sobre mi rostro.

La potencia de sus facciones se diluyó bajo el halo de ternura que inundó su expresión.

—A veces resultas sorprendente, ¿sabes?

—No lo creo. Soy una chica bastante corriente.

—Precisamente por eso me impresionas, porque, aunque te comportas de una forma muy convencional, a veces resultas impredecible.

Percibí un incómodo golpeteo en el pecho que me esforcé en acallar.

—Me lo tomaré como un halago.

—Dime, ¿cuál es tu teoría?

—Abres las cajetillas al revés para que tus huellas queden en el papel de fumar, no en la boquilla. De este modo, al encenderlo, estas arden y desaparecen.

Soltó una carcajada que me recordó a las de Sil.

—¿Y por qué iba yo a hacer eso?

—Porque eres un ladrón.

Volvió a reír, extendiendo los brazos en un gesto de rendición.

—Tengo que reconocer que eres muy lista. ¿Puedo preguntarte cómo lo has averiguado?

Me mordí el labio para asegurarme de que no se me escapara ninguna palabra inoportuna. Lo había deducido poco después de descubrir y coger el arma. Mientras caminaba por la playa me pregunté si habría dejado mis huellas impresas en ella. No creí que eso pudiera acarrearme ninguna consecuencia, pero me ayudó a asociar ideas y a llegar a esa conclusión de manera espontánea. Claro que no podía darle esa explicación a Lobo. Imposible confesarle que había fisgoneado sus cajones.

Encogí los hombros y sonreí. Volvía a actuar como si fuera boba.

—Es un viejo ardid de ladrón, trucos que se aprenden en la cárcel.

—¿Has estado en la cárcel?

—La he visitado muchas veces. No es un sitio agradable, créeme.

—¿Y no te da miedo volver allí?

Me observó con gesto circunspecto. Su sonrisa me desarmaba, pero esa expresión reservada, que lo transformaba en un hombre diferente, más reflexivo y menos arrogante, anuló por completo mis defensas.

—¿Has oído hablar alguna vez del asalto al tren de Glasgow?

—¿Fue un golpe tuyo?

Volvió a reír, pero en esta ocasión sus carcajadas ejercieron en mí un efecto corrosivo. Por lo visto había hecho una pregunta estúpida. Mi ignorancia brillaba como una pepita de oro en una mina de carbón.

Me erguí orgullosa intentando compensar lo pequeña que me sentía.

—Es el robo más importante que se ha realizado nunca. Y lo es tanto por la cantidad conseguida como por la meticulosidad del plan que lo hizo posible. Fue un golpe de película.

—¿Parecido a los que daban tu padre y el mío?

—No. En este caso lo que se asaltó fue un tren. El tren correo que circulaba entre Londres y Glasgow.

—¿Y qué robaron, cartas?

Me miró sin estar seguro de si lo preguntaba en serio o si me estaba burlando de él. En todo caso explicó:

—El tren del que te hablo trasladaba la recaudación millonaria de los bancos. Una cantidad obscena de dinero. Mucho más que la que mi padre y el tuyo sustrajeron a JM. —Resopló como si le costara imaginarlo—. Sin embargo, ambos planes tenían algo en común.

—¿El qué?

—Los dos tuvieron su origen en una información privilegiada. El grupo de hombres que asaltó el convoy conocía el secreto que este escondía, 120 sacas cargadas de libras. El golpe era difícil, pero no imposible. El cabecilla de la banda adiestró y coordinó a más de una decena de hombres para llevarlo a cabo. Incluso se permitió el lujo de idear un asalto completamente limpio, en el que no fueran necesarias las armas de fuego.

—¿Cumplió su objetivo?

—No del todo. Por desgracia, tuvieron un contratiempo y se vieron forzados a golpear en la cabeza al maquinista.

—Me cuesta creer que no tuvieran otra alternativa.

Chasqueó la lengua.

—La cuestión es que al final los trincaron.

—Ya lo siento —dije con sorna. Aunque en seguida me arrepentí. Yo era hija de un ladrón.

—¿Y sabes cómo los pillaron?

—Ni idea, pero seguro que me lo vas a contar.

—Como ya te he dicho, el plan era bueno, muy bueno, sin fisuras ni hilos de los que tirar. Una vez realizado el asalto, los integrantes del grupo solo debían refugiarse en un lugar seguro y esperar a que pasara el peligro. Eligieron una granja. Durante las largas horas de reclusión mataron el aburrimiento jugando al Monopoly. ¿Ya has adivinado por dónde voy?

—Ni idea.

—Días después, cuando la policía rastreó el lugar, encontró el juego y, gracias a las huellas dactilares que habían dejado impresas en él, pudieron detener casi a la totalidad de la banda.

—Les hubiera salido más a cuenta dedicarse a la lectura.

—Por eso me acostumbré a coger así los cigarrillos. Como te he dicho, es un hábito que adopté de mi padre. Él lo adquirió cuando empezó a

correr la noticia de los arrestos. Decía que nunca está de más extremar las precauciones.

—Qué edificante resulta hablar contigo. Cuando limpio en otras casas amplío mis conocimientos sobre productos de droguería. Aquí todo es distinto.

Había sido un día de intenso calor. El sol había empezado a declinar, pero sus efectos seguían manteniéndose con la misma firmeza.

Eché un vistazo a los bañistas que se despedían del día de playa. Al marchar, con los pies hundidos en la arena caliente, parecían atravesar una atmósfera aletargante.

El bochorno me había pegado la camiseta a la espalda. Me recliné en la balaustrada con la esperanza de que la brisa marina me aliviara.

—¿Nunca te sientes mal por dedicarte a lo que te dedicas?

—Uno no debe sentirse culpable por hacer lo que le dicta el corazón —contestó Lobo dándose unos golpecitos en el pecho.

Se levantó y se acercó a la baranda. También él acusaba el calor.

Nos llegó un soplo de aire, un aire caliente que aplanaba el ánimo.

El mar se había embravecido. Parecía un animal intentando liberarse de sus cadenas.

Contemplamos el ajetreo de las olas. Las coronas de espuma morían en la arena, sin dejar rastro de su fuerza ni su belleza.

—¿Te apetece darte un baño?

—No —respondí asombrada y asustada.

—La verdad es que el mar se está poniendo feo.

—Muy feo.

—Apuesto a que llevas un bañador en tu cesto.

Mi inquietud aumentó.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sales de casa de tus tíos temprano y procuras no tener que regresar hasta la noche.

Tenía razón.

—El agua está demasiado removida —insistí.

—Y está empezando a oscurecer —apuntó él también.

Interrumpimos la conversación. El rumor del mar acompañó nuestras cavilaciones.

De pronto, contradiciendo las palabras que acababa de pronunciar, exclamó:

—Voy a cambiarme. Si te apetece, te espero abajo.

Su variación me dejó pasmada.

Debía elegir entre lo que temía y lo que deseaba. Enseguida descubrí que eran la misma cosa.

La razón me dictaba que no me dejara llevar, pero qué sentido tiene hacer lo correcto cuando uno quiere equivocarse.

Bajé las escaleras como el paracaidista que sucumbe a la fascinación del

vacío.

Me cambié y salí a la playa, descalza y sintiéndome desnuda.

Me avergonzaba la mera idea de que Lobo posara su mirada sobre mí.

No podía evitarlo, pero podía disimularlo.

Avancé con paso firme, decidido, apartando con las manos los rizos que revoloteaban por delante de mis ojos.

Él estaba en la orilla, de cara al mar. Tanteaba la temperatura del agua con el pie.

Llevaba un bañador escueto, ajustado a la estrechez de su cadera.

Al percibirme a su lado no mostró sorpresa. Eso era lo que me irritaba de él, esa seguridad, el convencimiento de que siempre acababa saliéndose con la suya. Eso que tanto me enojaba era también lo que más me atraía.

Mantuve mi apostura decidida y me adentré en el agua como si no me afectara el contraste de temperatura.

Me zambullí enseguida. Era la mejor forma de librarse del frío. Al salir, vi el anillo de Lobo relucir sobre las ondas de plata.

Me eché el pelo hacia atrás. Me sentí más ligera y poderosa.

Lobo, que acababa de sumergirse, sacudió su melena, rociándome con minúsculas gotas de agua.

Sonrió. Yo también.

Una ola nos embistió, derribándonos como dos muñecos de trapo. Al recuperar la verticalidad, nos lanzamos al unísono contra la siguiente, buscando revancha.

Durante el juego, caímos, nos dejamos arrastrar y volvimos a recuperar posiciones. Cada tropiezo nos provocaba una risa floja, infantil.

El mar se convirtió en un universo cargado de misterios en el que solo existíamos nosotros dos.

Desde el agua La Casa mostraba un aura fantasmal. Las luces se habían quedado encendidas y el resplandor eléctrico se filtraba por los ventanales. Una sensación de plenitud ensanchó mis pulmones.

La embestida de una ola gigantesca me pilló desprevenida, sepultándome bajo un torrente de burbujas. Su impulso me sumergió y me volteó un par de veces. Sin poder hacer nada por evitarlo, perdí la orientación y el control de mis extremidades. El agua me zarandeó a su antojo. Abrí los ojos, pero todo era oscuridad. Me asusté. Intenté ubicarme en ese torbellino de furia que vapuleaba mi cuerpo como si fuera una pluma, pero fui incapaz de hallar el camino que llevaba hacia la superficie.

De pronto, una mano me asió con fuerza y me rescató de esa inercia nefasta.

Una vez fuera, tosí hasta expulsar el agua tragada.

Lobo estaba junto a mí, sujetándome aún.

—¿Te has asustado?

—No —mentí.

—Yo un poco. Desapareciste de pronto.

—Será mejor que salgamos.

—Sí, mejor.

Caminamos hacia la orilla con las manos aún unidas, venciendo la resistencia del agua, sin importarnos que nuestras pieles se acariciaran cada vez que el ímpetu del mar las arrimaba.

Cuando el nivel del agua nos llegó a los tobillos, corrimos hacia la arena.

La temperatura resultaba agradable, pero yo temblaba.

Busqué mi toalla, que se escondía arrebujada en la oscuridad, y me la eché por los hombros. Lobo la cogió por los extremos y tiró de ambos para frotarme la espalda.

Volvimos a reír, sin saber de qué.

Lobo se mostraba relajado, despojado de su irritante postura. Pensé en que parecía más joven, en que no eran tantas las cosas que nos separaban.

Me retiré el pelo de la cara y miré sus ojos. Él ya miraba los míos.

Me sentí al borde de un precipicio, dispuesta a dar un paso al frente.

Él también parecía dispuesto. Pero justo en ese momento, su actitud se tornó vacilante.

—¿Qué pasa? —balbuceé.

Me dejó con la pregunta en los labios y avanzó hacia la orilla. El mar, convertido en una masa fantasmal, lamía sus pies.

Me arrebujé en la toalla buscando un refugio que aplacara mi desconcierto.

Me acerqué.

—¿No has traído toalla?

—No me hace falta. —Su voz volvía a arrastrar un deje de suficiencia.

—Laura…

—¿Sí?

Tardó unos segundos en responder. En ese intervalo percibí un flujo burbujeante de energía corriendo por mis venas.

—¿De verdad no sabes dónde está el tesoro?

La pregunta llegó hasta mí como una ráfaga de viento helado. Mi felicidad cayó de un octavo piso y se estrelló en el suelo.

—No tengo ni puta idea —escupí en un arrebato de rabia—. Y si lo supiera jamás te lo diría.

Había iniciado el camino de vuelta cuando le oí exclamar:

—¿Desde cuándo eres tan mal hablada?

No me molesté en contestar.

Recorrí la distancia que me separaba de La Casa, me cambié y recogí mis cosas sin ser consciente de ello. Una nebulosa roja ofuscaba mi mente. Aún lo hacía cuando llegué a casa de mis tíos.

Me encerré en mi habitación. No tenía sueño, ni ganas de hacer nada.

En justa venganza, le había birlado un paquete de tabaco. Me senté en

el poyo y saqué un cigarrillo. Lo hice a su manera. No me resultó fácil, pero al fin lo logré.

Lo encendí y di unas caladas escrutando la oscuridad. Ni rastro del Hombre de los Perros. Esa ausencia seguía provocándome sentimientos encontrados.

Tal vez por el efecto sedante del tabaco o por la calma que exhalaba el paisaje, me fui sosegando. El recuerdo del baño vespertino fue sumiéndome en un estado de complacencia. Aún tenía el pelo húmedo y el germen de una ilusión absurda azuzándome el corazón.

Fumé en silencio saboreando esa novedosa exaltación. El aroma del tabaco, mezclado con las fragancias de la noche, tenía un efecto analgésico.

Su efecto reparador desapareció al escuchar el sonido de unas alpargatas arrastrándose por la cocina.

La figura desaliñada de mi tío asomó por el hueco de la puerta.

Se quedó quieto en el marco de luz, exhibiendo su silencio.

Sus ojos herían como perdigones de plomo.

—¿Desde cuándo fumas?

Me encogí de hombros. Ni era asunto suyo ni yo lo sabía a ciencia cierta.

—Es un vicio caro.

—No lo será tanto si yo puedo pagarlo.

—¿Por qué tienes el pelo mojado?

—Me he dado un baño.

—¿Un baño?, ¿de noche?, ¿con quién?

—Sí. Aún no había anochecido. Con nadie —respondí atendiendo al orden de sus cuestiones. Luego me dediqué a disfrutar de mi cigarrillo y a escrutar en la oscuridad los olivos centenarios. Seguro que ellos también habían sido víctimas de la tosquedad humana.

Mi tío siguió en el quicio de la puerta, inmóvil, como una serpiente esperando el momento de atacar.

—Has de aprender a conformarte con lo que eres.

—¿Y qué soy?

—Una joven de pueblo, sin estudios, sin patrimonio y no especialmente agraciada. —Al fin había clavado sus colmillos—. No me gustaría que te confundieras y cometieras un error que pudiera arruinar tu futuro.

Hablarme en esos términos le producía un enorme placer.

—¿Qué clase de error?

—El mismo que cometió tu madre.

Noté su veneno extendiéndose por mis venas.

—No se te ocurra venir a esta casa preñada.

Los labios se me arquearon en una mueca de asco.

—Es usted repugnante.

Sin darme tiempo a reaccionar, una bofetada me estalló en la cara.

—A mí no me hables en ese tono.

Me acaricié la mejilla. No pretendía calmar el dolor, solo contener las palabras que pugnaban por salir.

Mi tío, en cambio, había abierto la espita de su amargura.

—Te estás descarando mucho desde que limpias para ese señoritingo de la mansión de la playa.

—Es un buen trabajo. Gracias a él traigo más dinero a esta casa. Me lo proporcionó Sil, al menos él se preocupa por mí.

—Sil no se preocupa por nadie.

Me dolió que se refiriera a él con esa suficiencia. Una cosa era que yo recelara de él, pero otra bien distinta que alguien tan malsano como mi tío lo hiciera. Comparada con su talla moral, la de Sil se me antojó, a pesar de sus tejemanejes y sus medias verdades, la de un catequista.

—Fue usted quien me llevó a la cantina para trabajar con él.

—Él te reclamó. Si acepté fue porque no había mucho donde elegir. Tienes que ganarte la vida, no vamos a mantenerte nosotros. Pero eso no significa que Sil sea un personaje recomendable.

—Es mejor que usted.

—¿Mejor que yo?

Remató la pregunta con una carcajada oscura.

—Pues si tan bueno te parece, pregúntale si se acuerda de Marieta.

—¿Marieta?, ¿la mujer que vivía en la Casa de las Buganvillas?, ¿qué tiene que ver ella con Sil?

—¿Qué tiene que ver? Pregúntale quién la sacó a rastras, quien le dio el paseíllo y acabó con ella.

—¿Qué está diciendo?

—Que tu querido Sil fue quien mató a esa mujer.

Mi pecho se resquebrajó.

—Eso no es verdad.

—¿No te lo ha contado nunca? Vaya, con la confianza que parece que te tiene. Pues ya te lo digo yo. —La voz de mi tío rezumaba satisfacción —. Si no me crees, pregunta por ahí; nadie habla de ello, pero todo el mundo lo sabe.

De las fisuras abiertas en mi pecho empezó a brotar un ácido corrosivo.

Hice un esfuerzo por no llorar. No quería proporcionarle ese placer a mi tío.

Me armé de valor y reté con la mirada a aquel hombre que solo era capaz de cultivar amargura.

—Mañana me iré de esta casa.

—¿Y dónde piensas ir?

Tiré el cigarrillo al suelo y lo pisoteé con rabia. No tenía ni la menor idea de qué iba a hacer, pero eso ya no era asunto suyo.

Volví a mi habitación y me derrumbé en la cama. A pesar del calor de

la noche, me había quedado helada. Me cubrí con la manta que había tejido mi madre y lloré hasta que no me quedaron lágrimas. Entonces me di cuenta del poder transformador del dolor, de que a partir de aquella noche ya no volvería a ser la misma.

Capítulo 25

La decepción es una piedra angulosa,
tiene mil formas de herirte.

Salí de casa de mis tíos con paso apresurado. La rabia me impulsaba a huir como un perro con el rabo ardiendo. Deseaba escapar de mí misma, de mi vida, pero la realidad es inapelable.

Cargaba con la mayor parte de mis cosas. Había cogido mi colección de libros, también los discos. El bruto de mi tío era capaz de tirarlos. No había mucho más, los cuatro trapos que componían mi indumentaria y la manta de mi madre. Todo ello constituía una carga tolerable. Había tenido que renunciar al tocadiscos y a la bicicleta, pero en algún momento, más pronto que tarde, pasaría a por ellos, antes de que a mi tío se le ocurriera malvenderlos.

Lo que me apremiaba era hallar un lugar donde refugiarme. En invierno, con las llaves de una decena de apartamentos vacíos en mi poder, la tarea hubiera resultado fácil, pero en verano la situación se complicaba. A pesar de ello, a lo largo de la noche había hilvanado algunas ideas.

Entré decidida en la Casa de las Buganvillas. Lo más probable era que Lobo estuviera aún durmiendo. Mejor, no me apetecía encontrármelo. Necesitaba algo más de tiempo para que se me templara el ánimo. Habían sido muchas las emociones experimentadas en las últimas horas.

Me deslicé con sigilo por el corredor que conducía a la zona de servicio. El cuarto de plancha me serviría de almacén provisional sin que los bártulos entorpecieran a nadie. Era muy probable que Lobo ni siquiera lo advirtiera. En cuanto a mí, había pensado en otro alojamiento.

A no mucha distancia de allí existía un viejo almacén de vino. Hacía años que no se utilizaba. Mostraba claros signos de abandono. La puerta estaba atrancada, pero una de las ventanas laterales era practicable. Había descubierto la abertura años atrás, en mis excursiones infantiles, y desde entonces había acudido en más de una ocasión cuando buscaba un rato de soledad. Me gustaba acomodarme en un rincón y abandonarme a la lectura.

Mientras no encontrara una alternativa mejor, dormiría allí. Unos días serían suficientes para que Encarna me encontrara algo más estable. Tal vez conociera a alguien que buscara una sirvienta a tiempo completo. Eso sería lo ideal para mis nuevos planes.

Necesitaba romper con todo, con mis tíos, con Sil y, a mi pesar,

también con Lobo. Deseaba acabar con la desazón, las mentiras y las complicaciones que su compañía me acarreaban. No había resultado fácil llegar a esa determinación, pero la madurez consistía en eso, en tomar un camino que antes ni siquiera se vislumbraba.

Lo que más me entristecía era abandonar la Casa de las Buganvillas; no obstante, estaba decidida a hacerlo.

Mi ánimo no era el mejor, pero tenía el convencimiento de que saldría adelante, aunque solo fuera porque no me quedaba otra alternativa.

—¿Qué haces aquí a estas horas?

La presencia de Lobo me sorprendió, a pesar de ser yo quien estaba fuera de lugar.

—He venido a dejar mis cosas. Las he guardado en el cuartito de la plancha. No te molestarán. Me las llevaré enseguida que pueda. —Hilvané una frase detrás de otra de manera apresurada. El recuerdo de las intensas sensaciones vividas la noche anterior me aceleraban el pulso.

—¿Cómo que tus cosas? —Lobo exhibía unos párpados soñolientos y cierta torpeza en los movimientos.

—Ya no voy a vivir más con mis tíos. Estoy buscando otro alojamiento, pero necesito unos días para organizarme.

Pareció despertar de golpe.

—¿A qué viene este cambio repentino? —Me tomó del brazo y me condujo hacia la cocina—. Deja que me tome una taza de café y me espabile mientras me cuentas. ¿Quieres tú una?

—Vale, pero no tengo mucho tiempo, quiero ir a hablar con Sil.

Esperaba que la profunda amargura que me embargaba al pronunciar su nombre no se me notara.

Aún quedaba café del día anterior en la Oroley. Lo recalenté y serví sendas tazas. Nos sentamos a la mesa. Lobo me observaba con detenimiento.

—¿Qué le ha ocurrido a tu mejilla?

—Nada.

—Pues está irritada, como si hubieras recibido un golpe.

Le di un sorbo al café. Tenía un sabor fuerte que explosionó en mi paladar.

—Diría que también tienes un ojo hinchado.

—He dormido mal.

Apretó lo dientes y palpó sus bolsillos buscando un paquete de tabaco.

Saqué de mi capazo la cajetilla que le había hurtado la noche anterior y le ofrecí un cigarrillo. Reparó en ella, pero no hizo ningún comentario.

Me apresuré a guardarla.

—¿Ha sido tu tío?

—Eso es asunto mío. ¿Puedo dejar mis cosas en el cuartito de la plancha hasta que encuentre un lugar donde quedarme?

—¿Adónde piensas ir?

—Aún no estoy segura.

—Quédate aquí. En esta casa hay espacio de sobra.

—Ni hablar. —No quería ser brusca, pero las palabras se adelantaron a mi intención.

—Pues si no quieres instalarte aquí, pídele a Sil que te haga un sitio en ese almacén que tiene lleno de cachivaches.

—Voy a dejar de trabajar en la cantina.

—Pero ¿se puede saber qué ha ocurrido?, ¿a qué vienen estos cambios?

—También voy a dejar de trabajar en esta casa.

Se levantó y se sirvió más café. Sujetaba el cigarrillo entre los labios. El humo ascendente le hizo entrecerrar los ojos. Unas gotas del líquido oscuro se derramaron sobre el mantel.

—No te conviene estar sola. ¿Tengo que recordarte que estás en peligro?, ¿has olvidado lo que Sil y yo te contamos?

—¿Cómo voy a olvidarlo si vosotros no pensáis en otra cosa? La cuestión es que tengo otros problemas más reales de los que ocuparme.

—Te aseguro que el Chino puede convertirse en un problema real, terriblemente real. —Apuró la taza de un trago—. Me da la impresión de que no eres consciente de la situación en la que te encuentras.

—Yo, en cambio, creo que el que está desubicado eres tú. Claro que no me extraña. Ha de resultar difícil mantener los pies en el suelo viviendo en una mansión como esta sin apenas trabajar, si es que se le puede llamar trabajo a eso que haces. ¿Quieres que te explique lo que son los problemas reales? Mi madre se tiró a las vías del tren cuando yo era una niña, he crecido sin tener idea de quién era mi padre y cuando, gracias a vosotros, lo descubro, resulta que era un ladrón. He pasado casi toda mi vida junto a mis tíos, dos desalmados que desconocen qué es el afecto y a los que he tenido que entregar mi jornal para compensarlos por mi existencia. Hasta hoy he estado trabajando en una cantina en la que he tenido que aguantar borrachos un día sí y otro también y cuyo propietario es un tipo del que ni siquiera tú, a pesar de los años que hace que os conocéis, te fías. Y por si eso no fuera suficiente, he limpiado y atendido la casa de un macarra que intenta camelarme para que le cuente dónde está escondido un dinero que dudo que exista.

—¿El macarra soy yo?

Consideré innecesario contestar.

Apagó el cigarrillo dentro de la taza, se cruzó de brazos y se recostó en el mármol.

—Dime al menos dónde piensas quedarte.

—Aún no estoy segura.

Suspiró con desaliento.

—Eres muy terca. Tu padre también lo era.

—Entonces ya sabrás que insistir no te servirá de nada.

—Lo que no entiendo es por qué no puedes seguir trabajando aquí.

¿Cuál es el problema?

—Prefiero no contestarte a eso. —Ni me apetecía ni lo consideraba necesario. Estaba segura de que él conocía la respuesta tan bien como yo.

—Al menos dame un par de semanas de margen, el tiempo necesario para encontrar a otra persona.

Le clavé las pupilas como si fueran uñas. Ya solo me faltaba que su insistencia respondiera a una cuestión meramente práctica.

—De acuerdo, dos semanas.

—Quiero seguir viéndote por aquí.

Apliqué ese comentario, como si fuera una pomada, sobre mi orgullo herido.

—Debo irme.

—¿Vas a decirle a Sil que dejas la cantina?

—En realidad, algo más que eso.

Salí de allí sin darle la oportunidad de preguntar.

Había cumplido con parte de mi propósito, pero me quedaba el peor trago.

Cuando entré en el bar un par de pescadores saboreaban el primer trago acodados a la barra.

Intercambiamos un saludo.

Aún llevaban el aroma del mar pegado a la piel.

En una de las mesas, cuatro albañiles desayunaban arenques con pan con tomate. Sil acababa de servirles una ronda de vino tinto.

—Llegas tarde —me espetó sin apenas mirarme a la cara.

—No te preocupes, no volverá a ocurrir.

Me planté ante él, como un toro dispuesto a embestir.

Era el hombre robusto y de mirada agreste que siempre había conocido; sin embargo, esas características ya no me parecieron una muestra de fortaleza, sino los muros que contenían a una bestia agazapada.

Busqué en sus ojos los destellos de complicidad que tantas veces me habían reconfortado, pero solo encontré una aspereza esquiva. Ni rastro del calor que en ocasiones me había proporcionado su compañía, solo el frío y la humedad de un día de invierno.

—¿Qué ocurre?

—Quiero hablar contigo.

Me dirigí hacia la cocina. Sabía que él seguiría mis pasos.

—Me das asco —le espeté en cuanto cruzó el umbral.

Se acercó batallando entre la sorpresa y el enfado. No estaba acostumbrado a que le hablaran así.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres?, ¿se puede saber qué cojones te pasa?

Aún tenía la botella de vino en las manos. Con esas manos había asesinado a una mujer indefensa.

—¿Te acuerdas de Marieta?

Su rostro se mantuvo impasible, pero sus ojos llamearon un instante. Hacía un esfuerzo por contener sus emociones.

Apreté el cerco.

—¿Sabes cómo murió?

Arrancó el corcho de la botella y bebió directamente de ella.

—Todo el mundo de por aquí sabe cómo murió.

—Yo no. Cuéntamelo tú. Cuéntame qué ocurrió.

Bebió otro trago. Más largo y desesperado que el anterior.

—Dime que no fuiste tú quien la sacó de su casa una noche para matarla como si fuese un animal.

—¿Y a ti qué te importa esa mujer? Ni siquiera la conociste.

—Sé las cosas que hizo y con eso me basta.

Dio unos pasos por la cocina, arrastrando pesadamente los zuecos. Parecía un animal enjaulado estudiando cómo salir de su encierro.

—¿Quién te lo ha contado?

—Entonces, ¿es verdad? —Había deseado que la acusación de mi tío hubiera sido un engaño para herirme, pero hay certezas que caen como plomo.

—Eres un cobarde y un miserable.

—No soy un cobarde —apostilló con una amarga sonrisa aflorando a sus labios.

—¿Cómo pudiste hacer algo así? Era una mujer inocente e indefensa. ¿Cuánto te pagaron? O ni siquiera eso, ¿lo hiciste para sentirte poderoso o por pura diversión?

No respondió a ninguna de mis preguntas, tal vez porque era consciente de que cualquier palabra que pronunciara se abatiría sobre él con el peso de la culpa.

—Eres demasiado joven para entender ciertas cosas.

—No voy a seguir trabajando para ti.

Esta vez no pudo ocultar su sorpresa.

—Deberías meditar un poco más tus decisiones.

—No tengo nada que pensar, me basta con lo que siento.

—Esa es la respuesta de una cría.

—Pues esta cría va a empezar a dirigir su vida como le dé la gana.

—No sabes nada de la vida.

—Y tú no sabes nada de las personas.

Abandoné la cantina con el convencimiento de que al atravesar aquella puerta dejaba atrás parte de mí.

Aquel cuartucho con olor a aguardiente y vistas al mar había sido lo más parecido a un hogar que había tenido y Sil, con sus silencios y su risa, el hombre que me había esforzado en ver como un padre.

Eché a correr. Necesitaba desprenderme del pasado, de aquella maraña de historias, personajes y fantasmas que caían sobre mí como una red.

De no haber estado tan alterada tal vez me habría dado cuenta de que

en la cavidad del búnker descansaba una siniestra piedra negra.

Capítulo 26

Uno no sabe lo que es capaz de hacer hasta que lo hace.

Había encontrado acomodo entre unas cuantas barricas alineadas en un extremo del almacén. Allí había colocado una vieja colchoneta y dispuesto las cuatro cosas que consideré imprescindibles para pernoctar unos cuantos días. Esperaba que no fueran muchos. Al llegar la noche, ese enorme espacio resultaba intimidante, sobre todo cuando el rugir del mar se filtraba a través de los muros.

Tumbada en la oscuridad, con la tímida iluminación que me proporcionaba una linterna, me daba la sensación de estar en el interior de un buque, vagando por el océano sin un puerto al que arribar, como el holandés errante.

Por fortuna, los barriles, las cajas de madera y los restos de estopa componían un decorado sugerente, como de teatro antiguo, que invitaba al sueño. A ello contribuía también el aroma de la madera mezclado con el de las esencias alcohólicas que las duelas de roble aún conservaban en la memoria.

Me sorprendía que nadie diera valor a aquellas cubas. Llevaban años criando telarañas. A mí se me antojaban obras de arte. Salvador me había contado historias sobre el largo proceso que requería su elaboración. Él había visto cómo se lanzaban al mar para que se acostumbraran al vaivén del agua y así soportar mejor las travesías. Los toneleros tenían el convencimiento de que ese bautizo las endurecía por fuera, preparándolas para proteger el contenido de la luz y los cambios de temperatura. También las suavizaba por dentro, potenciando el aroma del vino y dulcificando su textura. Algunos entendidos afirmaban, incluso, que el movimiento de las olas ayudaba a que el vino se fundiera con las esencias de la madera, consiguiendo un registro más amplio de matices.

Me cubrí los pies con la manta. Allí dentro existía un gran contraste con la temperatura exterior. Pronto llegarían las lluvias de agosto y el calor perdería intensidad, pero mientras eso no ocurría el frío era un lujo.

Apagué la linterna, me acurruqué e intenté dormir.

Abrí los ojos de inmediato.

Me había parecido distinguir, solapado por el fragor del mar, un crujido.

Recorrí con la mirada el contorno de los bultos más cercanos. Las

sombras me resultaron más inquietantes que la oscuridad. Tal vez había sido demasiado osada al refugiarme allí. O no. Si estaba dispuesta a cambiar mi vida, no podía amilanarme un chasquido en medio de la noche. Llevaba años apañándomelas sola, era capaz de ganarme el sustento y no le debía nada a nadie. Si Marieta, la mujer que tanto admiraba, había logrado ser independiente y hacer su camino sin que nadie le dijera dónde dirigir sus pasos, ¿por qué no podía hacer yo lo mismo?

Esperaba que mi final fuera distinto.

El crujido volvió a producirse.

Esta vez pude identificarlo. Suspiré aliviada. Había sido la madera, que se contraía y expandía por efecto de la humedad. Cada vivienda posee su propia musicalidad y aún debía acostumbrarme a la de aquel almacén.

El cansancio acabó por vencerme y me dormí sin que ningún otro sobresalto alterara mi descanso.

Cuando desperté, la luz del amanecer se filtraba por los tableros que cegaban los tragaluces.

Me subí a una banqueta que había colocado bajo la ventana y salté al exterior.

Mientras no contara con otra alternativa, la playa iba a ser mi aseo particular.

El agua estaba fría, pero me sumergí con valentía. Necesitaba activarme, acometer con ímpetu el que debía ser el primer día de mi nueva vida.

Contemplé el perfil de las construcciones que acotaban la playa. La Casa de las Buganvillas, desperezándose entre las brumas de la mañana, lucía hermosa. Unos metros más allá, un reflejo eléctrico refulgía desde la cantina. Sil debía de estar ya trajinando. Aunque había sido yo quien había decidido no volver, no pude evitar que me sobreviniera un llanto desconsolado al que me abandoné sin reservas. Necesitaba desahogarme, soltar las emociones que me oprimían.

Al finalizar el baño, ya me había liberado de la angustia. Me quedaba la tristeza, pero a ella ya estaba acostumbrada. Había logrado domesticarla, igual que a un animal de compañía.

Me vestí y salí en busca de Encarna. Esperaba que en pocos días pudiera proporcionarme una buena ocupación y un lugar donde alojarme. Aún era temprano, incluso para ella, así que remoloneé dando un paseo.

Cuando se camina sin rumbo, los pies tienden a llevarte allá donde de verdad quieres ir. Yo me encontré ante La Casa.

Había acordado con Lobo, puesto que tenía allí mis cosas, que podía entrar y salir cuando quisiera. Aquel momento era tan bueno como cualquier otro, sobre todo teniendo en cuenta que, en poco tiempo, me quedaría sin pretextos para acceder a ella.

La vivienda estaba cerrada y en silencio. Ascendí las escaleras con sigilo. Lobo se había ido. Encontré la cama deshecha y vacía. Me esforcé

por no plantearme preguntas cuya respuesta prefería desconocer. Lo que Lobo hiciera con su vida no era asunto mío, no podía serlo.

Aproveché la circunstancia para disfrutar de la soledad. Bajé a la cocina y me preparé un café. Lo bebí con deleite, sentada en los escalones que comunicaban con el jardín. A aquella hora, cuando la luz aún no había adquirido la suficiente intensidad para saturar los colores, las flores desplegaban un encanto arrebatador.

Fantaseé durante un rato con la ilusión de que aquel jardín fuera mío y, con el ánimo más fortalecido, decidí dar un último repaso a la casa. Limpiar, ventilar y recoger iba a ser mi particular ritual de despedida.

Trabajé durante un rato, sin preguntarme qué hora era y cuánto tiempo invertía en cada tarea. Cambié sábanas, hice la colada, fregué cacharros, barrí el suelo y quité el polvo. Mientras tanto, escuchaba los viejos discos con los que Lobo había pretendido despertar mi memoria dormida. En esta ocasión, las melodías de Dean Martin sí consiguieron avivar un recuerdo, el de Lobo. Lobo bailando conmigo en la terraza, Lobo sonriendo, Lobo sujetándome de la mano en el mar.

Cuando no me quedó ninguna excusa para seguir allí, una sensación de vacío se me adhirió al estómago igual que, el día de la barca, el pulpo había adherido sus ventosas en mi pierna.

Quería irme, pero postergaba la decisión.

Decidí poner un último disco antes de marcharme. Me dispuse a disfrutarlo en la terraza, fumando un cigarrillo. Le había cogido gusto al tabaco. Me ayudaba a dejar mis emociones en punto muerto, a exprimir el momento como si fuera genuinamente mío.

Las privilegiadas vistas me llegaron teñidas de nostalgia. Hasta la brisa pareció traerme un aroma a despedida.

Sacudí la cabeza. Había tomado una determinación y no iba a apearme de ella. La aflicción no iba a amedrentarme, entre otras cosas porque a esas alturas ya había aprendido que en ocasiones el dolor es inevitable.

En medio de esas reflexiones, vi a Antonio avanzar por la playa. Caminaba trabajosamente, cargando la silla.

Me extrañó verlo a esas horas. No era su costumbre bajar tan temprano, aunque tal vez la inminencia del final del verano le hubiera hecho cambiar de hábitos.

Regresé dentro, cerré los ventanales y me precipité escaleras abajo. Antes de salir, me detuve y volví a subir al trote.

Tomé el disco de Dean Martin que había estado escuchando y me dirigí presurosa al cuarto de la plancha para ocultar el vinilo entre los míos. Había decidido apropiármelo. Me estaba acostumbrando a tomar cosas prestadas. Igual me parecía a mi padre más de lo deseable.

Cuando salí, Antonio ya se había acomodado y miraba el mar con las manos cruzadas en el regazo. No tenía ningún libro. Interpreté esa ausencia como un mal augurio.

Me acerqué. Mi presencia no lo rescató de su ensimismamiento.

—Hola —saludé atribulada.

Me contempló inexpresivo.

Me pareció cansado. Aunque tal vez fuera mi estado de ánimo el que vislumbraba. Las emociones nos empañan la mirada, modifican la lectura que hacemos de la realidad.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunté mientras me dejaba caer a su lado.

—He venido a despedirme del mar.

Me dio la impresión de que me hablaba desde un lugar muy lejano.

—¿A despedirte?

—Me marcharé pronto.

—Como todos los veranos.

—No. Esta vez es diferente. Puede que este haya sido el último que pase aquí.

—¿Por qué? —exclamé con alarma y sin disimular mi tristeza.

—Mi mujer dice que esto ya no le gusta, que le aburre, que le apetece ir a otros lugares.

—Y tú, ¿piensas lo mismo?

—Qué más da.

Cuando uno le planta cara a la vida, a esta le gusta recordar quién lleva las riendas. Me había despedido de Sil, de Lobo y ahora era Antonio quien se marchaba. Me sentí como una barca a la que cortaban su último amarre. Tal vez fuera mejor así, empezar de cero.

—Entonces, ¿no volveremos a vernos?

Antes de finalizar la pregunta sentí que Antonio ya había empezado a irse.

—Quién sabe. Tal vez nuestros caminos vuelvan a encontrarse.

Capítulo 27

Sabemos poco de nuestra vida, apenas lo que presenciamos. Ignoramos las decisiones, las mentiras y los anhelos ajenos que van trazándonos el camino. Cuando lo inesperado nos asalta lo llamamos azar, pero es desconocimiento.

La echaba de menos. Hasta donde alcanzaba mi memoria siempre había dispuesto de una bicicleta. Vieja, desvencijada o remendada, pero mía. No me hacía ninguna gracia regresar a casa de mis tíos, aunque solo fuera para recoger mis últimos enseres. El ambiente que había soportado durante años, ahora que ya me había largado de allí, se me antojaba irrespirable.

Esperaba encontrar a mi tía a solas, pero cuando entré en la cocina allí estaban los dos. Ella sacando del cesto de la huerta melones y sandías, y mi tío sentado a la mesa, de espaldas a la puerta. Guardaban un silencio funesto que, al percibir mi presencia, adquirió una temperatura gélida, como el frío del invierno cuando lo aviva la ventisca.

A mi tía los labios se le curvaron dibujando una línea descendente.

—He venido a por la bicicleta y a por lo que queda de mis cosas.

Al oír mi voz, mi tío se volvió.

El capazo se me descolgó del hombro.

Tenía un pómulo morado y un párpado tan hinchado que apenas se vislumbraba el globo ocular, una limitada línea acuosa cargada de rabia e impotencia.

Al moverse, había colocado una mano sobre el respaldo. Uno de sus dedos estaba entablillado.

Retrocedí un paso.

Había recordado la habilidad de Lobo quebrando dedos. Interpreté aquella fractura como una firma de autor.

Acaricié mi mejilla, en la que ya no quedaban restos del bofetón que me había propinado mi tío.

De la misma forma que intuimos la mirada ajena sobre nosotros, yo supe que Lobo había hecho aquello para resarcirme. Me embargó un sentimiento de complacencia que, al instante, fue sustituido por otro de irritación. Nadie tenía derecho a inmiscuirse en mi vida, a traspasar las líneas que la delimitaban.

Mi tío seguía sentado en la silla, observándome con fiereza, como un perro rabioso atado a una cadena demasiado corta.

Me despegué de su mirada y me encaminé hacia lo que había sido mi cuarto. Coloqué el tocadiscos, que abultaba lo mismo que un maletín, dentro del capazo y fui en busca de la bicicleta. Afortunadamente, esta seguía en la parte trasera de la vivienda.

Aún no había montado en ella cuando la figura de mi tía emergió desde el interior de la casa.

Me sorprendió que viniera a mi encuentro. No había previsto despedirme, lo consideraba una formalidad falsa e innecesaria. Después de tantos años ningún afecto había sedimentado entre nosotras, ni el más mínimo poso de cariño.

Se acercó con cautela, con una prudencia que se asemejaba más a la precaución del animal que se prepara para el ataque que a la del que procura evitarlo.

Busqué en ella alguna similitud con mi madre. Como otras muchas veces, me pregunté cómo dos hermanas podían tener naturalezas tan diferentes.

Las pupilas muertas, la piel cuarteada y la amargura incrustada en sus facciones me provocaron una piedad hueca.

Se detuvo a unos pasos de distancia.

—Sabía que antes o después nos traerías problemas.

Me resultaba incomprensible el rencor que generaba mi presencia.

—Eres igual que tu madre —continuó—. Parecéis indefensas, dos mosquitas muertas, pero alteráis el orden de las cosas.

Permanecí muda, herida. Mi silencio, no obstante, fue interpretado como una provocación.

—Lárgate de una vez y déjanos en paz.

Jamás había escuchado hablar a mi tía en esos términos, ni siquiera la había oído emitir una opinión.

La intervención de Lobo había soliviantado su carácter. Estuve tentada de pedirle perdón, pero me guardé las palabras. Había cambiado. Ya no estaba dispuesta a cargar con deudas que no eran mías.

Bajó la cabeza y también el tono de voz.

—Ahora se pasa el día bebiendo. —Sus palabras, frenadas por el desconsuelo, embestían con menos violencia—. A mí me toca cargar con el huerto, la venta en el mercado y la casa. Además, he de sacar tiempo para ir a hacer faenas, sobre todo ahora que ya no contamos con tu jornal.

Me hubiera compadecido, pero me había acostumbrado a no compartir nada con ella, ni siquiera el dolor.

—Lárgate —dijo recobrando su talante desabrido.

Fue hacia la casa con pasos vacilantes, con la zozobra de quien atraviesa un terreno poblado de minas. Antes de que llegara a la puerta, me había marchado. Si había alguna posibilidad de ser yo misma, sería solo desligándome de aquellos dos seres y de la amargura que los envolvía. La prueba de que no me equivocaba estaba en que cuanto más me alejaba,

más libre me sentía.

Al llegar al almacén que había convertido en mi refugio, oculté la bicicleta tras unas cañas. Me encaramé a la ventana y deslicé con cuidado el capazo ajustando, tras mi paso, el madero que cubría la abertura.

Me dejé caer sobre la colchoneta, embargada aún por el desasosiego que me habían producido las corrosivas palabras de mi tía. Al cabo de unos minutos comprobé que mi intranquilidad, en lugar de apaciguarse, había aumentado.

Una extraña energía flotaba en la atmósfera. Recordé el chasquido que me había sobresaltado la pasada noche. Me estremecí.

Las ventanas selladas filtraban los rayos de sol, que morían al chocar contra el suelo. El resto componía un abanico de sombras.

Me quedé inmóvil, temerosa de que una leve oscilación de mi cuerpo pudiera atraer la atención de una fuerza maléfica. Intenté convencerme de lo absurdo de mi recelo, pero, aunque no había querido tomarme muy en serio las advertencias de Sil y Lobo, las historias que me habían contado del Chino irrumpieron en mi mente como una pesadilla que traspasara las fronteras de la realidad.

Había tomado mis últimas decisiones guiada por problemas reales; sin embargo, en aquel momento nada me pareció más corpóreo que la existencia de una amenaza. Lo que en su momento había tomado como delirio, fruto de viejas historias, ahora resonaba en mi cabeza revestido de credibilidad.

Intenté serenarme. No tenía motivos, más allá de mi aprensión, para estar inquieta. Aun así, mis ojos buscaron la ventana que me servía de acceso. Al llegar había encontrado el tablón en su posición habitual, sin advertir nada diferente. Además, el paso secreto quedaba en un emplazamiento muy resguardado de las miradas ajenas.

Al fin, noté que mis músculos se destensaban. Lamenté no poder conectar el tocadiscos para llenar el silencio con un poco de música, pero la lectura resultaría igualmente efectiva para disipar mi congoja.

Había llevado conmigo un par de libros. Uno de ellos descansaba, junto a la linterna, sobre una de las cubas que parapetaban mi camastro. Me incorporé para cogerlo. Lo hice con movimientos cautos, pues aún quedaba en mí un poso de prevención.

Cuando fui a posar la mano sobre la linterna, la dejé suspendida en el aire, como una garra petrificada.

Todo el almacén se oscureció. Una nube debía haber cubierto el sol, o tal vez fuera mi propio miedo el que había ensombrecido el espacio.

La linterna no estaba donde la había dejado. Pero no fue eso lo que me heló la sangre. Lo que me robó el aliento fue que, en su lugar, había una piedra. Una piedra negra y amenazante, como una araña de picada mortífera.

Me sentí atenazada por un terror irracional, primitivo.

No podía apartar los ojos de ella. Mi mano era incapaz de concluir el movimiento que había iniciado.

El recuerdo del Chino volvió a emerger en mi cabeza como un escorpión que, oculto bajo la arena, sale al detectar a la presa.

Mi instinto gritó: sal de aquí.

Más de diez metros me separaban de la ventana. Tenía la puerta más cerca, pero era imposible desatrancarla y desbloquear la cerradura. Hacía décadas que no se abría.

Me incorporé dispuesta a salir corriendo, pero de nuevo mi gesto quedó en suspenso.

El eco de unos pasos me clavó las piernas al suelo.

De mis labios salió un gemido que no reconocí como propio.

El susurro de alguien en movimiento se hizo más audible y la oscuridad se convirtió en un pozo de incertidumbre.

La linterna se encendió. Alguien la sostenía desde un punto indeterminado. La potencia de su foco me obligó a cerrar los ojos. La lámpara se apagó y pude volver a abrirlos, pero para entonces las sombras se habían transformado en una mancha plana y opaca en la que no era capaz de orientarme.

Mis pupilas tardaron unos segundos en adaptarse. Cuando lo hicieron, se me escapó un grito de horror.

Comprendí que no tener sueños no impide que las pesadillas se hagan realidad.

Había un hombre allí. Un hombre de ojos rasgados y astutos, como los de una rata acostumbrada a pelear en las cloacas. Tenía el pelo largo, desgreñado, y vestía ropas extrañas, como recuperadas de un tiempo lejano. La camisa, muy holgada, y los pantalones, de corte abombado, resaltaban su escasa envergadura física. Sin embargo, a pesar de su delgadez, desprendía una fuerza vibrante, temible.

Avanzó hacia mí con movimientos felinos.

Cuanto más se acercaba, más siniestra resultaba su presencia y más segura estaba de que el pasado, incluso el que no nos corresponde, viene a buscarnos.

Lobo y Sil estaban en lo cierto. El Chino había vuelto y, de alguna manera, había llegado hasta mí.

Se acercaba despacio, recreándose en el terror que iba tensando mis facciones. Había un disfrute sádico en esa lentitud.

Una parte de su cuerpo seguía oculta en la penumbra. Solo su rostro se imponía como una máscara fantasmal.

Avanzó un paso más y su brazo derecho se desprendió del último velo de oscuridad. En la mano llevaba un cuchillo de hoja ancha y corta que se me antojó una prolongación de sí mismo.

Sentí las piernas flaquear.

Olfateó mi pánico y una sonrisa siniestra afloró a sus labios. Estos, al

extenderse, dejaron al descubierto varios dientes de oro que acentuaron su maléfico aspecto.

Se aproximó a mí sin que yo fuera capaz de mover un solo músculo, como la mosca paralizada en la tela de araña. En mis ojos tuvo que leer el mismo terror que habría leído tantas otras veces en sus víctimas.

Me pegué contra la pared como si ese gesto me procurara algún refugio. Intenté pensar, pero descubrí que mi cerebro se había convertido en un amasijo inoperante. Conservaba, eso sí, el impulso primitivo de la huida. De haberme basado en un cálculo racional, habría desechado el intento, pero el miedo no computa probabilidades, actúa.

Alcancé una pequeña barrica y la lancé rodando contra sus pies. Con el espanto impulsando mis talones, corrí hacia la que constituía mi única escapatoria.

El Chino trastabilló, pero, como un equilibrista que ha escenificado muchas veces el mismo número, recuperó rápidamente el control y logró agarrarme por la camiseta. Los movimientos de aquel individuo eran precisos; yo, una presa fácil.

Me zarandeó y me lanzó contra la pared. Sentí un dolor agudo al parar el impacto con el codo. Antes de que pudiera reaccionar, volvió a empujarme y me tiró al suelo, convertida en un muñeco desmadejado.

Las atrocidades cometidas por aquel individuo desfilaron ante mis ojos como un cortejo fúnebre.

Rompí a llorar.

De sus labios brotó una risa chirriante, cargada de sádico placer.

—Así que tú eres la hija de Austregesilio.

No sabía cómo lo había averiguado, tampoco cómo había llegado hasta mí. Nada de eso me importaba. Lo único que necesitaba era encontrar una manera de escapar.

Me incorporé y recosté la espalda contra la pared. En el codo sentí una punzada de dolor que se extendió por todo el brazo.

—Seguro que ya sabes por qué estoy aquí.

Entonaba las palabras de un modo muy peculiar, deformando el sonido de las consonantes. Su voz era suave, sus ademanes educados. Esa compostura resultaba más aterradora que los golpes. La falsa apacibilidad evidenciaba un deleite al infligir el mal, un deseo de saborearlo sin prisa.

Amedrentada por sus palabras, apenas fui capaz de hacer un torpe movimiento de negación con la cabeza.

—He venido a buscar algo que escondió tu padre.

—Yo no conocí a mi padre.

Sus facciones se replegaron llenando su rostro de lóbregas sombras.

—Tal vez, pero te dejó en herencia algo de mucho valor. Algo que no te pertenece.

—Yo no sé nada —balbuceé.

Ahora de la boca del Chino brotó una carcajada vibrante.

—Es curioso, esa es la frase que decís todos. Por fortuna —añadió blandiendo el machete delante de mi rostro— solo necesito insistir un poco para que empecéis a recordar.

Colocó la hoja del cuchillo sobre mi mejilla y la deslizo despacio. El frío tacto sobre mi piel fue un anticipo del dolor que era capaz de infligir.

Se me cortó la respiración. La de él, en cambio, se volvió más profunda, como la de alguien que duerme plácidamente.

Me apoyó el filo del cuchillo sobre el puente de la nariz y ejerció presión sobre ella.

—¿Has pensado alguna vez qué tal quedarías sin nariz? Sería un gran inconveniente si algún día necesitas anteojos.

Desde que la presencia de aquel hombre se había materializado, había experimentado el pánico en diferentes fases. En ese momento creí haber llegado a la última.

Deslizó entonces el machete hacia la izquierda.

—Claro que si te quedas sin orejas la cosa se complicaría todavía más, ¿no crees? Por eso es muy importante que pienses muy bien lo que vas a contestar a cada una de mis preguntas.

Mi cuerpo empezó a temblar. No podía controlarlo.

—No tienes que preocuparte por nada, solo tienes que pensarlo muy bien antes de responder. ¿Sabes que el miedo saca a la gente verdades que ni siquiera ellos saben que guardan?

Me asaltó el impulso de implorar, de jurar que no tenía la menor idea de dónde se hallaba el dinero que él buscaba, pero me contuve a tiempo. Aquel salvaje había acudido en busca de respuestas y eso es lo que había que darle si quería conservar mi integridad. Tenía que inventar cualquier cosa. Eso me permitiría ganar tiempo. ¿Tiempo para qué?, me repliqué sin encontrar argumentos que aplacaran mi desesperación.

Como si poseyera la capacidad de leer mi mente susurró:

—Aquí vamos a estar muy tranquilos. Tenemos todo el tiempo que queramos para desarrollar una amigable conversación. Nadie va a molestarnos. Por cierto, ¿por dónde crees que debería empezar a cortar?

La mandíbula se me descolgó. Un eléctrico cosquilleo me recorrió toda la quijada.

—Te he hecho una pregunta.

—No lo sé —balbuceé.

Chasqueó la lengua.

—¿Qué acabo de decirte? Me desagrada enormemente la indecisión. Una cosa es que dispongamos de tiempo y otra muy distinta que me lo hagas perder, ¿comprendes?

Asentí con un cabeceo impetuoso.

—Estoy pensando que lo mejor sería cortarte una mano y, si no me gusta lo que me cuentas, la otra. Claro que ¿para qué va a servir una mujer sin manos? Solo se me ocurre una utilidad. Eres joven, y eso gusta mucho

a los hombres. —Una luz perversa encendió sus pupilas, que parecieron reflejarse en la hoja del cuchillo—. Pero estoy seguro de que no te va a hacer muy feliz. Aunque igual te acostumbras, ninguna de las mujeres mutiladas a las que les he dado esa oportunidad profesional se han quejado jamás.

Deslizó el filo del machete a lo largo de mi abdomen.

Sentí que me desmayaba, que me precipitaba por un abismo. Sus palabras me llegaban amortiguadas y su rostro, a pesar de estar pegado al mío, se me antojaba cada vez más lejano, como si lo contemplara desde el fondo de un pozo. Intuí que esa manera distorsionada de percibir la realidad era la antesala a la pérdida de conciencia. Aunque significara la rendición absoluta, recibí la idea con alivio.

Agarró mi mano y, sujetándola con firmeza, la colocó junto a la piedra negra cuyo descubrimiento, hacía unos instantes, había transmutado mi vida.

La violencia de sus movimientos desentumeció mis sentidos, arrojándome a las llamas del horror más atroz.

Intenté soltarme, pero fue imposible.

Alzó el brazo por encima de mi cabeza. El machete, en su trayectoria ascendente, pasó ante mis ojos. Su cuchilla irradiaba un poder hipnótico.

Un estertor agónico brotó de mi pecho.

Si lo dejaba caer, me guillotinaría la muñeca.

—No, por favor, por favor —rogué en un susurro ahogado en sollozos —. Le diré lo que sé.

Mi súplica llegó tarde.

Escuché el golpe seco del arma hendirse sobre un cuerpo duro.

Mi mano se sacudió como el rabo de una lagartija.

No sé si grité. De ese instante solo recuerdo la luz que estalló dentro de mi cabeza, como el relámpago que precede al trueno, la sensación de asfixia, la espera del dolor.

Me tambaleé como si hubiera perdido el centro de gravedad y caí al suelo.

Antes de derrumbarme vi los ojos del Chino llamear con la fiereza de un animal y deseé morir.

Capítulo 28

Nuestra vida no la determina aquello que nos ocurre, sino las personas que concurren en ella.

Tendida en el suelo, el transcurrir de cada segundo se demoraba horas en mi cerebro. Había un desfase entre mi percepción y la sucesión de los acontecimientos. Al ritmo externo, acelerado, se anteponía mi asimilación ralentizada. Esta circunstancia me distanciaba de la escena, como si la observara a través de un espejo. De aquellos momentos cargados de irrealidad solo recuerdo imágenes estáticas y desordenadas, una colección caótica de diapositivas.

El primer fotograma fue mi mano. Seguía allí, unida a la muñeca, milagrosamente intacta. El segundo, el machete que el Chino había simulado dejar caer sobre ella, clavado en la madera, vibrando aún por la energía del golpe. La tercera imagen, mi atacante salir disparado contra la pared. Y la última, el destello de una mirada glacial, la mirada del Hombre de los Perros.

Su inesperada presencia acentuó la naturaleza onírica del momento. La realidad se había convertido en un escenario confuso, en el que ya no era capaz de distinguir la cordura del delirio. Miles de partículas luminiscentes flotaban alrededor del Chino y su contrincante, que, ante él, se deslizaba con movimientos zigzagueantes.

—¡Vete! —gritó el Hombre de los Perros mientras en su mano se desplegaba el filo de una navaja.

El asiático se revolvió veloz y, de un salto, se hizo con el machete.

Me incorporé despacio, magnetizada por la escena.

Ambos se movían con estudiada precaución, midiéndose el uno al otro, conscientes de que un movimiento en falso podía resultar definitivo.

Me bastaron unos segundos para darme cuenta de que se trataba de una lucha desigual. Aunque el Hombre de los Perros se movía con agilidad, el Chino poseía la rapidez de una culebra.

Me faltaban agallas para intervenir, pero también para huir.

Desde el exterior llegaban los ladridos exacerbados de los perros que, revoloteando alrededor del almacén, buscaban la manera de entrar. La ventana, sin duda, quedaba demasiado alta para ellos.

El Chino cortó el aire con el machete, produciendo un zumbido siniestro. el Hombre de los Perros dio un paso atrás. Con horror,

comprobé que había ido reculando.

—Vete —me ordenó con mayor urgencia.

El cuerpo del Chino se estiró agitando el brazo con la velocidad de una lagartija. Apenas percibí el movimiento, pero sí cómo el arma rasgaba la piel de su rival. Sentí la punzada en mi propio cuerpo. La estocada hubiera podido resultar fatídica, pero el Hombre de los Perros se escoró a tiempo. Aun así, una mancha de sangre se extendió por sus ropas.

El dolor avivó su rabia. Recobró el brío en el ataque y serpenteó la navaja amedrentando a su rival. La táctica surtió efecto, pero fue solo una ilusión. Si había logrado acercarse había sido porque el otro se lo había permitido. Lo comprendí demasiado tarde. Cuando lo tuvo al alcance, le doblegó las piernas con un hábil movimiento de las suyas y le alcanzó con el machete.

La suerte estaba echada. El Hombre de los Perros lo sabía mejor que nadie. Como también sabía lo que ocurriría una vez el Chino hubiera acabado con él.

—¡Corre! —me gritó. Ya no era una orden desesperada, era un ahora o nunca.

Al recordar aquel momento quiero pensar que vacilé, que valoré la posibilidad de intervenir de alguna manera, de socorrerle, pero sé que no fue así. Sé que, cuando fui consciente de que el Chino iba a propinarle la estocada definitiva, corrí, salté por la ventana y monté en la bicicleta tan rápido como mis piernas me permitieron.

Los ladridos de los perros, que habían desistido de entrar por el lateral de la construcción, me llegaron lejanos, como plañidos de almas condenadas.

Me alejé con el pavor alentando mi marcha. Supe que toda la vida estaría huyendo de ese instante, del momento en que fui consciente de mi cobardía.

Pedaleé con furia. Una imagen me obsesionaba. Me aferraba a ella con desesperación. Esa imagen era la pistola que había descubierto en el cajón de Lobo. Si había una posibilidad de salvar al Hombre de los Perros era empuñando esa arma.

Recé por llegar a tiempo, porque el Hombre de los Perros fuera capaz de esquivar las zarpas de la muerte el tiempo necesario.

Entré en el porche de la Casa de las Buganvillas embistiendo los batientes, sin bajar de la bicicleta. La tiré al suelo y me lancé hacia la puerta implorando que estuviera abierta. Las llaves se habían quedado en el almacén.

Comprobé con alivio que podía franquearla. Volé por el pasillo gritando el nombre de Lobo. ¿Qué haría si no lo encontraba?, ¿coger la pistola, volver al almacén y disparar? Desconocía si estaba cargada. Ni siquiera me creía capaz de sostenerla, menos de apuntar a un objetivo. ¿Y si no podía acceder a ella?, ¿y si encontraba el cajón sin la llave?

El globo de angustia que se había ido hinchando en mi pecho estaba a punto de estallar cuando Lobo apareció, alarmado por mi revuelo.

No le di tiempo a verbalizar el interrogante que asomaba a sus ojos.

—El Chino —grité, notando que me faltaba el aire.

Bastó que pronunciara aquel nombre para que todo su cuerpo se pusiera en alerta.

—¿Dónde?

—En el viejo almacén de vino. Va a matar al Hombre de los Perros. Tiene un machete. —No pude contener un gimoteo.

Voló escaleras arriba. Cuando reapareció se había transformado. Su mirada era acerada, su actitud distante, como la de un profesional dispuesto a cumplir con su cometido.

Sujeta al cinturón, oculta bajo la camisa, despuntaba el volumen de un arma. Aunque su reclamo era lo que me había llevado hasta ahí, volver a estar cerca de aquel objeto me desosegó.

Bajamos las escaleras sobrevolando los peldaños. Al llegar al pasillo me agarró del brazo.

—Tú te quedas aquí.

—Tiene un machete —reiteré, como si ese dato justificara mi propósito.

Siguió su camino sin prestarme atención.

Me quedé clavada en el sitio, sin replicar. Tal vez fuera mejor así, cada segundo perdido podía resultar nefasto.

—La bicicleta —voceé mientras lo veía desaparecer por el pasillo, aunque era obvio que al salir la descubriría.

Escuche el sonido de los batientes agitarse y después se hizo un silencio denso que me aplastó como a una cucaracha.

Del mismo modo que la humedad entumece los huesos, el terror me había embotado los sentidos. Estaba exhausta. Las piernas me temblaban y en la cabeza se me había despertado un dolor mortificante.

Deseé desaparecer, esconderme en un rincón inabordable y olvidar lo vivido. Borrar de mi memoria al Chino y, sobre todo, mi cobardía.

Busqué refugio en el cuarto donde guardaba mis cosas. Aquella pequeña habitación de paredes deslucidas y persistente olor a cañerías me tranquilizaba. Entorné la puerta y me tumbé en el camastro con las piernas encogidas. Intenté no pensar en nada, pero no podía evitar mortificarme preguntándome si el Hombre de los Perros seguiría con vida, si Lobo llegaría a tiempo y, de ser así, si lograría imponerse a la destreza de aquel sádico. La posibilidad de haber conducido a Lobo hacia la muerte me cortaba la respiración.

El temblor que había empezado en mis piernas se extendió por todo el cuerpo, sacudiéndolo. Los dientes me castañeaban. Si el Chino se salía con la suya, mi destino estaba sentenciado.

Cerré lo ojos e intenté relajarme. El recuerdo de mi madre acudió en

mi ayuda. La imaginé descansando en esa habitación. Tal vez se había acurrucado en esa misma cama al tomar conciencia de que mi padre no volvería, de que había desaparecido para siempre. La eché de menos. Eché de menos sus caricias, sus abrazos, la ilusión de creerme protegida.

Sin saber cómo, me sumí en un duermevela en el que realidad y sueño se entreveraban. La estampa de mi padre, avanzando por el pasillo con su traje blanco, se desvanecía para dar paso al rostro del Hombre de los Perros y este a los dientes de oro del Chino, que los exhibía sádicamente mientras le asestaba un machetazo a Lobo. La sucesión de imágenes se reiniciaba una y otra vez, aumentando mi carga de angustia.

Al despertar, me sentí más desamparada que nunca. La soledad se me había clavado en el estómago como una saeta.

No sabía cuánto tiempo había estado dormitando. Esa incertidumbre aumentó mi inquietud.

La luz había languidecido. Desde el jardín me llegó el arrullo de una pareja de palomas torcaces, seguido de un vibrante aleteo. Aquellos sonidos familiares produjeron en mí un efecto balsámico, un efecto que se truncó de manera abrupta.

Me incorporé sobresaltada. Había alguien más en la casa.

Escuché un murmullo apagado, como si un intruso avanzara cauteloso. Tal vez siguiera dormida. Me clavé las uñas en las palmas de las manos. Necesitaba cerciorarme de que estaba despierta. El susurro se hizo más perceptible, pero luego se apagó, como si el intruso se alejara.

Quizá el Hombre de los Perros y Lobo estuvieran ya muertos y el Chino intentara orientarse entre las sombras.

Tenía que salir de allí.

Al levantarme, los muelles del colchón rechinaron como un saco de articulaciones desgastadas. Temí que el crujido, en lugar de acallarse en la distancia, se hubiera expandido como la vibración de una campana.

Me precipité hacia la puerta que daba al jardín. Desde allí podría saltar al exterior. Los muros eran altos, pero no insalvables.

Avancé sin hacer ruido, aunque con el convencimiento de que los latidos desbocados de mi corazón retumbaban en las paredes.

Aceleré la marcha, ansiosa por alcanzar mi objetivo.

Entonces ocurrió algo que me paralizó.

La luz de la sala se encendió.

Ahogué un grito.

Una silueta se recortó al otro extremo del pasillo.

Lancé un profundo suspiro de alivio.

Conocía esa figura. Identifiqué también, ahora sí, el roce de los zuecos contra las baldosas. Me sentí a salvo. A salvo y desconcertada a un mismo tiempo.

No entendía qué hacía Sil allí.

Cuando se acercó, el miedo volvió a avivarse.

Su camisa tenía manchas de sangre.

Me dije a mí misma que Sil no era el hombre que creía conocer, que podía ser otras muchas cosas, incluso el asesino de una mujer indefensa.

Me esforcé por interpretar su rostro, pero no identifiqué en él ninguna emoción. Sus ojos, ese alfabeto que había aprendido a descifrar, hablaban ahora una lengua extraña.

—Hola, Laura.

Se detuvo y me observó. Tal vez intentara hallar en mí a la joven que había trabajado para él. No creo que la encontrara. Yo tampoco me reconocía en ella. Habían ocurrido demasiadas cosas como para mantener esa identidad intacta.

Me aterrorizó imaginar a Sil, décadas atrás, arrinconando en ese mismo pasillo a una mujer asustada.

Un ruido procedente de la sala interrumpió mis cavilaciones.

No estábamos solos.

Reculé un paso.

Vi otro hombre al final del pasillo.

Esta vez no pude contener un grito.

Casi salté de alegría. Era Lobo.

Avanzó hacia nosotros, la cabeza gacha, el paso inseguro.

Aquellos ademanes solo podían significar una cosa. El Hombre de los Perros no le acompañaba. Aun así, prorrumpí en un llanto liberador. Al menos Lobo estaba sano y salvo. En ese momento descubrí dos cosas, que la injusticia anida en lo más profundo de nuestras emociones y que en momentos de profunda angustia son posibles los oasis de felicidad.

—¿Qué ha ocurrido?

Sin ofrecerme respuesta, ambos se dirigieron a la cocina, como si brindarme una explicación precisara de un mínimo acomodo.

Mientras Lobo rescataba de los armarios una botella de coñac y tres vasos, Sil y yo nos sentamos a la mesa.

Nos sirvió y se dejó caer en un taburete. Los tres bebimos a la vez. El alcohol me abrasó por dentro, pero templó mi ánimo.

—El Hombre de los Perros ha desaparecido —sentenció Lobo.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Cuando llegué al almacén ya no estaba allí. Ni él ni el Chino.

Por un momento temí que considerara mi historia una fantasía.

—Es imposible. Tú fuiste enseguida. Puede que al Chino le haya dado tiempo a desaparecer, pero el Hombre de los Perros tendría que haber estado allí, herido o muerto. —Las últimas palabras me arañaron las entrañas.

Lobo negó con la cabeza.

—No me he inventado esta historia —me defendí.

—Ya lo sé. Allí no había nadie, pero había bastantes restos de sangre.

Un sabor metálico se extendió por mi boca, como si la imagen que

Lobo había descrito se hubiera materializado en mi paladar.

—No ha podido desaparecer así como así —susurré mientras pensaba en los ojos azules de aquel hombre de apariencia indómita.

La culpabilidad de haber desconfiado de él me pesaba más que nunca. Di otro sorbo.

—¿Y tú de dónde vienes? —pregunté a Sil. Había caído en la cuenta que nada explicaba su presencia.

—Estaba en el almacén cuando yo llegué —se adelantó Lobo.

—¿Qué hacías allí? —pregunté recelosa.

Sil empujó el vaso con la punta de los dedos hacia el centro de la mesa.

—Me condujo hasta allí uno de los perros. Llegó a la cantina a la carrera. Pensé que lo que quería era beber, así que fui en busca de agua. Pero entonces empezó a ladrar y a ir y venir, como invitándome a seguirle. Insistió tanto que eso hice. Apenas llegué allí apareció Lobo.

—Descubrimos por dónde colarnos gracias al animal, que se esforzaba inútilmente por llegar a la ventana.

—Una vez dentro, nos dimos cuenta de que no había nadie. Solo restos de sangre y un silencio sepulcral.

—No lo entiendo. Si el Chino logró acabar con la vida del Hombre de los Perros su cuerpo debería estar allí. Dudo que su asesino pudiera moverlo y, de ser así, ¿por dónde habría podido sacarlo?

Lobo se encogió de hombros. Me di cuenta de que ese interrogante no era el que más le importaba en ese momento. Había otras cuestiones más urgentes: dónde estaba el Chino y, sobre todo, ¿podía encontrarnos?

No me resultó difícil adivinar el discurrir de sus pensamientos.

Lobo y yo teníamos el semblante abatido, Sil, en cambio, se mostraba inquieto, como si un moscardón zumbara en el interior de sus oídos.

Enseguida supe el motivo de su malestar.

—¿Le contaste algo al Chino?, ¿logró sacarte el paradero del dinero?

Recibí su pregunta como un insulto.

—¿Qué querías que le contara si no sé nada?

—¿Estás segura?

—Si hubiera tenido el más mínimo recuerdo en la recámara de mi memoria te aseguro que hubiera aflorado en ese momento. No sé dónde está el dinero ni cómo encontrarlo. De haber contado con la más mínima pista no me la hubiera guardado. Es difícil callar cuando van a cortarte la mano.

Callé unos segundos. Luego añadí:

—Tienes sangre en la ropa.

—Supongo que me manché en el almacén.

—Lobo fue más cuidadoso que tú —le recriminé recelosa. Todo en Sil había empezado a parecerme sospechoso, hasta su modo de respirar.

—Hemos traído tus cosas —intervino Lobo—. No puedes volver allí. Te quedarás en esta casa. Fue un error dejar que te fueras sola, un error

que has podido pagar muy caro.

—Puedes acomodarte en el almacén de la cantina, si quieres.

—Es mejor que se quede aquí —insistió Lobo dirigiéndose a Sil—. De todos modos, conviene que estemos muy atentos. Supongo que tienes con qué protegerte.

—No soy un tipo al que se le pueda pillar desprevenido, eso te lo aseguro —dijo mientras nos lanzaba una mirada inquisitiva.

Apuró el contenido del vaso, se levantó y desapareció. El rumor de sus zuecos se apagó, pero sobre nuestras cabezas siguió flotando el peso de su desconfianza.

Capítulo 29

Ignoramos qué nos ocurre después de la muerte, lo que sí sabemos es que mientras vivimos nos puede ocurrir cualquier cosa.

Nos habíamos instalado en la sala, sentados en el sofá frente al gran ventanal que daba al mar, aunque eso resultaba indiferente, pues Lobo había cerrado las persianas. Había asegurado también las diferentes puertas de acceso. Para iluminarnos, había obviado la araña del techo en favor de una pequeña lámpara de mesa que apenas rescataba nuestros contornos de la oscuridad.

La botella de coñac, sensiblemente aligerada, descansaba en la mesilla adjunta, vecina a su vaso. Yo sostenía entre las manos un botellín de cerveza, la bebida con menos graduación alcohólica que había encontrado en la casa, a excepción del agua del grifo, una alternativa que consideré poco estimulante dadas las circunstancias. En el largo rato que llevábamos allí, expectantes, había dado unos medrosos sorbos para acabar verificando que me desagradaba su sabor amargo.

Lobo había insistido en que me retirara a descansar, pero me encontraba demasiado alterada. Aunque su compañía aplacaba mi inquietud, me aterraba la posibilidad de que el Chino pudiera asaltarnos.

La alegría que me había provocado el regreso de Lobo se había ido desvaneciendo, dejando al descubierto el pesar que me causaba la desaparición del Hombre de los Perros. Por mucho que me repitiera a mí misma que yo también era víctima de una herencia maldita, no podía evitar sentirme culpable.

Nos quedamos en silencio, atentos a cualquier movimiento o sonido. Lobo encendía un cigarrillo tras otro y daba reiterados sorbos al vaso de coñac. Me preocupó que esa actitud mermara sus capacidades si se veía en la necesidad de usar un arma, pero al rato entendí que el alcohol y el tabaco eran su estrategia para sentirse seguro. Lobo era un hombre de acción, después de todo.

A medida que avanzaron las horas, el estado vigilante dio paso al desvelo y este a una espera yerma. Fue entonces cuando la cabeza se me llenó de preguntas.

—No entiendo por qué el Hombre de los Perros apareció en el almacén, como salido de la nada.

—Te seguía desde hace tiempo. Tú misma me lo contaste.

Así era. Le había confesado mi desconfianza hacia él, el temor de que me estuviera espiando.

—¿Crees que era un colaborador del Chino y que, en el último momento, se compadeció de mí?

Una sonrisa triste asomó a sus labios.

—Puedo asegurarte que ese pobre desventurado no trabajaba para JM.

—Pareces muy convencido. No lo estabas cuando te manifesté mis recelos.

—Estaba tan seguro entonces como ahora.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—No lo consideré necesario.

Incluso en situaciones tan desquiciantes como la que estábamos viviendo, Lobo lograba exasperarme un poco más.

—Claro, preferiste tratarme como si fuera boba y asegurarme que harías algo al respecto.

—No te mentí. Te garanticé que me encargaría del asunto y eso hice. Hablé con él.

—¿Para qué?, ¿para decirle que dejara de seguirme?

—No. Para aconsejarle que fuera más discreto.

Bebí un trago de cerveza. Definitivamente, no me gustaba. Abandoné el botellín sobre la mesilla.

—¿Por qué al responder mis preguntas me generas otras?

Se recostó en el sofá, se retiró el pelo hacia atrás y lanzó una bocanada de humo que pasó por delante de mi rostro.

—Será que me gusta alimentar tu curiosidad.

—¿Por qué me seguía?

—Para protegerte.

—¿Para protegerme a mí?

—Lleva haciéndolo más tiempo del que eres consciente. La noche en que te saqué de encima al animal que te atacó en la playa fue una casualidad que él no estuviera allí. Uno de sus perros había enfermado. De no ser así es probable que él te hubiera socorrido antes que yo. Puedes dar gracias de que no fuera así. Yo me comporté como un caballero comparado con lo que podría haber hecho él.

Tragué saliva. El recuerdo de aquella noche aún me costaba de digerir. Intenté borrar esas imágenes de mi cabeza.

—La primera vez que fui consciente de ver al Hombre de los Perros fue poco después de que apareciera la pierna de mi padre.

—A partir ese momento quiso estar más pendiente de ti. Alguien merodeaba la casa y le preocupaba que ese alguien pudiera relacionarte con Austre.

—Pero ¿qué interés tenía en mi seguridad si no nos conocíamos?

—No le hacía falta, le bastaba con saber que eras la hija de Austre.

—¿El Hombre de los Perros conocía a mi padre?

—No solo lo conocía, lo adoraba.

Rememoré cómo se había manifestado el Hombre de los Perros cuando habíamos coincidido. Siempre había sido afectuoso. Había interpretado esa actitud como una consecuencia de su carácter infantil, sin embargo, ahora tomaba conciencia de que detrás de su afabilidad había un pasado que ignoraba.

—¿Qué relación existía entre ambos?

—Tu padre cuidó de él. De hecho, fue la única persona que lo hizo. Por eso, cuando desapareció, nunca creyó que se hubiera largado. Tenía el convencimiento de que, de haber sido así, Austre se lo habría llevado con él o, al menos, se hubiera despedido. Siempre temió que le hubiera ocurrido algo y no se perdonaba no haber estado a su lado para socorrerle. Por eso siente la obligación de expiar su culpa. Protegerte es su manera de apaciguar los remordimientos.

—No acabo de entender, ¿por qué mi padre se ocupó de él?

—No es una historia agradable.

—Hoy no ha sido un buen día, no creo que tu relato vaya a arruinarme la noche.

Una arruga surcó su frente. Apuró el vaso de coñac. El contenido no debió parecerle suficiente, porque le dio un trago a la cerveza que yo acababa de abandonar.

—Hace muchos años tu padre y el mío idearon el robo a un médico que había hecho fortuna vendiendo recién nacidos a matrimonios que no podían tener hijos. Los bebés eran arrancados de los brazos de sus madres, normalmente mujeres solteras en situación de desamparo, a través de una red de monjas con una inquebrantable fe en el dinero. Los niños serían para quien pudiera pagarlos.

—Espero que tu padre y el mío desplumaran a ese miserable.

—Así lo hicieron. No les resultó difícil. Guardaba el dinero en un chalé en el que recibía a futuros compradores. Acceder al botín fue sencillo. Las personas que están acostumbradas a salirse con la suya no se plantean que alguien pueda pasarles la mano por la cara. Las medidas de seguridad eran precarias y no tuvieron grandes problemas a la hora de hacerse con el objetivo. Lo que ocurrió fue que junto al botín que habían ido a buscar, había algo más.

—¿El qué?

—Un dietario. Un dietario en el que constaban las entregas de bebés y los ingresos correspondientes.

—¿Lo entregaron a la policía? —Al acabar la frase me di cuenta de la tontería que acababa de decir. No me imaginaba a dos ladrones entrando voluntariamente en una comisaría.

—Hicieron otra cosa, le dieron el dietario a un periodista de confianza.

—¿Y la historia salió a la luz?

Un destello se agitó en el fondo de sus ojos como una anguila bajo el

agua.

—Se intentó, pero había demasiadas personas poderosas detrás. Tal vez algún día pueda repararse el daño infligido. No sirve de consuelo, pero Austre y mi padre donaron el dinero robado a un orfanato. No podían devolver esos niños a sus madres, pues sus nombres no aparecían en el dietario, pero sí paliar las carencias de otros niños igualmente inocentes.

—Supongo que fue en ese hospicio donde mi padre conoció al Hombre de los Perros.

—Te equivocas. —Dio varias caladas al pitillo, cuyo extremo se iluminó dejando tras de sí una cola de ceniza—. Fue esa misma noche, en la casa del médico. Iban a largarse cuando desde una habitación alejada les llamó la atención el sonsonete de algo parecido a un llanto. Austre insistió en acercarse. Lo que encontró al abrir la puerta le produjo uno de los impactos más severos de su vida. Allí dentro había un niño de unos diez años, aunque resultaba difícil precisar su edad por el estado de desnutrición en que se encontraba, atado de manos y sujeto con una cadena a la pared. Su libertad de movimientos estaba limitada a tumbarse en el suelo y a alcanzar una palangana dispuesta para que hiciera sus necesidades. El espectáculo era dantesco, aun así, lo que más impresionó a tu padre fueron los ojos intensamente azules, llenos de odio e indefensión, de aquella criatura.

Tomé una bocanada de aire, que se espesó al entrar en mis pulmones. Lobo advirtió mi angustia.

—¿Continúo? Aún queda la parte más dura.

—Sí —contesté rotunda.

—Tu padre se acercó a él, con precaución, pues se dio cuenta de que el muchacho percibía su presencia como una amenaza. Cuanto más se aproximaba, más angustia expresaba. Intentó calmarlo hablándole suavemente, sin estar seguro de que sus palabras fueran entendidas. Su actitud surtió efecto, pero lo conseguido se desvaneció cuando, en un gesto de cariño, le acarició la cabeza. En ese momento se revolvió con el ímpetu que las ataduras le permitieron. No se calmó hasta que Austre se alejó. Fue entonces cuando este intuyó una realidad que más tarde pudo confirmar, una realidad que encerraba un sufrimiento todavía más profundo y ultrajante. Habían estado abusando sexualmente de él.

Recordé los ojos del Hombre de los Perros, su trasfondo inquietante y turbador, de animal herido, y sentí un aguijoneo en el alma, como si un centenar de dardos hubieran encontrado la trayectoria para dar en la diana. Las lágrimas me quemaron como una lava ardiente. Algo dentro de mí se convirtió en erial azotado por el viento.

Para Lobo tampoco resultaba fácil rescatar del recuerdo una historia como aquella, menos en esos momentos, cuando imaginábamos su terrible final.

—Tu padre arrancó las cadenas usando las herramientas que llevaban.

Al verse liberado, el muchacho cambió de actitud. Había descubierto algo nuevo, insólito para él: que existían hombres buenos. Desde aquel instante tu padre se convirtió en su redentor, en objeto de su afecto, un afecto que jamás había podido entregar a nadie. Austre le correspondió. Se ocupó de él, de que recibiera atención médica y una educación elemental, la que se le pudo proporcionar dadas sus peculiaridades. Los especialistas no pudieron determinar si sus deficiencias eran fruto del sufrimiento o si este solo había contribuido a agravar una condición innata. Pero supongo que eso no importa, lo relevante es que pudo empezar una nueva vida.

—Una nueva vida marcada por el pasado.

—Sí, pero el Hombre de los Perros, como tú le llamas, es listo. Sabe mirar hacia delante. Pasados unos años, tu padre le consiguió diversos empleos, pero siempre acababa produciéndose algún desencuentro con el empleador. Lo que a él le hacía feliz era vagabundear en compañía de sus perros. —Sus labios dibujaron una sonrisa melancólica. Se me antojó más joven, menos petulante—. Es curioso que lo llamaras así, el Hombre de los Perros.

—Desconocía su verdadero nombre. Nunca se lo pregunté.

—No te habría servido de nada. Tu padre no pudo averiguarlo, si es que alguna vez lo tuvo. El caso es que empezó a saludarlo llevándose la mano a la sien y, a falta de una alternativa mejor, decidió llamarlo Capitán. Ese es el nombre con el que yo le he conocido siempre, pero creo que el que tú le atribuiste es mejor. Le hubiera gustado más.

—Ya no podré preguntárselo.

Callamos unos segundos. Hay instantes de digestión lenta.

—Una de las pocas cosas que le relató a tu padre sobre su vida anterior fue que por las noches oía el aullido lejano de unos perros. Serían cimarrones que vagaban por los campos en busca de alimento. A él le fascinaba ese bramido, que interpretaba como un símbolo de libertad. Le gustaba fabular con la idea de que aquellos animales, que él visualizaba con fauces poderosas, entraban en el chalé y lo liberaban. La mayoría de esas noches, cuando el peso del tormento le impedía dormir, aplacaba su angustia imaginando que uno de esos ejemplares entraba en la habitación y se acurrucaba a sus pies, proporcionándole calor y consuelo. Estos animales fueron la forma de su esperanza, por eso a lo largo de todos estos años se ha dedicado a recoger perros abandonados.

Cuanto más sabía de aquel pobre desdichado, más lacerante me resultaba su final.

Tenía la impresión de que si me levantaba del sofá las piernas no serían capaces de sostenerme.

—Ojalá hubiera sabido todo esto antes. Me doy cuenta de que he vivido en la más absoluta inopia.

—Si te hace sentir mejor, Sil también desconoce todo lo que te acabo de contar. Para él el Hombre de los Perros es solo un vagabundo.

—Cuando se acercaba a la cantina daba de beber a sus perros, sin mucho entusiasmo, la verdad.

—Sil detesta a los insolventes. Ya sabes cómo es. Capitán, por su parte, también recelaba de él.

—¿Por qué?

—Porque no se fía de nadie, excepto de mí. Hace años que nos conocemos y sabe el afecto que me tenía Austre, y, aun así, estoy seguro de que se me echaría al cuello si pensara que puedo causarte algún daño.

Sonreí con tristeza al pensar en las veces que Lobo me había herido. Lo había hecho como se hiere a las mariposas, rozándome las alas.

Un intenso cansancio de apoderó de mí. La debilidad rescató las imágenes de la traumática experiencia vivida en el almacén.

—No puedo creer todo lo que ha ocurrido.

—No es fácil de asimilar.

—Antes de atacarme el Chino dejó una piedra negra junto a mi cama.

—Esa no es una buena noticia.

—¿Por qué?

—Porque significa que conoce nuestro código y, lo que es peor, que nos ha estado observando. Alguien dejó una piedra negra en el búnker. Sil no lo hizo y yo tampoco.

—¿Crees que fue él?

—O el Hombre de los Perros, para advertirnos, aunque lamentablemente fue demasiado tarde.

La noche avanzaba lenta, como la brisa entre el follaje. El cansancio había empezado a derivar en una sensación de ligereza. La timidez que solía envararme cuando me hallaba a solas con Lobo se había diluido en el silencio cómplice de la noche.

Tras una larga pausa en la que cada uno vagabundeó por sus pensamientos, Lobo musitó:

—No sabemos qué le ocurrió a tu padre, pero de lo que sí estoy seguro es de que antes de irse de este mundo disfrutó de una buena vida. Aprovechó cada uno de sus días y logró el afecto de casi todos aquellos que lo conocieron. Poco más se puede desear.

—Me consuela saber que, a pesar de todo, fue un buen hombre.

—Fue un gran tipo. No solo por lo que te acabo de contar, sino por otras muchas actitudes que tuvo a lo largo de su vida. Quererlo resultaba muy fácil, a pesar de su genio, su tozudez y sus excentricidades.

Acerqué mi cuerpo al suyo.

—Cuéntame cosas de él.

—Era todo un personaje. Dicen que el nombre marca a las personas y en este caso creo que la regla se cumplió. Era muy peculiar. Tenía la estampa de un *gentleman*. Consideraba la distinción una filosofía de vida. Tenía una pierna ligeramente más corta que la otra, pero se hubiera dejado arrancar las dos antes de que se le notara, por eso se hacía diseñar un

calzado especial. Su ropero era el de un marqués. Le encantaban los trajes de tonalidades claras, que siempre combinaba con sombreros a juego. También se cuidaba la piel con cremas que se hacía traer de París.

Las palabras de Lobo me arrullaban, como los cuentos infantiles a los niños.

—¿Qué más recuerdas de él?

—Era un obseso de la puntualidad, un retraso de cinco minutos le bastaba para mirarte mal el resto del día. Le encantaba discutir, no importaba de qué, el tema más trivial le servía para polemizar. Eso sí, un día podía convencerte de un argumento y al día siguiente de su opuesto. —Al hablar se le iba dibujando una sonrisa nostálgica—. Cuando preparaba algún golpe, le gustaba hacer punto de cruz, decía que mover las manos le ayudaba a concentrarse y relajarse.

—Cuesta imaginarlo.

—Resultaba muy curioso verlo con la aguja en la mano, separando hilos, eligiendo colores y poniendo toda su atención en cada puntada.

—Una imagen un tanto ridícula, la verdad.

—Tu padre era un excéntrico, pero en ningún caso ridículo.

—Y ¿dónde está la diferencia?

—En la personalidad. Quien la tiene puede permitirse el lujo de salirse de la norma. Tu padre atesoraba inteligencia y estilo. Con esas dos facultades uno puede hacer lo que le dé la gana.

—Supongo que tienes razón.

—Los cuadritos que hay en el pasillo los hizo él.

Pensé en las innumerables veces que había pasado por delante de ellos sin prestarles atención.

Una idea pasó por mi cabeza y di un brinco en el sofá.

Lobo sonrió.

—A que adivino lo que estás pensando.

—Prueba.

—Que quizá la pista que buscamos esté en esos cuadros.

—¿No te parece que puede tener sentido?

—Lo tiene, pero ya hemos buscado en ellos. Recuerda que Sil estuvo examinándolos. No tienen nada de particular.

—Eso debería decidirlo yo. Si tan seguros estáis de que yo sé algo, tal vez pueda ver en esos cuadros algo que vosotros no habéis sido capaces de apreciar.

—No se pierde nada por intentarlo.

Me levanté e invertí un buen rato en contemplar con detenimiento, uno por uno, los bordados. Me sentí defraudada. Mi padre tenía manos de artista, no cabía duda, pero aquellas cursis creaciones no me evocaban absolutamente nada.

Regresé al sofá.

Al volverme, me di cuenta de que Lobo me había estado observando.

Había miedo en sus ojos. Algo me dijo que no era al Chino a quien temía. Era yo quien le intimidaba.

Me dejé caer a su lado.

—Estáis empeñados en buscar algo que no existe.

—Y, sin embargo, yo sigo convencido de que Austre te dejó alguna instrucción.

Sentía el calor de su cuerpo fundirse con el mío.

—Estás cansada, duerme un rato. Yo vigilo, no podría dormir aunque quisiera.

—Yo también fantaseé con la posibilidad de que el mapa del tesoro existiera —reconocí mientras dejaba caer los párpados y echaba mi cuerpo en el suyo.

Lobo se acomodó apoyando la cabeza en el respaldo del sofá.

—Encontré una cuchara.

—¿Una cuchara?

—Sí, una cuchara que llamó mi atención.

—¿En esta casa? —Su musculatura se tensó.

—En la cocina. Me impactó de tal manera que pensé que tal vez tuviera algún significado.

—¿Y lo tenía? —preguntó con expectación.

—Sí, pero no el que deseas. Era la cuchara con la que mi madre me daba de comer. Ese recuerdo y el de mi padre en el pasillo son los únicos que me ha despertado esta casa. No creo que con eso vayamos a encontrar ningún tesoro, si es que a estas alturas existe.

Recosté mi cabeza sobre su pecho. Él pasó el brazo por encima de mis hombros, facilitando mi acomodo. Ambos nos movimos con naturalidad, como si no estuviéramos atravesando una frontera que jamás nos habíamos atrevido a cruzar.

—Por cierto, te la robé.

—Si perteneció a tu madre, en realidad es tuya. Cuando uno toma algo de su propiedad, no está robando.

Su piel bronceada exhalaba un aroma cálido que me reconfortó. Me sentí de vuelta en casa un día de invierno. Cerré los ojos. Él me acarició el pelo, aunque quizá fuera un sueño. Mi conciencia soltó amarres. Sentí que me liberaba del miedo, la tristeza y el dolor. Cuando desperté, el tímido resplandor del amanecer empezaba a colarse a través de las persianas.

Mis músculos se habían entumecido, pero no me moví. Deseaba alargar el voluptuoso bienestar que me proporcionaba el abrazo de Lobo.

—¿Estás despierta?

La rigidez de mi cuerpo me había delatado.

—¿He dormido mucho?

—No demasiado.

Me incorpore para estirar la espalda. Su rostro quedó junto al mío. Mis instintos transitaron entre la estupidez y la fantasía. Me acerqué más. Sus

labios quedaron tan próximos que me resultó imposible huir de ese campo de atracción. Con más torpeza que decisión, acabé de recorrer la distancia que separaba nuestras bocas y le besé. Hay instantes genuinos que permanecen inalterables en nuestra memoria, inmunes al roce de posteriores experiencias. Ningún acontecimiento puede empequeñecer, embrutecer o deslucir su recuerdo. Ese fue uno de esos momentos.

Nuestras lenguas se buscaron como si saldaran una cuenta pendiente. Una concatenación de reacciones físicas alteró mi cuerpo, un territorio que hasta ese momento había considerado solo mío. Descubrí que el deseo posee una única consigna, dejarse llevar. La mano de Lobo empezó a recorrer mi piel con la decisión del aventurero y la prudencia del explorador que se adentra en un terreno desconocido.

A ambos nos arrollaba el mismo vértigo, nos mortificaba la misma inseguridad, y era precisamente ese abismo que se abría bajo nuestros pies el que intensificaba nuestra avidez. Tal vez más tarde nos embargara la vergüenza, el pudor o el arrepentimiento, pero en esos instantes éramos inmunes a las consecuencias. No existía nada más allá de nosotros. Nada más allá de nosotros hasta que alguien empezó a golpear la puerta.

Capítulo 30

La alegría es un jardín en flor, un estallido que se marchita sin dejar rastro. El dolor es un erial y, sin embargo, es el que fructifica.

El golpe volvió a repetirse, esta vez con más violencia. Aún entrelazados, nos interrogamos con la mirada, como si en nuestras pupilas pudiéramos hallar una explicación.

Lobo se levantó. Se acercó a una de las ventanas desde la que, a través de las persianas, podía atisbar el exterior.

Su mano acarició la pistola.

Un nuevo embate retumbó en la casa. Mi corazón se encabritó como un caballo asustado. Imaginé al Chino intentando derribar la puerta con el machete.

La expresión de Lobo aumentó mi alarma. Sus facciones se habían crispado.

—Vete a la cocina —ordenó con voz tajante.

Simulé acatar sus palabras y retrocedí por el pasillo. A medida que me adentraba en las sombras, el recuerdo del contacto de su piel y sus labios se iba diluyendo como la lluvia en la superficie del mar.

Abrí un cajón y cogí un cuchillo. En realidad, no fui yo quien lo hizo, fue el miedo que habitaba en mí.

Refugiada en la oscuridad, le escuché abrir la puerta.

Al roce de la madera le siguió un corto murmullo de voces.

Empuñé con fuerza el cuchillo, aun sabiendo que no sería capaz de usarlo.

Lobo regresó a mi campo de visión. Se acercó al sofá que habíamos ocupado minutos antes. Le seguía una silueta menuda, que avanzaba con paso resuelto y decidido.

Cuando la luz que se colaba a través de las persianas la alumbró, parpadeé atónita. Era la última persona que esperaba ver en aquel lugar.

Sin escapar de mi asombro, vi cómo se plantaba frente a Lobo con actitud desafiante. El cambio de plano me permitió apreciar el rictus amargo que cincelaba su expresión, la vacuidad que transmitían sus ojos opacos. Ni siquiera cuando me había echado de su casa el rostro de mi tía se había manifestado tan lleno de quebranto y frustración.

Me agitó el impulso de salir de mi escondite, pero el instinto me

mantuvo inmóvil.

—He venido para pedirte que acabes lo que el otro día empezaste.

—No sé de qué me está hablando.

—Viniste a casa y le diste una paliza a mi marido.

—Está exagerando. Dejémoslo en que le reprendí.

—No sé dónde está la diferencia.

—Básicamente en que es capaz de caminar y masticar. Puede dar por sentado que si mi intención hubiera sido apalearlo no le resultaría fácil hacer ni una cosa ni la otra.

—Me da igual. Es un asunto que ya no me importa. Me interesan más los motivos que te llevaron a hacerlo. Lo hiciste porque golpeó a Laura, ¿me equivoco?

—Por eso y porque es un miserable. Igual que usted.

Los labios de mi tía se contrajeron y sus pupilas centellearon. Lo interpreté como el anuncio de una explosión de rabia, pero me equivoqué. Hacía esfuerzos por no abandonarse al llanto.

Con una de sus manos tanteó el respaldo de una silla y se apoyó en él. Lobo la invitó a sentarse en el butacón vecino, pero ella declinó la propuesta.

—He venido a que acabes lo que el otro día empezaste —repitió con el propósito de no desviarse del objetivo que la había llevado hasta allí.

—¿Quiere que vaya a darle una tunda de palos a su esposo? —Lobo no hizo ningún esfuerzo por disimular el desconcierto e hilaridad que le producía aquella situación.

—Quiero que lo mates.

La frase quedó suspendida en el aire, como el olor de la pólvora después de una detonación.

Esta vez fue Lobo quien buscó la solidez del aparador para apoyarse en él.

Me recosté en la pared. Yo también necesitaba apuntalarme para conservar mi entereza.

—¿Se ha vuelto loca? No sabe lo que está diciendo.

—Sé lo que digo y por qué lo digo —replicó mi tía con una sonrisa amarga—. A lo largo de mi vida no he sido más que una estúpida, la mujer sumisa que todos esperaban que fuera. He interpretado el papel que me correspondía sin salirme de la norma, ignorando mis propios deseos y aceptando mi destino como si fuera palabra de Dios. —Agachó la cabeza y permaneció unos segundos en silencio, librando una batalla de antemano perdida. Al alzarla, un tímido haz de luz iluminó su frente, que quedó partida en dos—. Nunca he significado nada para nadie, ni siquiera para mí misma.

La última frase fue apenas un susurro, un revuelo de hojas marchitas barridas por el aire.

Lobo la contemplaba inmutable, esperando que retomara su relato,

consciente de que si preguntaba o interrumpía no haría más que entorpecerlo.

—Desde que Laura no está la situación ha cambiado. —Su voz había recobrado el aplomo inicial.

Apreté el cuchillo contra mi pecho, como si fuera un amuleto protector. Me costaba reconocer a aquella mujer. El perro apaleado se había convertido en un animal herido dispuesto a morir matando.

—Él ha empezado a beber. No digo que antes no lo hiciera, pero no más que cualquier otro hombre que al acabar la jornada busca el refugio de una botella vino. Ahora es diferente, lleva dos días borracho. —Hizo una pausa que interpreté como el silencio que precede a una gran revelación—. Bebe porque la echa de menos. La niña jamás le ha importado, sin embargo, con su marcha ha perdido lo único que le quedaba de mi hermana, su recuerdo.

—¿Qué está diciendo?

—Cuando mi marido miraba a Laura era a mi hermana a quien veía, la mujer que deseó y odió con igual intensidad. Mi sobrina no es como su madre, pero es fácil encontrarles parecido. La voz es igual, también el hoyuelo en la barbilla. La niña tiene la misma forma de pararse, con las manos en la cintura, y la misma tendencia a ensimismarse. Ya me dirás, como si tuviera que ocuparse de asuntos más importantes que limpiar la mierda de otros. Así era mi hermana y así es Laura. Mi marido la quería a ella, pero tuvo que conformarse conmigo. Es algo que supe desde el principio. Mi hermana era un sueño, pero yo era la realidad, y eso es lo que al final cuenta. No se come de las semillas que se plantan, sino de los frutos que se recogen. Los deseos son como las nubes que pasan por encima de nuestras cabezas, inalcanzables, pasajeros. La verdad está en cada día que amanece, en la tierra, en el lecho donde descansas, en el sudor que te asegura el alimento de mañana. Ambos estábamos resignados, o al menos eso creí hasta que la marcha de Laura reveló una realidad muy distinta. Mi sobrina también se parece en eso a su madre. Su presencia altera el orden de las cosas, pero todavía más su ausencia.

Las últimas palabras fueron un bisbiseo tembloroso que acabaron desembocando en un llanto. La forma en que encogió los hombros y hundió la cabeza me confirmó que no estaba acostumbrada a abandonarse en esa clase de desahogos.

—¿Está segura que no desea sentarse? —insistió Lobo conmovido por tan inesperada confesión.

Mi tía ni siquiera atendió a su ofrecimiento.

—Él no pudo conseguir a mi hermana, pero la vida le dio la oportunidad de vengarse de ella al quedar Laura bajo su tutela. Sobre la niña ha vertido todos estos años su amargura y su rencor. Reconozco que yo tampoco desaproveché la ocasión de cobrarme los desprecios sufridos. No me culpo por ello. ¿De qué soy responsable si mi función es

obedecer? Son las reglas del juego. Unos nos dañan y nosotros dañamos a otros. Era imposible que una mujer como mi hermana se fijara en un hombre como él. A ella le correspondía alguien con más clase, un hombre de mundo como el que acabó enamorándola.

Se detuvo para recuperar aire. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y, como si la amargura hubiera consumido sus fuerzas, se dejó caer en el asiento que antes había rechazado.

—Cuando intuyó que había algo entre Laura y tú, revivió la rabia del pasado, por eso la golpeó. No le cuesta arrebatarse. Ya había tenido que soportar que un señorito se llevara a la mujer que deseaba y no estaba dispuesto a que volvieran a humillarlo. Austregesilio se quedó con mi hermana y ahora tú, el nuevo ocupante de esta casa, enamoras a su hija adoptiva. La vida es curiosa, ¿no crees? Uno se da cuenta cuando, al exponer los hechos, se ve obligado a ordenarlos.

Lobo aprovechó el punto de inflexión para intervenir. Había estado haciendo un esfuerzo por contener las palabras.

—No entiendo por qué ha venido aquí a contarme esta mezquina historia y mucho menos por qué iba yo a matar a su marido, por muy despreciable que me resulte su naturaleza. Puede que yo sea un cabestro, pero no soy un asesino.

Por primera vez desde que había irrumpido en la sala el rostro de mi tía se iluminó como si al fin la conversación hubiera llegado a su punto culminante.

—Puede que tú no, pero él sí.

Dejó que sus palabras surtieran efecto, que viajaran a través del espacio, se infiltraran en el sistema nervioso de Lobo y activaran su entendimiento. Cuando sus pupilas se dilataron y su mandíbula perdió firmeza entendió que había llegado el momento de lanzar la estocada.

—Fue él quien mató a Austregesilio.

Aquella frase, como dotada de un poder maléfico, nos convirtió en estatuas de sal.

—Lo mató porque se lo comían los celos —aclaró en un bisbiseo cargado de veneno.

Desde mi rincón podía escuchar, ver, percibir la frescura de la incipiente mañana, pero era incapaz de responder a ningún estímulo, como si mi cerebro hubiera sido anegado por aguas negras, como esas civilizaciones legendarias que quedaron sepultadas bajo el mar. Había sido expulsada de la realidad.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me lo contó él. No diré que me lo confesó porque eso sería admitir que se descargó conmigo, que quiso compartir un secreto que le atormentaba, pero no fue así. La realidad es más simple. El alcohol le desató la lengua. Es lo que tienen los borrachos, que pierden el miedo a la verdad, sobre todo cuando consideran que la persona que tienen delante

es tan insignificante que hablar con ella es poco más o menos que hablar solo. Me contó que lo citó una madrugada en la playa con el pretexto de decirle algo que afectaba a su mujer. Austregesilio, con lo listo que aparentaba ser, cayó en la trampa como un conejo. Ya lo dicen, el arte de pescar consiste en elegir bien el cebo. Una vez lo tuvo donde quería, lo pilló desprevenido y le propinó un golpe de remo en la cabeza que lo dejó prácticamente muerto. Acabó la faena apaleándolo en el suelo. Había tenido la astucia de quedar junto a las barcas. Le resultó fácil arrastrarlo y cargarlo en una de ellas. Después todo fue sencillo, se adentró en el agua y se deshizo del cuerpo.

—No parece que saber la verdad le haya producido un gran pesar. —Lobo tenía los puños apretados y la voz cargada de rabia.

Bloqueada por mi estupor mental, yo observaba la escena como si se produjera en el extremo de un telescopio. Todo me parecía lejano y remoto, incluidas mis emociones.

—Tal vez sea porque, aunque me lo ha confesado hace escasas horas, siempre lo sospeché. Intuía que él había tenido algo que ver con su desaparición. No tenía ninguna certeza, pero algo dentro de mí me lo susurraba. Lo sabía igual que se sabe qué frutos van a madurar o qué gallina va a enfermar. Identificas las señales sin darte cuenta. Supongo que mirar para otro lado me hacía la vida más fácil. Todos seríamos más felices si pudiéramos elegir qué saber y qué ignorar.

Lobo, con los músculos en tensión, parecía más recio y corpulento. Mi tía, en contraposición, enjuta y escurridiza, se asemejaba a una lagartija.

—Si siempre lo ha sabido, a qué viene ahora a reclamar venganza —le escupió Lobo.

—No he venido aquí para vengar la muerte de Austregesilio. Su muerte no significa nada para mí.

—¿Entonces?

—Su asesinato no es el único que me ha confesado.

La temperatura de la casa descendió varios grados.

Lobo no abrió la boca, pero la pregunta flotó en el aire.

—También mató a mi hermana.

Una sombra abatió la incipiente luz diurna. Después de tantos años, aún tengo el convencimiento de que un ejército de fantasmas atravesó la sala.

—En su cabeza había ido alimentando la fantasía de que, al verse sola, mi hermana buscaría su amparo. Es normal que una mujer se refugie en el amparo de un varón, y él era el más cercano. No obstante, las cosas no ocurrieron como él esperaba. Eso le enervó. Se dio cuenta de que, aunque fuera el único hombre en la faz de la tierra, ella jamás detendría su mirada en él, ni siquiera para buscar protección.

Hizo una pausa que empleó en alisar los pliegues de su falda. Puso en ello toda su atención, tal vez buscando en cada surco una escapatoria.

—Actuó de la misma manera que con Austregesilio. Le contó que había conocido a alguien que le podía proporcionar noticias sobre el paradero de su marido, que ese alguien se había citado con él en las tierras de Can Milà, junto a las vías del tren, y que, si ella acudía, podría escucharlas de primera mano. Igual que su amado, mi hermana cayó en la trampa sin sospechar que allí la esperaba la muerte. La mató de una pedrada en la cabeza y luego dejó su cuerpo sobre las vías. Al día siguiente, cuando se descubrieron sus restos, el pueblo entero dio por sentado que se había suicidado. No se planteó otra posibilidad. Una mujer soltera, con una hija, existían argumentos de sobra para creer que se había dejado llevar por la desesperación. Aunque también es posible que nos limitáramos a apostar por la explicación más cómoda.

Sus hombros se encorvaron y todo su cuerpo adoptó una actitud laxa, como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas.

—Era mi hermana, sangre de mi sangre, y, a pesar del abismo que nos separaba, yo sé que me quería. Ahora ya no existe nadie en la faz de la tierra que sienta aprecio por mí. Vivir sin que nadie te quiera es como arar un pedregal. Por eso su asesinato me revuelve por dentro, me agita las vísceras, y quiero venganza.

La última frase cayó con el peso del plomo sobre nuestras espaldas.

Me faltaba el aire. La confesión de mi tía me había transportado a un universo paralelo de atmósfera irrespirable. La presencia de Lobo era el único hilo que me mantenía conectada al mundo tal y como lo había entendido hasta entonces. Aun así, su voz me llegó desde muy lejos.

—¿Cree que soy su única alternativa para impartir justicia? También está la ley.

—¿Quieres que denuncie a mi marido? —Su voz había recuperado la acritud inicial. La pena y el dolor se habían desvanecido. No habrían encontrado corazón donde anidar—. ¿Y qué ocurrirá después?, ¿qué pasará conmigo? Mi prisión será peor que la suya. Seré yo la paria que tendrá que soportar penurias y habladurías. Ya tengo suficiente con ser la mujer de un asesino, no hace falta que la gente lo sepa. Prefiero ser una viuda desamparada. Vi cómo actuaste con él y, por lo que he oído de ti, estoy segura de que no te importaría ir un poco más allá. Eso es lo que te pido. Puedo pagarte. Tengo algo de dinero guardado. ¿Qué me dices?

No di tiempo a que Lobo contestara. Antes de que pudiera abrir la boca, salté de mi escondite, cuchillo en mano, y me abalancé sobre ella. Una ira incontrolable había estallado en mi interior, como si las compuertas del cuarto oscuro donde había aprisionado mis emociones se hubieran abierto de golpe.

Desconozco qué hubiera sido capaz de hacer, si lo que me había impulsado a atacar a mi tía era el dolor o si latía en mí un verdadero impulso asesino. Jamás lo sabré.

Lobo reaccionó con rapidez agarrándome por la cintura. Pataleé y

braceé agitada por la furia mientras el rostro de aquella mujer transitaba del estupor a la complacencia.

—No sabía que estabas aquí. Aunque debí imaginarlo al ver la bicicleta ahí fuera. Supongo que habrás escuchado cada una de mis palabras. Mejor, ahora ya sabes la verdad. No debería sorprenderme haberte encontrado en esta casa. Al fin y al cabo, has acabado haciendo lo mismo que tu madre.

Noté cómo la presión que los brazos de Lobo ejercían sobre mi estómago se intensificaba. Intuí que su intención era domar mi impulso, pero también contener su violencia.

—Ya sabes con qué propósito he venido hasta aquí. Viéndote ahora, amenazándome con ese cuchillo, pienso que nadie mejor que tú para impartir justicia.

Había un destello sádico en su mirada, una savia maligna la alimentaba.

—Lárgate —aulló Lobo.

—Sí, me marcho. Ya he dicho lo que tenía que decir.

Se alejó libre de la carga que había depositado sobre nosotros.

Cuando hubo desaparecido, Lobo dejó de contenerme y yo me derrumbé en el suelo.

Lancé el cuchillo lejos de mí, como si su contacto me quemara. Me abandoné a un llanto convulso.

Escuché a Lobo asegurar la puerta, después se sentó a mi lado y me abrazó con ternura hasta que mis hombros dejaron de sacudirse. Entonces, colocó su rostro ante el mío y me habló:

—Yo lo haré. Yo me encargaré de este asunto. No te quepa la menor duda de que la muerte de tus padres será castigada.

Lejos de producirme consuelo, aquellas palabras me sumieron en una tristeza negra y pegajosa.

Me liberé de sus brazos y me incorporé de un salto. Me embargaban las mismas sensaciones que cuando fui engullida por la ola, sin aire y atrapada en un torbellino.

Necesitaba salir de allí.

Corrí hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

Desbloqueé el cerrojo y salté al exterior.

—Te estás poniendo en peligro —me advirtió.

Sabía que tenía razón, sin embargo, me impelía una orden más acuciante e imperiosa, la que emanaba de mis entrañas.

Yo también tenía una deuda que saldar.

Capítulo 31

Damos con las preguntas adecuadas cuando quien puede responderlas ya no existe.

Lobo intentó detenerme, aunque su esfuerzo resultó inútil. Me alejé de él cegada por una única idea, una obsesión que me pesaba en el pecho como una esponja cargada de agua.

Marchando en mi bicicleta me sentía segura, como si nadie pudiera atraparme. O es que quizá ya no me importaba.

El día se desperezaba, pero el paisaje aún conservaba el silencio de las almas adormecidas. Los caminos, solitarios, se desplegaban a mi paso como si renacieran en cada recodo. En las zonas más sombrías, los tímidos rayos de luz apenas lograban imponerse. Por fortuna, conocía aquellos senderos mejor que la palma de mi mano.

No podía expulsar de mi cabeza las palabras de mi tía. Sabía que el dinero es peligroso, que agita la codicia, que transforma a las personas, que puede moldearlas, convertirlas en otras sin que se den cuenta, pero aquella noche había descubierto que no hay nada más azaroso que las emociones humanas. Su trazado subterráneo nos impide preverlas, controlarlas, atemperar las consecuencias que desencadenan.

Me interné por el paso que corría bajo las vías. El sonido de mi avance reverberó en las paredes. Conocía ese efecto, pero en esta ocasión el eco me aterrorizó. La imagen del Chino persiguiéndome cruzó mi mente como una saeta envenenada.

Aumenté la velocidad, avanzando directa hacia mi objetivo. En el juego de piedra, papel o tijera la piedra gana a la tijera, el papel a la piedra y la tijera al papel. En las entrañas del ser humano el miedo le gana a la tristeza, el dolor a la rabia y la rabia al miedo.

Saber que había convivido todos aquellos años con el asesino de mis padres me revolvía las entrañas, pero lo que más me pesaba era haber sido injusta con ellos.

Cuando alcancé los terrenos de Can Milà no me detuve. Crucé la frontera invisible que siempre me había detenido convencida de que era el momento de hacerlo.

Abandoné la bicicleta en el punto donde encontraron el cadáver despedazado de mi madre y me dejé caer de rodillas.

Sabía que solo una cosa podía calmar el remordimiento que me corroía

por dentro, y era pedirle perdón, perdón por haberla convertido en culpable cuando había sido víctima.

Llorar en aquel paisaje funesto me hizo bien, me liberó de la garra que había estado estrangulándome el corazón desde que había salido de la Casa de las Buganvillas. Había sido injusta con mis padres. Con él, porque siempre creí que nos había abandonado, con ella, porque jamás pude, en el fondo de mi ser, perdonarle que decidiera acabar con su vida dejándome tan sola.

El desconsuelo embargó mi ánimo; sin embargo, descubrí que la verdad, por muy terrible que sea, tiene un efecto sanador. Ofrece un punto de apoyo, una base desde la que empezar a reconstruirse. A partir de ese momento podía restaurar la imagen de mis padres, contemplarlos como dos seres nuevos y albergarlos dentro de mí sin las espinas del agravio. Esa comunión con ellos me transformó. Como si desde el más allá me hubieran rozado con una varita mágica, me percibí más fuerte, valiente y segura. Esas cualidades eran su legado, un legado que había tardado años en manifestarse, pero que al fin había fructificado. Atribuí a mi madre la fortaleza, a mi padre la seguridad y la valentía a ambos.

De pronto, las vías vibraron. Se acercaba un tren. Me aparté como si el acero quemara. Vi al convoy ganar tamaño. Su ruidosa aparición me estremeció. Los vagones pasaron veloces, dejando una nube de calor y un silencio quebrado. Lo seguí con la mirada hasta que su silueta se fundió con la de la lejana estación.

Un manto de luz se había derramado sobre el horizonte, perfilándolo con un filete dorado. Acogí aquella bella estampa como una invitación a la vida, a volver a empezar.

Otra repentina vibración volvió a asaltarme, aunque esta vez no procedía de las vías, sino de mi interior. Había comprendido algo, algo asombroso e incuestionable, como que la p con la a hacen pa o que dos más dos suman cuatro.

Había estado equivocada todo este tiempo. Lo había tenido ante mis narices sin darme cuenta.

Me monté en la bicicleta mientras mi inquietud empezaba a rodar cuesta abajo como una bola de nieve, haciéndose cada vez más y más grande.

Capítulo 32

No nos contamos todo lo que sabemos.

La bola no había parado de crecer, de manera que cuando me planté ante el portalón de la Casa de las Buganvillas había alcanzado las dimensiones de una obsesión.

Encontré la puerta abierta. Esa circunstancia frenó mis pasos, pero no los detuvo. Me adentré con cautela, procurando no hacer ruido. El interior estaba silencioso, como el mar cuando toma aliento entre una ola y la siguiente.

Lobo se había ido, tal vez para cumplir su promesa de vengar a mis padres. Me espantaba esa idea, pero más me sobrecogía la naturalidad con la que me estaba acostumbrando a afrontar situaciones tan delirantes.

En la sala todo seguía igual, el vaso, el botellín de cerveza, el cenicero repleto de colillas y también el cuchillo de cocina que había lanzado en el suelo. Lo recogí y asiéndolo con fuerza avancé por el pasillo que conducía a las habitaciones de servicio.

El pensamiento que me había sacudido en las vías del tren volvió a sobrevolar mi mente como un buitre dibujando círculos sobre un acantilado.

A medida que me acercaba a mi objetivo aumentaba mi excitación, el convencimiento de que Lobo y Sil habían estado en lo cierto, de que el mapa del tesoro existía. O, a lo peor, las emociones vividas me habían trastornado y me estaba volviendo loca.

Tenía que comprobarlo.

Entré en la habitación y clavé la mirada en la cama. La colcha conservaba aún los pliegues provocados por el peso de mi cuerpo.

El corazón me golpeteaba el pecho.

Deposité el cuchillo en la mesilla y la acaricié recorriendo las diferentes piezas y cenefas.

Una sucesión de cuadros marrones la cruzaba de un extremo a otro. Un festón azul remataba un lateral. En el centro se alternaban composiciones de croché de tonalidades verdes, moteadas de negro y oro. Mis dedos siguieron el recorrido hasta llegar a una pieza rectangular rematada con varias pasadas anaranjadas y concluyeron en otra atravesada por una cruz.

Sin duda me estaba volviendo loca.

No podía ser.

No podía ser y, sin embargo, era.

Mi padre me había dejado indicaciones para encontrar el dinero y si no me había dado cuenta antes era porque había dado por supuesto que la manta que nos había acompañado a mi madre y a mí la había confeccionado ella. Pero lo cierto era que jamás la había visto tejer. Era mi padre quien se relajaba con las labores. Lo comprendí cuando, en las vías del tren, pensé lo que había heredado de cada uno de ellos.

Si esa manta la había elaborado mi padre y no mi madre, si ella no había tenido nada que ver, más allá de conservarla, entonces cabía la posibilidad de que no estuviera loca, de que el cubrecama que tenía ante mí fuera el mapa del tesoro.

Cuanto más delirante me parecía la idea, con mayor claridad reconocía los tonos marrones del trazado de las vías del tren, el ribeteado azul del mar, los olivares y viñedos, la Torre del Arzobispo, con sus esmaltes anaranjados, y la cruz de la ermita.

Podía ser fruto de mi imaginación, pero tenía sentido.

Mis ojos toparon con el hueco de la pieza que faltaba. Siempre creí que la manta estaba inacabada, pero no se trataba de eso. Ese vacío tenía el mismo significado que un aspa roja en medio de un pergamino. Si aquello no era fruto de un delirio, si mi mente no se había trastocado por completo, ese hueco indicaba el terreno donde estaba escondido el dinero.

En mi interior se desató la euforia, pero lo que experimenté fue algo distinto. La soledad que siempre me había acompañado se transformó en un soplo cálido e íntimo. Mi padre estaba cerca de mí, podía percibirlo.

La sensación se hizo más intensa.

Demasiado.

Los muertos no caminan.

Había escuchado el crujido de unos pasos.

No era el espíritu de mi padre el que vagaba por las estancias. Alguien había entrado en la casa.

Recuperé el cuchillo. Di una precavida zancada hacia el pasillo. No me planteé correr, huir hacia el jardín. Quizá me había convertido en una incauta o tal vez deseara enfrentarme de una vez por todas al peligro que me acechaba. En todo caso, sentía que ya no era la Laura de antes, era otra.

La luz de la mañana, que ya se filtraba por las rendijas, hacía de la vivienda un escenario menos tenebroso.

El rumor de unos pasos volvió a llegar a mí.

No se trataba de una sola persona. Varios se movían al mismo tiempo.

Desconcertada, frené mis movimientos.

Alguien pronunció unas palabras en voz baja y el murmullo de los pasos volvió a producirse.

No eran pasos humanos.

Avancé como una sonámbula, atraída por una fuerza superior.

Cuando alcancé a vislumbrar el interior de la sala lancé un gemido y el cuchillo resbaló de entre mis dedos.

Un perro de color canela me miraba con las orejas atentas.

Detrás de él, custodiado por otros dos animales, se encontraba el Hombre de los Perros.

Dudé de que su presencia fuera real. Estaba pálido, con los ojos hundidos y manchado de sangre. Me hizo pensar en uno de esos espectros que deambulan por las casas encantadas.

Hubiera seguido dudando, pero entonces levantó la mano y, sonriendo, se la llevó a la sien.

No pude contener la emoción. Me abalancé sobre él y lo estrujé entre mis brazos con tanto ímpetu que hice que se tambaleara.

—Lo siento, perdóname. Fui una cobarde, te dejé solo —dije entre sollozos.

—Nadie te hará daño, nadie te hará daño —repetía apretándome entre sus brazos. Me hablaba a mí, pero ahora que conocía su pasado, tuve la impresión de que también hablaba con el niño que, en algún lugar recóndito de su ser, seguía pidiendo consuelo.

Levanté el rostro. Sus ojos despedían un brillo febril.

—Estás herido.

—Ya no.

—¿Cómo que ya no?

Tenía varios cortes, pero alguien les había aplicado yodo. El más grave era el que le había propinado el Chino antes de que yo saliera corriendo.

Estaba desinfectado y cubierto.

—¿Quién te ha hecho esas curas?

—Nadie. Cada cual debe curar sus heridas.

—Pero ¿dónde has conseguido lo necesario?

—En una cabaña en la que a veces paso las noches. Está llena de trastos. También hay un botiquín.

—Tendría que verte un médico.

—No me gustan los médicos.

La rotundidad de su afirmación me hizo pensar de nuevo en su pasado.

—Al menos tienes que descansar. Te haré algo de comer.

Le conduje hacia mi alcoba. Se tumbó sobre la cama. Los perros buscaron acomodo a su alrededor.

Al ver su cuerpo sobre la colcha, sonreí.

—¿De qué te ríes?

—Te cuelgan los pies —me excusé. Qué poco podía imaginar que estaba tumbado sobre el mapa que todos estaban buscando—. Eres demasiado alto para este colchón.

Busqué acomodo a su lado.

—¿Qué ocurrió? Lobo acudió para socorrerte, pero encontró el

almacén vacío.

—El Chino me acorraló.

—Lo sé —dije abatida.

—Oía a los perros ladrar en el exterior, dando vueltas. Querían ayudarme, pero no podían entrar.

—Eso también lo sé —dije acariciando al de color canela—. Uno de ellos fue a la cantina de Sil en busca de ayuda.

La cara se le iluminó.

—Son muy buenos. Cuando yo era un niño también querían ayudarme.

—Seguro que sí —asentí con tristeza.

—Me defendí, pero el Chino es muy rápido. Caí al suelo.

—Pero ¿qué ocurrió después? ¿Cómo lograste escapar?

Una sonrisa volvió a transformar su rostro.

—Canelo se coló en el almacén y se abalanzó sobre el Chino. Tiene muy buenos dientes.

—Pero ¿cómo pudo entrar?

—Canelo es muy listo. El que más. Le gustaría mucho a tu padre. Escarbó la tierra bajo la puerta. Hizo un agujero lo suficientemente grande como para pasar. Por suerte, llegó a tiempo.

El perro nos observaba con atención. Sin duda, sabía que estábamos hablando de él.

—¿Qué pasó con el Chino?

—Canelo le atacó. Sabe dónde morder. Lo malo es que logró escapar. No pude alcanzarle. Él es rápido y yo estaba herido. Huyó por la playa. Es difícil correr en la arena. Los pies pesan. Había una barca en el mar, cerca de la orilla.

—¿Una barca?

—Había un hombre dentro. El Chino se metió en el mar y ese hombre le ayudó a subir. Después se alejaron.

—¿Viste quién era ese hombre?

—Estaba lejos y lo vi de espaldas.

—Podía ser JM.

—JM manda, no rema.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede que el Chino no esté solo, que tenga un cómplice.

Detecté un brillo malicioso en aquellos ojos de intenso azul.

—¿Piensas en alguien?

—Pienso lo que te estoy contando.

—Quiero decir si se te ocurre quién podría estar en esa barca.

—Podría ser cualquiera. Cualquier hombre puede ser malo.

Como siempre, en su simpleza, el Capitán tenía razón.

No podía fiarme de nadie. Menos ahora.

Acaricié la manta y su tacto se me antojó más suave.

—¿Te gustan los huevos fritos?

—A todo el mundo le gustan.

—Voy a prepararte un par. Espero que Lobo no tarde en venir. Él verá cómo acabar de curar tus heridas.

—¿Dónde está?

—Resolviendo un asunto —dije con voz opaca—. Procura descansar, enseguida vuelvo.

Cuando regresé a la habitación con el manjar prometido y un vaso de vino, Capitán se había adormilado, pero el olor de los huevos le devolvió a la realidad.

Se incorporó y los devoró con ansia, compartiendo algún bocado con sus animales. Al terminar, se recostó en el cabezal.

—Intenta dormir. Te hará bien.

—Tú y yo tenemos mucho en común —dijo.

—¿Te refieres a mi padre? Lobo me ha contado lo que significaba para ti.

—No, no pensaba en Austregesilio. Pensaba en ti y en mí, en que los dos hemos pasado mucho tiempo solos.

—Pero eso ya se ha acabado.

Acaricié su mano. Me sorprendió que no fuera la de un niño.

—No hemos tenido suerte en la vida.

—Eso también puede cambiar.

No dio señales de oírme. Mantenía la mirada fija en un punto indeterminado. Le observé sin decir nada. Sus reacciones, a menudo imprevisibles, me confundían. De repente rompió a llorar. Fue un llanto violento, como si hubiera recuperado la consciencia de un hecho olvidado. Se derrumbó entre mis brazos en busca de consuelo.

—No te preocupes. Ya pasó lo peor. El Chino ha huido. Lobo regresará pronto y curará bien esas heridas. Enseguida te pondrás bien.

Mis palabras no tuvieron ningún efecto en su estado de ánimo, tampoco sobre el mío.

Seguí acunándolo entre mis brazos. Percibía el calor de su cuerpo y el dolor de su alma. Cerré los ojos y deseé poder aliviar de algún modo el tormento que le acompañaría toda la vida.

Estuvimos abrazados hasta que, de forma abrupta, levantó el rostro. Sonreía.

—Yo lo sabía, siempre lo supe.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que los perros un día vendrían a salvarme.

Mis ojos se humedecieron. El sueño de salvación de aquel chico encadenado y vejado se había hecho realidad.

Entonces lo supe.

Por primera vez en mi vida veía claro lo que tenía que hacer.

Capítulo 33

Para hallar el camino conviene salirse de la vereda.

Me incomodó pensar en Sil. Ahora que marchaba hacia el lugar señalado en el mapa, era él quien acudía a mi mente. Lo había considerado mi familia durante tanto tiempo que me resultaba extraño haber roto el vínculo que nos unía precisamente cuando había una posibilidad de hallar el dinero que él tanto ansiaba.

Había abandonado la casa tras el regreso de Lobo. Al reencontrarnos percibí en su mirada la espesura de un jardín sombrío. No quise preguntar. Por fortuna, la alegría de volver a ver a Capitán disipó sus brumas. Tal y como supuse, insistió en la necesidad de atender las heridas, pero como este se mostró reacio a la intervención de un extraño, él mismo se encargó de coser los cortes más profundos.

Mientras ejercía su labor como médico de campaña, el Hombre de los Perros le narró lo que ya me había contado a mí, incluida la existencia de un segundo individuo que había auxiliado al Chino.

—Eso complica las cosas —fue su escueto comentario. En esos momentos parecía preocuparle más la recuperación de su paciente que cualquier otro asunto.

Al finalizar las curas, le proporcionó unos cojines para que acomodara el cuerpo sin que le tiraran las heridas y me susurró:

—Habrá que suministrarle antibióticos.

Los perros se habían adormilado junto a la cama y no parecían muy dispuestos a moverse de allí. Fui en busca de una palangana con agua y la dejé al alcance de los animales. Después, coloqué una silla junto a la cama y me acomodé en ella.

—Deberías dormir un rato —le susurré al Hombre de los Perros—. En realidad, los dos deberíais descansar —añadí al percatarme del mal aspecto de Lobo.

—Ha sido una noche extraña.

—Muy extraña —susurré sin adentrarme a calibrar si ese calificativo incluía también nuestro arrebato de pasión.

—Voy a echarme un rato.

—Yo me quedaré aquí, junto a Capitán —dije a sabiendas de que mentía, pues tenía otras intenciones.

Le oí coger un botellín de cerveza y echarse en el sofá.

Esperé un rato a que el silencio se extendiera por toda la casa y a que la respiración del Hombre de los Perros pasara a ser relajada y profunda.

Me levanté procurando no hacer ruido.

Antes de salir de la habitación le eché un último vistazo para cerciorarme de que seguía durmiendo.

Di un respingo.

Había abierto los ojos.

Me observaba con la seriedad de un maestro de escuela.

—Enseguida vuelvo —balbuceé rezumando culpabilidad.

—Si vas a salir de esta casa, llévate a uno de mis perros.

Fui a replicar, pero me callé a tiempo. Si alguien merecía que no le mintieran era él.

Hizo una señal a Canelo, que no precisó de más para ponerse en pie y avanzar hacia mí.

Sin autoridad para rebatir su consejo, salí de la habitación custodiada por el animal.

Lobo dormía en el sofá. Me invadió el deseo de tenderme a su lado, de acomodarme junto a él como un gato que busca calor en invierno, pero tenía asuntos que resolver.

El terreno marcado en el mapa no quedaba lejos, pero sí apartado. Su configuración era irregular, como si hubiera sido constituido por los pedazos sobrantes de los que lo circundaban. El tiempo y el abandono lo habían cubierto de vegetación. Ningún camino lo atravesaba. Si alguna vez había existido, había desaparecido, huérfano de pasos. Aquí y allá se levantaban muros de caña verde, matojos y zarzas que llegaban a engullir los contornos de olivos y almendros. Los hinojos, que sobrepasaban los dos metros de altura, reinaban sobre aquel galimatías de especies silvestres. Resultaba poco probable que alguien pasara por aquella zona. Si alguien quería esconder algo, aquel resultaba un buen lugar.

Me adentré en él animada por esa idea, pero mi entusiasmo no tardó en deshincharse. ¿Cómo iba a dar con el lugar exacto? Buscar el dinero en aquella extensión sería peor que buscar una aguja en un pajar.

Canelo trotaba junto a mí, siguiendo el ritmo de mi bicicleta y deteniéndose en alguna ocasión aquí y allá para olfatear el rastro de un topillo o algún conejo. En su búsqueda, parecía tener más suerte que yo.

Me esforcé por encontrar alguna señal, algún indicio, pero todo me resultaba anodino y excepcional al mismo tiempo. Veía una piedra grande o de forma peculiar y me convencía de que escondía un significado. Al instante, descubría un desnivel y me decía que aquel debía ser el lugar. Lo mismo me ocurría si encontraba un tronco seco o con alguna oquedad, pero al introducir la mano no conseguía otra cosa que hojas secas.

Sin embargo, aún era pronto para cejar en mi empeño.

Dejé la bicicleta bajo un algarrobo, cuyas ramas la engulleron en un instante. Tenía el propósito de recorrer el terreno a pie. Quizá de ese

modo advirtiera algún detalle que antes me había pasado por alto.

Canelo se había resignado a seguirme. Echamos a andar sin saber qué estábamos buscando. Me detenía con fervor religioso ante cualquier peculiaridad del terreno o la vegetación hasta convencerme, con el escepticismo del agnóstico, de que allí no había nada que se pudiera interpretar como una señal.

Harta de dar vueltas, me planté con los brazos en jarras y oteé con desaliento el terreno que me rodeaba. No era excesivamente grande, pero lo suficiente como para tener que pasarse media vida cavando.

Era una estúpida, una botarate que se había dejado llevar por un delirio. ¿Qué le queda a uno si no puede fiarse de sus propias ideas?

Enfadada conmigo misma, fui en busca de la bicicleta. Canelo me siguió alicaído, como si intuyera el fracaso. Le agradecí la compañía con unas caricias. El animal achicó los ojos. Me pareció que sonreía, aunque seguramente solo era la forma que adoptaba su hocico al tomar aire. Entendí la pasión de Capitán por aquellos animales. Uno tenía la sensación de ser entendido sin necesidad de dar explicaciones.

—Vámonos, volvamos junto a tu amo.

Acerqué la bicicleta arrastrándola por el manillar. Al montar, algo me arañó la pierna, sin duda alguna zarza oculta tras aquella cortina de follaje.

Eché un vistazo a mi pierna y, a continuación, una maldición.

Era un buen arañazo. Un fino hilo de sangre serpenteaba sobre mi pantorrilla. Me chupé los dedos y froté con mi saliva el rasponazo. Me escocía. Con toda probabilidad me había rozado con el pincho de alguna planta tóxica. No era la primera vez. Conocía la sensación.

El corazón me dio un brinco, como el marinero que entre brumas cree otear el relieve de una montaña.

Aparté las ramas en busca del arbusto que había irritado mi pierna.

Lo que descubrí es que, a veces, la realidad es tan obvia que nos ciega.

Solté una exclamación que se extendió igual que una nube de polvo empujada por el aire.

Canelo torció la cabeza y me observó paciente. Acostumbrado a las excentricidades de su amo, le debía resultar fácil aceptar las mías.

Junto a mis pies, enredado en el pedal de mi bicicleta, descubrí el serpollo de una buganvilla. Sus diminutas flores blancas estaban rodeadas por hojas anaranjadas con trazos azulados.

Cada una de ellas me evocó la belleza de un atardecer sobre el mar.

Solo había visto una variante de esas características cromáticas en mi vida.

No, no podía tratarse de una casualidad.

Capítulo 34

Debemos tomar lo que la vida nos ofrece,
sin pedir permiso ni disculpas.

A menudo adoptamos decisiones sin entrar a valorar si son correctas, simplemente brotan de nuestro interior, como lava contenida. Esa era la razón por la que el Hombre de los Perros y yo, dos desheredados de la fortuna, salimos al despuntar el día hacia el punto señalado en el mapa. Nuestra suerte había cambiado y no íbamos a desaprovecharla.

Escasas horas antes le había hablado de mis averiguaciones. Él había atendido impávido a mi discurso como si nada de lo que aconteciera en este mundo pudiera sorprenderle. Su actitud me envalentonó, así que me decidí a contarle el plan que había empezado a pergeñar.

En esta ocasión también me escuchó paciente.

Cuando hube terminado, hizo algunas consideraciones, pero, a pesar de lo imprudente de mi propuesta, dijo:

—Cuenta conmigo.

Su decisión me desarmó. Había esperado algún reparo, un freno a mi propósito. Al no encontrarlo, fui yo quien dio un paso atrás.

—Aún no estás recuperado, quizá deberíamos esperar.

—Si yo no he tenido tiempo de recuperarme, el Chino tampoco. Ahora es el momento.

Por fortuna, las horas de reposo y las atenciones recibidas habían mejorado su estado.

Al salir de la casa el aire fresco me avivó el ánimo.

Había llovido durante la noche. El aguacero, breve pero intenso, había anegado los caminos. En las irregularidades del terreno abundaban los charcos, que, al enfrentarse a los resucitados rayos de sol, destellaban como espejos fragmentados.

Interpreté la tormenta como una advertencia de los dioses. El verano empezaba a languidecer, pronto sería arrollado por el ímpetu del otoño. Flotaba un vaho melancólico. En pocos días los veraneantes empezarían a desfilar hacia sus ciudades y retomarían sus vidas trazadas a lápiz, borradores de otras vidas deseadas. Atrás dejarían el molde de su ausencia, el eco de la soledad que todos llevamos dentro.

Aunque nos habíamos ido alejando del mar, podía percibir con claridad el aroma a algas y salitre, como si los embistes de las olas me acariciaran la espalda. Tal vez los efluvios no me llegaran de la playa, sino

de las imágenes que iban aflorando en mi mente. Recordaba el día en que los restos de mi padre se enredaron en el salabre. Tenía la impresión de que había transcurrido un siglo desde aquella madrugada, de que aquella chica que había temblado de espanto era otra. Y, en cierto modo, no me equivocaba. El tiempo había estado inactivo durante años, como agua estancada y, de pronto, se había precipitado como un torrente tras el deshielo, transformando por completo el paisaje.

Era consciente del peligro que corríamos, pero esa certeza no me amedrentaba. Me resultaba más tolerable la sensación de vulnerabilidad que la de desamparo con la que había tenido que lidiar la mayor parte de mi vida.

Miré de reojo a mi compañero. Mantenía una expresión entre ausente y concentrada, como la de los niños cuando se sumergen en su reino invisible. Junto a él me sentía salvaguardada. Nada de lo que pudiera ocurrirme resultaría tan malo si a mi lado tenía a alguien dispuesto a hacer cualquier cosa por protegerme.

Avanzábamos decididos, con las herramientas cargadas al hombro y sin intercambiar palabra, como si estas pudieran entorpecer nuestro propósito.

Capitán había insistido en que los perros no nos acompañaran. Es mejor que se queden en la casa, había dicho. Merecen un descanso. Me encogí de hombros. Hubiera preferido la compañía de los animales, al menos la de Canelo, pero no era a mí a quien correspondía decidirlo.

Nos envolvía un silencio espeso, acribillado por el crepitar de los insectos y el crujido de nuestros pasos. Íbamos alerta, atentos a cualquier disonancia.

Al fin llegamos al terreno que yo ya había recorrido. Sorteando la vegetación, nos dirigimos hacia el algarrobo junto al que se había desarrollado la buganvilla. Los tallos de los hinojos, aún húmedos por la tormenta, estaban cubiertos de pequeños caracoles blancos, como abalorios engarzados. Los matojos nos arañaban los tobillos y las zarzas se nos enganchaban a la ropa, como amantes deseosos de un abrazo furtivo.

Cuando llegamos al punto indicado, descargamos las herramientas y, ocultos bajo el tupido cortinaje de las ramas del algarrobo, nos pusimos manos a la obra.

—¿Preparada?

—Puedo hacerlo yo sola —dije, pensando que aquel trabajo podía ser demasiado duro en las circunstancias en las que se encontraba mi compañero.

—Yo también puedo hacerlo solo —me retó con una sonrisa.

—Lo mejor es que lo hagamos entre los dos.

Asintió y asestó el primer golpe.

Cavamos a buen ritmo, alternando nuestras embestidas con breves

pausas para recuperar el resuello.

La lluvia había ablandado la tierra y esta se removía con facilidad; aun así, cuando avivaba sus movimientos, temí hallar en mi compañero algún signo de dolor, pero no fue así. Tuve la impresión de que se había propuesto ignorarlo, al menos mientras durara nuestra aventura.

No había transcurrido mucho tiempo cuando advertimos que alguien se acercaba.

Intercambiamos una mirada.

El Hombre de los Perros tensó los puños alrededor del mango de la pala.

Nuestros cuerpos estaban ocultos. Lo mismo ocurría con el intruso que se acercaba, del que solo entreví, al adelantar el paso, un pie.

—Mierda —mascullé.

Acababa de identificar los zuecos de Sil.

—Quietos. Os estoy apuntando con un arma —bramó.

—Tendrás que afinar el tiro, apenas puedes vernos —le retó el Hombre de los Perros.

—Os distingo lo suficiente como para destrozaros los tobillos. Tirad las herramientas. Quiero verlas en el suelo.

Obedecimos resignados.

—Ni se os ocurra hacer algún movimiento extraño.

—No deberías estar aquí —le grité mientras, dibujando un semicírculo, se aproximaba a nosotros.

Su figura se hizo visible.

—Mejor harías en largarte —le espetó el Hombre de los Perros.

—Vaya, habló el resucitado. Así que el Chino no acabó contigo.

—No.

—Y yo que pensaba que eras tonto.

—Si fuera tonto no iría por delante de ti.

Las pupilas de Sil se convirtieron en dos estiletes que cambiaron de dirección y me apuntaron a mí.

—¿Cuándo descubriste dónde estaba el dinero?

Lo conocía bien. En esos momentos bullía por dentro.

—No lo he sabido hasta hace muy poco.

—El hallazgo ha tenido que obnubilarte, porque olvidaste compartirlo con quien debías.

—Hago lo que considero que debo hacer.

—No es lo que hubiera hecho tu padre.

—A mi padre no le hubiera gustado repartir el botín con un asesino.

—¿Cómo has averiguado que estábamos aquí? —cortó mi compañero. Que nos apuntara un arma parecía contrariarle más que amedrentarle.

Sil le miró de soslayo, sin disimular su desprecio.

Ignorándolo como interlocutor, siguió hablándome a mí.

—Sospechaba que algo ocurría. Te largaste de la cantina y te juntaste con este. He estado vigilando tus movimientos. Nunca te subestimé, Laura, pero ahora creo que te has pasado de lista.

Izó el brazo con el que sujetaba el arma y apuntó a mi cabeza.

Ese simple movimiento rasgó el lienzo que durante tanto tiempo nos había reunido en el mismo paisaje. Él quedó de un lado y yo del otro.

—¿Vas a dispararme?

—Espero que no sea necesario.

—No sería la primera mujer indefensa a la que ejecutas.

Las oscuras pupilas de Sil me engulleron. Sentí que me arrastraban al interior de una gruta inhóspita.

Junto a mí, el Hombre de los Perros se tensó como un arco a punto de soltar la flecha.

—Seguid con lo que estabais haciendo —masculló Sil.

Nos convenía acatar sus órdenes, así que obedecimos.

—La verdad es que vuestra idea es buena. Al dividir siempre se pierde. Ahora seré yo quien la ponga en práctica. Ni siquiera voy a tener que ensuciarme las manos.

—Es curioso que eso te importe. No has sido tan escrupuloso cuando has tenido que manchártelas de sangre. ¿Qué vas a hacer cuando acabemos?, ¿matarnos?, ¿a Lobo también?

—¿Sabe Lobo lo que estáis haciendo?

Mis labios se abrieron para responder, pero se crisparon antes de pronunciar palabra.

Una zarpa, aparecida de entre la espesura del follaje, agarró a Sil por el cuello. Este, sin opción a reaccionar, no pudo evitar que le arrebataran el arma y le asestaran con ella un golpe en la cabeza.

Sus rodillas se doblaron y cayó de bruces contra el suelo.

—Maldito idiota —masculló el Hombre de los Perros.

La pistola de Sil volvió a apuntarnos. Pero era otro quien la empuñaba.

La mano armada avanzó hacia nosotros, esquivando con habilidad la espesura que le entorpecía el paso.

Fue entonces cuando la siniestra sonrisa del Chino inundó el espacio.

Las piernas empezaron a flaquearme.

—O sois un par de valientes o un par de idiotas.

—Tal vez seamos una fatídica combinación de las dos cosas —respondí esforzándome por que no me temblara la voz.

El Hombre de los Perros se mantenía impertérrito, como una estatua.

El Chino dio unos pasos hacia nosotros. En su avance, dio un puntapié al cuerpo desmadejado de Sil.

Sin dejar de apuntarnos, extrajo un cuchillo de la banda que ceñía su blusa.

Tal vez habíamos sido demasiados temerarios, pero era tarde para

arrepentirse, ahora tocaba afrontar las consecuencias.

Nadie se movió. Calibrábamos la fuerza del rival.

Me di cuenta entonces de que el Chino necesitaba ese momento de inacción para recuperarse del esfuerzo realizado para desarmar y tumbar a Sil. Las heridas consecuencia de su enfrentamiento con el Hombre de los Perros le pasaban factura. Lo certificaba su respiración entrecortada y jadeante.

De pronto, gritó:

—Acercaos.

¿Acercarnos? Estábamos ya muy cerca. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no era con nosotros con quien hablaba.

El crepitar de unos pasos confirmó mi sospecha.

El Chino no había venido solo.

Lancé una mirada de alarma al Hombre de los Perros, pero este parecía haberse olvidado de mi existencia.

Un desconocido avanzó hacia nosotros. Su presencia constituía una realidad física y concreta y, sin embargo, le rodeaba un aura fantasmal. Su complexión era mediana, su piel brillante y su pelo canoso. Iba perfectamente peinado, sin un pelo fuera de sitio. Vestía un traje oscuro, impoluto, y una camisa blanca, igualmente inmaculada. No podía ver sus zapatos, pero estaba segura de que estos relucirían bajo el sol. La estampa, en medio de aquel paraje polvoriento, resultaba irreal.

No tuve ninguna duda de que aquel hombre era JM.

Había algo en aquel individuo que infundía terror, como si una partícula negra se hubiera infiltrado en el engranaje de su humanidad, alterando por completo su desarrollo.

A diferencia del Chino, que actuaba bajo el mandato de un instinto salvaje, el recién llegado irradiaba una maldad perversa, el tipo de malignidad que ha podido explayarse durante años sin cortapisas, aquella que despliega la gente acostumbrada a ejercer el poder, a comprar y vender lo que se le antoja, a borrar del mapa lo que le molesta, a pisar sin dar la cara y a escupir sobre el dolor de los otros.

La fascinación de su presencia hizo que no me percatara de que otro hombre se había ido acercando desde el lado opuesto.

Lo contemplé atónita, incapaz de asimilar lo que veían mis ojos.

Durante unos segundos pataleé en el desconcierto.

Después, exclamé:

—Antonio.

Capítulo 35

Hay maderas que no arden y personas que no sienten.

La presencia de Antonio en aquel lugar no tenía sentido, no podía ser real.

—Hola, Laura. ¿Sorprendida?

Mis pulmones se habían convertido en dos bloques de hielo.

—¿Qué tienes que ver tú con esto?

—Adivínalo.

Dejé pasar unos segundos en los que me esforcé por rebatir lo evidente, pero sabía que por mucho que esquivara la respuesta, esta no iba a cambiar. La verdad me restallaba por dentro.

—Tú eres el hombre que estaba en la barca, el que socorrió al Chino en su huida.

Sonrió satisfecho, como un maestro ante una alumna aplicada.

—Todo este tiempo has trabajado para él —balbucí.

—En realidad, para JM.

—Me engañaste, simulaste ser mi amigo. —Me temblaba la voz. Había podido ocultar el miedo que me infundía el Chino, pero era incapaz de disimular el dolor que me provocaba su juego.

—No fue así, al menos no desde el principio. Cuando te conocí no sabía quién eras. Nuestra amistad fue fortuita. Lo que te conté de mí es cierto. Soy contable y paso los veranos en este pueblo desde hace años. En nada de eso te mentí. Lo que sí hice fue ocultarte parte de la historia. No soy un contable convencional. Mi principal talento consiste en transformar el dinero sucio en billetes respetables, de esos que uno deja en el cepillo de la iglesia sin que le tiemble la mano. No elegí este lugar para veranear por casualidad. JM me lo propuso. Disfrutaría de unas vacaciones subvencionadas a cambio de estar atento.

El aludido avanzó unos pasos. Al hacerlo, su barbilla apuntó ligeramente hacia arriba. Los hombros, en cambio, se encorvaron hacia el suelo. Imaginé que su orgullo habitaba en la primera, la conciencia en los segundos.

—Siempre sospeché que mi dinero podía estar aquí. —La voz de aquel hombre era profunda y tenebrosa, como si hablara desde los abismos del infierno.

Hizo un gesto con la cabeza y el Chino le entregó a Antonio la pistola que había arrebatado a Sil.

Con el arma apuntándome, mi falso amigo prosiguió:

—He de reconocer que a lo largo de este tiempo he sufrido algún que otro contratiempo. Una noche, husmeando en la casa donde vivió tu padre, tuve un encuentro con un tipo que también andaba fisgoneando. Por fortuna, pude asestarle un navajazo que me permitió escabullirme sin que descubriera mi rostro. La cuestión es que yo sí pude ver el suyo.

La frialdad con que Antonio narraba los hechos produjo en mis entrañas el mismo efecto que un ácido corrosivo. Sus facciones, tan familiares para mí, se habían transformado en una masa amorfa, sin identidad.

—Pasó mucho tiempo sin que pudiera conseguir nada. Incluso había perdido la esperanza de que mi estancia aquí pudiera reportar algún resultado, hasta que me tendiste un hilo del que empezar a tirar.

—Yo jamás te desvelé nada que estuviera relacionado con este asunto.

—Sí lo hiciste, aunque no fueras consciente de ello. Un día te vi en la terraza de la mansión en la que había vivido Austregesilio bailando en actitud acaramelada con el tipo al que había marcado con mi navaja la noche que acabo de contarte. No me costó averiguar que ese individuo se apellidaba Lobo, igual que el que había sido socio de Austregesilio. Podía tratarse de una casualidad, pero estoy acostumbrado a trabajar con números y sé que cualquier realidad responde a una fórmula matemática. No hay azar.

—Pero cómo descubriste que yo…

No me dejó concluir la frase. Se notaba que le gustaba alardear de sus descubrimientos delante de JM y del Chino.

—Poco después me contaste que tu padre te había abandonado y que tu madre había muerto en trágicas circunstancias. Recordé haber oído que la sirvienta de Austregesilio se había arrojado a las vías del tren y me pareció oportuno mantener una charla con Encarna, una persona a la que adornan numerosas virtudes excepto la de la discreción. Me contó que tu madre había trabajado en la residencia de Austregesilio. De nuevo otra casualidad. Puede que las novelas avivaran mi imaginación, el caso es que me planteé la posibilidad de que entre ellos hubiera existido algo y que de esa unión hubiera nacido una niña, una niña que bien podías ser tú. Es decir, la inocente chica que había conocido en la playa podía ser nada más y nada menos que la heredera del tipo que se llevó el dinero. Pensar es como ir cuesta abajo, a la cabeza le cuesta parar. Si alguien conocía el paradero de esa fortuna, esa persona eras tú. Quizá me aventuré, pero mi razonamiento me pareció lo suficientemente sólido como para advertir a JM. Después de tanto tiempo había dado con algo que podía tener sentido. Lástima que la visita que te hizo el Chino para sonsacarte no resultara fructífera.

Dentro de su inmovilidad, percibí la tensión de una crispación en el Hombre de los Perros. Temí que Antonio lo advirtiera y se desatara un

desastre. Por fortuna, este se limitó a seguir su discurso.

—Desde entonces te hemos estado vigilando. La panorámica que ofrece la Torre del Arzobispo es vastísima, sobre todo si se usan unos buenos prismáticos. Gracias a ellos hemos podido avistarte y localizarte. Debo decirte que no habéis sido muy discretos. Supongo que el afán por haceros con el dinero os ha vuelto temerarios.

—Basta ya de charla —interrumpió el Chino. La impaciencia hizo que su voz sonara más chirriante—. Continuad cavando si no queréis que os saque las tripas.

—A mi socio le pierden los modales, pero tiene razón —susurró JM—. Acabemos con este asunto cuanto antes.

Obedecimos. Nuestras posibilidades de revertir la situación eran escasas.

Trabajamos en silencio bajo el acecho de nuestros enemigos hasta que un gruñido llamó nuestra atención.

Sil había recuperado la conciencia y se removía en el suelo como si regresara de un mal sueño.

Tras un par de intentos fallidos, logró erguir el torso y ponerse de rodillas. Aún no se había desprendido del aturdimiento cuando sus ojos toparon con los del Chino.

—Me alegro de que vuelvas a estar entre nosotros —le dijo este con sádica satisfacción.

Deslizó una mirada extraviada tratando de ubicarse.

—¿Quién es este? —preguntó señalando con la barbilla a Antonio.

—No es a ti a quien corresponde hacer preguntas —atajó el Chino—. Desde el principio sospeché que estabas metido en esto. JM no te creía tan listo como para urdir un plan de esta magnitud, yo, en cambio, siempre pensé que eras lo suficientemente idiota como para traicionarnos. Si fuera por mí, te despellejaría ahora mismo, pero antes de que eso ocurra JM desea tener una charla contigo.

Fue entonces cuando Sil se dio cuenta de que su antiguo jefe estaba detrás de él.

—Cuánto tiempo sin vernos —masculló.

Sil se incorporó despacio.

—No el suficiente.

—Te veo desmejorado. No te ha sentado bien dejar de trabajar para mí. Aquella fue una mala decisión, pero por lo visto, no la peor. Te vas a arrepentir de lo que me hiciste. Tenías mi confianza y la traicionaste.

Hablaba con las mandíbulas tensas, el labio inferior adelantado, conteniendo una furia que su impostada templanza no lograba disimular.

—No me hagas reír. Tú nunca has confiado en nadie, entre otras cosas porque serías capaz de robar a tu propia madre, suponiendo que no lo hayas hecho ya.

El Chino hizo el amago de propinarle un nuevo golpe, pero JM le

detuvo.

—No perdamos de vista nuestro objetivo. Lo importante es que el dinero que tanto trabajo me costó ganar va a volver a mis manos.

—¿Que te costó trabajo? Tú y yo sabemos que el dinero que hay ahí debajo lo ganaste traficando, robando y asesinando.

—He dejado unos cuantos cadáveres en el camino, lo reconozco, pero al fin y al cabo todos nacemos y morimos. No he alterado el orden natural de las cosas.

—Eres tan repugnante como te recordaba.

—¿Los años te han vuelto escrupuloso? Cuando trabajabas para mí nada de eso te parecía mal. Participaste en ello.

—Quien daba las órdenes eras tú. En cualquier caso, yo sé quién soy y no pretendo ser otra cosa. Tú, en cambio, te crees por encima del bien y del mal.

—Y es que lo estoy. Cada día vuelo más alto. El JM que tú conociste quedó atrás.

—¿Me estás diciendo que te has convertido en un hombre honrado?

—Respetable, que es distinto. La integridad es poco rentable. Los negocios ilegales siempre han sido los más lucrativos. No soy tan idiota como para abandonarlos. El tráfico de drogas sigue siendo mi principal fuente de ingresos, pero ahora me codeo con gente importante, con los directivos y financieros que van a tomar el relevo en este país.

—Yo sigo viendo al mismo rufián avaricioso de siempre.

—Y yo veo al desgraciado al que voy a despellejar. Tú y la estrafalaria panda que te acompaña vais a pagar caro lo que hicisteis.

Un rayo de luz incidió sobre su mejilla. El efecto fue el mismo que encender una vela en un cuarto oscuro, revelar la oscuridad que lo envolvía.

—Deja que me ponga manos a la obra —dijo susurrante el Chino mientras garabateaba el aire con el filo de su cuchillo.

—Todo a su tiempo. Primero los negocios, luego el placer.

—Cavad con más energía —nos apremió Antonio, que nos apuntaba con el arma con la desidia de quien estampa sellos.

La situación se me antojaba grotesca.

Me costaba mantener el temple. El Hombre de los Perros, en cambio, ejercía su labor de manera disciplinada, como si se sintiera a gusto cumpliendo las órdenes recibidas.

El asiático se acercó y me acarició el cuello con la navaja:

—Cuando hayáis terminado os voy a enterrar en este mismo agujero.

Mi cuerpo sufrió una sacudida. Volver a tener a aquel hombre cerca me hacía sentir como un animalillo en las fauces de un implacable depredador.

El Hombre de los Perros avivó su ritmo de trabajo. Busqué su mirada, pero él siguió concentrado en su tarea. Me pregunté si no se habría extraviado en uno de sus recónditos laberintos interiores.

—Y tú vas a ser la primera que voy a meter dentro —continuó susurrándome al oído aquel salvaje.

El corazón se me aceleró de tal modo que empecé a confundir su bombeo con el eco ahogado de mi piqueta al hundirse en la tierra. Estaba tan alterada que me pareció percibir en medio de ese compás una vibración metálica.

El sonido volvió a repetirse cuando Capitán clavó su pala.

La resonancia resultó, en esta ocasión, más seca y contundente.

El Hombre de los Perros tensó la espalda. Los demás contuvimos el aliento.

El eco metálico era real, tan real como el choque de la herramienta contra una superficie férrea.

Lo que habíamos estado esperando nos resultó, paradójicamente, sorpresivo.

Un soplo de aire meció la vegetación. Aspiré el perfume anisado que desprendían los hinojos. Salvador me había contado que en la antigua Grecia se relacionaba a esta planta con el éxito. Pensé que su fragancia nos envolvía en el momento más oportuno.

Entre la tierra removida asomaba una plancha oxidada.

Sil se precipitó sobre ella ansioso por despejarla.

Lo último que vi, antes de que el Chino le propinara una patada en plena cara, fue el brillo codicioso de sus ojos.

Cuando levantó el rostro, de su nariz brotaba un chorro de sangre y de sus ojos un raudal de odio.

Antonio, que se había arrimado para cerciorarse de que al fin habíamos dado con lo que buscábamos, amartilló la pistola y ordenó:

—Sacadlo.

JM se aproximó revestido de solemnidad. Sin duda había fantaseado durante años con ese momento.

Capitán y yo tuvimos que trabajar un buen rato antes de poder desencajar el arcón.

—Es más grande de lo que imaginaba —musitó Antonio.

—No tienes ni idea del espacio que ocupa la indecencia —bromeó JM. Su voz había adquirido una tonalidad jovial. La cercanía del dinero le revitalizaba como la sangre a un vampiro.

El tiempo se acortaba. En cuanto sacáramos el arca, nosotros íbamos a ocupar su lugar.

Mis ojos reclamaron una y otra vez la atención del Hombre de los Perros, que seguía ignorándome.

—Sacadlo, rápido —bramó el Chino.

Maniobramos como pudimos. Pesaba. El Chino, comido por la impaciencia, me apartó de un empujón y me sustituyó.

Quedé junto a Sil, que intentaba controlar el sangrado de su nariz con el faldón de la camisa.

Cuando el arcón quedó visible se hizo un silencio fervoroso.

—Si hubieras sido un poco más listo te hubieras hecho rico junto a mí —le reprochó JM a su viejo colaborador—. Ahora, en cambio, vas a morir como un perro. Te pusiste melindroso cuando empecé a traficar con drogas. Creía que tenías buen olfato para los negocios, pero me equivoqué. Y no pretendas hacerme creer que lo hiciste por principios. Tus principios tienen la fiabilidad de una viga carcomida. Te arrugaste como un cobarde.

Al asiático se le escapó una risita aguda que Antonio secundó.

El hombre culto y afable que yo había conocido se revelaba como un auténtico miserable.

JM posó una mano sobre el hombro de Sil y con tono paternalista añadió:

—No debiste ser tan remilgado, la droga es como cualquier otra mercancía. Obedece a la simple ley de la oferta y la demanda. La única diferencia es que los porcentajes de ganancia son muy superiores.

Se sacudió unas motas de polvo invisibles de su traje impoluto y con una voz cargada de autoridad ordenó al Chino:

—Ábrelo.

El asiático devolvió el cuchillo al cinto y se agachó ante el baúl igual que si fuera a rendirle culto a una deidad pagana.

Dos rudimentarios pestillos aseguraban el cierre.

Tiró del primero, que corrió sin apenas dificultad.

Sus dedos se posaron sobre el segundo. Fue entonces cuando capté un destello en los ojos del Hombre de los Perros.

Mientras todos seguían atentos los movimientos del Chino, había recuperado la pala que había abandonado al extraer el arcón.

Contuve la respiración y eché un fugaz vistazo a Antonio. Desconocía sus habilidades como tirador. Esperaba que en su ordenada vida de contable no hubiera tenido tiempo para adiestrarse en esa disciplina.

El segundo pasador se deslizó quejumbroso.

Aproveché la creciente expectación para, al igual que había hecho mi compañero, recuperar mi herramienta.

Creí que solo los ojos de Sil habían captado mi propósito. Comprendí que no había sido así cuando el Chino me agarró de un tobillo y me hizo caer al suelo.

En un instante me vi reducida y con la piqueta que había intentado recuperar descansando en mi pecho.

El rostro de Antonio se asomó sobre mi cuerpo caído. Me observó con fingida conmiseración.

—No te auguro una larga vida —musitó.

Sentí ganas de vomitar.

—Creo que ha llegado el momento de rendir cuentas —susurró el Chino con la respiración agitada.

Cerré los ojos y, aunque sabía que no era posible, recé por que el Hombre de los Perros se abalanzara sobre mi enemigo y revertiera la situación igual que lo había hecho en la anterior ocasión.

Lo deseé con todas mis fuerzas, pero no ocurrió.

Sucedió algo muy distinto.

Una voz dijo:

—Yo también creo que ha llegado el momento de rendir cuentas.

Conocía esa voz, la conocía muy bien.

Abrí los ojos y me sorprendió la expresión estupefacta que había demudado el rostro de mi atacante. La crueldad se había retirado, dejando al descubierto la vacuidad y estupidez que la sustentaba.

Todos a mi alrededor habían dirigido la atención hacia JM.

Aproveché aquellos segundos de desconcierto para escurrirme de la amenaza de la piqueta.

JM presentaba una rigidez antinatural. Su piel se había transformado en un pergamino reseco y amarillento como si sobre ella hubiera caído el peso de cien años. El hombre altanero y elegante se había evaporado, dejando en su lugar a un individuo desorientado.

La causa de esa transformación se encontraba detrás de él.

Un tipo le tenía encañonado. El tipo le obligó a alzar los brazos. También ordenó a sus secuaces que no intentaran nada o, de lo contrario, apretaría el gatillo.

Ese hombre era Álex Lobo.

—Has tardado mucho —le recriminó Capitán mientras proyectaba la pala contra el antebrazo de Antonio, forzándolo a soltar el arma.

Sil se apresuró a recuperarla ganándole la baza al Chino, quien, a pesar de la advertencia de Lobo, intentó hacerse con ella.

Mientras todo eso ocurría, el Hombre de los Perros me agarró del brazo y me lanzó hacia un lado para alejarme de la escena.

Fue en ese momento cuando un disparo atravesó el aire.

La pistola que Sil había recuperado vibraba en su mano como un animal rabioso. Seguí la dirección del cañón. Vi al Hombre de los Perros inclinarse hacia delante, contraído de dolor.

Una llamarada de angustia me abrasó por dentro. ¿Había sido capaz de dispararle?, ¿es que era incapaz de estar en un bando que no fuera el suyo propio?

Sil lanzó el arma al suelo. Unas gotas de sudor resbalaron por su frente. La sangre, que ya había empezado a secarse sobre su piel, le daba un aspecto feroz.

Fui a abalanzarme sobre él, pero algo me detuvo.

El Chino, tambaleante, se acababa de llevar las manos al pecho. Una mancha roja se extendía por sus ropas. El Hombre de los Perros, en cambio, se recostó en el tronco del algarrobo y examinó uno de los cortes que le había cosido Lobo. Se le había abierto al tirar de mí. Ese había sido

el motivo de su crispación.

No pude contener una exclamación mezcla de alivio y horror.

Sil agarró al Chino por el pelo. Este apenas podía sostenerse en pie. Lo mantuvo sujeto unos segundos, viendo cómo sus ojos se esforzaban por seguir abiertos, en contacto con la vida.

—Al final, el que va a acabar en el hoyo no voy a ser yo —le escupió antes de soltarlo y ver cómo se desplomaba en el vacío que había dejado el arcón.

Antonio, desarmado y sin nadie que le protegiera, había adquirido una dimensión insignificante, como si en verdad se tratara de un apocado contable que se hubiera visto envuelto en una reyerta callejera. Era un buen lector de historias y sabía que la suya había llegado al final.

—Vaya reunión de amigos habéis organizado. No esperaba tener que lidiar con tanta gente —protestó Lobo.

No le faltaba razón. Las cosas no habían salido tal y como las había previsto. El plan que le había expuesto al Hombre de los Perros, y que luego ambos le habíamos trasladado a Lobo, había valorado la posibilidad de que el Chino acudiera con su cómplice, pero no había imaginado la presencia de JM, y mucho menos la de Sil.

La idea había surgido en mi cabeza como un estallido.

Al descubrir dónde estaba el dinero, me di cuenta de que debía aprovechar la ocasión para acabar con la sempiterna amenaza del Chino. Y solo había una forma de conseguirlo: convirtiéndonos en cebo.

No hacía falta ser un lince para sospechar que nos estaría acechando, así que esa era la mejor forma de atraerlo. La intervención de Lobo, en el momento oportuno, podía librarnos de su asedio para siempre.

Era consciente de que el plan entrañaba un gran riesgo, pero se trataba de una situación desesperada. El Hombre de los Perros y yo habíamos estado a punto de perder la vida. No se puede huir indefinidamente. En algún momento es preciso volverse y pelear.

—¿Por qué has tardado tanto? —volvió a recriminarle Capitán.

—Porque lo que estaba escuchando resultaba muy interesante. JM ha hecho una confesión en toda regla.

—¿Una confesión? —bramó el aludido—, ¿delante de quién?, ¿de una panda de ladrones?, ¿de un delincuente como tú?

—No soy un tipo muy recomendable, en eso tiene razón.

—A los tipos como tú puedo comprarlos con la calderilla que llevo en el bolsillo.

JM había recobrado el aplomo. Sabía que el dinero podía conseguirlo casi todo.

—Creo que necesitará algo más que eso.

—Estoy convencido de que podremos llegar a un acuerdo. Tengo entendido que tu padre acabó sus días en la cárcel. Tú podrías acabar mucho mejor. Solo tienes que saber elegir la opción correcta.

—Nunca he sido muy listo.

—Siempre se puede aprender.

—Eso es verdad. Soy el hijo de un ladrón. El mejor amigo de mi padre también lo era. Y de ellos aprendí los mejores trucos del oficio. Aprendí tanto que decidí sacar el máximo provecho profesional a mis conocimientos.

JM le lanzó una sonrisa desdeñosa.

—¿Te dedicas a robarles el bolso a las ancianas?

—No, soy policía. Un buen policía.

—¿Policía? —exclamé sin creer lo que oía—. ¿Lo sabías? —le susurré al Hombre de los Perros.

Por primera vez desde que lo conocía me desvió la mirada.

—¿El hijo de Alfredo convertido en poli? —ladró Sil más indignado que sorprendido.

—No perdamos ahora el tiempo con eso —protestó Lobo mientras esposaba a JM—. Queda usted detenido. Hace tiempo que le íbamos detrás. Es usted escurridizo, pero en los últimos minutos he oído lo suficiente como para meterlo entre rejas.

Dirigiéndose a Antonio, añadió:

—Su relato también me ha interesado mucho. Sobre todo, la parte en que recordaba nuestro encuentro en la casa de Austregesilio.

—Sil también ha confesado delitos —replicó JM como un niño rabioso.

—Yo solo le he escuchado hablar de su pasado, ¿quién no tiene un pasado? El mío no es precisamente inmaculado. En todo caso, no ha revelado nada de lo que pueda inculpársele en la actualidad.

—Maldita sea. Acaba de matar a un hombre.

Lobo avanzó unos pasos, obligando a su vez a caminar a JM.

Echó un vistazo dentro del hoyo.

Observó el cuerpo del Chino, que ahora parecía el de un niño disfrazado de bandido. Luego fijó la mirada en el arma que yacía a unos pasos.

—La última vez que vi esa pistola estaba en manos de Antonio, me temo que tendrá que vérselas con la justicia por eso también.

Antonio, que se había quedado lívido, fue incapaz de replicar.

Tampoco lo hizo JM. Su furia había dado paso a un apesadumbrado silencio, posiblemente porque ya se había dado cuenta de que había dejado de ser la araña para convertirse en la mosca.

—Ahora que ya estamos todos y que se han aclarado unos cuantos asuntos, quizá sea el momento de continuar con lo que estabais haciendo.

Clavamos la mirada en el arcón.

Seguía ahí, inmóvil, hierático, como una salamanquesa gigante.

—Ábrelo tú —me indicó Lobo.

Me acerqué despacio. Aquel baúl de aspecto oxidado era el único

vínculo que me unía a mi padre. Él lo había escondido y, años después, yo iba a descubrirlo. Se me antojó un acto solemne, como una comunión entre padre e hija.

Hinqué las rodillas en el suelo y retiré la cubierta. Resultó ser más ligera de lo que había imaginado.

La expectación de los que me rodeaban era tan grande que podía percibirla como un zumbido eléctrico.

Un trozo de arpillera, cuidadosamente extendida, cubría el contenido.

Lo retiré.

Una exclamación unánime flotó en al aire.

No era posible.

El baúl estaba lleno, muy lleno.

Pero en él no había ni un solo billete.

Solo piedras y hojarasca.

Escruté al Hombre de los Perros. Este clavó su gélida mirada sobre Lobo y Lobo me miró a mí. Sil nos observó a los tres, cerrando un círculo de sospecha y confusión.

Capítulo 36

La vida es lo que hacemos, lo demás es relato.

Aquel día empecé a escribir.

Anoté uno tras otro pensamientos y reflexiones que nacían de una pulsación interior hasta entonces desconocida.

Fue una actividad convulsa, desordenada, excitante, caótica.

Durante horas emborroné el reverso de recibos y comprobantes de compra, como si mi labor, absurda y clandestina, no mereciera un papel impoluto.

No tenía sentido, pero escribir me hizo bien, igual que nos hace bien reír o llorar.

Cuando al fin me hube desprendido de las palabras que me bullían por dentro, llené los pulmones y expulsé el aire despacio, sin ninguna angustia que me apremiara.

La atmósfera estaba limpia. La luz vespertina rescataba serenos matices del trozo de jardín que asomaba por el ventanal de la cocina. La cadencia del tiempo se había aplacado, como si una mano experta hubiera dado un tirón a las riendas.

Fui al que se había convertido en mi cuarto y puse un disco de Cat Stevens. Lobo prefería que cogiera sus discos a que pusiera los míos.

Entrecerré los ojos, me concentré en la música y aspiré el aroma de la casa. Sentí que no existía nada que no pudiera postergarse para mañana.

Y, sin embargo, tenía importantes asuntos que resolver.

El Hombre de los Perros se había sentado a la mesa de la cocina y tomaba a pequeños sorbos un vaso de leche.

Me sorprendió que, a pesar de las largas horas de sueño que había disfrutado, el cansancio latiera aún en la languidez de sus facciones y la laxitud de su cuerpo. Era la primera vez, desde que había reclamado su ayuda, que mostraba signos de flaqueza.

Los perros, que se habían acomodado en los puntos más frescos de la estancia, se adivinaban igual de exhaustos.

Horas antes había curado las heridas y revisado los vendajes de mi compañero. Durante ese tiempo se había mostrado ausente, perdido en ese universo particular que lo aislaba del mundo.

Saqué un cigarrillo de una cajetilla agujerada que descansaba sobre la encimera. Le pasé uno y fui a por una caja de cerillas. Tuve que hacer

media docena de intentos antes de que un fósforo prendiera.

—Es por la humedad —masculló con el cigarrillo entre los labios.

Me alegró escuchar su voz.

Había respetado su silencio antes de que Lobo se marchara para realizar los trámites pertinentes tras la detención, también lo había hecho después, cuando decidió acostarse para recuperarse, pero ahora, no veía excusa para su mudez. Por otra parte, ya habían transcurrido muchas horas desde su partida y Lobo podía aparecer en cualquier momento. Si queríamos charlar a solas, no convenía postergar la conversación.

Encendí el cigarrillo y le espeté:

—Solo lo sabías tú.

Clavó sus ojos en mí y esbozó una media sonrisa.

—¿El qué?

—Ya sabes de qué te estoy hablando.

Escrutó mi rostro. La sonrisa se esfumó. Parecía desconcertado.

—¿Desconfías de mí?

—Tú eres la última persona de la que desconfiaría.

—Me alegra saberlo.

—Y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

—El dinero no estaba donde debía estar.

—Quieres decir que no estaba dentro del arcón.

—Eso exactamente quiero decir. —Hice una pausa en la que traté de ordenar mis pensamientos—. He estado dando vueltas a una cosa.

—¿A qué?

—Cuando estuvimos cavando, la tierra se desprendía con facilidad, no estaba apelmazada.

—Sería por la lluvia, el agua ablanda la tierra.

Me dedicó una sonrisa traviesa.

—En las capas más superficiales puede, pero no en las más profundas. También observé que la arpillera que cubría el contenido estaba húmeda, como si la hubiera mojado la lluvia.

Esta vez rio abiertamente.

—Puede que así fuera.

Canelo gruñó entre sueños y agitó las patas traseras, impulsando su cuerpo en una carrera fantasma.

—Creo que me debes una explicación.

Capitán miró a un lado y a otro, aunque sabía que estábamos solos. Se levantó y con paso cansino fue hacia mi alcoba. El *long play* acababa de arrancar con una nueva canción que él interrumpió.

Al regresar, tenía el ceño fruncido y una mueca de disgusto en los labios.

—Prefiero hablar sin coros.

Volvió a sentarse, agregó tres cucharadas colmadas de azúcar a la leche,

la revolvió y se tomó de un trago lo que quedaba de ella.

Sentí el dulzor raspar mi garganta.

—Cuando me contaste que la manta era un mapa y me expusiste tu plan para acorralar al Chino, me pareció bien, pero demasiado arriesgado. El asunto podía acabar mal, nosotros muertos y ellos con lo que buscaban. Le di vueltas. A lo mejor no estaba en mi mano evitar que las cosas se torcieran, pero sí que esos tipos se quedaran con todo. La solución me pareció sencilla: ir yo primero a por el dinero. Cuando Lobo y tú caísteis dormidos, Canelo y yo salimos. Conozco muy bien estos campos y sé orientarme. Fui cuidadoso. Di un rodeo y me moví entre las sombras. No tuve problema para hacerme con una pala y una carretilla. Sé en qué cabañas los labradores guardan herramientas. Después desenterré el arcón, saqué el dinero, lo rellené con algo de peso y cubrí la mezcla con los restos de un saco. Eso sí, no pude evitar que se mojara.

Soltó una risita rellena de reminiscencias infantiles.

—Pero cómo pudiste hacerlo. Estabas herido. Y ni siquiera me pareciste fatigado unas horas después.

—Yo decido cuándo estoy cansado. Ahora lo estoy, porque puedo estarlo. El trabajo ya está hecho.

Interrumpió sus palabras y su expresión cambió, como si se hubiera enojado consigo mismo.

Tras la inesperada pausa, añadió:

—Había tres razones por las que convenía adelantarse. La primera ya te la he dicho. Evitar que se quedaran con el dinero si el plan se torcía.

—¿Cuál era la segunda?

—Quería que JM y sus hombres dieran el dinero por perdido, que al ver que tampoco estaba allí se olvidaran definitivamente de él.

—¿Crees que fue así?

—Me bastó ver sus caras para convencerme de ello. En todo caso, el Chino está muerto y los otros van a pasar mucho tiempo en prisión.

—¿Y la tercera razón?

—Lobo es el hijo de Alfredo, pero también es policía. Imagino que a Austre no le hubiera gustado que el dinero acabara en una comisaría. Tu padre te dejó el mapa y para ti desenterré el dinero. Lo que hagas con él es cosa tuya.

Las explicaciones del Hombre de los Perros, normalmente repletas de giros ingenuos o inesperados, me parecían ahora las de un tipo sensato.

—¿Por qué no me dijiste que Lobo era policía?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué debería haberlo hecho? Vosotros habláis y si habláis supongo que es para deciros las cosas que os queréis decir. Las cosas que os calláis, será porque os las queréis callar.

Sin duda tenía el don de convertir cualquier obviedad en una gran verdad.

—Aún no me has dicho dónde está el dinero.

—En un lugar seguro.

Se pasó la mano por el pelo, que quedó completamente alborotado.

Desvió sus ojos hacia Canelo y luego los volvió a posar sobre mí.

—Canelo lo sabe. Él vigila.

El perro levantó las orejas y olisqueó el aire.

Un segundo después oímos la puerta de entrada abrirse.

El sonido se expandió por la casa como el tañido de una campana melancólica.

Unos pasos se acercaron. Era Lobo.

Tenía ojeras, la piel de los labios reseca, una barba incipiente y el pelo apelmazado. Exhalaba un leve olor a sudor y a habitación cerrada. Siempre que regresaba de sus inesperadas ausencias traía con él un aire gris del que tardaba horas en desprenderse. Ahora que sabía que era policía, imaginaba por qué.

El cansancio aumentaba su atractivo.

—¿Hay café?

—Estará frío.

—No importa.

Se sirvió unos restos que quedaban en la cafetera. Sacó una botella de coñac y le añadió un buen chorro. A continuación, hurgó en el cajón del pan y sacó un cuscurro endurecido. Clavó el dedo en la miga y llenó el agujero que había hecho con un chorro de aceite. Se lo zampó en dos bocados. Luego se sentó a la mesa.

—¿De qué hablabais?

—De nada en concreto.

—Es curioso. Con la de sucesos extraordinarios que han ocurrido en las últimas horas y no tenéis nada de qué hablar.

Una sonrisa explosionó en su cara. Era una mueca cargada de intención. Debía ser bueno interrogando. Sabía cómo hacer para que afloraran tus inseguridades. Aunque tal vez yo fuera una víctima fácil.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Capitán tras dar un largo sorbo a su carajillo.

—Laura me ha hecho las curas. Está todo bien.

—Me alegro.

Mientras los dos hombres mantenían esa breve conversación, algo llamó mi atención.

Había una carretilla recostada en el muro del jardín, una carretilla que no formaba parte de los enseres de la casa.

—¿Ocurre algo? —me inquirió Lobo.

—Nada, que estoy cansada.

—Yo también —dijo Capitán—. Voy a echarme otro rato.

Se levantó, se despidió llevándose la mano a la sien y se dirigió hacia la alcoba. Los perros fueron tras él, todos menos Canelo, que se quedó

donde estaba, junto a la puerta del jardín.

—Me sorprende verte tan tranquila.

—Tengo motivos para estarlo. Ya nadie quiere torturarme o enterrarme en un hoyo.

—¿Y no te altera no haber encontrado el dinero?

—No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido, ¿no?

Volvió a lucir una magnética sonrisa.

—Si tú lo dices.

—¿Por qué no me dijiste que eras policía?

—Porque también soy el hijo de Alfredo y con que supieras eso era suficiente. No consideré necesario darte más explicaciones, entre otras cosas porque no quería correr el riesgo de que se lo dijeras a Sil.

—Siempre desconfiaste de él.

—Sil es Sil, si un lobo ataca tus ovejas no puedes acusarlo por responder a su instinto.

Medité aquellas palabras. Arrastrar a una mujer inocente y pegarle un tiro a sangre fría no podía considerarse fruto del instinto. Aun así, dije:

—Supongo.

—Si te lo hubiera dicho tal vez hubiera mejorado la opinión que tenías de mí —bromeó—, pero este asunto me atañía más como el hijo de Alfredo Lobo que como policía. Es verdad que investigábamos a JM desde hace años, pero si alquilé esta casa e intenté averiguar lo que recordabas de tu padre fue porque sentía que tenía una deuda pendiente con el pasado. Quería esclarecer los hechos y, si era posible, librar a Austre de la sombra de la sospecha. Al final he conseguido más que eso, he atrapado a JM y entregado a la justicia al asesino de tus padres.

—Cuando dijiste que te encargarías de mi tío, pensé que te referías a otra cosa.

—No soy un matón, si es que es eso lo que pensabas. En ocasiones soy un poco bruto, no lo niego. Deformación profesional. No se puede ser policía e ir recogiendo margaritas por el campo. Al margen de eso, intento ser un hombre recto. Mi padre me adiestró durante años en su oficio y, sin pecar de falsa modestia, creo que hubiera sido tan bueno como él. Heredé su talento, pero por desgracia también heredé los escrúpulos de mi madre.

—¿Quieres decir con eso que durante todo este tiempo que has estado sonsacándome nunca te interesó el dinero?

—El dinero le interesa a todo el mundo. Sin embargo, el tiempo y la experiencia me han enseñado que la mayoría de las veces no compensa los disgustos y problemas que acarrea.

Sus labios volvieron a expandirse mostrando una hilera de dientes blancos y regulares.

—Entonces, estarás contento de que el dinero no apareciera.

—Tal vez.

Apagué mi cigarrillo. Él se encendió uno y se entregó al placer de

fumar. Las volutas de humo se difuminaron perezosamente sobre nuestras cabezas dejando en su lugar un silencio incómodo.

Tuve la impresión de que aquella conversación era un juego, un juego en el que yo iba a perder.

Me observaba. La situación parecía divertirle.

—Así que te da igual no haber encontrado el botín que enterró Austre.

—He conseguido cosas más importantes que ese dinero. He sabido quién era mi padre, he conocido la historia de amor que vivió con mi madre y, también, que nunca tuvo intención de abandonarnos. Descubrir que ambos fueron asesinados es muy doloroso, pero tomar conciencia de que no me dejaron sola por su voluntad me ha ayudado a reconciliarme con ellos, a llenar los huecos que sentía dentro de mí.

Cuando acabé de hablar la expresión de Lobo se había dulcificado.

—¿Sabes?, cuando te conocí pensé que eras una chica muy frágil.

—Supongo que esa es una manera educada de decir que me consideraste una idiota.

—Nunca he pensado eso. De hecho, he descubierto que la fragilidad es un buen escondite para la inteligencia.

—¿Estás adulándome?

—Digo lo que pienso.

Las mejillas empezaron a arderme.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunté intentando desprenderme del azoramiento.

—Ya he cumplido con mi deber. Podría abandonar esta casa, volver a Barcelona y dedicarme a redactar informes dentro de un despacho maloliente.

La perspectiva de que Lobo se marchara anudó mi estómago.

—Aunque, en realidad, si quiero hacer bien mi trabajo, debería intentar averiguar dónde ha ido a parar el dinero, ¿no crees?

—Supongo.

Me escudriñó sin decir nada, dejando que el silencio se expandiera como un globo. No pude contenerme, antes de que me explotara en las narices pregunté:

—¿Y cómo podrías hacerlo?

—Usando la cabeza.

Se agachó y acarició a Canelo detrás de las orejas. El perro se mostró encantado.

Apuró el carajillo y lanzó lo que quedaba del cigarrillo en el interior de la taza.

—No es necesario disponer de un cerebro privilegiado para hilvanar algunas ideas.

—¿Qué ideas?

—Capitán y tú erais los únicos que conocíais la ubicación del botín. A mí solo me indicasteis la parcela. Esa circunstancia ya es de por sí bastante

esclarecedora. Solo tengo que descartar a un sospechoso, o tal vez ni siquiera eso. Es muy probable que hayáis actuado juntos. Me consta el vínculo que os une desde que te salvó la vida.

Tragué saliva.

—Lo difícil aquí no es averiguar quién tiene el dinero, sino cómo debo encarar la situación, si como hijo de Alfredo o como policía.

—¿Qué diferencia hay?

—Como hijo de Alfredo debería enojarme, amenazaros con una pistola como hizo Sil o con un machete como hizo el Chino y arrancaros la verdad.

—¿Y como policía?

—La primera parte de la actuación no distaría, en esencia, de la anterior. Lo que varía es el final. Como profesional, debería entregar el dinero a un juzgado para que fuera puesto bajo custodia.

No pude evitar desviar la mirada hacia el jardín. Capitán no se había equivocado al adelantarse.

Lobo jugueteó unos segundos con la taza, inclinándola y haciéndola bailar sobre la mesa.

—Existe otra alternativa.

—¿Cuál?

—Mirar hacia otro lado, al fin y al cabo, a mis superiores no les interesa el dinero, les interesa JM y su contable. Pensándolo un poco, la existencia de ese botín es una leyenda. Se habla de él, pero nadie lo ha visto. Su contenido ni siquiera está reflejado en los libros de contabilidad. Hasta podría aventurarse que el último golpe de nuestros padres fue una invención, una bravuconada de dos estafadores en horas bajas. Sil ni siquiera llegó a ver los billetes. Tal vez lo engañaron, tal vez el golpe nunca llego a materializarse.

Recogí mis rizos tras las orejas mientras pensaba que lo mejor que podía hacer era callarme, dejar que Lobo pergeñara sus explicaciones. Sin embargo, dije:

—JM y el Chino no iban detrás de una fantasía, lo sabes tan bien como yo. El robo fue real, el dinero existe.

—¿Tú lo has visto?

—Yo he visto lo mismo que tú.

—Claro.

Sus labios sonreían, pero su mirada era la de un funcionario inquisitivo.

—Si ese dinero existiera reclamaría la tercera parte que, como hijo de Alfredo, me corresponde. Las otras dos deberían ser para ti y para Sil. Puede que su papel no haya sido lo honroso que debería, pero eso no anula su derecho, ¿no crees?

Asentí con un gesto de cabeza. Sabía que tenía razón. Mi padre hubiera deseado que así fuera. Había mantenido a Sil al margen de mi

plan, pero nunca pretendí eliminarlo del reparto, aunque él lo creyera cuando se entrometió.

—Estoy hablando, claro está, en el supuesto de que ese dinero fuera palpable y real.

—Si fuera así, ¿qué harías con tu parte?

—Renunciaría a ella.

Mi estupefacción le invitó a seguir hablando.

—¿Y qué iba a hacer yo con ese dinero? Los policías millonarios no existen, solo los policías corruptos. ¿Para qué querría un dinero que tendría que ocultar? Prefiero disfrutar de una vida interesante.

Se repantingó en la silla. Sus ojos volvieron a reflejar destellos verdes, y su sonrisa, la espontaneidad de quien no tiene nada que esconder.

Me di cuenta de que mi postura, en cambio, era cada vez más rígida.

—Me considero un tipo afortunado. A pesar de las peculiaridades de mi familia, he tenido una infancia acomodada, una juventud repleta de aventuras y ahora disfruto de un trabajo estimulante.

Me crucé de brazos.

No entendía a qué venía ese discurso de autosatisfacción. Pronto lo averigüé.

—A algunas personas la vida les escupe nada más nacer. Creo que esas personas merecen que, en la medida de lo posible, se las resarza del daño causado.

Me incliné hacia delante.

—¿Estás hablando del Hombre de los Perros?

—Sí, estoy hablando de Capitán. Si ese dinero apareciera, se lo entregaría a él para que viviera como quisiera, haciendo lo que le viniera en gana, sin pasar privaciones ni preocuparse por nada.

Acerqué mi mano a la suya y la acaricié. Fue un gesto impulsivo. Él respondió sujetando la mía.

—¿Qué harías tú si dispusieras de tu parte?

La pregunta me cogió de sorpresa.

—No lo sé.

—¿No has pensado nunca en ello?

—Me han ocurrido tantas cosas que lo último que he tenido en la cabeza ha sido en el dinero.

Retiré la mano, me recosté en la silla y paseé la mirada por los armarios de puertas desteñidas, por las paredes deslucidas, por las viejas baldosas a las que un haz de luz rescataba renovados brillos, por las flores naranjas, amarillas y rojas que salpicaban el jardín, por los brotes de buganvilla que abrazaban el muro. Al otro lado del corredor la sala acogería el ronroneo de las olas amansadas por el atardecer. En el recorrido hacia la planta superior, los cuadros tejidos por mi padre conservarían parte de su esencia. Tal vez los estuviera observando desde un rincón invisible, con una media sonrisa y el sombrero ladeado. Arriba, en la terraza, la brisa

fresca de septiembre arrinconaría las emociones vividas. La nostalgia de lo que iba a desvanecerse me humedeció los ojos.

—Echaré de menos este lugar.

—Puedes quedarte un tiempo. Yo aún estaré unos días. Tengo derecho a unas vacaciones.

Sonreí. Las primeras lágrimas habían empezado a correr por mis mejillas.

Lobo se levantó, se acercó a mí y me invitó a imitarlo.

Cuando tuvo mi rostro cerca del suyo, me besó.

Fue un beso tierno, tímido y breve.

Al despegar sus labios de los míos desvió la mirada hacia el jardín.

—¿Has estado trabajando fuera? La tierra está removida, allí junto a la carretilla.

No respondí.

Sus ojos y los míos se retaron en duelo unos segundos.

No quería hablar. No quería escuchar. Besarle se convirtió en la única escapatoria.

Me estrechó entre sus brazos. Sus manos recorrieron mi cuerpo y las mías el suyo. El tacto de su lengua me hizo sentir en peligro, insegura y feliz, igual que la primera vez que monté en bicicleta. Me pregunté si sería capaz de conservar el equilibrio, de no caer, de frenar a tiempo. Y como aquella vez, la respuesta dejó de importarme cuando descubrí que era libre, que podía llegar más lejos de lo que había ido nunca antes.

Capítulo 37

No hay hierba mala, solo especies que buscan su lugar.

La noche había apelmazado la arena y sosegado la mar. A aquella hora del amanecer, la belleza de la playa residía en la calma que ondeaba en el ambiente, como partículas flotantes. Pasadas unas horas, esa serenidad ficticia se resquebrajaría sin dejar más rastro que huellas anónimas.

Me recosté en la barca, crucé los brazos y lamenté no haber cogido un jersey. Una corriente fría me abordaba por la espalda, como si alguien hubiera dejado una puerta abierta. Enterré los dedos de los pies en la arena y esperé a que esa sensación me reconfortara.

Miré a mi alrededor. No vi a Capitán ni a ninguno de sus perros, pero estaba convencida de que no se encontraban muy lejos de allí.

Al poco rato, iluminado por el agonizante resplandor de la luna, adiviné el avance de una figura masculina de andar bamboleante cargada con aparejos de pesca.

Sil no se percató de mi presencia hasta que me tuvo ante sus narices.

Se plantó en seco, pero si el ánimo le dio un respingo, su cuerpo logró disimularlo.

—Si has venido a por trabajo no voy a volver a emplearte.

—No volvería a trabajar contigo aunque me lo pidieras de rodillas.

—No cuentes con ello.

—Te tenía aprecio, ¿sabes? Ahora pienso que eres un ser repugnante. Conocía tu codicia, tu forma de ser, siempre con un pie en la sombra, pero creía que, a pesar de todo, en tu interior se escondía un hombre bueno.

—¿A eso has venido?, ¿a leerme la cartilla?, ¿estás en un comité de catequistas?, ¿de qué me acusas?, ¿de no ser como creías que era? Mejor harías en juzgarme por cómo me he portado contigo.

—La última vez que nos vimos me apuntaste con una pistola.

—Todas las relaciones pasan por un mal momento.

—He venido a hablar contigo.

Dejó sus trastos en el suelo. En sus pupilas relampagueó un rayo de avidez.

—Te escucho.

—Piensas que quise engañarte, pero no fue así.

—Acepto que me consideres un mal bicho, pero no te voy a consentir que me tomes por un idiota.

—Déjame hablar. No supe nada del lugar donde mi padre escondió el dinero hasta hace muy poco. Lobo y tú teníais razón. Él me dejó un mapa. Lo he tenido conmigo todo este tiempo, sin saberlo.

Sil fue a decir algo, pero lo frené con un gesto de la mano.

—Mi intención no fue arrebatarte lo que te correspondía, lo que quería era exponerme como cebo para atraer al Chino y acabar de una vez por todas con su amenaza. Lobo y el Hombre de los Perros conocían mi plan. Lo consideraron arriesgado, pero también el menos malo de los males posibles.

Sus pupilas destilaban recelo.

—¿Y por qué no me lo propusiste a mí también? Le tenía a ese esbirro tantas o más ganas que tú. De haber sabido cuál era vuestra intención hubiera podido servir de ayuda.

—No conté contigo porque ya no confío en ti.

Ladeó la cabeza. Si no le hubiera conocido del mismo modo que conocía cada una de las muescas del mostrador de la cantina, hubiera pensado que mi respuesta lo había lastimado.

—No sé si lo que dices es verdad, en todo caso ya no importa. Tus explicaciones sirven de poco, el dinero ha desaparecido. A saber qué demonios hizo tu padre con él. A lo peor era más canalla que yo.

—Te equivocas. Era un hombre de palabra y no voy a ser yo quien la quebrante.

Nuestros ojos se encontraron y, por un momento, volví a sentir que entre nosotros se avivaba la complicidad que nos envolvía al acabar la jornada cuando, cansados pero satisfechos, charlábamos sobre las banalidades que acomodan cualquier relación humana.

—¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada.

—Entonces, por qué tengo la sospecha de que me escondes algo.

Sil era así, poseía un instinto reptil.

—No oculto nada, solo que aún no he acabado de contarte lo que he venido a decirte.

—Habla.

—El dinero estaba allí, en el lugar donde mi padre lo enterró.

—Allí no había más que piedras y hojas muertas.

—Sí. Fue una decepción para todos. Bueno, para todos menos para el Hombre de los Perros.

Inclinó el torso hacia adelante y apretó los puños, conteniendo el arrebato.

—¿Qué estás diciendo?

—Él se llevó el dinero. Se adelantó y lo sacó de allí. No quería arriesgarse a que volviera a manos de JM si nuestro plan se torcía.

—¿Quieres decir que encontrasteis el dinero que tu padre, Alfredo y yo robamos?

Asentí.

Por primera vez desde que lo conocía, vi la sorpresa extenderse por su rostro. Me divertía esa expresión bobalicona, insólita en él, de niño al que la vida aún no ha arrebatado la inocencia.

—¿Y dónde está ahora?

Su expresión volvió a inundarse de codicia.

Dilaté unos segundos mi respuesta.

—El dinero está donde debe estar.

Se quedó quieto.

Casi podía escuchar el runrún de su cerebro intentando procesar la información recibida.

Sin duda, calibraba qué estrategia adoptar, si sonreírme o apuntarme con un arma.

—¿No ibas a salir a pescar? —le pregunté.

—Sí.

—Pues deberías ponerte en marcha.

Seguía abrumado, valorando su siguiente paso. Empezó a moverse, como un funambulista ejercitándose en la cuerda floja.

Se agachó para voltear la barca. Esta cedió rápido al impulso de sus manos.

Lo normal es que hubiera depositado los aparejos de pesca en su interior. Pero no lo hizo.

Se quedó hipnotizado mirando lo que esta había estado ocultando bajo su caparazón protector.

Allí había varias bolsas de lona. Eran tan viejas y deslucidas que costaba imaginar que pudieran contener nada de valor.

—Esto es… —susurró sin aliento.

Cayó de rodillas, alargó el brazo y, con los dedos temblorosos, acarició el contorno de aquellos bultos como si fueran el manto de una virgen. Había un fervor religioso en su actitud, un ensimismamiento propio del feligrés que ha hallado el perdón eterno.

—Ahora ya estamos en paz.

Su única respuesta fue un aullido que cabalgó sobre la arena.

Ya no me quedaba nada que hacer allí.

Había llegado el momento de marcharme.

Sil empezó a reír.

Su risa me trajo a la memoria los buenos ratos compartidos.

Me desagradaba admitirlo, pero le echaba de menos.

Me puse en marcha, convencida de que tras de mí se dibujaban dos caminos divergentes. Sil culminaba su vida, yo empezaba la mía.

Una luz melancólica endulzaba el horizonte. El verano había dicho adiós, igual que lo había hecho la muchacha que yo ya no sería nunca más. Me entristeció pensar que cada verano terminan todos los veranos que dejamos atrás, que volvemos a perder una y otra vez lo que ya perdimos.

La voz de Sil me llegó como un eco perdido.

Me detuve.

Le vi agitar el brazo.

Luego dijo algo. Hice un esfuerzo por recoger sus palabras, pero fue inútil. Las engulleron las olas.

Continué mi marcha.

¿Qué más daba?

¿Qué otra sorpresa podía depararme la vida?

Capítulo 38

Todos los jardines guardan historias y todos germinan a partir de una semilla incierta. Igual que los libros.

Desde la playa observé la Casa de las Buganvillas. La bruma de la mañana redondeaba sus volúmenes y diluía su consistencia. Su aparente ingravidez, que podía compararse a la de un barco en alta mar, le confería un aire enigmático, onírico.

Avancé hacia ella como quien se rinde al sueño tras una jornada extenuante. Ansiaba volver a estar entre los brazos de Lobo, aunque imaginaba que ya se habría ido. Tenía asuntos que despachar. Al atardecer estaré aquí, me había prometido unas horas antes, mientras apretaba su cuerpo contra el mío.

La casa olía a sal, a madera vieja. Su aroma me resultó tan estimulante como el de la tinta al empezar la lectura de un libro. La luz reluciente de la mañana se adentraba por el ventanal de la sala. La panorámica otoñal era espléndida. La playa estaba desierta, pero el mar aún conservaba la luminosidad del verano.

Me vendría bien un café. Había salido al encuentro de Sil sin tomar nada. Fui a prepararme uno. Su intenso olor inundó la cocina. Me serví una taza y soplé sobre el líquido, impaciente por disfrutar del primer sorbo. Mientras lo hacía fui consciente de mi felicidad. Existían decenas de motivos capaces de echar por tierra esa sensación, pero no estaba dispuesta a contemplarlos. Preferí entretenerme recordando las caricias compartidas con Lobo. Habernos convertido en amantes me resultaba tan inverosímil como el hecho de ser poseedora de una fortuna. Ambas circunstancias me producían una sensación de placentera incredulidad.

No me había parado a pensar qué iba a hacer con tanto dinero. Nunca creí que en la vida se pudiera elegir. Mucho menos que uno pudiera hacer lo que le diera la gana. Libre de la tiranía de mis tíos y de la necesidad de trabajar, lo primero que haría sería retomar los estudios. Luego ya vería.

Salí al jardín. Me senté en uno de los peldaños que desembocaban en él y me recreé en su belleza con orgullosa satisfacción, después de todo yo había contribuido a ella con mi trabajo. La buganvilla había perdido parte de sus hojas. Estas, mezcladas con la pinaza, alfombraban parte del terreno. Tal vez más tarde pasara el rastrillo.

Me dispuse a dar un nuevo sorbo, pero el café no llegó a mis labios.

La taza resbaló de mis manos, estrellándose contra el suelo.

A escasos metros de mí, en un banco junto a la fuente, una mujer me observaba con atención.

Su presencia resultaba tan hierática y fantasmal que creí hallarme ante una aparición. Estuve segura de ello durante unos segundos, hasta que la desconocida dijo:

—Tú debes de ser Laura.

No recuerdo si respondí.

Intentaba convencerme de que aquella mujer era tan corpórea como los hibiscos que asomaban a su espalda.

Mi olfato se llenó de una fragancia empolvada, con notas de jazmín y almizcle. El perfume emanaba de aquella presencia. Lo tomé como una prueba de que se trataba de un ser tan real como yo misma podía serlo.

La sofisticada mezcla me transportó a un mundo de copas de cristal tallado, jarrones con flores frescas y pañuelos bordados. Aunque no viniera del más allá, intuía muy lejano el universo del que procedía la misteriosa dama.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Marie.

Aquel dato no consiguió sacarme de mi aturdimiento. Quizá por eso la desconocida continuó hablando.

—Viví en esta casa durante muchos años, de hecho, es mía. Fui yo quien la mandó construir. Antes de eso, todos me llamaban Marieta.

Si la taza no se me hubiera caído ya al suelo, lo hubiera hecho en ese momento.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque la mujer de la que usted habla está muerta.

Sus ojos se cubrieron con un velo de tristeza. Entrelazó los dedos sobre su regazo y bajó ligeramente el rostro. Me pregunté si estaría rezando.

—¿Eso es lo que te han contado?

—Eso es lo que cuenta todo el mundo.

—En cierto modo es verdad, esa mujer, Marieta, murió hace muchos años, cuando se vio obligada a abandonar su casa y el mundo que conocía.

Mientras hablaba, me había acercado a ella como quien se aproxima a un gato, con el convencimiento de que cualquier movimiento brusco provocaría su huida e inmediata desaparición.

Le calculé unos setenta años. El tiempo había envejecido su piel, pero había dejado intacto el porte aristocrático de sus facciones. Los pómulos, altos y definidos, conservaban la lozanía de tiempos pretéritos. La nariz y la boca, demasiado grandes, comprometían el equilibrio de su rostro, pero le otorgaban un enérgico atractivo. Lo mismo ocurría con su cabello, blanco y pulcramente recogido, que acentuaba su distinción.

Vestía un traje azul marino con lunares blancos, entallado en la cintura y con un discreto escote camisero en el que destacaba un collar de perlas. Todo en ella era sencillo y exquisito al mismo tiempo, discreto y arrebatador a la vez. Pensé que esa virtuosa dualidad, que para mí resultaba tan evidente, podía ser invisible para otros. La elegancia necesita una mirada que la reconozca.

—Viví en esta casa mis mejores años —siguió hablando mientras me invitaba a sentarme junto a ella—. Aquí conseguí ser por primera vez quien quería ser. Estaba convencida de que, una vez logrado lo que deseaba, nadie iba a arrebatármelo. Me equivoqué. Una noche, pocos días después del golpe militar que llevó a este país a una guerra civil, una patrulla de hombres armados vino a buscarme. Aporrearon la puerta como salvajes, avivados por el resentimiento y el alcohol. Había prendido en ellos la llama del odio, la única hoguera capaz de asolar lo mejor del ser humano y dejar intactos la ignorancia y los prejuicios. Me arrastraron hacia la playa, cubierta con un camisón, sin dejarme siquiera echarme por encima algo de abrigo. De esos momentos de horror recuerdo que miré mis manos vacías y pensé, así se viaja hacia la muerte. Uno de ellos propuso divertirse un rato conmigo antes de descerrajarme un tiro. El resto aplaudió la idea. De un bofetón me tumbaron al suelo y la posibilidad de morir, que segundos antes me aterrorizaba, se transformó en un deseo.

Un espasmo sacudió mis entrañas. Recordé la angustia vivida la noche que Lobo me había rescatado. Hay barbaries que se mantienen inmutables.

—¿Por qué me cuenta esta historia?

—Porque debo hacerlo. Cuando iba a ocurrir lo peor, uno de los hombres habló. En realidad, ni siquiera era un hombre. Tendría la edad que tú tienes ahora. A pesar de ser el más joven, su voz sonó rotunda. Dijo que disfrutar de una mujer distinguida como yo debía de ser como lamer un pastel de nata. Los otros, entre risas y bromas, asintieron. Pero luego dijo algo más. Dijo que me quería para él solo. El resto protestó, entre airados y jocosos, como si dudaran de la seriedad de las palabras del muchacho. Pero este enseguida atajó sus quejas. Todos me debéis dinero, les dijo, os perdono a cada uno su deuda si me la dejáis solo para mí. Me asombró ver cómo, a pesar de tener más envergadura y edad, los integrantes del grupo se amilanaban ante la propuesta de aquel muchacho.

Las manos se me quedaron frías. La temperatura de mi cuerpo se desplomó. Crucé los brazos delante del estómago con el vano propósito de contener el temblor que me agitaba por dentro.

—Creo que sé el nombre de ese miserable —susurré con un hilo de voz.

—Yo también. Juan Sil.

La rabia se extendió por mi columna como un tornado, impidiéndome

sentir nada que no fuera un profundo asco por el hombre que había considerado mi familia. Descubrir la verdadera naturaleza de Antonio me había descalabrado, pero la constatación de la de Sil me arrebataba para siempre la confianza en la condición humana.

Al levantar la vista, me di cuenta de que mi interlocutora me observaba con una expresión afectuosa. El dolor que segundos antes contraía sus facciones había desaparecido por completo.

—¿Sabes que te pareces mucho a tu padre?

Solo unas palabras tan sorprendentes como aquellas podían sustraerme del sentimiento de odio hacia Sil.

—¿Conoció usted a mi padre?

—Cuando era un muchacho, mucho más joven de lo que tú eres ahora. Por aquel entonces yo tenía un taller de costura en Barcelona. El negocio prosperaba y necesitaba a alguien que despachara los recados. Tu padre se presentó para el puesto. Era un crío, pero también era simpático, decidido y desenvuelto, el tipo de personalidad que le convenía a mi empresa, así que le di el empleo. Resultó ser un magnífico trabajador, aunque pronto descubrí qué le llevaba a desempeñarlo con tanto agrado: le fascinaba el lujo.

—Y las personas con dinero.

—Efectivamente, le gustaba estar cerca del dinero.

—Era un ladrón.

La mujer balanceó suavemente su cuerpo y el collar de perlas quedó trabado en uno de los botones del vestido, provocando que su caída se ladeara de forma antinatural.

—Así es. Al poco tiempo de trabajar para mí empezaron a desaparecer objetos de valor de casa de algunas clientas. Al descubrirlo, no me quedó más remedio que despedirle. Pero, aunque te resulte extraño, me dolió hacerlo. Desde el principio tuve la sensación de que el afecto que me profesaba era sincero. A pesar de la diferencia de edad, había complicidad entre nosotros, tal vez porque los dos conocíamos el complicado juego de desenvolverse en un ambiente que no nos correspondía. A su manera, tu padre era honesto, más que las mujeres y hombres a los que robó. Muchos de ellos se habían enriquecido explotando a pobres desgraciados en ultramar. Los había oído presumir de ello en más de una ocasión. La decencia es un hilo enredado, hay que tirar de él para averiguar hasta dónde te lleva.

Los recuerdos de aquella mujer me envolvían como un hechizo. Su etérea presencia, que aún percibía como irreal, la suavidad de su voz y el embrujo de su perfume me acunaban igual que el mar cuando me tendía en su superficie con los brazos y las piernas extendidos.

—El jardín está tal y como lo recordaba —dijo recreándose en su contemplación.

—Estaba muy abandonado, pero he intentado recuperarlo.

—Lo sé —dijo con una sonrisa flotando en sus labios—. Y me alegra mucho que haya sido así. Tu padre estaría muy orgulloso.

Lanzó un suspiro cargado de nostalgia y añadió:

—¿Sabías que a él también le gustaba la jardinería?

—No.

—Sus intereses eran dispares. También le gustaba tejer.

—Eso sí lo sé.

—Fui yo quien le enseñó a manejarse con las agujas. No tenía prejuicios. Enseguida descubrió que esa era una actividad propicia para la concentración y la relajación.

La perla que anteriormente había quedado aprisionada en el botón se liberó de su atadura y el collar recuperó su caída natural. El suave repiqueteo de las cuentas me rescató del encanto al que había sucumbido.

—Me cuesta creer que usted sea la propietaria de esta casa. Todos la daban por muerta.

—Pues ya ves que no. Aunque casi prefiero que la gente lo crea. Ya no me siento de este lugar. Aquella noche fatídica logré escapar, pero lo que dejé atrás se convirtió para mí en un territorio inhóspito. Durante todos estos años he tenido la impresión de que si volvía me faltaría el aire, que necesitaría ayuda para sobrevivir en una atmósfera que me resultaría irrespirable. Ha pasado mucho tiempo y sé que las cosas están cambiando en este país, por eso me he decidido a venir. Por eso y porque mis recuerdos van borrándose y soy demasiado mayor para entretenerme con vacilaciones.

—¿Va a instalarse aquí?

—No —exclamó, imprimiendo a su respuesta un tono de rechazo—. Prefiero quedarme con los buenos recuerdos que tener que enfrentarme a una realidad decepcionante. Hace años que vivo en París. Estoy hecha a una ciudad cosmopolita y abierta. No me imagino viviendo en un lugar donde la gente te recuerde cada día quién eres, cuáles son tus márgenes y hasta dónde puedes llegar. Cuando has crecido en un lugar pequeño, el anonimato da vértigo, pero también una sensación de libertad inconmensurable.

—Creo que entiendo lo que quiere decir —dije con tristeza.

—A pesar de ello, estoy convencida de que tú serás feliz aquí, de que en esta casa vivirás buenos tiempos.

—Pero esta no es mi casa.

—Lo es a partir de este momento.

Sentí que una bruma espesa embotaba mis sentidos. Lo tangible y presente empezó a resultarme más irreal que cualquier fantasía.

—¿Se burla de mí?, ¿qué está diciendo?

—Esta casa es mía y no se me ocurre a nadie mejor que tú para que la habite. Considérala tuya, cuando yo muera pasará a ser tuya legalmente.

Como fui incapaz de decir nada, continuó hablando.

—Ya te he dicho que tengo mi vida hecha en París. Una buena vida. Los principios no fueron fáciles, pero no me costó prosperar. Poseo una importante firma y una clientela tan selecta como nunca me atreví a soñar. Si me hubiera quedado aquí nada de eso habría sido posible. La vida es sorprendente, actuamos como si fuéramos nosotros quienes lleváramos las riendas, pero es ella la que nos doma a su gusto. No me cabe la menor duda de que una muchacha como tú es quien debe devolver el alma a estas paredes. Igual que lo hizo tu padre. Fui yo quien le invité a vivir aquí hace muchos años. Después de verme forzada a abandonarlo, no quería que mi hogar quedara deshabitado. Las casas son como las personas, la soledad las convierte en cascarones inhóspitos y quejosos. Además, estaba en deuda con él.

—¿En deuda? ¿No me ha dicho que tuvo que despedirle porque robaba a su clientela?

—Sí, pero también me ayudó cuando más lo necesitaba. Aquella fatídica noche en que lo di todo por perdido, logré escapar. No me quedó otra alternativa, sin embargo, que abandonar el país; de otro modo, en cualquier momento podía volver a sufrir un asalto como aquel. Aunque era un muchacho, tu padre me consiguió la documentación que precisaba para cruzar la frontera. Por lo visto, conocía a un excelente falsificador. También me proporcionó dinero y, una vez en Francia, continuó enviándomelo hasta que pude establecerme. Nunca me pidió nada a cambio, pero eso no significa que yo no sintiera que le debía más de lo que jamás le podría devolver.

En este punto, decidió interrumpir su discurso, se levantó y se dedicó a recorrer el jardín, deleitándose en cada uno de sus rincones y arriates. Tuve la impresión de que ya había realizado ese paseo antes de mi llegada, pero que este le había resultado insuficiente. Tras tantos años de ausencia, necesitaría embeberse de su colorido para revitalizar su recuerdo.

No me equivoqué.

—Desde que salí de aquí he conocido jardines esplendorosos, pero para mí ninguno como este, el que un día fue mío. Me emociona ver que has sabido mantener intacto el espíritu que yo quise plasmar en él. Los jardines son un reflejo de quien los cuida y me da la impresión de que tú y yo tenemos mucho en común. Me hace muy dichosa saber que seguirás cuidando de él.

Una repentina brisa agitó las ramas de los pinos, que se balancearon bajo un fondo de nubes blancas y esponjosas.

Aspiró el aire y, manteniendo los ojos cerrados, dijo:

—Si tuviera que elegir el perfume de mi felicidad sería este, una mezcla de resina y salitre.

Hizo una pausa y, como si una idea hubiera brincado dentro de su cabeza, añadió:

—No imagino lugar mejor que esta casa para ver crecer una biblioteca.

—¿De qué biblioteca habla? En esta casa no hay ninguna.

—Pero la habrá. Alguien me ha dicho que te gusta mucho leer.

—¿Quién le ha hablado de mí? —pregunté sobresaltada. De nuevo había tomado conciencia de lo insólito de todo lo que rodeaba a aquella mujer.

—Responderé a tu pregunta enseguida, pero antes deja que te cuente cómo logré escapar aquella noche. Necesito hacerlo para que entiendas por qué estoy aquí.

Regresó al banco de piedra que había abandonado y se sentó en él con la espalda recta y la barbilla ligeramente alzada, igual que una actriz teatral antes de declamar. Tal vez fuera su manera de distanciarse del pasado, de exponerlo como si fuera un texto aprehendido, sin dejar que la arañara por dentro.

—Una vez hubo convencido a sus camaradas, Sil me sujetó del brazo y me obligó a caminar deprisa, muy deprisa. Avanzamos en dirección a las vías del tren. Calzaba zapatillas y me resultaba imposible avanzar al ritmo que marcaba. Tropecé en varias ocasiones, y en ninguna de ellas mostró compasión, a pesar de que yo no era más que una mujer aterrada y temblorosa. Cuando llegamos a las inmediaciones de la estación se detuvo frente a unos vagones que dormitaban en una vía muerta y pareció dudar. Estaba muy oscuro, pero vi sus ojos llamear en las sombras, atentos a cualquier movimiento que pudiera producirse a nuestro alrededor. Me empujó al interior de uno de los vagones. Entonces fue cuando empecé a llorar. No había sido capaz de hacerlo desde que se había iniciado aquella pesadilla. Le tenía delante de mí, en pie. Le supliqué que no lo hiciera. No, por favor, no, por favor, le repetí. Se abalanzó sobre mí y me cubrió la boca con la mano. Cállate, me susurró al oído. Se quitó el jersey y lo lanzó sobre mi cuerpo. Póntelo, me ordenó. Después, alargó el brazo y cogió una manta con la que pude acabar de cubrirme. No te muevas, me ordenó. No falta mucho para que pase un tren de mercancías, susurró. Frenará la marcha al acercarse a la estación, en este punto. Cuando eso ocurra, salta dentro del último vagón, es el único accesible. Solo tendrás esa oportunidad. No te preocupes, te ayudaré. Estate atenta, te avisaré cuando sea el momento. Tras darme estas indicaciones, saltó hacia la oscuridad. Yo caí en un estado de paroxismo que me hizo perder la noción del tiempo y del espacio. No volví a tomar conciencia de dónde me hallaba hasta que advertí el sonido rítmico del avance de un tren. Sil reapareció, me tomó del brazo y me guio hasta un repecho del terreno. Aquí resultará más fácil, musitó. Pasados unos segundos, la cabeza de tren silbó cerca de nuestros oídos, las ruedas chirriaron y los vagones perdieron velocidad. Este tren te llevará a Barcelona, allí tendrás que espabilarte, me advirtió. Asentí sin acabar de comprender qué había cambiado en la mente y el corazón de aquel individuo que hacía unos instantes se había manifestado como un desalmado. ¿Por qué me ayudas?, le pregunté aún aterrorizada. Su

respuesta me impactó.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que había sido el único regalo que le habían hecho en toda su vida.

—¿Y eso qué significa?

—Entonces tampoco entendí aquellas palabras. Se me antojaron el jeroglífico de un loco. Me limité a rezar por que el último vagón llegara hasta nosotros antes de que aquel orate cambiara de opinión. Sus pupilas llameaban. Fue entonces cuando recordé. Yo había visto antes esos ojos. Una lejana imagen vino a mí. Habían pasado muchos años, al menos los suficientes para que un niño se convierta en un hombre, pero no lo había olvidado. Fue una noche en que celebraba una fiesta en esta casa. Recibía a mis invitados apostada en la entrada principal. En su mayoría eran personajes de vida bohemia. Como solía suceder en ocasiones como aquella, algunos curiosos se arremolinaban en el entorno para observar el desfile de los recién llegados, elegantemente vestidos. Aquel día, entre la gente, captó mi interés la presencia de un niño. El pequeño contemplaba el espectáculo fascinado. Se adivinaba que era la primera vez que veía a mujeres con trajes largos y hombres tan atildados. Su embeleso era tal que no pude apartar la mirada de aquellos ojos, los mismos ojos que años después me escrutarían junto a las vías de un tren. Obedeciendo un impulso, entré en la casa y la recorrí en busca de alguna fruslería que pudiera regalar a aquel niño como recuerdo de aquella noche. Al fin di con algo adecuado, así que salí, me acerqué a él y se lo entregué. Al hacerlo, su mano se entretuvo un instante entre las mías, y sus ojos, llenos de gratitud, fulgieron como brasas. Aquel gesto insignificante fue el que me salvó la vida. Si no me hubiera dejado llevar por ese arrebato, todo habría cambiado, mi historia, la suya y también la tuya.

—¿Qué fue lo que le regaló a aquel niño?

—Un barquito de madera.

—¿Cómo era ese barco? —pregunté con los ojos inundados de lágrimas.

—Tenía el casco verde, el timón amarillo y…

—… y una estrella de mar grabada en el costado.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque todavía lo conserva.

—Ahora ya tienes la respuesta que buscabas. Ya sabes quién me habló de ti, quién me pidió que regresara y hablara contigo.

Corrí sin saber hacia dónde iba. No lo averigüé hasta que me hallé ante la cantina. Estaba cerrada. Aporreé la puerta. Cuando se abrió me dejé caer entre los brazos de Sil. Él los estrechó sin pronunciar palabra.

Epílogo

Hay días fantásticos que pasan desapercibidos.

Aquella fue la única vez que nos abrazamos. Nunca volvimos a hablar de aquel momento, como si nos amedrentara el temor de que, al exponerlo a la luz, el recuerdo se desvaneciera. Solo años después, cuando se hallaba en su lecho de muerte y su cabeza se había convertido en un reflejo del almacén de la cantina, una habitación caótica llena de vestigios inútiles, Sil mencionó ese momento.

Fue una conversación extraña.

Hacía años que había cerrado el bar y había abandonado el pueblo sin dar explicaciones. No las eché de menos. Sabía que estaría donde le diera la gana estar, viviendo como le diera la gana vivir.

Jamás escribió una carta o hizo una llamada. Tampoco me importó. Me bastaba con saber que estaría siendo quien quería ser.

Cuando regresó, lo hizo muy enfermo. Había vuelto para morir.

Fui a visitarle. Yacía en la cama de un hospital. No hallé en él ni rastro de su fiereza. Ignoraba si esta había ido desapareciendo con el transcurso de los años o si solo había existido en mi imaginación adolescente. Al vivir, uno descubre que el pasado es una fuente confusa de recuerdos y mentiras.

Me acerqué a él temiendo que le importunara mi presencia o, peor aún, que no me reconociera. Mis miedos se desvanecieron cuando me agarró de la mano como si hubiera querido embestirme con un zarpazo.

Sus ojos habían dejado de ser una contradicción. Su forma redondeada seguía regalándole al rostro una expresión bondadosa; sin embargo, la dureza de sus pupilas se había extinguido. Tal vez fuera porque en sus postreras horas asomara su verdadera esencia, una humanidad que había morado en él como un topo cautivo, o tal vez fuera la bandera del arrepentimiento que se alza al llegar la última hora.

—Dame un abrazo. Como el que me diste aquella vez. —Me satisfizo comprobar que conservaba su voz bronca cargada de matices.

Al apretarlo contra mi pecho tomé consciencia de su fragilidad, de lo próxima que debía de estar la muerte, tal vez ya en aquella misma habitación, esperando paciente su turno.

Ni siquiera en ese momento pude prever lo que iba a echarle de menos. Desconocía la abismal diferencia que existe entre estar lejos de

alguien y convivir eternamente con su ausencia. Es esta última la que define el contorno del que ya no está, la que, como si nos asomáramos a un pozo, nos permite contemplar la profundidad de la pérdida.

Aún hoy, me asalta el recuerdo de su risa estentórea, de sus pupilas ardientes, de ese aire de seguridad que, en el contexto de mis vacilaciones juveniles, me parecía un poder extraordinario. Veo a Sil en todos los hombres de mirada retadora que creen saber más que yo, también en los de mirada desconfiada que temen saber menos. Hay partículas de su personalidad repartidas por todo el universo que me rodea, un universo que, al fin y al cabo, he creado a mi medida.

Ahora sé que le quise mucho, pero, sobre todo, he descubierto lo que él me quiso a mí. La muerte desvela afectos que la vida cubre con un manto de simplezas.

Sentada en la terraza de la Casa de las Buganvillas, mi casa, contemplo la línea del horizonte, el regio vuelo de las gaviotas y los retazos de mar encuadrados entre los balaústres. Desde la habitación me llegan los acordes de *Back in the USSR*. Me acostumbré a trabajar con música.

Cuando llega el buen tiempo escribo aquí. Me basta una mesa en la que colocar la máquina de escribir y las cuartillas que voy rellenando. A veces, el aire intenta llevárselas, pero las sujeto con piedras. Cantos blancos para los textos que doy por buenos, cantos negros para los que aún no siento míos.

—Me han dicho que escribes —me susurró al soltarse de mis brazos y volver al acomodo de los almohadones.

—Es mi trabajo, escribir historias.

—¿Y eso da dinero?

Su pregunta me arrancó una sonrisa. Aunque en las postrimerías, seguía siendo el Sil de siempre.

Le tome de la manó.

—Es como ir en busca de un tesoro. No sabes si lo vas a encontrar.

Desde esta atalaya es imposible no evocar el pasado, aunque me pregunto si se puede considerar pasado aquello que pervive cada día dentro de nosotros, lo que fuimos y no volveremos a ser, lo que amamos y perdimos.

Cuando mis dedos no saben qué teclear, me recuesto en la baranda y miro la playa. Siempre imagino a Antonio, leyendo un libro y con la camisa ondeando en el respaldo de su asiento. No siento rencor, ni odio ni decepción contra él. El Antonio que veo no es el colaborador de JM, es el hombre que me descubrió los libros. El resto no me importa, ya no forma parte de mí.

A veces también vislumbro a una joven sentada a su lado, ensimismada en la lectura. Entonces se me agita el corazón y vuelven a brotarme las palabras. Escribir tiene más que ver con la revelación que con la ficción.

A lo largo de estos años no he cambiado de escenario, pero soy

distinta. Me formé, viajé, conocí a gente de todo tipo y, sin advertirlo, me convertí en un ser extraño, en la persona que quise ser.

De aquellos días convulsos, conservo el gusto por los vinilos, el apego por las viejas canciones de Dean Martin, la adicción al tabaco, el deseo insaciable de leer y la necesidad de escribir.

También conservo el anillo de Lobo. Él me lo regaló. Lo hicimos nuestro. Las iniciales de Alfredo Lobo se convirtieron en las de Álex y Laura. El anillo sigue siendo horrible, pero dejó de parecérmelo. Me acostumbré a él, igual que aceptamos una cicatriz como parte de nuestra identidad. Me gusta acariciarlo. Significa mucho para mí, no solo porque fue de Lobo, si no porque también es el símbolo de una historia pasada que, sin ser la mía, determinó mi destino.

Hemos recorrido caminos divergentes, aun así somos adictos al reencuentro. Me he preguntado muchas veces qué nos mantiene unidos. Quizá sea eso, ser tan diferentes, el poder ver a través de los ojos del otro lo que jamás podríamos ver con los nuestros.

No sé qué nos deparará el futuro, ni siquiera si nos volverá a sorprender juntos. Lo que sí sé es que en todos los hombres acabo buscando su sonrisa y su insolencia. Quién sabe si todo lo demás.

Capitán ha salido a la terraza y se ha tumbado al sol. Viene de pasear con sus perros. Cada vez son más. Al acabar el verano, algunos desaprensivos abandonan a las mascotas que acogieron al iniciar las vacaciones. Superado el entusiasmo inicial, las consideran un estorbo. Los animales quedan desamparados y desorientados, sin entender por qué su mundo se ha desmoronado. No me resulta difícil imaginar cómo se sienten. Capitán los acoge, les proporciona alimento y el afecto que necesitan. Conforman una simbiosis perfecta.

Desde que estamos juntos, han pasado muchos perros por nuestra vida, pero ninguno como Canelo. Cuando murió lo enterramos en el jardín, en el mismo lugar donde en su día estuvo el dinero. Capitán se sienta con frecuencia frente a los lirios que cubren su tumba y guarda silencio. Sé que habla con el que fue su amigo. En ocasiones, me siento a su lado, reclino la cabeza sobre su hombro y me invade una sensación de profunda paz.

Hace un rato he rescatado de un armario una caja donde guardé mis primeras notas. Me ha sorprendido que siguieran allí, como cuerpos incorruptos. Las he leído y las he vuelto a dejar en su lugar.

Al rato, una corriente de desasosiego ha empezado a turbarme. He vuelto y he extendido los trozos de papel sobre la mesa. Los he observado recelosa, como si fueran una carta inesperada que nos tiende el cartero.

Los he dejado allí y me he recostado en la baranda. Como siempre, en la playa estaba el fantasma de Antonio y a su lado una muchacha sentada en la arena, inclinada sobre un libro.

La descarga ha sido inmediata. He regresado a la mesa y he vuelto a

leer las frases garabateadas. Me ha impactado su poder anticipatorio, su conexión. Solo había que ordenarlas, como un puzle o los huesos de un esqueleto.

Me ha llevado un tiempo hacerlo, pero no me ha resultado difícil.

Al terminar, tenía ante mí la base de una historia, una historia que empecé mucho antes de ser consciente de ello.

Me he sentado ante la máquina de escribir y he tecleado la primera frase: «Aquellos fueron buenos tiempos, aunque entonces no lo sabía…».

Agradecimientos

Para pergeñar esta novela me he nutrido de narraciones que otros escribieron. Algunas las leí antes de imaginar que me dedicaría a este oficio, otras se cruzaron en mi camino mientras trabajaba el texto. Estoy en deuda con sus autores, por lo que considero un deber mencionarlos.

Juan Sil nació de la impresión que en su día dejó en mí John Silver, el personaje creado por R. L. Stevenson en *La isla del tesoro*. En ella, los piratas se comunican utilizando una piedra negra, un sistema que he versionado en mi texto. Aunque no fue un gesto consciente, me atrevería a asegurar que los zuecos de Sil son también una moderna derivación de la pata de palo de Silver.

La historia del Farigola está inspirada en un hecho real. Lo recogió Lluís M. Udina Castell en su libro *Sant Salvador, Bressol del Vendrell*. Según cuenta, un pescador de la familia de los Parranda perdió su barca en un temporal. Entre los veraneantes se hizo una colecta para que pudiera recuperarla. Tiempo después, esa barca auxilió a un miembro de la única familia que se había negado a contribuir. No pude resistir la tentación de absorber y recrear a mi antojo esa lección del destino.

Mientras la novela se desarrollaba, disfruté de la lectura de *Las raíces del cielo*, de Romain Gary. Su protagonista, Morel, es un excombatiente que lucha por evitar el exterminio de los elefantes en África, animales que simbolizan para él la libertad. Los dotó de ese significado cuando fue capturado por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Esa forma de proyectar las emociones en los animales me pareció que encajaba perfectamente con el Hombre de los Perros y su pasado.

Meyer Berger fue el mejor reportero de la ciudad de Nueva York en la década de los 50 del pasado siglo. En uno de sus maravillosos artículos, recogidos en el libro *New York. A Great Reporter's Love Affair with a City*, describe una anécdota conmovedora. Una niña coincide cada día en su camino hacia la escuela con una mujer. La pequeña es pobre y la mujer rica. Cuando se encuentran, ambas se sonríen. Un día, la mujer le entrega un regalo y le dedica unas palabras. La pequeña toma el presente, a pesar de que no entiende lo que le dice la dama, pues apenas habla su idioma. Sentí que ese simple gesto abría un universo de posibilidades. Aproveché una de ellas para introducir en mi novela el episodio del barquito que Marieta le regala a Sil cuando es apenas un niño.

Siempre fue un placer escuchar al periodista José Martí Gómez y una delicia leer cualquiera de las crónicas de sucesos y juicios que escribió

durante su dilatada carrera. En *Animales de compañía*, una recopilación de algunos de sus artículos, relata el caso de un tipo que cogía los cigarrillos al revés para que sus huellas fueran consumidas por el fuego. Me apropié de ese gesto y se lo di a Álex Lobo. Gracias, maestro.

La idea de las piernas que emergen del mar tampoco es fruto de mi imaginación. En 2017 varios periódicos recogieron una singular noticia: trece pies humanos habían aparecido en una playa canadiense. Algunos de ellos conservaban el calzado. No me cupo la menor duda de que un fenómeno de esas características tenía que estar relacionado con Juan Sil, un personaje que hacía tiempo martilleaba en mi cabeza.

Los desaciertos y desatinos son todos míos.

Al margen de estos apuntes, quiero darle las gracias a Jordi Pané por compartir conmigo sus recuerdos de pesca, recuerdos que transferí a Laura; a Pedro Bosqued por alentarme con sus «¡*Coraggio*, Torralba!» en los momentos de zozobra, y a Ella Sher por confiar en esta novela.

Por último, pero no con menor entusiasmo, toda mi gratitud a aquellos que compran y leen libros, en especial a ti, que has llegado hasta aquí.

Edición en formato digital: enero de 2023

En cubierta: Pequeño bote de remos en la playa, fotografía © Sergey Koleshnikov / Dreamstime.com
© Victoria González Torralba, 2023
© Ediciones Siruela, S. A., 2023
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19553-59-1

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.siruela.com